

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

**Espacio urbano y modernización:
la ciudad Olimpia, México 1968**

Tesis
Que para obtener el grado de
Licenciado en Historia
Presenta:

Israel Daniel Inclán Solís

Asesor: Mtro. Javier Rico Moreno

* Esta investigación se hizo con el apoyo de una beca del Instituto Mora y una beca del Laboratorio Audiovisual de Investigación Social, proyecto Mora- CONACyT



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCIÓN

Han pasado 36 años del confuso y vertiginoso 1968 mexicano. Después de este tiempo acelerado, la memoria histórica y social se bifurcó entre los dos grandes sucesos de aquel año lejano. La realización de los XIX Juegos Olímpicos Modernos, que significaban la materialización de la vida en sueño de un régimen político que creía en sus obras y sus resultados, fue ensombrecida por la construcción de una memoria social en la que el impacto de la represión estatal contra la movilización estudiantil tuvo un mayor significado que la contienda deportiva. Para esta memoria la fecha axial fue el dos de octubre y no el doce del mismo mes como estaba programado. Definitivamente, el impacto social de la movilización estudiantil y su infausto fin tuvieron mayores repercusiones para la estructura social y política del Estado mexicano que la realización evanescente de la olimpiada, que tuvo una existencia un tanto virtual en la dinámica social, por su corta existencia, finalizada el mes siguiente.

En la olimpiada, como en toda fiesta, el momento previo fue una especie de tiempo de advenimiento para el espacio trascendental fuera del aquí y el ahora de la vida cotidiana —esa que vivían la mayor parte de los sujetos sociales que no intervenían en la realización del evento y que sólo eran parte del festejo—, para transitar hacia otro estado de cosas; en el que los excedentes no precisamente se redistribuyeran, sino se reinvertieran para obtener nuevos capitales económicos y simbólicos. En cambio, la movilización estudiantil tuvo una cercanía social y sentimental de mayor duración, pues sus formas y sus demandas no dejaron de estar presentes con la misma prontitud con la que se olvidó la olimpiada, porque de alguna manera fueron compartidas por parte de la población; algunos porque estaban a favor de ellas, otros porque no toleraban la brutal represión que se implementó contra los jóvenes, otros porque eran familiares, amigos o conocidos de los cientos de jóvenes masacrados. Esta protesta juvenil fue, sin pretenderlo, un intersticio en la normalidad estructural que controlaba la anarquía casuística de lo cotidiano, y se convirtió en un momento de tránsito no previsto hacia otra dinámica social, en la que los juegos olímpicos dejaron de ser un reconocimiento internacional para volverse un sueño lejano de las necesidades sociales; no sólo enfrentaron la crudeza de la represión estatal sino también la evanescencia de los logros económicos de un régimen que creyó ser parte del mundo desarrollado.

Pero la construcción de la memoria sobre el 68 estudiantil también ha mitificado lo que pasó en ese año. Después de casi ocho lustros, 1968 es sinónimo de movimiento estudiantil, de represión, resistencia y cambio democrático. Hablar del 68 se ha vuelto un discurso autorreferencial que no va más allá de la imagen que construyeron los “líderes” sobrevivientes, la opinión pública, la historia oficial y la “moda nostalgia” de las generaciones posteriores de universitarios. La movilización estudiantil se convirtió en imagen de sí misma y al referir el hecho no hay nada que esté fuera de él;

69 días en su particularidad, del 26 de junio al 2 de octubre, en su aislamiento, son el tiempo en el que todo se originó, se desarrolló y tuvo un trágico final. Este ensimismamiento del 68 estudiantil ha servido de discurso fundador de prácticas tan diversas, desde la guerrilla de los años inmediatos hasta la pretendida alternancia democrática de 2000; pues al ser construido como un hecho autónomo por propia autoridad, ajeno a todo proceso histórico local o mundial, es susceptible de ser legitimado y actualizado por cualquiera que lo asuma como suyo, como un momento precursor de prácticas contemporáneas y de transformaciones radicales.

Pero los dos 68 tienen una historia detrás. La olimpiada y el movimiento estudiantil no pueden estudiarse en su unicidad, solos en su existencia fenoménica, pues hay una serie de procesos sociales que los anteceden y determinan. Estos dos hechos fueron parte de un mismo proceso histórico global; aunque sus fundamentos y sus consecuencias no fueran los mismos, ambos eran parte de la constitución de la modernidad en México. Uno, la olimpiada, era la aprobación internacional de un eficiente desarrollo económico fundamentado en los parámetros internacionales de impronta estadounidense, que se aglutinaban en una modernización de la economía y de las relaciones sociales de regulación para asegurar el éxito de la producción. El otro, el movimiento estudiantil, era la socialización de las contradicciones de la modernidad de la vida cotidiana en un país que se integraba culturalmente al sistema-mundo capitalista. Los dos tuvieron su espacio de realización en la ciudad de México, sede del centralismo político, cultural y social de la modernidad, pero su dimensión histórico-social no se constrictó a las fronteras estatales de México, ambos tenían relación, en tanto que parte de la modernidad, con el mundo de impronta occidental. Tanto la olimpiada, vista como un proyecto del Estado-nación para corresponder con la sede otorgada por el mundo desarrollado, como la movilización juvenil, como parte de la revolución cultural de la segunda mitad del siglo XX, estaban relacionadas con lo que sucedía en el resto del mundo. No se puede entender la complejidad histórica del 68 si se aísla de su contemporaneidad con la Primavera de Praga, por ejemplo; como no se puede entender la construcción de la imagen olímpica, sin relacionarla con los proyectos ideológicos y las formas estéticas del siglo XX.

Eso es lo que trata esta investigación: contribuir a la comprensión de 1968 como un año fundamental en el proceso histórico de la modernidad en México; como un año de síntesis en el que diversos procesos históricos se conjugaron para darle su densidad e importancia histórica. Se considera que 1968 no es el principio ni el fin de nada, sino, en palabras de Octavio Paz, un año axial, que sirve de referente para un antes y un después.¹ No sólo por el impacto social de la movilización estudiantil, sino por su contemporaneidad con el hecho deportivo, que fue también, pero en otro sentido, una síntesis de largos procesos económicos y políticos del estado posrevolucionario. Y es precisamente por su dimensión sintética que 1968 es una fecha importante para el estudio de la configuración de la modernidad en México, pues una diversidad de procesos sociales se catalizaron en ese año, no sólo los políticos -radicalizados por la movilización de protesta-, sino también diversas dimensiones de lo social, como lo cultural, lo estético, la vida del espacio urbano.

¹ Octavio Paz, *Postdata*, p.241.

El 68 antes del 68 (esos días, meses y años que anteceden a los sucesos de julio y a su final dramático de octubre, que fue de “maldad” encaminada a un final feliz predestinado) era parte un tiempo social mediatizado, impulsado principalmente por el Estado, dirigido a darle un lugar trascendente en la construcción de la historia nacional al 68 olímpico. Antes de la protesta estudiantil, era construido como un año cúspide para la historia nacional, todo coordinándose para que apuntalara a la realización exitosa (majestuosa) de los juegos olímpicos. Carlos Monsiváis decía a principios de 1968 que:

En cierto sentido, 1967 ha desempeñado en la historia privada de México un papel premonitorio o prologal: es a 1968 lo que 1909 fue a 1910. Y no porque estemos en vísperas de un estallido subversivo o porque ya se adivine la construcción de otro Tal-Majah semejante al que liquida la Avenida Juárez, sino porque a través de los juegos Olímpicos volveremos a revivir, a reconstruir las fiestas del centenario... los hechos son simples: un país no puede dar más de dos o tres veces grandes fiestas cada siglo... La pomposidad de la fiesta olímpica se corresponde con el temor inmenso de seguir siendo confundidos con una isla, identificados con un bandido romántico que asalta Columbus, o cultivados por nuestra amabilidad en materia de inversión extranjera.²

El año de 1968 estaba destinado a ser un año que marcara un antes y un después, y para ello se echó mano de todas las posibilidades del aparato estatal para contar con el apoyo social, por fuerza o por persuasión, para el éxito de la construcción de la imagen olímpica. El objetivo era dividir “un antes”, de esfuerzo y trabajo encaminado hacia el progreso y el desarrollo, de “un después”, que era la realización de los objetivos perseguidos, donde la olimpiada no era sino el principio de un mundo de prosperidad; dejar de ser *casi el paraíso* para volverse el *mejor de los mundos posibles*.

Pero un estallido social le cambió el sentido y el significado a 1968. No dejó de ser un año fundamental para la memoria histórica y social, pero no precisamente porque la construcción paradisíaca del país olímpico continuara como una realidad inalterable, de progreso, bienestar y reconocimiento internacional; sino porque las supercherías que sirvieron para apuntalar la imagen olímpica fueron expuestas por una socialización de las contradicciones sociales que las sostenían. El simulacro olímpico no pudo ocultar la dimensión cotidiana que pretendía representar por medio de la omisión y de la falsificación.

Pero la negación del sueño olímpico no era una respuesta reactiva a la organización de la contienda deportiva, ni a la imagen de México promovida por el gobierno. El movimiento estudiantil era parte de un proceso social que negaba los principios bajo los que se construía la moral social vigente; era parte de una generación que no entendía de crisis sociales originadas por la escasez y la incertidumbre, que pedía un mundo distinto porque casi todo lo tenía seguro en el que vivía, aunque no le gustaba lo que le ofrecía. Era una generación que luchaba indignada contra las barbaridades de un mundo bipolar, contra la represión estatal de una sociedad opulenta, usando las estructuras e instrumentos que esa misma sociedad de bienestar les brindaba, como la educación, la capacidad de dudar y criticar, la necesidad de un mundo distinto. “Y una nueva generación se desentiende del pasado nacional, lo evita y lo soslaya, niega la idea de tradición y se rehúsa a

² Carlos Monsiváis, “1967” en *La cultura en México*, # 309 (21/01/1968) p.II.

comprometerse en el eterno de con quién te vas; Cortés o Cuauhtémoc... Y la minoría juvenil ya dispuesta a decidir, no siente ni acepta como culpa el que entre los términos a elegir casi no figuran posibilidades nacionales.”³ Una generación que sintonizaba con los sentimientos y necesidades del sistema-mundo por encima de los proyectos políticos nacionales, que antes que entender y compartir los principios chovinistas y conservadores de la “momiza”, quería ser como todos los demás jóvenes del mundo occidental para no parecerse a ninguno.

Si la olimpiada era un tiempo de advenimiento, construido por la maquinaria de los aparatos ideológicos y culturales del estado, la juventud también se volvió en un principio de esperanza para aquellos que creían en un mundo distinto. Al mismo tiempo que se pensaba en la importancia olímpica se pensaba en la necesidad de una transformación radical; por un lado, la creencia en los logros obtenidos, y por otro, la necesidad de cambiarlos; los únicos que podían iniciar el cambio eran precisamente los jóvenes, pues la tradicional clase revolucionaria, el proletariado, canceló todas las posibilidades de revolución al hipotecar su lucha a los beneficios de un Estado asistencialista. La única opción era la juventud, que se presentaba como transgresora, como dubitativa del mundo existente. Monsiváis decía que: “... debemos esperar de la pasión y la imaginación de los onderos... la vivificación de una sociedad en estado catatónico, que precisa con urgencia del impulso revolucionario, de la influencia y el ejemplo de una libertad cuya primera garantía de existencia será la autenticidad de la acción.”⁴

Pero reconstruir para analizar la complejidad de los dos 68 es una labor muy extensa, que sale de los límites, necesidades y posibilidades de este trabajo, por ello sólo me centro en una de las tantas dimensiones del proceso, a saber, su dimensión espacial; es decir lo sucedido a partir del estudio de la producción del espacio urbano en el que se desarrolló. Me explico: el 68 mexicano, como todo suceso histórico, es más que la suma de sus partes, pero es una unidad divisible en múltiples aristas, susceptibles de ser descompuestas para analizarse en su particularidad sin perder el referente de la totalidad del hecho. Entre estas dimensiones del hecho social hay una que particularmente me interesa, y es la relación histórica que se estableció con la producción (construcción, circulación y consumo) del espacio. Esto es justificable si se piensa que el 68 es un momento coyuntural en la construcción de la modernidad mexicana, y que ésta se logra, entre otras cosas, por la dimensión espacial que adquiere, no sólo por las edificaciones, sino por las prácticas que en ellas se realizan y por los proyectos que las fundamentan. Así, para entender la construcción de la imagen de la ciudad olímpica, es necesario analizar su materialización en el espacio urbano de la ciudad de México, que no fue un simple escenario de la contienda deportiva, sino un elemento central para su realización. Como también la dimensión urbana que adquirió el movimiento estudiantil ayuda a pensar el desarrollo de los acontecimientos, desde la respuesta por parte de los cuerpos de seguridad gubernamentales, hasta el impacto simbólico que adquirió.

La intención no es dotar de vida a un elemento que suele ser considerado como un simple escenario donde las cosas suceden, de manera que parezca una relación independiente de las

³ Carlos Monsiváis, “1967” p.II.

⁴ *Idem*, p.VII.

prácticas. Por el contrario, es construir el hecho histórico para entender cómo una diversidad de relaciones sociales se sintetizan en las prácticas de la forma espacial, cómo se determinan unas a otras para generar la complejidad de lo real.⁵

En el estudio histórico, el espacio pocas veces ha pasado de ser una escenografía, un telón de fondo, para concebirse como una dimensión más de lo social; y en los casos en los que se estudia en su particularidad, especialmente en la historia del arte y la historia del arquitectura, se abstrae tanto que termina disociado de la complejidad histórica en la que funciona y existe. Lo que se intenta en esta investigación es buscar la relación (dialéctica) de las prácticas y las ideologías, entre la acción y el *habitus* de un momento histórico de la construcción de la modernidad en México en su dimensión espacial urbana.⁶

Así, el presente trabajo se centra en la dimensión espacial de la ciudad olímpica. Por un lado el desarrollo del proyecto de construcción de la imagen de la olimpiada en México, en el marco de las relaciones políticas y culturales durante la guerra fría, que sirvieron para configurar una ciudad imaginaria que fuera sede de la contienda deportiva. Por otro lado, el proceso de producción del espacio en el año de la olimpiada se compuso por otras aristas que no contempladas por el proyecto gubernamental y oficial de ciudad olímpica, pero conformaban la totalidad de la dimensión espacial urbana de la ciudad de México. Entre estas aristas está el movimiento estudiantil, que promovía otras prácticas y otras significaciones de la vida citadina, no precisamente por la edificación de contenidos materiales, sino por la reapropiación de los ya existentes. Junto con la movilización estudiantil, había otra forma, más antigua, de producción del espacio que también contravenía los proyectos olímpicos, y es el espacio popular, esa mancha gris que para finales de la década de los años sesenta ya cubría gran parte de la ciudad.

La investigación

El trabajo pretende elaborar una visión global de la producción del espacio urbano en la ciudad olímpica, partiendo de una dualidad que es una constante en la construcción de la imagen de la ciudad en el siglo XX, y que refiere a la presencia de una estética deseada, de impronta racional (instrumental), y una estética no deseada, de negación de la funcionalidad de la vida moderna.⁷

⁵ Determinación se entiende aquí como la existencia de límites sociales concretos a todo proceso histórico, es decir, como las relaciones de condición necesaria y de condición contingente en las que se sucede un hecho, y que limitan su desarrollo, manteniendo una relación de sentido y significado con la totalidad de lo social, nunca de manera absoluta. Esta idea de determinación nada tiene que ver con la idea de finalismo o de fatalismo en la que todo tiene un sentido previo a su existencia; por el contrario asigna su dimensión histórica a cada hecho, pues todo acto social es relacional y, por tanto, nunca surge ni se desarrolla de la nada y en ello reside su carácter de determinado. Ver Karel Kosík, *Dialéctica de lo concreto* y Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*.

⁶ *Habitus* es un concepto usado por Bourdieu, para designar el conjunto de suposiciones para percibir, evaluar y actuar impuestos por el ambiente material y cultural del agente social; continuamente reforzados por acciones y discursos con arreglo a los mismos principios creados por él. Ver Pierre Bourdieu *Sociología y cultura* y *Razones prácticas*.

⁷ Cfr. Jean Nouvel y Jean Baudrillard, *Los objetos singulares*.

Ambas existen no sólo por su dimensión formal, sino por la socialización que las fundamenta, por las prácticas que las producen y por el tiempo social que generan. La vida fácil para unos y la vida dura para otros interactuaban juntas en un espacio que ya no podía contenerlas separadas; una marginal y otra hegemónica, ambas se cruzaban en una región urbana cuyo crecimiento hacía imposible aislarlas

La estética deseada de la olimpiada se basaba en la (re)construcción de la ciudad existente, como si no pasara nada que estuviera en contra de la imagen que se pretendía intercambiar con el mundo occidental. Esa ciudad imaginaria se contraponía con la ciudad real de casas grises que llenaban el horizonte urbano por los cuatro puntos cardinales, y que era la expresión radical de la arquitectura como artificio de la necesidad de habitar. En cambio, la ciudad olímpica reducía el valor de uso del espacio (el habitar) y convertía los edificios en esculturas, en monumentos conmemorativos de una fiesta internacional, en la que los hombres que hacían y vivían la ciudad eran reducidos a meras funciones operativas, radicalizando la función de la arquitectura moderna del siglo XX. La estética no deseada, era más que casas grises, también la componían prácticas y usos del espacio urbano de no muy buenos modales; ahí también estaba el movimiento estudiantil, que se apropió de las calles para restituirles un sentido de utilidad distinta, en el marco programático del evento deportivo, y con ello generó una forma espacial que no empataba con los deseos de grandeza del Estado mexicano.

Para 1968 la ciudad de México se presentaba como una capital de orden internacional (como si en ellas los problemas sociales no existieran), como la imagen de la ciudad capital del mundo cultural. Para ello fue necesaria una urbe que diera cabida a las funciones que demandaba tal honor; pero era necesario sintetizarlas, para magnificarlas, en espacios estéticos, que no solamente ocultaran al ciudadano, sino que lo normalizaran a partir de una arquitectura deseada, portavoz de la racionalidad instrumental del espacio capitalista civilizador. A este grupo de producción del espacio, se contrapuso otro, resultado del mismo movimiento pero con resultados no previstos y no aceptados: la arquitectura no deseada, que impuso una racionalidad propia a los esquemas instrumentales de la modernidad, que produjo significados distintos, y variados, a los del funcionalismo urbano. Como la contracara inevitable del mismo proceso que para exhibir riqueza generó pobreza, a cuyo cosmopolitismo acelerado le correspondió un tradicionalismo de paso lento, que se adaptaba a las necesidades poniendo en crisis su identidad para seguir existiendo.

La crisis del funcionalismo arquitectónico para la ciudad olímpica era evidente, sus posibles soluciones no cubrían la totalidad de los problemas de una realidad urbana que crecía más allá de los límites previstos por una sistematización instrumental del proyecto social de la urbanización industrial. No se podía ocultar que la ciudad y su vida cotidiana eran conflictos reales y sin solución, al menos en la misma lógica que los originó, aun a pesar de la intervención de la violencia estatal, por medio de granaderos y el ejército, para restituir el orden perdido.

La ciudad olímpica se presentó como dual: una parte limpia, soñada, se tuvo que enfrentar a toda costa, a los intersticios estructurales que ponían en crisis al sistema social impuesto por una minoría. Y es esta dualidad de la que trata este trabajo, por un lado la elaboración del proyecto

olímpico, de la vida gozosa del régimen de Díaz Ordaz, que para construir la imagen adecuada de la ciudad implementó todo un operativo para montar las piezas en su lugar, para que nada saliera mal; disponiendo de todos los medios ideológicos y culturales para hacerlo. La *disciplina y el montaje social* (capítulo I), entendidos como la prefiguración simulada e impuesta por el abuso de la violencia simbólica (como una puesta en escena de una gran obra teatral en la que no todos decidieron participar), fueron las bases para la construcción de la ciudad olímpica; asegurando que el espacio urbano fuera de disciplina y control, para mostrar al mundo lo conveniente de la ciudad de México como ventana del país. Este primer apartado hace referencia al proceso de representación del espacio, a partir de la reconstrucción de algunos elementos centrales del programa olímpico, destinados a garantizar las eficientes prácticas espaciales durante la contienda internacional, por medio de un proyecto de disciplina social.

En este proyecto olímpico no sólo se programaron los eventos y su realización majestuosa, sino también las prácticas sociales, por medio de *tecnologías del poder* que respondían a los intereses ideológicos del régimen político; que habrían de materializarse en el espacio urbano, en *La ciudad ideal* como imagen de la olimpiada (capítulo II). Estas tecnologías del poder estatal (re)construyeron la ciudad siguiendo los lineamientos de la arquitectura funcional-racionalista que reinaban en el mundo occidental bajo el principio de producir espacios utópicos, que representaban intereses de clase, pero se presentaban como universales. De manera que arquitectura, modernidad y ciudad tienen una larga historia previa a 1968, que es necesario reconstruir para entender cómo imaginaban la ciudad; pues generalmente olvidaban que era necesario hacerla. Para esta práctica arquitectónica, los espacios racionales promovidos para la realización del evento cumplían por sí solos la necesidad de modernizar a los habitantes de la ciudad, hasta el grado de racionalizar el habitar cotidiano, por medio de la configuración de espacios particulares cerrados.

A estas tecnologías del poder corresponde una tradición de la resistencia, en primer lugar practicada por *la ciudad olvidada* (capítulo III), esa que abarcaba el espacio de la estética no deseada, de los espacios de la desigualdad social y económica de la ciudad, que tenían su origen, además de la desigual distribución de la riqueza y la producción, en un crecimiento urbano desmedido, fuera de control, que antes que ser resuelto era una herramienta política. Pero la existencia de estos espacios es correspondida por el gobierno, que emite consideraciones sobre ellos mediante una serie de investigaciones que inician a finales de los años cincuenta y que tienen su momento de auge en la década siguiente, destinadas a controlar y frenar, ideológica antes que espacialmente, la condición contrapolítica de estos espacios, producidos en la radicalidad de la necesidad de habitar y poseer un mundo, que no entendía de racionalidad y normalidad destinada para la contienda olímpica.

El movimiento estudiantil también es parte de esa tradición de resistencia, que se erigió como contraparte de la disciplina social impuesta por el gobierno. Su relación con la ciudad fue mediante *la construcción simbólica del espacio urbano* (capítulo IV), y la apropiación de las calles, a las que se otorgó otro sentido y otro significado. Pero el movimiento estudiantil es resultado de un periodo de revolución social y cultural en la segunda mitad del siglo XX, en un momento en que se

abre una postura social contramoderna, en oposición a los lineamientos sociales que construyeron el mundo moderno (entre ellos la arquitectura racionalista). Esta contramodernidad fue patente en la toma de las calles por parte de la movilización estudiantil, que fueron el vehículo de socialización de sus demandas, además de espacio de sueños. Sueños que tuvieron que enfrentarse al Batallón Olimpia, como agente que restituyó el orden en la ciudad olímpica.

Esta investigación transita de los proyectos para la construcción de la ciudad olímpica a las prácticas cotidianas de los que vivieron la ciudad día a día durante el 68; estudia la representación del espacio del proyecto olímpico y las prácticas que se pretendía asegurar mediante la construcción de un espacio racional moderno. Se analiza, en contraparte, el otro espacio; el que no estaba fundamentado en la racionalidad y la normalidad cívica, sino en la resistencia, de una vida que se expresa como propia en un mundo de enajenación. Así pues, el espacio popular y el movimiento estudiantil son la negación del proyecto olímpico, y no porque se opusieran a él, sino porque su existencia estaba en crisis por acciones que no pudieron controlar.

La investigación partió de la hipótesis de que 1968 no fue el inicio ni el fin de nada, sino la síntesis de un fin anunciado, del tránsito hacia nuevas formas participación socioespacial, no sólo de movilización política, sino también, de posición y condición estructural en la producción del espacio urbano. Esto devino en la práctica de una ciudad cada vez más enajenada y enajenante, administrada y planeada sin pensar en los sujetos que lo habitaban; los que, en cambio, luchaban por apropiársela simbólicamente y materialmente. En este espacio terminó por imponerse una disciplina social a través de la represión o la concesión; al tiempo que los conflictos urbanos (como conflictos espaciales), pobreza, marginalidad, delincuencia, quedaban al margen. El conflicto entre lo deseado y lo no-deseado en la ciudad, dejó de ser enmascarado por la idea de progreso y estabilidad, y se manifestó violento y visceral por encima del simulacro que lo cubría.

El camino que seguí para verificar y validar la hipótesis, partió de la premisa que la construcción del objeto de estudio debía hacerse a partir del análisis genético de la dualidad enunciada, la estética deseada y la no deseada, el poder y la resistencia. El primer paso de la crítica consistió en construir un objeto complejo, producto de un entramado de relaciones sociales; para seguir adelante fue necesario diferenciar y tipificar a la complejidad de relaciones existentes, para agruparlas en universos identificables que las sintetizaran. Fueron dos partes las que se tenían que (re)construir, la configuración institucional de la ciudad olímpica, y la continuidad estructural de la no-ciudad olímpica.

Una vez identificada la dualidad, era necesario trabajarla en su particularidad, pues ambas presentaban diferencias sustanciales, no sólo por la existencia de información, sino también por las particularidades genéticas de cada proceso. Para trabajar la primera parte utilicé el archivo que dejó el Comité Organizador, que está en el Archivo General de la Nación (AGN).⁸ Lo primero a

⁸ Es importante señalar el mal estado en que se encuentra el archivo. Está en el AGN en la galera de donaciones y fondos particulares, ocupa 6 cuartos y en cada uno de ellos hay cerca de 100 cajas. La información que contiene va desde fotografías, acetatos, rollos de película, recortes de periódicos, y miles de documentos de las diferentes áreas que conformaban el comité organizador. Tal cantidad de información no está catalogada, por tanto no está conservada. Hay una guía que acompañó al archivo cuando llegó al AGN, en ella hay un índice que indica los contenidos de los documentos, por ejemplo, el número 32 corresponde a la Villa Olímpica, los subíndices refieren a las particularidades

buscar fue lo referente a la construcción de las instalaciones olímpicas, y a la configuración urbana para la olimpiada, como parte de la estética deseada. La información encontrada me permitió ampliar la construcción del objeto de investigación hacia otros temas considerados que, ante la incertidumbre de poder obtener la información necesaria para trabajarlos, habían quedado relegados. Me refiero a la parte disciplinaria de la ciudad olímpica, esa dimensión que implica más que edificios; compuesta por una serie de estrategias para el comportamiento correcto de los ciudadanos.

Una vez configurado parte del entramado disciplinario había que pensar en la dimensión formal de la ciudad. Para ello fue necesario hacer una clasificación, resumida y acotada, de la génesis de la arquitectura olímpica, recabando información sobre la arquitectura mexicana moderna. Era indispensable hacer una crítica a los fundamentos de la arquitectura racional-funcionalista en general y a las particularidades de la práctica mexicana. Este punto es importante, porque se pensó en relación con el desarrollo de la modernidad en México, que es, en esencia, el eje de la investigación, el elemento mediador de la multiplicidad analizada. De manera que no sólo fue importante historiar la arquitectura mexicana, sino tomar una postura sobre la modernidad que la acompañaba, para exponer la forma en la que se desarrollaron juntas. Tal vez sea demasiado extensa la exposición de esa parte de la investigación, pero se justifica ante la ausencia de un texto de historia de la arquitectura moderna en México.

La segunda parte de la investigación fue básicamente de biblioteca. Para reconstruir la ciudad olímpica, hubo que diferenciarla en su complejidad, básicamente en dos niveles. El primero correspondiente a la continuidad formal de una estética no deseada, propia de relaciones sociales periféricas. Lo importante de esta parte era rastrear el crecimiento marginal de la ciudad, así como también pensar la dimensión práctica de los espacios producidos, que a pesar de presentar diferencias formales, mantienen continuidades sociales. En esta parte no importó discernir los contenidos formales, como sí lo fue en la parte de la ciudad olímpica, sino exponer las relaciones económicas y políticas que determinaban a estos espacios, para después pensar en su uso.

Son precisamente los usos del espacio urbano lo que liga a los contenidos formales de la estética no deseada con el movimiento estudiantil, que se presentó como una posibilidad alterna de usos urbanos. Por eso se pensó en la relación simbólica que mantuvo la movilización con respecto de la ciudad, privilegiando la representación que hizo de ella, antes que las acciones que emprendían, porque finalmente la investigación no es sobre el movimiento estudiantil. Aquí también fue útil hacer un análisis y una interpretación sobre el movimiento estudiantil, ante la falta de una historia general del movimiento. Esta parte es importante por la relación con el desarrollo de la modernidad en México.

de la Villa el 32.1.2 contiene información sobre mantenimiento. La guía sería útil si correspondiera con el número de las cajas, que están numeradas sin razón aparente, de manera que no respetan el orden del índice. Algunas cajas guardan sobres, otras fôlders, otras carpetas y otras documentos sueltos; algunos fôlder tienen en la pestaña el número que corresponde con la guía, otros no. Hay un amplio número de carpetas que sintetizan documentos o que resumen actividades; estas carpetas contienen la información preliminar, por cada área, para la memoria oficial, de manera son una fuente importante de información.

La investigación partió de una dualidad e intentó cerrarla. Ir de las tecnologías del poder a la voluntad de la resistencia y la negación⁹; ambas como parte de la configuración de la modernidad en la ciudad de México. Es claro que la modernidad no sólo se expresa en resultados positivos, sino también por la otra cara que los sostiene.

Algunas consideraciones sobre el problema de la producción del espacio

En principio hay que insistir que el espacio no es una relación reificada, una cosa inerte que no mantiene ninguna correspondencia con el sujeto social, que existe como simple escenografía de los procesos históricos. El espacio es una dimensión de lo social y por ello una realidad relacional, que no existe con independencia de otros procesos (como el político, el económico, el cultural, el religioso), pero adquiere una autonomía relativa por su conformación estructural como un subsistema: el espacio no es el medio (real o lógico) en que se disponen las cosas, sino el medio por el cual la disposición de las cosas es posible,¹⁰ de manera que su realidad no se reduce a su existencia física, sino también a su contenido de sentido y significado en el mundo de vida.

Para Milton Santos, el espacio es el resultado de la territorialización de un conjunto de variables sociales y de su interacción localizada en la estructura de lo social;¹¹ es, entonces, un sistema, una organización definida y diferencial de relaciones referidas a un mundo material y simbólico fundamentado en la praxis.¹² Por tanto, debe considerarse como el conjunto indisoluble en el que participan, por un lado, cierta disposición de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales; y por otro, la vida que los crea y los significa, la sociedad en movimiento. Su contenido social no es independiente de su forma, pues cada una encierra un conjunto de fracciones de la sociedad.¹³ El espacio, como producción, es *un proyecto* (racional con respecto a un fin). Hay lógica en él, determinada en la praxis social que lo conforma. No es por tanto una mera ocasión de despliegue de la estructura social, sino la expresión concreta de cada conjunto histórico en el cual la sociedad se especifica.¹⁴ La organización ecológica tiende a expresar y a reformar está operación por medio de la centralización de contenidos símbolos y de la constitución de un sistema de comunicación basado en la participación espacial de valores centralizados.¹⁵ Las relaciones comunicativas en el espacio son por medio de la imposición de elementos comunicativos indisolubles: la forma.

⁹ Estoy en deuda con Camilo Vicente Ovalle, por las pláticas sobre poder y resistencia, que fueron fundamentales para apuntalar la dualidad entre estética deseada y estética no deseada. Me permito tomar prestado su construcción de tecnología del poder y tecnología de la resistencia como círculo completo del poder. Ver Camilo Vicente Ovalle *Sujeto, historia y política en América Latina: la constitución de "lo político" en los movimientos sociales*.

¹⁰ Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología del apercepción*, p. 268.

¹¹ Milton Santos, *Espacio y método*, p. 25.

¹² Cfr. M. Santos, *La naturaleza del espacio*.

¹³ M. Santos, *Metamorfosis del espacio habitado*, p. 28.

¹⁴ Manuel Castells, *La cuestión urbana* p. 142.

¹⁵ M. Castells, *Problemas de sociología urbana*, p. 169.

Hay que diferenciar espacio, sitio y lugar. Sitio como consecuencia del situar,¹⁶ la condición de la cosas es estar situada. Tampoco debe confundirse con localización y lugar: el lugar puede ser el mismo, pero las localizaciones cambian; el lugar es el objeto o un conjunto de ellos; la localización es un haz de fuerzas sociales ejerciéndose en un lugar.¹⁷ Sitio y lugar refieren a posición.¹⁸ Entonces, localizar como situar, son construcciones sistemáticas de una realidad dada en función de aprehenderla como totalidad, es decir son funciones sociales específicas en una apropiación integradora del mundo, que juega con los objetos que son parte de un sistema fundador. El espacio tampoco es región, es un sistema mucho más complejo; pues la región tiene su origen en la dirección, en el guiar; es la caracterización de la parte de un ecúmeno en la que se realizan actividades generales específicas, a diferencia del espacio que particulariza las actividades. La región es la territorialización de una actividad general indiferenciada en sus particularidades (región económica, región selvática). El espacio tampoco es paisaje, como la posición de los objetos del espacio en su continuidad visible,¹⁹ el dominio de lo visual, el horizonte de la mirada, materialización de un instante. Paisaje como cosa y el espacio como función. El espacio es lo que le da sentido al paisaje, es lo que está detrás de lo que no se ve, pues el espacio no puede ser visto en su totalidad, sólo se concibe en su abstracción.

El espacio se construye, y construir es en sí habitar,²⁰ por eso hay que pensar en el espacio como toda alteración del entorno que posibilita la existencia del ser en el mundo (desde nominar los entes, hacer una fogata, hasta construir un complejo urbano) bajo la organización significativa de los materiales existentes.²¹ Bajo ese sentido se usa el término mundo construido, como categoría antropológica para designar la transformación del mundo de lo real para producir y reproducir la subjetividad social y el complejo ideológico que la legitima.²² No puede haber “ser” sin morada. Y la morada es un proceso de producción material y simbólica, es una posesión, y la posesión una extensión del cuerpo. El complejo ecológico es pues, el conjunto de medios territoriales que constituyen la base física y simbólica de la historia humana.

Las fronteras del espacio no son el término de algo, sino aquello donde algo comienza a ser lo que es.²³ Como sistema, es “una estructura estructurada estructurante”, un espacio especializado espacializante; una dimensión tanto material como simbólica de la acción social (la estructura), que se extiende en todas las esferas de lo social, y al mismo tiempo un factor importante de la continuidad general socioespacial (lo estructurante) y finalmente un momento determinado por la acción (lo estructurado).

¹⁶ Cfr. Martin Heidegger, *Construir y habitar*.

¹⁷ M. Santos, *Espacio*..., p. 6.

¹⁸ *Sitius*, participio pasivo de *sinere*, poner; y lugar de *localis*, que evoluciona de *loco*, que es colocar. Ver Guido Gómez de Silva *Breve diccionario etimológico de la lengua española*.

¹⁹ M. Santos, *Espacio*..., p. 6.

²⁰ Cfr. M. Heidegger, *Construir*...

²¹ Amos Rapoport, *Aspectos humanos de la forma urbana*, p. 26ss.

²² Subjetividad se entiende como lo que tiene de sujeto el sujeto (como lo cósmico de la cosa en Heidegger), más allá de los elementos subjetivos, que refieren a los procesos mentales e individuales de lo sujetos. La subjetividad refiere a los elementos objetivos y subjetivos, históricos y concretos, que componen al sujeto, cuya característica esencial es la praxis.

²³ Cfr. M. Heidegger, *Construir*...

La producción del espacio tiene tres niveles básicos: la *práctica espacial*, que en su dimensión material asegura la continuidad y la cohesión, que, a su vez, garantizan el nivel de identificación y de acción; la *representación del espacio* que regula la construcción del espacio por medio de signos y códigos, para generar conceptos que abstraen la dimensión material (el espacio de los científicos, el espacio de los arquitectos, el espacio de los ciudadanos); los *espacios de representación*, son un cuerpo de símbolos producidos por la vivencia directa del espacio, asociado a imágenes y a la imaginación de los sujetos sociales practicantes.²⁴

Una parte del proceso de construcción del espacio está en la praxis de la ideología. Si bien las relaciones sociales de producción son las que determinan en primera instancia el ser social, no son el único elemento de análisis, pues, como ya se ha señalado, el espacio es más que forma. La práctica del espacio es percepción también, a través de una imposición comunicativa, y así el espacio tiene una dimensión ideología.²⁵ Pensar en las formas del espacio como elementos constructivos específicos, lleva a entender al espacio bajo la luz del desarrollo de fuerzas productivas; como producción material está determinado por el desarrollo de las capacidades técnicas y, por tanto, cognitivas de injerencia sobre su elaboración; pero el desarrollo de fuerzas productivas no es una explicación suficiente para entender la praxis con el espacio, pues ésta es sólo parte del proceso.

El carácter dinámico del espacio, así como su historicidad, hacen de él un palimpsesto, en donde se sobreescriben en las formas nuevos fundamentos de acción, que van más allá de las temporalidades físicas del espacio, y que se inscriben en la dinámica histórica que lo envuelve. Por ello, es útil entender la producción del espacio desde la relaciones de poder bajo las que se establece, sobre todo en el mundo moderno, donde el poder institucional siempre ha tenido el interés en las estrategias espaciales aplicadas a su jurisdicción, empeñándose, como parte de su discurso ideológico de legitimación, en correlacionar su propia visión del espacio adecuada con valores políticos económicos y religiosos sostenidos por él. El poder es, según Weber, la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad. La dominación debe entenderse como la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas.²⁶ Además es un factor universal de la experiencia social, establecido en el mundo

²⁴ Henri Lefebvre, *The Production of Space*, p. 31ss.

²⁵ La ideología es un conjunto de representaciones, ideas y creencias, en una relación imaginaria de los sujetos con sus condiciones reales de existencia, que funciona como matriz generativa para regular lo visible y lo no visible, lo imaginable y no imaginable, y los resultados de estas relaciones. Es una estructura simbólica estructurante de un horizonte de significado y estructurada por una realidad material. Sus elementos se encuentran articulados en una relativa congruencia, y están condicionados, en última instancia, por las relaciones de producción. A través de la actualización de las representaciones del conjunto sistematizado se tiende a la satisfacción de las aspiraciones, objetos e ideales de un grupo social. Tenemos que reconocer, en el sentido social de la producción, al espacio como satisfactor de valores de uso en todas las sociedades y de cambio. Estos no son problemas mínimos de la realidad espacial, pero que para caracterizarlos adecuadamente es necesario recurrir al proceso histórico específico bajo el que se ciñen. No obstante se puede reconocer que el espacio es un valor de uso en sí, pues es útil como objeto de práctica, es la materialización de valores de uso. Para una explicación más amplia del concepto de ideología ver, Lúois Althusser *La filosofía como arma de la revolución* y Slavoj Zizek, *Ideología: un mapa de la cuestión*.

²⁶ Max Weber, *Economía y sociedad*, p. 43.

de la “experiencia viviente.”²⁷ El poder no se posee, se ejerce para guiar la contingencia de la conducta y poner en orden sus efectos posibles. Poder como potencialidad, como relación que modifica acciones por acciones, no sólo por la represión, sino también por la producción de efectos positivos al nivel de los deseos y al nivel del saber;²⁸ para formar cadenas independientes de la voluntad neutralizándola.

El poder dentro de la ideología espacial actúa sobre el cuerpo, como objeto y blanco, ya que el espacio es, en cierto sentido, una extensión del cuerpo; como parte lo que se llama economía política del cuerpo,²⁹ imposición sobre los resultados y, principalmente, en los procesos. Su función principal es la de docilidad y utilidad. En la sociedad moderna el cuerpo queda prendido de poderes muy ceñidos, que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones;³⁰ es cuerpo útil cuando se somete y produce.

Para funcionar, el espacio moderno cubre relaciones básicas de integración-restricción, dominación-regulación.³¹ Integra a los que producen y se reproducen dentro de él como una unidad identificable, tal vez no en cantidad, pero sí en funcionalidad; no siempre se sabe cuántos están dentro, pero sí cómo deben estarlo; para ello es indispensable restringir las posibilidades de acción, regular la contingencia que pueda alterar el funcionamiento operativo. Siempre hay un margen de movilidad y de autonomía con respecto al espacio, pero aumenta o disminuye según la práctica que se realice y el espacio que se trate.

El espacio disciplinario tiene por función principal construir cuadros vivos que transforman las multitudes confusas, inútiles o peligrosas en multiplicidades ordenadas (disciplina, anatomía política del detalle).³² La arquitectura no es sólo para ser vista, o para estar en contacto con el exterior, sino para permitir el control interno y externo, articulado y detallado; se trata de la arquitectura como educadora de los sujetos. Este tipo de espacio moderno clausura, diferencia, divide en zonas (a cada individuo su lugar). Los subsistemas reactivan, por comunicación directa o por mimesis, las acciones impuestas desde una concepción ideológica del mundo. Se percibe la equiparación de una realidad física con la realidad corporal, el espacio como extensión del cuerpo, y en ese sentido como ejemplificación de acciones a realizar por el cuerpo. “La espacialidad del cuerpo no es de posición sino de situación, el cuerpo frente a sus tareas.”³³

El espacio racional funciona como medio de comunicación -medio adicional al lenguaje que transmite de una complejidad reducida³⁴- donde hay receptores, emisores, simbólicamente generalizados; en él se organizan los elementos específicos del circuito interlocutivo. La racionalidad de esta operación se basa en la sistematización de las relaciones de comunicación. En el espacio se organizan los elementos para prolongar la vigencia de las funciones del lenguaje que

²⁷ Niklas Luhmann, *Poder*, p. 127.

²⁸ M. Foucault, *Microfísica del poder*, p. 115.

²⁹ M. Foucault, *Vigilar y castigar*, p. 32.

³⁰ M. Foucault, *Vigilar...*, p. 140.

³¹ Cfr. M. Castells, *La Cuestión...* p. 155.

³² M. Foucault, *Vigilar...* p. 152.

³³ M. Merleau-Ponty, *op. cit.* p. 107.

³⁴ N. Luhmann, *op. cit.*, p. 16.

establece con sus participantes. Una promoción de la acción específica por parte de quien recibe el mensaje, incita a la acción. En el espacio funcionalista no se pierde nunca la comunicación, se mantiene vivo el código comunicativo aun cuando el contenido haya sido recibido.

El espacio habitado moderno es el lugar privilegiado para la objetivación de principios generadores de conductas y acciones normalizadas. La percepción del espacio tiene que ver, una vez más, con el cuerpo; es un proceso selectivo de aprehensión de la exterioridad del cuerpo por medio de los sentidos.³⁵ “El entorno del cuerpo es una frontera que las relaciones ordinarias del espacio no franquean,”³⁶ por ser una totalidad y no una suma de partes. El espacio racional lo domina como un todo, apelando al desarrollo de algunas de sus funciones y desestimándolo como totalidad; no invade al cuerpo, lo restringe.

³⁵ La percepción es la reconstrucción o recreación del mundo en cada momento perceptivo, la percepción es la iniciación al mundo. Entendiendo al mundo como una totalidad inabarcable de experiencias que realizan en torno al sujeto. Pero el momento perceptivo no se da sin la adaptación del cuerpo. El cuerpo es un objeto constituido y constituyente de relación con los objetos. “El espacio se forma en la relación del sujeto con las cosas y se enlaza como experiencia con todos los otros modos de la experiencia” M. Merleau-Ponty, *op. cit.*

³⁶ *Idem*, p. 105.

I. DISCIPLINA Y MONTAJE SOCIAL: HACIA LA CIUDAD OLÍMPICA

En octubre de 1963 era oficial que México sería sede de la XIX olimpiada, a celebrarse en 1968, lo que para el proyecto político nacional, promotor del desarrollismo industrial, representó la realización de una vida onírica, donde las fantasías, construcciones e invenciones de un régimen, que buscaba su legitimidad en un movimiento social sucedido cuarenta años atrás, eran realizables y susceptibles de ponerse en escena en el teatro de la política internacional.¹ Este punto es muy importante para entender la forma en la que se construyó la imagen de la ciudad olímpica en 1968.

La ciudad de México sería la primera sede latinoamericana de los juegos olímpicos y el primer país subdesarrollo o en vías de desarrollo (eufemismo de la época, para que no sonara tan fuerte el calificativo a una nación que lograba ese alto honor) que realizaría tal evento. Varias han sido las especulaciones sobre la obtención de la sede en la reunión del Comité Olímpico Internacional (COI) celebrada en la ciudad de Baden, Alemania, en 1963². Además de la política internacional adoptada por el presidente Adolfo López Mateos, habría que tomar en cuenta la condición geopolítica internacional, que da mucha luz sobre el asunto. Las dos olimpiadas anteriores, Roma 1960 y Tokio 1964, fueron realizadas en países emergentes de un proceso de reconstrucción; coincidentemente ambas eran ciudades de países que formaron parte del Eje durante la Segunda guerra y mostraban la exitosa restauración a partir del Plan Marshall, que no sólo buscaba la recuperación de las naciones afectadas por la conflagración internacional, sino que era un proceso de expansión (y de redención, en algún sentido, para los antiguos aliados de Alemania) de un proyecto de económica internacional. Roma y Tokio como ciudades olímpicas pueden ser leídas como la exhibición (la puesta en escena) del éxito del capitalismo en un mundo bipolar. No se debe olvidar que, a pesar de su discurso internacionalista y neutral, los juegos olímpicos “modernos” son la expresión deportiva de un liberalismo político y de una occidentalización como proceso civilizatorio, que para legitimarse inventan una tradición (como gran parte la ideología

¹ El proceso histórico del nacionalismo político y cultural mexicano se desarrolló entre diferentes tomas de posición con respecto a lo que definía “lo mexicano” como parte de “lo nacional”, nunca fue un proceso homogéneo a pesar de que el Partido oficial haya permanecido más de setenta años en el poder. En la década de los años sesenta, después de un provincianismo pintoresco de los años treinta (donde el paisaje bucólico y las pieles morenas eran la síntesis de lo nacional) y de una modernidad urbana de nostalgias rancheras en los años cuarenta y cincuenta (de moral social conservadora y puritana), el nacionalismo se definió por su relación cosmopolita con las demás naciones “modernas” del sistema-mundo occidental. La industrialización y el acceso irrestricto, por parte de la burguesía y de la clase política nacional, al mundo novedoso del desarrollo tecnológico en la vida cotidiana marcaron la pauta para redefinir lo nacional y para promoverlo mediante los aparatos ideológicos y culturales del Estado. Así, para esos años la expresión de lo nacional era el desarrollo industrial, la transformación radical de la vida en sintonía con los logros “del progreso”, con un tinte de mexicanidad. Por eso la olimpiada era perfectamente funcional para la ideología nacionalista del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, en el que ya no se dudaba acerca del carácter nacional del desarrollo de la vida material, lograda por el esfuerzo (ideal) histórico de su pueblo (imaginario).

² La elección fue entre Detroit (que por séptima vez intentaba ser la sede olímpica), Lyon y Buenos Aires; la ciudad de México, en la primera y única votación obtuvo la mayoría absoluta con 30 votos de 60, contra 16 de Detroit, 12 de Lyon y 2 para Buenos Aires. Archivo del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos (en adelante ACOJO), caja 130 carpeta IV.

moderna que dice ser heredera del pasado helenístico) y un espacio de actualización pretendidamente incluyente. Y que para mediados del siglo XX ya estaban hipotecados a la lógica de intercambio mercantil de la sociedad del espectáculo y a las estructuras sociales básicas del capitalismo de la posguerra que disfrazaban los conflictos sociales por la relación mediática del entretenimiento y del deslumbramiento de la sociedad de la opulencia en tiempos de paz.³

Olimpiada internacional

La olimpiada, como mega-eventos, es catalizador de transformaciones urbanas sustanciales y herramientas de regeneración simulada.⁴ La historia de estos mega-eventos puede ser dividida en cuatro grandes bloques. El primero va de 1896 a 1904, la intervención urbana es de pequeña escala, con un mínimo impacto urbano, ya que se solía aprovechar las instalaciones existentes. De 1908-1932, la segunda etapa, la construcción de edificios para facilitar las competencias se vuelve un principio rector para la organización de la ciudad olímpica, que sigue fundamentándose sobre el aprovechamiento de las instalaciones existentes y la proyección de las faltantes. Esta etapa inaugura la construcción del estadio Olímpico de Londres 1908. La tercera etapa corre de 1936-1956, aquí las facilidades deportivas emergen como una símbolos de las ciudad anfitriona; la realización eficiente de la olimpiada se vuelve un principio rector de la planificación urbana, aprovechando lo existente y creando nuevos espacios para la olimpiada; el resultado final es un impacto de mediano alcance para la totalidad urbana. A pesar de que los juegos de Londres 1948 fueron calificados como los “juegos de la austeridad”, la intervención urbana impactó en un amplio sector de la población, en gran medida por el proceso de reconstrucción después de la devastación de gran parte de la ciudad durante la conflagración bélica.⁵ La última etapa inicia en 1960, hasta la fecha, aquí los juegos olímpicos sirven para cubrir programas y políticas urbanas global, de amplio impacto. Ya no se pensaba en aprovechar lo existente, sino en crear todo nuevo para dar una fisonomía actual y moderna a la ciudad desde de la olimpiada, como ejemplos exitosos de un desarrollo económico y cultural.⁶

³ El modo de acumulación fordista-taylorista se basaba no sólo en la producción en serie de mercancías, sobre el estudio minucioso de los tiempos y lugares de producción; sino también en construcción de relaciones sociales de regulación de la reproducción de la vida material que aseguraran que la fabricación en serie de bienes fuera consumida en serie por un amplio sector de la sociedad que gozaba de los beneficios del trabajo asalariado. La consolidación y mundialización de esta forma de acumulación, que nació en los Estados Unidos a inicios del siglo XX, fue posible por la reconstrucción de la Europa devastada por la guerra bajo sus lineamientos, impulsados por la industrialización, el pleno empleo y el pleno consumo. Las formas de regulación social se desarrollaron junto con los nuevos medios de comunicación masiva, que servían como promotores del consumo de la vida nueva y constructores de representaciones de lo social, eran efectivos aparatos ideológicos y culturales. Este trabajo mediático transfiguró el contenido de lo social, sobre todo en las centralidades periféricas donde la bonanza era conspicua, reduciéndolo a una expresión de apariencia, a una mediación por imágenes; configurando lo que Guy Debord llamó la sociedad del espectáculo.

⁴ Stephen Essex and Brian Chalkey, *The Olympic Games: catalyst of urban change*

⁵ Jon Coaffee, *From local trading fair to global convention - Urban transformations through the Olympic Spectacle in London 1908-2012*

⁶ Podemos decir que los juegos de invierno pasa por cuatro etapas similares. La primera de 1924-1932, fundamentada en una transformación mínima de la infraestructura existente. En la segunda, 1936-1960, surge la demanda de

A partir de 1960 las olimpiadas son motores de cambio urbano en 4 fases.⁷ La primera refiere a la “ciudad bella”, el embellecimiento de la ciudad mediante la creación o reconfiguración de espacios públicos abiertos, que sean nodos en la imagen de la ciudad durante el desarrollo del evento deportivo. Esta reconfiguración urbana suele ser un interludio pasajero (ephemeral interlude), segunda fase, en principio porque se desarrolla sobre espacios existentes, con contenidos simbólicos distintos los del evento; y, segundo porque las nuevas construcciones se resignifican una vez terminado el evento, asignándoles un sentido dentro de la normalidad de la vida urbana cotidiana al margen de su fundamento original. Para contrarrestar este carácter pasajero es importante la noción de “uso continuo” de los espacios, más allá del tiempo que dura el evento deportivo; principio que se volvió un argumento recurrente para la defensa de la construcción de nuevos conjuntos arquitectónicos.⁸ La cuarta y última fase es la búsqueda de beneficios para la ciudad mediante la instrumentalización del desarrollo urbano, utilizando los eventos como medios de desarrollo indirecto, ya que las ganancias no siempre regresan a las arcas de la ciudad, sino que se diluyen en un mercado extendido por el viento deportivo.

Una parte primordial en todo este periodo ha sido la Villa Olímpica, que junto con el estadio olímpico son los dos espacios representativos de la olimpiada. El prototipo de Villa Olímpica se implementó en París en 1924, antes de esta fecha se tenía que negociar con los hoteles de la ciudad para dar alojamiento a los atletas. La primer Villa Olímpica fue hecha en 1932, en Los Ángeles. Las dudas sobre esta Villa eran los costos que implicaba, ya que la crisis económica seguía presente, pero su ubicación junto a la gran industria cinematográfica palió los costos. En Berlín 1936 se hizo el segundo ejercicio de Villa Olímpica, con mayor éxito que el anterior, ubicada en un campo militar a 14 km del estadio, tenía todas las facilidades para los atletas. Su forma respondía al principio de funcionalidad y racionalidad extrema que quería exponer al mundo el régimen nazi.

La construcción de la Villa Olímpica se suspende en 1948. La Villa de Helsinki fue austera, en gran medida por los problemas económicos de la postguerra. En estas olimpiadas, el alojamiento para los atletas fue programados en las diversas instalaciones universitarias; finalmente se construyó una Villa Olímpica bajo los lineamientos de vivienda gubernamentales, basados en suburbios.⁹ Esta instalación no fue del todo funcional, ya que al estar ubicada a fuera de la ciudad dificultaba el

infraestructura específica, en gran medida por el perfeccionamiento de las técnicas deportivas. De 1964 a 1980 corre la segunda etapa, donde la olimpiada se vuelve una herramienta de desarrollo regional. Finalmente en el periodo 1984-2012 se vuelve principio de transformaciones urbanas a gran escala. Stephen Essex and Brian Chalkey, *Driving Urban Change: the impact of the Winter Olympics, 1924-2002*.

⁷ Monika Meyer-Künzel, *Expos and Olympics Games as motors of urban development. A typology of concepts*

⁸ El parque deportivo en las ciudades olímpicas fue una solución al problema del carácter efímero de las intervenciones urbanas durante la contienda deportiva, pues el concentrar en una sola área las diferentes instalaciones facilitaba su conservación y su uso. Después de Estocolmo 1912, fórmula fue repetida con éxito en Ámsterdam 1928, en Berlín 1936 y en Munich 1972.

⁹ Para estas fechas Estocolmo era un ejemplo urbanístico de reorganización a partir de la construcción de suburbios, que diferían bastante de los estadounidenses por las condiciones geográficas de la región. Eran como pequeñas ciudades radiantes a fuera de la ciudad, conformadas por pequeños bloques de edificios que juntos componían un uso comunitario de los espacios. Este fue un ejemplo urbanístico que se expandió por buena parte del norte de Europa. Ver Peter Hall, *Las ciudades de mañana*

recorrido de los atletas, especialmente de aquellos que necesitaban otras instalaciones para entrenar, como los de equitación, que tuvieron que ubicarse en las escuelas militares de la región.

En 1960 el sentido de las instalaciones olímpicas varia radicalmente, se presentaba como un proyecto regional de ciudad, que detrás de la ubicación de las instalaciones escondía un proyecto de expansión urbana. En Roma por primera vez el estadio fue el centro de la ciudad olímpica y a partir de él se configuró la disposición y circulación de toda la ciudad olímpica. La intervención urbana en Roma fue un proyecto integral de diferentes escalas para todo el espacio urbano; la Villa Olímpica se concibió como un conjunto de residencias que daban otra fisonomía al entorno urbano que las circundaba, más que como una solución para la habitación temporal de los atletas. El “Campo Paroli”, ubicado en la parte norte de la ciudad, se pensó como medio de descentralización urbana, permitiendo una mayor circulación durante la realización de la contienda deportiva. Esta idea fue retomada en por México ocho años después. La Villa Olímpica de Roma puede ser considerada la primera con instalaciones y servicios de alto diseño, para facilitar el esparcimiento y entrenamiento de los deportistas.

A partir de Roma 1960, “servicios”, “facilidades” y “funciones” se volvieron principios rectores de la planificación de las instalaciones olímpicas. Conceptos relacionados directamente con la función eminentemente comercial que empezaba a adquirir los juegos, que se convertían en un medio no sólo de obtención de prestigio, sino también de cuantiosas ganancias económicas, que no siempre eran para la ciudad organizadora, pero sí para un amplio número de capitalistas.

Después de Roma 1960, las instalaciones olímpicas, principalmente las Villas Olímpicas, fueron concebidas bajo el principio de doble funcionalidad; construidas primero para satisfacer las necesidades del espectáculo deportivo, y después como conjuntos edilicios útiles para la vida urbana posterior.

Tokio fue un caso excepcional, ya que resolvió satisfactoriamente los problemas de un centralismo urbano en una ciudad de pequeñas proporciones. El primer problema a vencer era la movilización de los atletas en una ciudad con grandes problemas viales. La solución fue la construcción de una Villa Olímpica en los campos militares ocupados por estadounidenses, en la zona de Yoyogi, acompañada de la adaptación de dos hoteles en el centro de la ciudad y de varios pisos de otros hoteles y hostales en toda la ciudad. Finalmente cerca de 13 avenidas sirvieron para conectar los el Parque Olímpico Meiji, el Centro Deportivo Yoyogi y el Centro Deportivo en el Parque Komazawa

Las primeras Villas Olímpicas reproducen una forma de casas suburbanas de impronta estadounidense, de Los Ángeles 1932 y Berlín 1936. En Helsinki se inaugura la forma de bloques de edificios, que se continúa hasta Roma 1960, ya que el Melbourne se construye como suburbio, al igual que antes de la segunda guerra mundial. En México hay una forma de transición, entre la construcción de una villa compuesta por altos edificios, y la construcción de otra como largo complejo urbano de casas horizontales, acompañadas de edificios de mediana altura.¹⁰ Las Villas

¹⁰ El desarrollo de la arquitectura de las instalaciones olímpicas en México será analizado en el siguiente capítulo.

olímpicas de la década de los años sesenta pueden ser vista como la realización exitosa de los ortodoxos principios del CIAM de los años treinta, como villas radiantes, que incluían todos los servicios necesarios para la vida de los deportistas; llevaban al extremo la funcionalidad y la racionalidad de sus formas y de su fines. Funcionaban como conjuntos satelitales, fuera de la órbita de la ciudad central, alejadas del conflicto y del caos urbano, pero contrastaban con los suburbios olímpicos del periodo entreguerras, pues la funcionalidad de sus zonas verdes, acompañadas de espacios racionales de entretenimiento y entrenamiento, no se compraban con los jardines bucólicos y paisajistas de las casas-jardín de los suburbios de los años treinta.¹¹

Junto a la intervención urbana, la olimpiada fue acompañada de eventos artísticos. Pierre De Coubertin ideó tres áreas en las que el arte se relacionaba con los juegos: primero, por medio de competencias artísticas; segundo, por medio de ceremonias; y el tercero era integrando programas culturales y artísticos que acompañaran a la olimpiada deportiva. El tiempo programado era cinco semanas. México fue la primer sede en organizarlo todo un año. Originalmente eran competencias, en las que competían la arquitectura, la escultura, la pintura, la literatura y la música, con temas olímpicos.

En 1936 se vio por primera vez tantos eventos culturales, que se usaron como arma política. Introdujeron un número importante de innovaciones que a la fecha se mantienen, como la ceremonia de inauguración, en la que participaron más de 10 mil personas. Dos innovaciones, la campana olímpica, que se tocaba en la inauguración y la clausura. Y el recorrido de la antorcha desde Grecia.

El periodo de las competencias culturales fue de 1912 a 1948, después de este año se implementó el formato de exhibiciones, ya que el amateurismo, condición fundamental para la olimpiada, era difícil de mantener en las artes. México inauguró una forma de festival cultural, en donde el arte se convirtió en un elemento de prestigio urbano.

No es casualidad que primero Roma y después Tokio fueran las sedes de la olimpiada, ya que ello demostraba la rápida recuperación de dos países destruidos (sobre todo moralmente, pues en comparación con el resto de Europa los daños no fueron tan grandes), misma que no hubiera sido posible sin la intervención internacional del bloque occidental encabezado por los Estados Unidos. Salvo Inglaterra en 1948, y por motivos de orgullo político, ningún otro país afectado sustancialmente por la Segunda Guerra fue sede de los juegos olímpicos.¹² Podemos decir que los juegos olímpicos de los años sesenta fueron, en el marco de la geopolítica internacional y de la “edad de oro” del siglo XX, la muestra, con el deporte como pretexto, de la consolidación de una política económica más allá de los históricos centros hegemónicos y que pretendía significar la universalización de una forma de vida y de convivencia internacional¹³. Aun a pesar de la

¹¹ Francesc Muñoz, *Historic evolution and urban planning typology of Olympic Village*

¹² En 1952 Helsinki, en 1956 Melbourne

¹³ La “Edad de oro” del siglo XX corresponde al periodo que cubre de la segunda postguerra hasta 1973. En este tiempo el capitalismo tuvo índices de crecimiento nunca antes vistos, pero sobre todo una socialización de sus beneficios tan amplia que la mayor parte del mundo se vio afectada. El capitalismo se adecuó para dejar de parecer lo que era (un modo de producción basado en la subsunción del trabajo por el capital) para mediar y conciliar las relaciones sociales

participación de países socialistas y comunistas en las contiendas olímpicas, pues éstas se realizaron bajo las reglas y espacios de un sistema que no era el suyo; no es casualidad que ningún país no capitalista haya organizado las olimpiadas hasta 1980.

Tanto Tokio como Roma tuvieron que demostrar la rapidez y eficiencia (en el marco productivo) de sus nuevas políticas. Las olimpiadas de la posguerra sirvieron a los países que las organizaban como gran escaparate de proyectos nacionales y, sobre todo, de su sintonía con la lógica de convivencia neutral en el orden internacional moderno, racional y en camino hacia el progreso. Este proceso se extendió hasta 1972, año en que Múnich, Alemania Occidental, fue sede de los vigésimos juegos olímpicos, demostrando igualmente el éxito de la reconstrucción del mundo por medio de la política económica basada en el modo de acumulación fordista-taylorista y el Estado de bienestar.

Ya desde Berlín, en 1936, las olimpiadas como acto simbólico servían más que al escenario deportivo a la legitimación de un proyecto político de reconocimiento internacional, cuya funcionalidad se expresaba en la eficiencia organizativa de la contienda atlética; y eran además, un buen medio para difundir una ideología progresista nacionalista. Aunque en ese año la paz universal no fue precisamente el argumento central de la contienda, como lo sería en las posteriores competencias.

La sede de la XIX en México puede leerse desde una misma lógica interpretativa, y no bajo los argumentos que exageradamente esgrimió (para seguir con la analogía deportiva) Ramírez Vázquez en varias ocasiones¹⁴: "... cuando la sede olímpica le fue otorgada a México, ya funcionaba un gran número de las instalaciones... esto y la facilidad de comunicación que existe en la capital mexicana fueron los factores que determinaron la decisión del COI."¹⁵ Que México obtuviera la sede de la olimpiada del 68 no se debió precisamente a sus instalaciones, ni a su alto desarrollo en materia deportiva; más bien, a la volátil simpatía del orden internacional que pragmáticamente vio en este país otro ejemplo de la realización efectiva de un proyecto económico y social, que si bien resultaba de menor espectacularidad que el japonés, era un paradigma en América Latina, no tanto por sus resultados en términos reales, sino por la imagen con la que los promovía, sobre todo la idea de estabilidad política y social como puntales del acelerado crecimiento económico. Después de la revolución social de principios de siglo, el Estado mexicano gozaba de una estabilidad política que no se presentaba en el resto del mundo latinoamericano, sobre todo después de la segunda mitad del siglo, cuando los movimientos de liberación nacional se expandían por todo el mundo colonial o semicolonial. La continuidad política en México era un

por medio del Estado de bienestar, que aseguraba la satisfacción mínima de las necesidades básicas de la población, sobre todo el pleno empleo y con el consumo voraz de las nuevas mercancías de la vida cotidiana. En este periodo de productivismo hasta los países del bloque soviético mantuvieron un crecimiento sostenido. *Cfr.* Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*.

¹⁴ Ramírez Vázquez fue nombrado presidente del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos en 1966, en sustitución de Adolfo López Mateos.

¹⁵ "Charlas sobre la organización olímpica", ACOJO, caja 117 fólder 37-121.

punto estratégico para la intervención política y económica de Estados Unidos en el resto del continente.

Si pensamos las olimpiadas del 68 en relación con las anteriores, en especial las dos inmediatas, y con la posterior, nos daremos cuenta de las implicaciones en el orden internacional de tal evento para México y de los motivos de construcción de un proyecto de ciudad olímpica, o mejor, de país olímpico. Es claro que para el gobierno de López Mateos, como para el Gustavo Díaz Ordaz la olimpiada no era trampolín para la ciudad de México, sino para el país entero, o al menos, de la parte imaginaria de éste que construyó la ideología nacionalista como ejemplo de brillantez y prosperidad.

Contradictoriamente con lo establecido por el COI, según el cual la sede de la olimpiada se otorga a una ciudad, en 1968 son sede de los eventos deportivos, además de la ciudad de México, Puebla, Guadalajara, Monterrey y Acapulco¹⁶; muestra de la incapacidad técnica de una ciudad mexicana de organizar por sí sola el evento. Por tanto, podemos entender que los beneficios de la olimpiada en México no son en primer lugar para una ciudad, sino para una representación del estado-nación, que, en segundo lugar, tiene su sede en la ciudad de México.

Nunca en la historia de las relaciones internacionales de México existió una oportunidad tan grande de ubicarlo en el mundo y al mundo en México. Esta exposición de un gobierno nacional, pretendidamente liberal y democrático, era muy útil en la guerra ideológica que se libraba entre el bloque capitalista y el del “socialismo realmente existente”, en la que las naciones periféricas se veían involucradas directamente, ya que demostraba el buen camino que una nación podía alcanzar si seguía los lineamientos básicos de una política de modernización occidental de orden capitalista. Y por el otro lado, el gobierno mexicano sostenía ese argumento, el de la grandeza y prosperidad de su desarrollo económico, al que sumó el de la férrea defensa del nacionalismo. La declaración de la voz oficial de la política mexicana de 1963, la del presidente López Mateos lo confirmaba: “Esto (la sede olímpica) significa el reconocimiento mundial a los esfuerzos del pueblo mexicano, no sólo para mantener su posición internacional en el campo de los deportes, sino también para la economía de México y su estabilidad política. Las cuales indudablemente están basadas en su firme doctrina de paz y amistad con los pueblos de la tierra...”¹⁷. En términos generales, la representación que el gobierno mexicano hizo de la obtención de la sede de la olimpiada se construyó en torno a la idea del progreso económico y político de México en sintonía con la modernización del mundo.¹⁸

¹⁶ En Puebla y Guadalajara se realizaron eventos de fútbol, en Acapulco de vela y en Monterrey eventos culturales. Si bien la ciudad de México, como casi todas las sedes olímpicas, no podía albergar a todos los partidos de fútbol, es interesante notar que no utilizaron el estadio de la Ciudad de los deportes, ubicado en la parte sur de la ciudad, dentro del área de las instalaciones deportivas. (Hay que recordar que no son lo mismo la Ciudad deportiva de la Magdalena y la Ciudad de los deportes, donde se ubica la Plaza de Toros y el estadio de fútbol.)

¹⁷ “Emocionó la designación al presidente” *Excélsior*, 19 de octubre de 1963.

¹⁸ Igualmente Ramírez Vázquez en una entrevista al periódico español *El Mundo Deportivo*, realizada el 13 de marzo de 1967, dejaba clara esta postura: “... estamos seguros de que los juegos olímpicos, en su organización adecuada y su estructura económica servirán para demostrar el progreso alcanzado por México en las actividades de la vida moderna...le diré que las Olimpiadas servirán para proyectar ante el mundo lo que México puede ofrecer a los que deseen visitarlo y dará una pauta precisa del progreso alcanzado.” ACOJO, caja 142.

La disputa por la ciudad olímpica

Lo que era un consenso en la política del estado mexicano, una vez obtenida la sede, eran los logros históricos de la Revolución traducidos en beneficios reconocidos internacionalmente. El disenso era en el proyecto de ciudad olímpica y de país olímpico, pues al igual que la composición del poder político estatal, había más de un grupo con claros intereses que pretendían exponerlos aprovechando la ocasión. Para 1963 eran dos las posturas sobre el proyecto olímpico, una encabezada por Ernesto Uruchurtu, con el apoyo virtual de López Mateos, y de los sectores conservadores, que preferían mantener el crecimiento económico sin exponer los beneficios de las clases medias. La otra, la del secretario de Gobernación, Díaz Ordaz, y de los sectores más autoritarios, del PRI, que en aras de consolidar su proyecto político hacían uso de los más diversos aparatos de imposición y represión.

Las declaraciones del 18 de octubre de 1963, día en que se decidió la sede olímpica para 1968, demuestran las divergencias de puntos de vista. Uruchurtu dijo: “La ciudad de México y con ella nosotros en lo personal estamos (sic.) muy satisfechos por haberse obtenido la sede de los juegos olímpicos de 1968, seguros de que nuestros deportistas harán honor a la alta distinción que se brinda a México, honor que muy pocas ciudades en el mundo pueden obtener y que es inequívoca demostración de lo que nuestra patria ha alcanzado desde el punto de vista internacional.”¹⁹ En cambio Díaz Ordaz, secretario de gobernación, declaró: “Tengo la seguridad de que México va a ser un gran anfitrión para los deportistas del mundo entero. Me da un infinito gusto la noticia. Será una magnífica promoción para México. La promoción será importante tanto en lo turístico como en lo económico.”²⁰ Por un lado, la política conservadora de Uruchurtu, para quien las instalaciones necesarias para desarrollar los juegos ya existían, y en el peor de los escenarios posibles sólo había que acondicionarlas. Detrás de su declaración estaba el orgullo de casi 12 años de servicio al frente del Departamento del Distrito Federal (DDF), en donde todo parecía marchar en armonía, y la validación de ello era el reconocimiento internacional. Esta idea era parte de la política escrupulosa que durante 14 años siguió Uruchurtu como regente del DDF, en la que el gasto y el crecimiento de la ciudad estuvieron controlados para construir la imagen de un espacio urbano de clases medias, supuestamente propio de un país en vías de desarrollo. Al iniciar su primer periodo de regencia, la economía de la ciudad de México se hallaba en un déficit presupuestal, que después de los primeros seis años se revirtió y en los años posteriores significó un aumento en términos reales del presupuesto²¹. La política que se siguió fue, en primer término, contener el crecimiento de la ciudad

¹⁹ *Excelsior*, 19 de octubre de 1963, p. 7.

²⁰ *Idem*

²¹ *Ciudad de México. DDF. 1952-1964*. Apéndices. En 1952, su primer año como regente del DDF el Producto interno bruto (PIB) del DF era de 40,586.7 millones de pesos, para 1966, cuando dejó el cargo el PIB era 91,780.8 millones de pesos, lo que equivalía a un 43.2 del total del PIB nacional en 1952 y el 40.4 en 1966, con una tasa de crecimiento anual

atacando las invasiones de tierra, sea por violencia física, con el cuerpo de granaderos, o por violencia simbólica, negándoles los servicios básicos (luz, agua y traza urbana). Esto repercutió en el crecimiento desmedido de los municipios del Estado de México más cercanos a la ciudad de México, que junto con la desindustrialización de la zona centro de la capital, que se instaló en las zonas conurbanas del Estado de México, significó una reducción en los ingresos por impuestos y por consumos de bienes y servicios directamente relacionados con el DDF, como los transportes, que tenían que competir con los del Estado de México que cada vez extendían sus rutas²². El freno al crecimiento urbano no sólo tenía que ver con un temor al crecimiento desmedido de la ciudad, sino también con mantener una imagen de ciudad de clases medias, para lo que se privilegió la construcción de espacios de uso públicos propios de sectores medios, como parques, mercados “modernos”, museos, avenidas rápidas²³. Esto, en términos sociales, se tradujo en una respuesta, simbólica y efímera, a las necesidades de los cada vez más amplios sectores medios que no contaban con espacios propios en la estructura sectorial del sistema político, pero que en cambio recibían una atención urbana que les garantizaba la exclusividad de sus espacios. El control financiero se expresó en una política de evitar gastos innecesarios, cuyo logro máximo fue el transporte público, que a la regencia de la ciudad, al mantener la mayor parte de él en manos privadas, le significó un ahorro sustancial; los únicos transportes de los que se hacía cargo el DDF eran los trolebuses y tranvías. Esta política del financiamiento y de transporte le costaría su puesto en el gobierno de Díaz Ordaz, que a toda costa quería iniciar la construcción de un transporte subterráneo, a pesar de que este proyecto no lo defendiera el DDF.

de 6.26% durante sus 14 años de gobierno. También ver Gustavo Garza “La ciudad de México en la economía nacional”, en *Atlas de la ciudad de México*, p.97.

²² Hasta finales de los años cincuenta la pequeña y mediana industria de la Zona metropolitana de la ciudad de México se establecían en la zona centro de la capital, la industria de la transformación se ubicaba en la periferia norte de la ciudad, colindando con el estado de México. La zona central (que a partir de 1971 se convirtió en las delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza) participaba con el 53.8% de la producción, seguida de Azcapotzalco con el 14.2%; después de estas las entidades las que más contribuían eran Tlalnepantla, Ecatepec y Naucalpan con el 7.2, el 4.9 y el 4.7% respectivamente; el DF producía 21,050.071 millones de pesos, en comparación de los 4,487.335 del Estado de México. Diez años después las cosas cambiaron radicalmente, para 1970 el decrecimiento de la participación en la producción de la zona centro de la capital fue absorbido por el Estado de México, que tenía una producción total de 30,401.63 millones de pesos contra 67,978.69 del DF; el cuadro central sólo contribuía con el 32.1% del total producido en la ZMCM. Ver Gustavo Garza “Distribución de la industria en la ciudad de México” en *Atlas de la ciudad de México*, p.102-105. Lo interesante, en términos de consumo y de pago de servicios, es que mientras en el cuadro central de la ciudad de México decrecía, la población del Estado de México aumentaba; para 1960 el cuadro central de la ciudad de México tenía un crecimiento social (que es el resultado de la suma del crecimiento natural y la emigración de la población) de -0.38% anual, con una población total de 2,829,756 habitantes, que en el 1970 eran 3,002,984 con una tasa de crecimiento social de - 8%; en cambio Ecatepec, Naucalpan, Tlalnepantla y Netzahualcoyotl que en 1960 crecían 5.58, 6.76, 8.78, 11.17% respectivamente, en 1970 los datos eran de 10.74, 8.21, 10.17 y 12.60% de crecimiento social. La tasa de crecimiento tan alta en estos municipios del Estado de México era causada por la migración más que por la natalidad. Ver Virgilio Partida Bush “Natalidad y mortalidad en la ciudad de México (1950-1980)” y María Eugenia Negrete y Héctor Salazar “Dinámica de crecimiento de la población de la ciudad de México (1900-1980)” ambos en *Atlas de la ciudad de México*.

²³ En el periodo se construyeron 160 mercados, 258 escuelas primarias, 97 avenidas, algunas nuevas y otras ampliaciones, 5 vías de circulación rápida (el periférico, Río Becerra, Río La Piedad, Tacubaya y Tlalpan-San Antonio Abad), 14 parques-jardines con un asuperficie total de 4,727,819 m², 13 centros deportivos destacando la Ciudad deportiva Magdalena Mixhuca. *Ciudad de México. DDF 1952-1964*, Apéndices, p.345-359.

La postura austera del gobierno de Uruchurtu se mantuvo con respecto a los Juegos Olímpicos, que no eran vistos con muy buenos ojos por el descontrol presupuestal que significarían. El poco apoyo del DDF durante los tres últimos años de gobierno de Uruchurtu se evidenció en el retraso de la construcción de las instalaciones olímpicas, que se iniciaron hasta 1967, primer año en que la ciudad fue gobernada por Adolfo Corona del Rosal.

En cambio, Díaz Ordaz era impulsor de una política económica menos conservadora que la de sus predecesores, que por el miedo de una inflación redujeron el gasto público, sobre todo Ruiz Cortines, aunque López Mateos significó un aceleramiento en la inversión estatal en el sector productivo, mismo que continuaría el sexenio siguiente. Lo que se debe tomar en cuenta, sin mitificar la figura del “presidencialismo imperial” (que tantas limitaciones ha impuesto al análisis histórico) es el “estilo personal de gobernar” de Díaz Ordaz, que asumía su papel de “voz de la nación” y protector de los intereses de la patria, reflejándolo en su postura con respecto a los problemas de la imagen de México, tanto ideal como formalmente. Lo que se tradujo en un hacer lo necesario para que la imagen del régimen, encarnado en su persona, no se desestabilizara, desde reprimir una manifestación hasta emprender el proyecto de un sistema de transporte subterráneo que no era costeable bajo la política económica del DDF, que basaba su déficit en un bajo endeudamiento público, que era condición necesaria para iniciar la construcción del sistema de transporte metropolitano²⁴. Así, la declaración de Díaz Ordaz, a pesar de su parquedad, permite ver la actitud que como presidente de México tomará ante los juegos olímpicos. Mientras que para Uruchurtu y López Mateos la sede olímpica era consecuencia del esfuerzo pretérito acumulado, para Díaz Ordaz era la posibilidad de promover un proyecto no concluido, y del faltaba conocer su mejor parte en 1968. Para los primeros significaba la recompensa de un largo empeño; para el segundo el voto de confianza para emprender algo nuevo.

Estas dos visiones persistían después que Díaz Ordaz tomó posesión de la presidencia. En 1966 las cosas se decidieron por un solo camino. A principios de julio de ese año Ramírez Vázquez fue nombrado presidente del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos (en adelante comité organizador) en sustitución de López Mateos, que por su estado de salud, que lo llevará a vivir sus últimos años de vida en estado vegetativo, no podía continuar con el cargo. En ese mismo año, pero en septiembre, un desalojo violento de inquilinos del predio Santa Úrsula, conocido como “el Ajusco”, sirvió de escenario para generar una política adversa contra Uruchurtu y obligarlo a renunciar a su cargo²⁵. Con estas dos bajas, la proyección de los juegos olímpicos quedó bajo completo control del grupo de Díaz Ordaz.

²⁴ Los altos costos del Metro, tanto para las finanzas federales como para las locales se evidenciaron en la suspensión del programa por parte del Estado en el sexenio de Luis Echeverría, lo único que hizo en su periodo, además de concluir las líneas iniciadas el sexenio anterior, fue la fundación de la Compañía Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, pero no aumento ni un solo metro a lo ya proyectado en el gobierno de Díaz Ordaz, por que las finanzas públicas y el sentido político del gasto público lo impedían. Fue hasta los años de la bonanza petrolera que reiniciaron los trabajos de construcción.

²⁵ Durante los 14 años de gobierno de Uruchurtu la violencia física fue una forma de frenar el crecimiento irregular de la ciudad, pero fue la expulsión de los colonos del “Ajusco”, al sur de la ciudad, la única que tuvo un alto costo político. Gracias a la campaña mediática que se emprendió en su contra, para calificarlo de violento, represor e inhábil políticamente, fue posible reducir el apoyo popular con que contaba y obligarlo a renunciar a la regencia.

Las disputas entre Uruchurtu y Díaz Ordaz se originaron desde el momento en que el presidente, por presión de la tradición, incluyó, por tercer sexenio consecutivo, a Uruchurtu en su gabinete, a pesar de que las políticas urbanas no eran acordes con la política nacional impulsada por los diazordacistas. Una muestra clara de esta disputa fue que ningún representante del DDF era parte del comité organizador, sobre todo, en virtud de que la sede de la olimpiada se otorga a una ciudad y no a un país.

Uruchurtu se caracterizó por restarle poder a la CNOP en el reparto de beneficios, sobre todo en lo referente a cuestiones de vivienda popular, en favor de las clases medias capitalinas. Con el rechazo a la CNOP se establecía una batalla abierta con su dirigente en los años sesenta, Alfonso Martínez Domínguez. Este enfrentamiento entre sectores medios urbanos y populares, calificado por Diane Davis como una lucha de clases y clasificaciones al interior del partido en el gobierno²⁶, no se redujo al enfrentamiento entre el DDF y la CNOP, se escenificó en todas las cúpulas del poder priísta. En 1964, año de la toma de poder de Díaz Ordaz, era presidente del PRI Carlos Madrazo, que impulsaba la democratización del partido para abrirlo hacia sectores no institucionalizados y no corporativos, en especial los sectores medios urbanos, para los que cada vez era más difícil encontrar representación y espacios en la CNOP. La oposición a este proyecto obligó la salida de Madrazo en 1965, ocupando su cargo Lauro Ortega, hasta febrero de 1968 cuando fue sustituido por Martínez Domínguez. En este movimiento al interior del PRI se incluía la destitución de Uruchurtu, ya que era parte de los grupos de poder del partido que podían no alinearse tan fácilmente a la camarilla del presidente, y en ello llevaban la penitencia.

El conflicto, según la interpretación de Davis, se generó por la oposición del regente a la construcción del tren subterráneo en la ciudad de México. Su principal razón tenía que ver con el presupuesto y el crecimiento de la ciudad, pues un tren subterráneo implicaba el impulso del crecimiento de la periferia urbana, además de que sus costos de mantenimiento, tanto del tren como de la nueva posible periferia, no contemplados en la rígida balanza de pagos del gobierno capitalino. La política de comunicaciones de Uruchurtu se destinó a la construcción de vías rápidas, pasos a desnivel, glorietas y tréboles en gran parte de la ciudad, el valor funcional y simbólico de estas medidas resolvía y satisfacía los intereses de los sectores medios y altos de la sociedad capitalina, potenciales poseedores de un vehículo automotor. Aunque el sistema subterráneo de transporte fuera parte de la imagen de ciudad moderna, era evidente que uso no sería exclusivo de las clases medias; si bien éstas creían vivir en el progreso por viajar en subterráneo, tenían que compartirlo con un amplio sector popular que no se veía bien en la imagen del desarrollo.

Para los diazordacistas el tren subterráneo sería la imagen de la modernización de la ciudad, de una capital nacional que tuviera los servicios que universalmente se expandían por las naciones desarrolladas. Aunque en términos pragmáticos se traducía en un control de las comunicaciones y transportes en el interior de la capital, en manos de sectores privados durante el gobierno de Uruchurtu y no necesariamente en sintonía con la lógica partidista. A favor de las imposiciones al

²⁶ Cfr. Diane Davis, *Leviatán Urbano*.

interior del partido, se sumó la voz de la empresa más grande de construcción en México, Ingenieros Civiles Asociados (ICA), que apoyó y presiono por la construcción del subterráneo.

La victoria fue para Díaz Ordaz, que maquinó la renuncia de Uruchurtu, a quien no dudaba atacar con motivo de su negación al proyecto de modernización que significaba el tren subterráneo, que se programó para funcionar en 1968²⁷. Esto significó, en términos de los proyectos urbanos, que las acciones en la ciudad de México ya no estaban destinadas simbólicamente a satisfacer las demandas y gustos de la población local, sino a funcionar abiertamente por las necesidades de intereses económicos nacionales extra-capitalinos. Lo que siempre fue un hecho, que la ciudad de México era el centro de los intereses económicos nacionales por encima de las prácticas urbanas de sus habitantes, se volvió evidente, después de tres lustros de montaje social que encubría estas decisiones políticas y económicas bajo la idea de hacer una ciudad para los capitalinos. Las relaciones de clase se modificaron al interior del campo político institucional, la presión que ejercían los sectores medios capitalinos se subsumía al desarrollo económico impulsado por los sectores de la burguesía industrial nacional, que veían en la especulación de la renta de la tierra una fuente de recursos, que no necesariamente contribuirían al mejoramiento de la ciudad, sino a acrecentar las diferencias simbólicas y materiales entre clases.

El espacio olímpico como ideología y control

El año de 1966 también significó un año de giro en el proyecto olímpico: con la renuncia de López Mateos y la asignación de Ramírez Vázquez a la presidencia del comité organizador se consolidó una sola visión de los juegos olímpicos, acorde con la política nacional diazordacista. El camino quedó libre para implementar las hasta entonces inexistentes estrategias para asegurar el éxito de los juegos, pues durante los meses en que el expresidente López Mateos coordinó los trabajos para la olimpiada no se proyectaron planes globales.

El Comité organizador pasó por tres momentos. El primero, cuando Clark Flores, presidente del Comité olímpico nacional, gestiona la sede y la obtiene a finales de 1963, esta etapa se puede calificar como la del júbilo, donde lo que más sobresale es una construcción discursiva para dar una explicación satisfactoria de la obtención de la sede. El segundo inicia cuando el gobierno de Díaz Ordaz designa como presidente del comité a López Mateos, que es cuando se inicia propiamente un proyecto olímpico, cuya característica fundamental es su perfil conservador y reservado, donde los gastos tenían que ser mínimos en términos de instalaciones y de construcción de una imagen internacional. En el informe al COI de finales de 1964, pocos días después de asumir el cargo, afirmó: "... nuestro país tiene ya en servicio escenarios suficientes para realizar los Juegos olímpicos de 1968... Se espera que para 1968, al quedar totalmente integrada la red de arterias de circulación de alta velocidad, formada por viaductos y pasos a desnivel, que eviten accidentes

²⁷ *Idem*, pp.250 ss.

haciendo más seguro y rápido el tránsito, se podrá ir desde cualquier punto de la ciudad a otro en tiempo no mayor de 20 minutos.”²⁸ El tercer y definitivo momento del comité es cuando Ramírez Vázquez asume su control; con él se construye un proyecto olímpico total, que incluye no sólo la discusión sobre las instalaciones, sino también la imagen global de la ciudad de México y del país entero, así como los proyectos de normalización y control social para aquellos que convivieran con los extranjeros.

La designación de Ramírez Vázquez ha sido ampliamente discutida por Ariel Rodríguez Kuri; quien concluye que este arquitecto era una figura cercana al poder político nacional, un hombre del sistema, que sabía cómo funcionaba y cuáles eran sus fines; dispuesto a coordinar las acciones necesarias para apuntalar la imagen moderna de mexicana. Durante el sexenio de López Mateos tuvo su mejor etapa como arquitecto de obras gubernamentales; proyectó y construyó el edificio de Relaciones Exteriores, el Museo Nacional de Antropología, el Museo de Arte Moderno, también inició la construcción del Estadio Azteca financiado por la familia Azacárraga. No era un hombre lejano a las necesidades políticas del priísmo, además de ser un notable nacionalista, ideología pretendidamente reflejada en sus construcciones.²⁹

Ramírez Vázquez al frente del comité delineó un proyecto olímpico, cuyo contenido no era sólo la promoción de una imagen de país sintetizado en una ciudad a través de la competencia deportiva; sino, además, la exhibición de los “avances culturales” de México y del mundo mediante una olimpiada cultural, que por primera vez se organizaba a la par que los juegos olímpicos.³⁰ El proyecto era redondo, pues la promoción no se circunscribía a 15 días de contiendas deportivas, sino a 10 meses de encuentros artísticos, de pretendido diálogo cultural entre las naciones del mundo.³¹

La base de la organización estaba en los costos. Se negaba la postura anterior del “todo está listo”, pero tampoco se pretendía un dispendio, que no estaría acorde con la imagen internacional que se quería promover. Al comité organizador le hubiera salido muy caro, en términos de capital político, hacer unas olimpiadas gravosas, ya que en un país en desarrollo no era bien visto un gasto tan excesivo. Aunque esto también fue un argumento en contra de la organización de Ramírez Vázquez, pues a inicios de 1966 las instalaciones olímpicas aún no empezaban, por buscar los proyectos más económicos; esto fue lo que motivó a otras ciudades, principalmente Detroit, a pedir

²⁸ ACOJO, caja 142, carpeta II. Es hasta 1965 cuando se habla de la construcción del Palacio de los Deportes y del Velódromo

²⁹ Rodríguez Kuri, “Hacia México 68: Pedro Ramírez Vázquez y el proyecto olímpico”, en *Secuencia*, no. 56.

³⁰ Ramírez Vázquez, recordaba en una plática a estudiantes de la Universidad Autónoma Metropolitana, cuando Díaz Ordaz le dijo que él sería el nuevo presidente del comité organizador: “Extrañamente para mí, el presidente Díaz Ordaz me llamó para que me hiciera cargo de sustituir al licenciado López Mateos como presidente del comité organizador, yo me sentí obligado a decirle ‘señor presidente, no tengo la menor idea de lo que es una olimpiada, no sé nada de la organización deportiva’. Me dijo ‘mire, los juegos olímpicos son en realidad un problema de publicidad positiva para el país; el deporte que se va a practicar ahí es prácticamente un pretexto, lo importante es la imagen que habremos de dar al mundo acerca de lo que somos. Ninguna olimpiada ha sido otorgada a un país en desarrollo y hay muchas dudas de nuestra capacidad. Estos es un acto de prestigio para el país; asesórese de deportistas, lo que quiero es la organización.’” En Pablo Quintero, coord., *Modernidad en la arquitectura mexicana (18 protagonistas)*.

³¹ Agustín Yáñez, para ese entonces secretario de educación pública dijo, en el discurso del 15 de mayo de 1968 que “Por nuestra parte, debemos cooperar al cumplimiento del compromiso contraído por México ante el mundo, demostrando nuestros adelantos culturales, traducidos en orden, cortesía cordial y ánimo dispuesto a la comunicación, al intercambio siempre fecundo.” ACOJO, caja 142.

el cambio de sede ante la dilación de la construcción de las instalaciones olímpicas.³² La idea de austeridad la expusieron como fundamento de la organización: “El comité organizador sabe que contrae la responsabilidad de realizar una olimpiada que no sea onerosa para el país y que por ello no cause alarma a quienes en el futuro aspiren a ser sede de una Olimpiada. No haremos nada que no tenga una plena justificación por su utilidad social a la vida y al desarrollo.”³³ Este argumento que sirvió como defensa contra quienes criticaban el gasto que implicaba para las finanzas estatales hacer un evento de tal magnitud, sobre todo en las condiciones del desarrollo económico de México, que si bien se presentaba como moderno no había extendido sus resultados al grueso de la población. Las decisiones de política económica “se vuelven fatalidades revestidas de virtudes”, pues el peso de la industrialización y el crecimiento económico lo cargaban los amplios sectores populares urbanos.³⁴

En verdad los gastos de la olimpiada no fueron excesivos, su costo fue tan sólo una cuarta parte de los de Tokio³⁵. Era obligación de Ramírez Vázquez hacer un proyecto que no resultara demasiado caro, pero que fuera lo suficientemente exitoso para poner a México en el mundo. Bajo esta lógica parece que la solución fue la olimpiada cultural, cuyos costos eran escasos y estaría acorde con la ideología pacifista que se promovía ese año, declarado por el papa Paulo VI “año internacional de la paz”. Ideología que por mucho empataba con las pretensiones pacifistas del gobierno mexicano;³⁶ en algunos sectores se pensó promover como premio Nóbel de la paz Díaz Ordaz, patrono de los juegos olímpicos.³⁷

No obstante el bajo costo de los juegos olímpicos, en términos sociales había un gran precio por pagar, pues el ritmo de crecimiento y el nivel de distribución de los ingresos no era comparable con el de Japón, ni aún con el de Roma. Aquí hay un problema central con la lógica de la proyección de la ciudad olímpica, ya que ésta no se realizaba con un capital económico y humano acumulado que permitiera la edificación de la infraestructura para la realización de los juegos; por el contrario, se apostó a que sus costos fueran recuperados a futuro, ya no por los ingresos que significaría la realización de la olimpiada, sino por el trabajo estatal y social futuro, como parte de

³² *Instalaciones olímpicas*, p. 413.

³³ ACOJO, caja 130, carpeta IV, informe del 2 de octubre de 1966.

³⁴ Enrique Rajchenberg, “¿Milpas o chimeneas? La política de la industrialización a mediados del siglo.” En *México en el siglo XX*, p. 159. Manuel Gollás dice que la industrialización mexicana históricamente creció a la sombra de la agricultura, y con ello bajo el estigma de una inequitativa distribución de la riqueza, p. 225. En “Breve relato de 50 años de política económica” en Ilán Bizberg, coord., *Una historia contemporánea de México*.

³⁵ Según estimaciones del comité organizador, el costo por atleta sería de no más de veinte dólares, a diferencia de los casi cincuenta que costó en Tokio cuatro años atrás. Eso sin contar los costos de las instalaciones, en las que Japón apostó a la novedad y a la alta multifuncionalidad; destacaron el estadio y la alberca olímpica, que para la fecha fueron dos revoluciones arquitectónicas. *México 68. Memoria del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos*, tomo II.

³⁶ Un conflicto interesante durante la organización de la olimpiada fue el de la inclusión o no de Sudáfrica como país competidor, ya que bajo el “espíritu de los juegos” no se podía aceptar a ningún país que promoviera abiertamente la violencia contra algún sector de su población. La decisión final fue la de negar la participación a Sudáfrica.

³⁷ En la conferencia de Ramírez Vázquez sobre la “Trascendencia de los juegos olímpicos”, dictada al cuerpo de edecanes dijo que “... los juegos de octubre nos permitirán presentarnos a todos los que han aprendido a respetar a todos... México como ‘un lugar en la tierra en que invariablemente se sigue siempre la misma conducta de respeto a todos.’” ACOJO, caja 104, carpeta 6, anexo “A”.

una ideología progresista que veía un camino en línea ascendente para el país y para la economía³⁸. Es por eso que los juegos olímpicos tuvieron una gran importancia en el discurso político oficial, pues significaron la idea de un camino seguro y próspero para los nacionalistas, a un ritmo acelerado y continuo.

La olimpiada del 68 puede ser leída como uno más de los proyectos sexenales que vió su inicio y fin en un periodo presidencial, sin tener asegurada la continuidad por otra administración estatal. Si bien la sede se obtuvo en 1963 (se gestiona desde 1955) como parte del proyecto nacionalista postrevolucionario, de tintes modernizantes y civilizatorios, su realización, su construcción formal y simbólica, corresponde a un periodo de gobierno que sería engrandecido por tal evento, y con la finalidad de que la historia lo glorificara (salvo que ocurriera algo que ensombreciera tal hazaña, no previsto en el programa).

La idea oficial de la olimpiada, representada por Díaz Ordaz, puede resumirse en el discurso del 4 de enero de 1968 en el congreso del trabajo (recién creado en 1966 como mecanismo de institucionalización de demandas laborales no cooptadas por la CTM): “Entonces, estamos trabajando y en ese sentido invoco y exhorto al pueblo mexicano a que coopere para que los Juegos Olímpicos sean un éxito de México (sic.), y regresen satisfechos los participantes y complacidos los visitantes, a hablar bien de nuestra patria a sus respectivos países. A la larga, esa propaganda aumentará el prestigio de nuestro país, que es lo que nos interesa.”³⁹ Prestigio era sinónimo de desarrollo, y desarrollo sinónimo de un buen régimen político dirigido por un buen hombre. Para realizarlo se requería una serie de adecuaciones de la vida cotidiana “del pueblo”, cuyos intereses pretendía representar ideológicamente el sistema político corporativista. Era una labor de todos, en la que convencidos o no tenían que cooperar bajo la dirección de la estructura política tradicional.

La construcción de la representación de la ciudad olímpica, en donde el tiempo vital se trastocaría por un acontecimiento de tal magnitud, que ubicaría el centro del mundo moderno y desarrollo en la ciudad de México, implicaba la transformación de las relaciones sociales al interior de la urbe para adecuarlas (normalizarlas por el uso selectivo de la exclusión o la represión),⁴⁰ en apariencia cuando menos, al proyecto de nación desarrollada. Es claro que para ningún proyecto urbano del México postrevolucionario los habitantes de las urbes, en especial de la ciudad de México, eran material de utopías; en ningún sentido su condición como sujetos sociales fue cuestionada, ni mucho menos contemplada para la transformación de la ciudad. Esto es importante para entender la parte que jugó el Estado en la producción del espacio urbano en el siglo XX, ya que la forma de las representaciones del espacio se basaban en la anulación total de los agentes urbanos, que eran los que configuraban y daban sentido a la vida urbana, que era entendida por el proyecto político postrevolucionario como potencialmente universal y ajena a quienes la hacían.⁴¹

³⁸ “El punto de vista aceptado daba por hecho que el crecimiento económico llevaría a mejorar las condiciones de vida de todos”, Manuel Gollás, *op. cit.*, p. 235.

³⁹ ACOJO, caja 130, carpeta IV.

⁴⁰ M. Foucault, *Vigilar y castigar*.

⁴¹ Según la propuesta de Henri Lefebvre (*The Production of Space*), en la que la representación del espacio es un momento autónomo dentro de la totalidad de la producción del espacio, en donde se concretan las diversas formas de

La frase “México, la ciudad de los palacios”, tan reutilizada en el siglo XX, devela mucho de lo que se consideraba de los sujetos urbanos, pues fuera de los “palacios” no queda espacio para los hombres que día a día hacían la ciudad, que la sostenían porque la practicaban. “La ciudad de los palacios” es una ciudad sin hombres; como las representaciones medievales de la *Urbis*, que son reapropiadas por la modernidad para promocionar los desarrollos tecnológicos, que en cumplimiento de los mandamientos de la modernización y con el argumento del bienestar escondían a los habitantes de la ciudad, los enajenaban de sus espacios para promover una imagen que se adecuara a la ideología de un pequeño sector que creía en el desarrollo político y económico, encabezado principalmente por la burguesía y los sectores políticos institucionales. El argumento es moral, como el que usaron los organizadores de la olimpiada y los promotores del desarrollo urbano en la ciudad de México, que dejaron fuera de los proyectos a los habitantes del espacio que pretendían transformar. Esta actitud no sólo corresponde a los proyectos urbanos mexicanos, sino al funcionalismo arquitectónico en general y al capitalismo en lo particular. La lógica urbana bajo el capitalismo presupone una esencialidad en la función, que será desarrollada a partir de la práctica (productiva) correcta, hipotecando a la forma, cuya belleza y atractivo social es intrínseco al progreso humano (reificado por la práctica del valor valorizándose). Y si la forma es subsumida a la función, también lo será la forma humana, en la multiplicidad de sus expresiones; de manera que su belleza intrínseca, cual realidad ontológica preexistente, se desdoblará por acción de la eficacia (en todo su sentido productivista) de la función particular, universalmente existente (por moderna).

Así, la fuente de toda abstracción del espacio urbano bajo la lógica de la intervención estatal mediante proyectos concretos, la constituyó el valor valorizándose y su forma social expresada en dinero, la ciudad se pensaba como una máquina, de habitar y de producción-consumo de capitales. En la diversidad de relaciones sociales se manifestó como formas de habitar y de ser en el espacio, cuyo principal ejemplo era la tecnología en la vida cotidiana, presente en la mayor parte de los actos individuales y comunitarios, desde defecar hasta dormir, promovidos para la olimpiada. Este valor valorizándose no sólo se expresaba en ganancias materiales, sino en capital simbólico, cuyo mercado correspondía más al intercambio de representaciones en el mundo del espectáculo, donde estaba ubicada la construcción de la imagen de la ciudad olímpica.

La función del Estado en relación con el modo de producción capitalista no sólo es promover y asegurar su realización, sino también la de generar instrumentos ideológicos y culturales que legitimen las relaciones sociales de producción. El Estado, como sistema de mediación entre la socialización y la producción económica, no sólo garantiza la satisfactoria realización de la segunda, sino genera una legitimidad extendida en la primera; y es aquí donde los proyectos políticos se extienden hacia el grueso de la población para hacerla partícipe, al menos simbólicamente, de la necesidad de consolidación las estructuras de producción material y las

entender al espacio bajo un complejo ideológico, podemos darnos cuenta que para el proyecto de la ciudad olímpica la representación del espacio urbano no corresponde con las visiones (de segundo orden) de sus habitantes, sino con el uso radical del fundamento del Estado del uso de la violencia física y simbólica como promotoras de una praxis urbana que reprodujera las pretensiones, hasta entonces existentes sólo discursivamente, del gobierno de Díaz Ordaz.

relaciones de poder existente entre las diferentes clases. Los proyectos de disciplina urbana para la olimpiada cumplían esa función, la de legitimar el proyecto político de desarrollo económico y la de involucrar al grueso de la población en la consecución de tales fines. Esta actividad se desarrolló en el intercambio de significaciones, que lograron socializar la idea de que la olimpiada era de todos, como también el derecho a disfrutarla.

Bajo esta lógica, el proyecto olímpico ideó un programa de disciplina social que estetizaba la vida de los habitantes de la ciudad para hacerla operativa en el marco del evento internacional del que México sería anfitrión⁴². Varias fueron las vías para lograrlo, pero hay dos planes de acción que resulta interesante analizar por sus dimensiones ideológicas. Uno corresponde a una serie televisiva, que a lo largo de 62 capítulos pretendía educar a los habitantes de la ciudad; ésta nunca fue realizada como se programó, pero su configuración es una fuente importante para reconstruir la historia de construcción de la imagen de la ciudad olímpica.⁴³ El otro es un extensivo programa de adiestramiento y control de edecanes, que serían las encargadas de atender a los turistas extranjeros y a los deportistas. Éste sí se realizó, y en ello reside su importancia; si bien su alcance y éxito no se puede medir, sí se puede estudiar la construcción y promoción de acciones, por lo que, de principio, podemos llamar un eficaz aparato ideológico estatal, no sólo por los contenidos y las participantes, sino por extensión a un espacio social cotidiano y su importancia en el proceso de representación del espacio olímpico.⁴⁴

Lo políticamente conveniente

El primer proyecto de normalización (civilizatoria) llevó por título “Conozca su ciudad para mostrarla”. Mayor pragmatismo no podía haber, desde el título mismo se denota el fin de la acción: producir eficientes guías de turistas a bajos costos y con un alto compromiso nacional. El programa se proyectaba realizar con la colaboración de Salvador Novo, cronista oficial de la ciudad de México. Sus intenciones: “... satisfacer las necesidades espirituales del habitante de México, que tiende a conocer con más profundidad los valores tradicionales y modernos de la ciudad para que en un futuro no lejano, y principalmente durante los juegos de la XIX olimpiada, sepa enseñar y mostrar con propiedad todo lo que alcanza un lugar preponderante en la vida, costumbres y bellezas

⁴² La disciplina social es parte de lo que Foucault llama tecnologías del poder, donde lo que interesa no es una supresión de las acciones, sino una motivación de ellas a partir del seguimiento de una serie de estrategias impuestas, y presentadas como concensuadas, en las que las acciones se realizan en el marco de la “normalidad”. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* y “Poderes y estrategias” en *Microfísica del poder*.

⁴³ Este programa no se realizó como estaba proyectado, aunque Salvador Novo hizo una serie sobre la ciudad de México para Televisión, que llevó por título “Charlas con Salvador Novo”, y duró solo 23 programas, en los que se abordaron temas diversos y decididos por el propio Novo. Algunos eran transmitidos en vivo y otros pregrabados. En esta serie ya nada tuvo que ver el comité organizador, incluso Novo firmó una exclusividad para la familia Azcárraga que le prohibía dar charlas o conferencias sobre la ciudad durante el periodo de duración de la serie. Ver Salvador Novo *La vida en México durante el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, tomo II.

⁴⁴ Para una discusión amplia sobre los aparatos ideológicos del estado, ver Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, y el libro compilado por Slavoj Žižek, *Ideología. Un mapa de la cuestión*.

de nuestra ciudad y sus alrededores.”⁴⁵ Dirigido a aquellos sectores de la sociedad que por su disposición estructural en el sistema económico y social podían acceder a los contenidos ideológicos de la televisión, que para las fechas era un nutrido número, sobre todo por la dimensión de socialización con la que se consumía la televisión. En términos de clases, se dirigía a aquellas que se identificaban con las construcciones discursivas del aparato estatal, por creer que sus intereses se veían afectados o beneficiados según el desarrollo del evento.

El programa de televisión, a parte de promover una actitud correcta por parte de los sujetos urbanos, buscaba la elección de quienes deben, en tanto pueden, “conocer” y “mostrar” la ciudad, “su ciudad”. Si bien todos los mexicanos tenían la obligación de mantener una actitud civilizada, no todos tendrían el privilegio de mostrar los alcances de la nación al mundo, a pesar de ser capacitados por los mismos instrumentos mediáticos. Esta representación del espacio respondía a una abierta y privilegiada relación de clases, entre quienes tenían el capital cultural moderno y los medios para practicarlo y entre quienes poseían otro capital cultural, y que por distinto no merecía ser intercambiado. Aunque un amplio sector social tuviera acceso a los contenidos del programa no todos tenían el derecho de practicarlo.

La selección de lo potencialmente exhibible era acorde con la imagen de progreso, sustentado en una historia antiquísima que construyó la ideología nacionalista y que tomaba cuerpo en el evento olímpico, inventando la tradición de una ciudad que era la misma por siempre pero que, a la vez, era la ruptura en el paso histórico hacia el progreso y la modernidad; era tanto permanencia como cambio, “casi el paraíso” del desarrollo histórico de lo mexicano. En este historicismo nacionalista todo era parte de una misma línea de tiempo, cuya dirección era el progreso y el bienestar humano, desde los habitantes del mundo mesoamericano hasta los miembros del estado-nación mexicano, en donde se manifestaba la “evolución” de formas premodernas, pero magnánimas, hacia formas cosmopolitas, contemporáneas. Donde lo que importaba, una vez más, no eran los sujetos históricos sociales que hacían la historia, sino las formas (las cosas) que hicieron, los “monumentos” que dejaron para la historia, que servían como referentes del desarrollo

⁴⁵ ACOJO, caja 50, expedientes 26-35. Los 62 capítulos se distribuían de la siguiente forma: 1 Zócalo; 2 Monte de Piedad; 3 Catedral (por fuera); 4 Catedral (por dentro); 5 Catedral; 6 Palacio Nacional; 7 Palacio Nacional (murales); 8 Suprema Corte de Justicia; 9 DDF; 10 Portal de los mercaderes; 11 Zona Arqueológica del Templo Mayor, Casa del Marqués, Colegio Nacional; 12 Preparatoria (San Ildefonso); 13 San Pedro y San pablo, Sta. Teresa, 14 Primitiva Universidad, Arzobispado, Casa de Moneda; 15 Santísima, Sta. Inés, Casa de Guerrero; 16 Convento de la Merced, San Pablo nuevo y viejo; 17 Museo de la Ciudad, Balvanera; 18 San Bernardo, casa de los Condes de la Cortina, Hospital de Jesús; 19 San Miguel Tlaxcoque, Capilla de Montserrat; 20 San Jerónimo; 21 Biblioteca Nacional; 22 Casa Humboldt, Casa Boker, casa de los conde de Valparaíso; 23 Profesa, casa de los Condes de Miravalle; 24 Casa borda, Casa Prado Alegre, San Felipe, San Francisco; 25 Regina; 26 Vizcainas, Salto del Agua y Mercado de San Juan; 27 Alameda; 28 Bellas Artes; 29 Avenida Juárez, Corpus Christi, Pinacoteca; 30 Tacuba, Betlemitas, Senado; 31 Correos, La Mariscala; 32 San Juan de Dios, Sta Veracruz, San Hipólito; 33 San Fernando; 34 Secretaria de Educación Pública; 35 Aduana, Inquisición, Sto Domingo; 36 Sto Domingo; 37 Cámara de diputados, Colegio de Cristo; 38 Tlatelolco, Plaza de las Tres Culturas; 39 Tepito, la Concepción, Sta María la Redonda, Los Ángeles; 40 Ciudadela; 41 Bucareli, Caballito; 42 Paseo de la Reforma; 43 Alvarado, San Cosme, Buena Vista; 44 Árbol de la Noche Triste; 45 al 50 Chapultepec; 51 Ciudad Universitaria; 52 Estadios y campos deportivos; 53 Mercado: Merced, Jamaica, Lagunilla, San Juan; 54 Unidades habitacionales: Independencia y Aragón; 55 Centro Médico; 56 delegaciones: Xochimilco; 57 Tlalpan, Churubusco; 58 Coyoacán, San Ángel; 59 La Villa; 60 Azcapotzalco; 61 Museos; 62 Comunicaciones en la ciudad de México.

civilizatorio del mítico pueblo mexicano, que dejó de construir pirámides, templos de tortura y casas coloniales, para producir edificios modernos, funcionales, civilizados y universales. Así se podía hablar indistintamente de la Merced y de Coyoacán, como si ahí flotara un espíritu intemporal de lo mexicano, que se expresaba en las formas y en la tradición (inventada) de una práctica urbana inexistente.

Además, esta construcción de la ciudad, como un concepto cerrado y no como concepto de la práctica social⁴⁶, se situaba topológicamente en la zona en la que se ubicaron las instalaciones deportivas. Del centro histórico (simbólico) de la ciudad, que era como fuente de todo el espacio urbano, cual luz irradiante; que se extendía desde un lejano pasado (precivilizatorio) hasta un presente separado de su origen (tanto espacial como socialmente).

El fin buscado era "... una gran enseñanza para que nos convirtamos todos en hospitalarios guías conociendo los *secretos de la ciudad y sepamos convenientemente mostrarla*"⁴⁷ Este pragmatismo en la construcción de la imagen de la ciudad estaba en sintonía con lo que la ideología nacionalista, desde una óptica occidentalizante y pretendidamente moderna a cabalidad, promovía como parte del desarrollo histórico de lo económico, lo político y lo social, que se materializaba en las formas seleccionadas. Así eran parte de la estabilidad del régimen (post)revolucionario tanto la Catedral Metropolitana como la Ciudad Universitaria, por no decir Tepito y San Ángel. Todas ellas expresión del *conveniente* "ser del mexicano", protegido por el Estado.

En la mayoría de las entrevistas otorgadas por Ramírez Vázquez decía que ningún país del mundo estaba libre de los pobres; pero como la mayoría de los países que seguían un proceso de modernización, los pobres eran ocultados y entendidos como un mal pasajero que el desarrollo erradicaría por sí solo, como la evolución de la ciudad había hecho con las prácticas antiguas⁴⁸. Los pobres de la ciudad no existían, como en el más radical idealismo, en tanto no se les representara; podía existir atraso, no marginalidad ni contingencia, ya que el atraso era parte de una misma temporalidad hacia el futuro del progreso y el bienestar. Mientras lo otro es la exclusión del proceso, que en términos ideológicos no era posible en un estado libre y democrático, por tanto en la "realidad nacional".

No era novedad que un régimen nacionalista hiciera uso de las imágenes para promover su ideología, y mucho menos que se aprovechara del desarrollo tecnológico, que en el caso mexicano es lo que ayudó a consolidar lo que desde el siglo XIX se perseguía: una ideología nacionalista de

⁴⁶ La ciudad-concepto es tema de Michael De Certeau, *La invención de lo cotidiano* y la ciudad como referencia a prácticas sociales de Bernard Lepetit, *Las ciudades en la Francia Moderna*. La primera responde a una abstracción tan grande que reduce los contenidos concretos de la vida humana en el espacio urbano. La segunda, por el contrario hace referencia a la ciudad como una dimensión de la praxis, que existe por la práctica misma y no al margen de ella.

⁴⁷ ACOJO, *Idem*. Cursivas mías

⁴⁸ La caja 294, que contiene los informes preliminares para las memorias del COJO, en las que se incluyen las entrevistas otorgadas por Ramírez Vázquez, así como sus diversos informes presentados en el COI, donde se puede encontrar reiteradamente la afirmación de que en México como en el resto del mundo hay pobreza, la diferencia, con algunos países, es que México está trabajando para erradicarla. En julio del 68, en el programa de formación de edecanes, subrayó: "no somos un gran país que está cayendo en la pobreza, somos un gran país que está saliendo de ella."

usos sociales extendidos. Pero como todo proyecto nacionalista, dejó fuera a un gran número de sujetos sociales que no practican los espacios simbólicos donde el nacionalismo se representa, en este caso la televisión. No obstante también hubo campañas de radio y en periódicos para promover la disciplina social entre los diferentes sectores de la ciudad. “Pórtate bien mexicano, que va a venir la olimpiada”,⁴⁹ era el slogan de la campaña de radio con el que se pretendía interiorizar el buen comportamiento de lo ciudadanos. Recurría a una fórmula tradicional para significar la necesidad de acatar las órdenes y de seguir con la buena compostura, pero en el fondo era una metáfora de lo que la olimpiada significó para muchos de los habitantes de la ciudad y del país: una especie de entidad abstracta, incorpórea, que parecía “venir” más allá de las prácticas y necesidades de los habitantes, sobre todo de aquellos que no compartían, por no habérsela apropiado, la ideología progresista y de lucimiento internacional.

Es claro, como ya se dijo, que el capital humano de la urbe no era material de utopías, sino instrumento de eficiencias. Los proyectos para hacer la vida fácil (racional con respecto al fin de promover a México en el mundo) durante el año en que la ciudad sería capital del mundo deportivo y cultural, tenían la característica de disciplinar a los habitantes de la urbe para que fueran unos buenos anfitriones de una fiesta que ellos no habían organizado, pero se les hizo creer que era parte suya. Incluso, podemos afirmar que en la población había un gran sector que creía en su participación en la organización de la olimpiada y en el desarrollo exitoso del evento, y esto se reflejó en el gran silencio histórico que cubrió a la masacre estudiantil diez días antes de la inauguración de la olimpiada. Los aparatos ideológicos y culturales del Estado funcionaron tan bien en ese periodo, que lograron silenciar lo que años posteriores sería una de las deudas históricas. En el mercado ideológico las representaciones construidas por la ideología nacionalista tuvieron una alta demanda y un uso social difundido, en contra de aquellas promovidas por voces disidentes. Ello también justifica la violencia contra los sectores que no se integraran al consenso nacional; claro que existía un margen de diálogo (en el mercado lingüístico), pero la violencia siempre era una solución, sobre todo si las acciones no correspondían con el bienestar universal de los mexicanos.

Para tomar medidas contra las contingencias del espacio urbano, se formó un ejército, no precisamente militar (que ya existía en los planes de disciplinamiento social, el Destacamento Militar Olímpico (DMO), del que el Batallón Olimpia sería parte)⁵⁰, sino más bien, por paradójico que pueda sonar, civil, conformado por un cuerpo de edecanes, sujetas a un intensivo proceso de selección y adoctrinamiento por parte de un grupo de especialistas. La iniciativa estuvo a cargo de Diana Salvat, esposa del secretario de comunicaciones, coordinara y responsable de este batallón de mujeres encomendadas a difundir entre los turistas la imagen *conveniente* de la ciudad de México.⁵¹

⁴⁹ ACOJO, caja 105, fólter 45

⁵⁰ El DMO cubría las funciones básicas de seguridad de los atletas y los turistas, principalmente en las zonas de mayor afluencia como lo la Villa Olímpica y área del Estadio Olímpico; su presencia debía ser silenciosa y discreta para no interferir con las labores cotidianas de la policía del DF, que era la encargada, en primera instancia, de resolver los conflictos y mantener la seguridad. Se pensó como grupo de emergencia. ACOJO, Caja 109.

⁵¹ Las funciones de las edecanes eran las de atender a los turistas, mostrarles la ciudad, proporcionarles información necesaria; ayudar a los atletas instalados en la Villa Olímpica a moverse por la ciudad. Funcionaban como un eficiente

En la plática final del curso de adiestramiento y normalización, realizada el primero de julio de 1968, Salvat dijo a los edecanes:

Nosotros tenemos la obligación de presentar una imagen verdadera del México en que vivimos... de manera que puedan llevarse (los visitantes extranjeros) la imagen real de un mexicano real que trabaja innegablemente por terminar con sus carencias, de las cuales ellos tampoco se salvan... Si por una parte no debemos exagerar nuestro nacionalismo trasnochando nuestros valores, para no faltar a la discreción, tampoco debemos descubrir algunos aspectos de nuestra problemática nacional cuando ellos específicamente no se interesen en el asunto *-en otras palabras, sino se dan cuenta, mejor-*. En una u otra forma, es el momento de comunicarle al mundo por medio de los visitantes nuestro particular mensaje de país nuevo; es el momento de comunicar las inquietudes de nuestras generaciones con todo lo positivo que ellas encierran.⁵²

“Si no se dan cuenta mejor” puede ser la frase que englobe el espíritu de la representación de la ciudad olímpica y del país completo que promovió el gobierno durante 1968, no sólo en la organización olímpica, sino en toda la política de promoción de la imagen del estado-nación. Efectivamente el estado-nación en México no podía promover una construcción simbólica de sí mismo en la que los contenidos no empataran mínimamente con la vida social, al menos con algunos de ellos (los más folclorizados o los más reificados), lo que sí podía hacer era omitir contenidos, ocultándolos por la fuerza, por la persuasión o por el olvido premeditado. O como mejor dice la sabia voz popular, “los trapos sucios se lavan en casa”, lo que había que mostrar al exterior era cordura, cordialidad y armonía, cual momento del tiempo fuera de su espacio y promovido por el mundo en una postal. En otros términos, hacer lo correctamente político, donde el conflicto social se anulara por las buenas formas de acción y conducción en el mundo.⁵³

Este ejército de edecanes tenía la labor de la discreción, toda acción que vista por ojos extranjeros, que para la ideología oficial estarían todo con actitud de jueces duros y severos, debía ser lo moralmente digerible. Para ello recibieron una formación adecuada, con la información selecta y suficiente para mostrar al mundo lo que el mundo quería ver de la ciudad de México. Otra vez más, los aparatos ideológicos del estado entraron en funciones para disciplinar y normalizar por medio de un cuerpo de miembros de la sociedad civil (la de los propietarios privados) que se encargaba, en su función de cuerpo “apolítico”, de defender los intereses de la nación. Bajo la lógica de ser sede los juegos olímpicos era fácilmente defendible el proyecto nacional promovido por el Estado, pues el reconocimiento internacional era por sí sólo un escudo de defensa a los ataques contra la nación y (la supuesta) cultura mexicana.⁵⁴

grupo de guías de turistas, que se distribuían a lo largo del área que cubría la Ciudad olímpica, desde el aeropuerto hasta Coyoacán. *México 68. memoria oficial de los juegos olímpicos*, tomo II.

⁵² ACOJO, caja 104 carpeta 9, anexo “A”, cursivas mías.

⁵³ Esta estrategia para con los turistas era muy importante, si tomamos en cuenta que para la segunda mitad del siglo XX el turismo se convirtió en un asunto de agencias de viajes y de guías de turistas, dejando en el olvido las viejas prácticas de exploración del siglo XIX.

⁵⁴ En la misma charla Diana Salvat les dijo: “Es de suponer que habrá de interesarse [el extranjero] en la organización social y política de nuestro pueblo, desde luego ustedes no darán una información sociológica profunda para satisfacer a nuestros huéspedes, sin embargo, con respuestas sencillas, en cuanto más sea posible, adecuadas e inteligentes... presentando argumentos, hasta cierto punto indestructibles, la estabilidad en que vivimos y la consideración internacional que para México tienen los demás países de la tierra.” ACOJO, caja 104 carpeta 9, anexo “A”.

En términos de las relaciones sociales, la venta de servicios era la más enajenante de todas, pues no sólo se vendía un producto, la fuerza de trabajo, sino que además se vendían sentimientos. Un intendente que trabajaba en el funcionamiento de las instalaciones olímpicas podía refunfuñar y hacer las cosas de mala gana, pero una edecán no podía maldecir su trabajo a la hora de realizarlo, no al menos simbólicamente, pues su neutralidad sentimental es lo que debía regir su comportamiento con el público. Podemos decir que la imagen olímpica promovida por el estado mexicano era doblemente enajenada, en un primer momento por la socavación de los contenidos formales de la representación oficial de lo mexicano que se promovía durante la olimpiada; y en un segundo momento, por la promoción, porque los que la realizaban tenían que suspender sus sentimientos para hacer su tarea.

La recompensa a tanta enajenación era la victoria, pírrica, de una nación entera. Los que trabajaban en la promoción de México y lo mexicano, debían tener la esperanza de que su recompensa sería otorgada por la nación, que crecía y se nutría de la aprobación del mundo exterior. La promoción se centraba en la idea de una ciudad más allá del bien y del mal, donde no había mejores o peores, sino simplemente diferencias en un universo de modernidad, que, como el agua, estaba compuesta de los mismos elementos pero que en su forma concreta presentaba particularidades compositivas.⁵⁵

Pero en el terreno de la construcción ideológica se tenían que cubrir todos los frentes por los que se asomara la imagen de la capital de una nación. Así, la publicidad no podía escapar al control ideológico, para asegurar que sus contenidos fueran lo positivamente correctos. Para ello el comité organizador emprendió una campaña de difusión como nunca antes se vio en México, no sólo a nivel local, sino, principalmente, a nivel internacional, con cerca de 100 artículos oficiales promovidos por el mundo, traducidos a diferentes idiomas por solicitud directa de los países interesados. También se publicaba la *Carta olímpica* donde se detallaban, además de las condiciones históricas, económicas y sociales de la nación, el desarrollo de las instalaciones olímpicas y las innovaciones en materia deportiva que se presentarían en los juegos. Ésta se publicó en inglés, francés, alemán y español.

Para cubrir esta actividad había una secretaría en el comité que se encargaba de controlar la información textual y gráfica para que los reporteros elaboraran sus artículos, evitando una promoción no deseada. Era muy frecuente que los países interesados en hacer un reportaje solicitaran la información necesaria para elaborarlo, desde datos concretos, generalmente sobre los costos de la olimpiada, hasta información gráfica sobre el país. Además la misma secretaría cotizaba y buscaba precios para publicar artículos sobre la olimpiada en diferentes revistas

⁵⁵ Como parte de la formación de las edecanes, Alejandro Ortega San Vicente, secretario general del COJO, dio una plática sobre el objetivo de la labor que tenían que desempeñar, de la que se desprende una clara idea de ciudad: “La misión de ustedes, jóvenes mexicanos de hoy, está en nutrir su cortesía con el orgullo y limpiamente legítimo de que la ciudad que muestran, posee valores radicales que la hacen no inferior, sino diferente de las demás capitales del mundo, que es más antigua que muchas de ellas, que no ha cesado de transformarse, crecer y embellecerse en los 6 siglos y medio de vida ininterrumpida que lleva de existir.” ACOJO, caja 104, carpeta 9.

extranjeras, pero esta práctica no era tan frecuente como la petición de información por parte de las publicaciones extranjeras interesadas en saber algo sobre México.⁵⁶

Hay que recordar también que 1968 fue el primer año en que las olimpiadas se transmitieron en vivo y a color a gran parte del mundo, por lo que era necesario contar con instalaciones adecuadas para realizar la transmisión que no estaba en manos de empresas mexicanas. Las instalaciones de la televisora local eran insuficientes, por ello se montó un avanzado centro de prensa en la Villa Olímpica, además de disponer las antenas de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas para tal fin. Con ello se tuvo el control técnico de la transmisión, a la que se sumó el control de los contenidos publicitarios.

La intervención de Ortega San Vicente, secretario general del comité organizador, ante los miembros de la publicidad nacional, puede ser considerada como el doctrinario de la política publicitaria para la olimpiada. En primer lugar la campaña publicitaria se debía centrar en el tema “La olimpiada mexicana no será onerosa para el país”, donde se tenía que desarrollar la idea de que “ningún gasto que se origine de la celebración de los juegos olímpicos será gravoso para la economía actual y la estructura de México, ya que todo tendrá una justificación por su uso social posterior.”⁵⁷ Otra vez la idea de lo barato se presenta; no sólo era necesario que fuera un mandamiento de acción para el comité organizador, sino que tenía que ser promovido hacia toda la población para que ésta se convenciera de que era cierto, y así asumir que el costo de los juegos estaba garantizado en la utilidad posterior de las instalaciones. Y esto no era precisamente sinónimo de austeridad, ya que la producción de *souvenirs* cubría desde ceniceros hasta ropa, inundando la ciudad con objetos comercializables con temas olímpicos. La producción y promoción de estos artículos estaba controlada por el comité, que licitó la producción, pero absorbió gran parte de ella, como parte de los obsequios que se les daban a todos los competidores, jueces y miembros de las delegaciones deportivas, como aquellos invitados y visitantes distinguidos.⁵⁸ Lo sustancial es la expresión pública del compromiso con la nación y el gobierno que debían asumir los publicistas:

La ciudad de México ha sido distinguida al designarla sede olímpica, y todos los mexicanos debemos sentirnos con el compromiso y colaborar con ese cumplimiento. Por lo tanto, de que la cooperación de quienes dirigen gran parte de la publicidad nacional, y de quienes siempre se han mostrado dispuestos a servir a los intereses generales de la nación, depende en gran parte proyectar al país y al mundo la imagen del México moderno, de nuestras costumbres, de nuestro sentir, de que somos un pueblo que siempre ha luchado por la paz, que es hoy además de un ideal de justicia, una necesidad del género humano...⁵⁹

La responsabilidad de la olimpiada debía ser compartida por todos, pues no se pondría en juego la imagen de la nación, que se entendía como expresión de todos y cada uno de los mexicanos, que en el fondo, como la imagen olímpica, eran modernos, también por disposición oficial, pero finalmente

⁵⁶ Toda la información de la dirección de difusión se encuentra en las cajas 96, 98 y 99 del ACOJO. Se incluyen recortes de revista, cotizaciones para publicar artículos en periódicos extranjeros, solicitudes de información.

⁵⁷ Plática de Alejandro Ortega San Vicente a los directivos de la Asociación Nacional de Publicidad, el 29 de noviembre de 1967, en ACOJO caja 294, carpeta III.

⁵⁸ ACOJO, caja 325.

⁵⁹ *Idem.*

modernos. Pero la responsabilidad adquirida tenía que manifestarse físicamente en la ciudad de México:

... deseo hacerles partícipes de una sugerencia que estoy seguro valorarán en todo su significado. El Patrono de los Juegos [Gustavo Díaz Ordaz] expresó el deseo de que durante los Juegos Olímpicos, toda la ciudad de México sea un monumental escaparate de *los ideales de paz y confraternidad* entre los hombres y los pueblos, que también reflejan las olimpiadas, colocando en todos los anuncios publicitarios exteriores y aparadores de la Capital mensajes alusivos a este tema... Esto dará a México un aspecto excepcional, único en la historia, que expresará ampliamente el espíritu de un pueblo unido en los más altos ideales del hombre⁶⁰

Donde se lee “ideales de paz y confraternidad” podemos leer modernidad y progreso, y entender el significado de la campaña publicitaria y de la construcción de la representación de la ciudad de México como ciudad olímpica, incluidos sus espacios sociales y cotidianos. Había un referente inmediato de violencia en el mundo, la guerra de Vietnam y la liberación del tercer mundo, pero ideológicamente se construyeron como confrontaciones por salir del trazo y por entrar al progreso moderno. La paz y la confraternidad entre los hombre era consecuencia del desarrollo político, social y económico de las naciones modernas, entre las que incluía México. Si el principio de la elección de México como sede para olimpiada era su impacto simbólico en la guerra ideológica de la segunda mitad del siglo XX, es de suponer que los contenidos ideológicos del Estado mexicano siguieran alimentando esa idea. El que la olimpiada se haya convertido en bandera de la paz y de la competencia armónica de los países respondía más al conflicto de clasificaciones que significó la guerra fría, que a la ideología pacifista entre los atletas.⁶¹ Hablar de paz era hablar de equilibrio económico y de estabilidad política.

Hasta aquí se ha reconstruido la historia de la ideología que está detrás de la representación de la ciudad olímpica y de los espacios urbanos que la componen, como parte del proyecto nacionalista del país. Lo anterior es el esbozo de explicación de un inconciente político promovido por los aparatos estatales, pero consumido en el mercado de los valores simbólicos por una demanda extendida de gran parte de la sociedad urbana de la ciudad de México, y de buena parte de los habitantes del estado mexicano. No es sólo una cuestión discursiva al vacío, sino que detrás existe un convencimiento real de los postulados por el proyecto olímpico, tanto de quienes los elaboran como de quienes los practican, en los diferentes niveles y posiciones estructurales. Lo que queda claro es que, aun a pesar de lo extendido de su práctica, la distinción de clase quedó plasmada en los diferentes planes del proyecto olímpico, y esto es sólo consecuencia del proceso de imaginación e invención de una ideología nacionalista, generada por pequeñas élites para ser promovida socialmente. Las tecnologías del poder son también comunicación que se promueve por medio de prácticas sociales que interiorizan y reproducen las estructuras básicas del poder.

⁶⁰ *Idem.* Cursivas mías.

⁶¹ La delegación estadounidense fue el ejemplo claro que la paz y la competencia neutral entre los atletas no existía. Algunos de los deportistas negros que compitieron en atletismo y ganaron medallas, levantaron su mano derecha cubierta por un guante negro que simbolizaba el Black Power de la lucha antirracial de los en los Estados Unidos. Los deportistas que incurrieron en este hecho fueron expulsados de su delegación al regreso a su país.

La representación del espacio urbano por el Estado moderno en general, y el mexicano en particular, se fundamentaba en la construcción de una serie de prácticas disciplinarias hacia sujetos universales, anulando todo resquicio de disenso o duda. En la forma ideal de espacio urbano los sujetos eran sólo actores de un teatro en el que todos debían saber sus papeles, o sufrir las consecuencias de la exclusión o del adoctrinamiento violento.

Faltan partes para reconstruir la totalidad histórica de la ciudad olímpica, hasta ahora se han analizado las tecnologías del poder que construyeron la imagen de la ciudad olímpica, los procesos ideológicos que están detrás de los contenidos objetivos del espacio. Queda por analizar las prácticas espaciales desde la producción de la forma. También la contrapolítica espacial, sus praxis y sus lugares. Por último, el fin de una ideología que, al mismo momento que alcanza su grandeza, en otros espacios se disloca.

II. LA CIUDAD IDEAL: LA IMAGEN DE LA OLIMPIADA

La construcción de las instalaciones para la realización de la XIX olimpiada y la configuración de un proyecto urbano como telón de fondo, estaban enmarcadas por la necesidad de construir espacios que sintetizaran los argumentos a favor de la obtención de la sede; además, debían sintonizar con la forma arquitectónica de los países que avalaban la realización de tan internacional evento. El propósito era erigir un entorno de impronta racional impulsado por una reivindicación moral, que tenía fe en el progreso y odiaba al eclecticismo.¹ La idea era hacer complejos edificios, pretendidamente neutrales, de ambientes vacíos y animados artificialmente, en cuya realización se expresara formalmente el sentimiento de ser moderno, que era un fundamento de los juegos olímpicos del siglo XX. La arquitectura escondía el funcionamiento de la economía capitalista y la racionalización instrumental para una mejora cuantitativa de ciertas relaciones entre fines y medios dirigidas a maximizar los beneficios,² que para el efecto no sólo eran económicos, sino también de capital político y simbólico. Estos capitales eran la base de la ideología nacionalista de un régimen que se presentaba como internacionalmente moderno y localmente tradicional.

La ciudad olímpica sería la expresión de una particular forma de construcción de la idea de modernidad, promovida por la clase política y por el campo de producción arquitectónica, en un país que creía alcanzar los parámetros internacionales de progreso, y con ellos el calificativo de avanzado. Era la actualización del “mito del desarrollo”, cuyo único fin era el desarrollo mismo. Éste se presentaba como un “efecto de túnel”, en el que se podía tolerar la injusticia y el reparto desequilibrado de los resultados mientras se creyera en la inercia de un movimiento ascendente hacia la prosperidad, aunque no se viera para todos; como en un túnel en el que no se ve la luz de salida, pero en el que existe la convicción de que ya alguien la ha visto.³ Esa ciudad debía ser la materialización sincrónica y la penetración de la supuesta prosperidad en todos los niveles sociales, de la consecuente integración e identificación de los sujetos que la vivían, como también de la legitimidad política y de la distribución simbólica, idealmente equitativa, de los resultados obtenidos y por obtener; como si la riqueza y el desarrollo llegara a todos los habitantes, que siendo beneficiados tenían que ser parte, y asumirse como tal, del proyecto ideológico que sustentaba la mejora, aprobando, con ello, tácitamente, la intervención estatal que repartía hipotéticamente las utilidades.⁴

¹ Cualquier país que quisiera tener la imagen de moderno debía adoptar el funcionalismo racionalista en la arquitectura, y México no fue la excepción. Este tipo de arquitectura se convirtió por antonomasia en la triunfadora sobre otros tipos de arquitectura moderna.

² Klaus Horn, “La racionalidad con respecto al fin en la arquitectura moderna. Contribución a la crítica ideológica del funcionalismo”, en Heide Berndt, coord., *La arquitectura como ideología*, p. 114.

³ Cfr. Cândido Mendes, “Crisis del desarrollo. Praxis y entelequia”, p. 140, en Cornelius Castoriadis, et. al., *El mito del desarrollo*.

⁴ Penetración, integración, identificación, legitimidad y distribución son entelequias funcionales de la ideología del desarrollismo en su periodo inclusivo, *Idem*, p. 140.

La construcción del “paisaje” olímpico era ante todo una afirmación estética de la política nacionalista que buscaba la aprobación del mundo internacional;⁵ respondía a planteamientos ideológicos extra-arquitectónicos y extraurbanísticos. El Estado promotor y responsable principal de la modernización del país necesitaba evidenciar sus avances y logros por medio de grandes conjuntos y edificios elaborados por una arquitectura de orden internacional. Desarrollismo económico y monumentalismo arquitectónico fueron, una vez más, la fórmula para resolver los problemas de la imagen urbana. Durante mucho tiempo el Estado patrocinó a los arquitectos mexicanos para que apuntalaran la imagen moderna de México, y ese año no sería la excepción.⁶ El papel que habría de jugar el arquitecto nunca fue claramente planteado por el gobierno ni aceptado de manera conciente por los exponentes de esta profesión. La situación imperante de la relación Estado-arquitectos, desde la consolidación del régimen posrevolucionario, consistía más en asignar proyectos para alcanzar objetivos ideológicos que sirvieran al régimen, que en dictar una serie de lineamientos compositivos, como si lo hicieron los regímenes políticos más autoritarios.⁷ La producción cultural arquitectónica nacionalista y de financiamiento estatal era una especie de tiempo y espacio mítico, donde visiones disímiles de la realidad se podían juntar en una espaciotemporalidad fuera del “aquí y el ahora”; así, pudieron convivir los más radicales universos simbólicos de producción estética en un mismo espacio, como por ejemplo en el edificio de la rectoría de Ciudad Universitaria (CU), de Mario Pani, heredero de los beneficios económicos de la revolución, rematado con un mural de Siqueiros, un radical y ortodoxo socialista.

La relación entre Estado, nacionalismo y arquitectura, después de la lucha armada de principios de siglo, era parte del proceso global de construcción de la modernidad en México, y con ella del proceso histórico de producción del espacio, principalmente urbano, que servía de escenografía a la economía capitalista. Esta relación tenía una dimensión estética, una política y otra económica, que estaban mediadas por los procesos de producción y práctica del espacio. Parto de una tesis para intentar explicar esta relación que en 1968 se sintetizó en la ciudad de México: “El

⁵ Paisaje se entiende aquí como la dimensión visible del espacio y como una configuración territorial del trabajo, del espacio producido, de formas y contenidos. Ver Milton Santos *Por una geografía nueva*, y *La naturaleza del espacio*, p. 19.

⁶ Desde los años treinta, una vez que se consolidó el nuevo Estado, la generación de arquitectos racionalistas, que se formaron en su profesión durante el periodo de la lucha armada o pocos años después, se dedicó a edificar los espacios que confirmaban la solidez de las instituciones políticas postrevolucionarias. La imagen que correspondiera con ese tránsito político estaba por hacerse, y los arquitectos no dejaron de contribuir con ella. Destacan los proyectos de construcción de hospitales, en los que trabajaron, bajo la supervisión de José Villagrán, Yáñez, Del Moral. El terreno educativo fue otro de los privilegiados, no sólo por la construcción de las nuevas escuelas, esontruidas por O’Gorman, Ramírez Vázquez, y entre las que estaba el Politécnico; sino también por el monumental edificio que construyó Pani para la Escuela Normal Superior, y las modificaciones a la Secretaría de Educación Pública. Los edificios de la administración pública también fueron privilegiados, se construyeron las secretarías de Salubridad, de Comunicaciones, de Relaciones Exteriores y el Banco de México. Esta generación de arquitectos racionalistas, que se educó en el periodo en el que la arquitectura como disciplina de escuela de arte, de tradición francesa, estaba en crisis ante la necesidad de profundizar en su carácter técnico, trabajó bajo el patrocinio estatal para edificar el moderno Estado mexicano; salvo las figuras de Juan Segura, Luis Barragán, Sordo Madaleno, Augusto Álvarez, entre otros, que apuntaron indirectamente la imagen del desarrollo económico del país, pues su trabajo era promovido y financiado principalmente por sectores privados.

⁷ Antonio Méndez-Vigatá, “Política y lenguaje arquitectónico. Los orígenes posrevolucionarios en México y su influencia en la arquitectura pública, 1920-1950”, p. 63, en Edgard Burian, ed., *Modernidad y arquitectura en México*.

modernismo es una respuesta estética atribulada y fluctuante a las condiciones de la modernidad determinada por un proceso particular de modernización”.⁸ Es decir, que la producción estética del modernismo, entendida como acto socialmente simbólico, es en relación a la socialización de lo cultural, lo político y las determinaciones de lo económico en el mundo moderno, a partir de las particularidades histórico-sociales concretas, a manera de negación coyuntural de lo real. La modernización, como racionalización instrumental de la economía material, impone límites a la modernidad, que es una experiencia vital, espacio-temporal, fundamentada en la destrucción creadora. El modernismo es, entonces, una mediación histórica a estas formas de percepción y de prácticas socio-espaciales y socio-temporales de la producción industrial racionalizada. Esta afirmación permite particularizar la dimensión histórica del caso mexicano mediante el estudio del desarrollo diferencial de las generalidades de lo moderno de la sociedad moderna; es claro que su desarrollo histórico no es unidireccional ni unívoco, que sus límites no se pueden medir a partir de los logros materiales e intelectuales de la centralidad capitalista.⁹ México era tan moderno como el mundo europeo, por decirlo de alguna manera, con un desarrollo diferencial de las condiciones generales (abstractas) de la modernidad.

Siguiendo con lo anterior, no se pueden asignar significados objetivos al tiempo ni al espacio con independencia de los procesos materiales e ideológicos, y sólo a través de la investigación de éstos podemos fundamentar los conceptos de los primeros.¹⁰ La práctica espacial se vive a través de su simbolización y está acorde con su representación, que implica conocimiento e ideología. Por tanto, el estudio del espacio olímpico debe tomar en cuenta los proyectos sociales, los fundamentos políticos, las construcciones discursivas sobre el espacio y las prácticas socioespaciales.

Espacio utópico y poder (de clase)

El fundamento formal de la proyección de la ciudad olímpica seguía los parámetros más rígidos del funcionalismo racionalista arquitectónico y su conciencia ontológica, donde los fines, como las cosas, tenían su belleza y perfección intrínseca, y al darles forma no había otra intención sino develar su esencia inmanente en el mundo de la razón (instrumental) y del proceso civilizatorio capitalista. Antes de analizar las construcciones arquitectónicas elaboradas para la olimpiada es necesario hacer un alto para tipificar brevemente las características generales de la arquitectura que sirvió de modelo para el proyecto olímpico; donde funcional-racionalismo se volvió una planificación de necesidades que no dejaba lugar a cosas no previstas, condición indispensable para

⁸ David Harvey, *La condición de la postmodernidad*, p. 119.

⁹ Perry Anderson, “Modernidad y revolución” en Nicolás Casullo, comp., *El debate modernidad-postmodernidad*. La tesis de García Canclini, de un modernismo sin modernidad y sin modernización es poco afortunada, pues no se da la perspectiva histórica al proceso.

¹⁰ Cfr. Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Milton Santos, *La naturaleza del espacio*.

los fines olímpicos. La racionalidad funcionalista convertía a los hombres en funciones de un sistema espacial organizado por la razón instrumental.¹¹

La arquitectura de vanguardia del siglo XX se definía: contra la tradición, que representaba tiempos pasados ya superados; como universalismo formal, acorde con la generalidad de las necesidades del hombre; contra el adorno, pues el desarrollo de la razón permitía la sencillez ornamental de los espacios; como una nueva objetividad, arquitecto como ingeniero especializado, que subsumía la dimensión estética a la utilidad técnica; como solemne, creación de espacios majestuosos, que promovía el uso ceremonioso, cívico, de los espacios; calificando los materiales de más a menos, porque el desarrollo de la industria de la construcción se fundamentaba en el uso privilegiado de algunos materiales sobre otros (Le Corbusier calificó al concreto como la piedra del siglo XX); por las megaestructuras y la gran ciudad, que fueran expresión de la magnitud del desarrollo humano; por el hacer ciudad y por su heroísmo social, los nuevos espacios pretendían irradiar de racionalidad a su entorno.¹² Lo moderno en arquitectura se precisaba como el modo inevitable de hacerla, correspondiente al tiempo de la máquina y el progreso racional, y no a un simple estilo formal. El espacio moderno se basaba en medidas, posiciones y relaciones. Era cuantitativo; se desplegaba mediante geometrías tridimensionales; era abstracto, lógico, científico y matemático: era una construcción mental, antes que una realidad producto de la práctica cotidiana.¹³

¹¹ El funcionalismo racionalista es el nombre más correcto para designar a la arquitectura de vanguardia del siglo XX, que ha sido mal llamada de estilo internacional, pues en ella hay varias tendencias que persiguen un mismo fin. La tendencia pionera fue la de Chicago, que encabezaron Louis Sullivan y Frank Lloyd Wright, que recuperaban gran parte del pensamiento utopista urbano inglés de finales del siglo XIX, el de John Ruskin y William Morris, sobre todo; para promover explícitamente una arquitectura que subordinara la forma a la función. Los planteamientos utopistas del siglo XIX los retomó la vertiente alemana, originada en la república de Weimar, en planteamientos prácticos y político-económicos; encabezados, por lado la figura de Adolf Loos, que promovía un tratamiento específico con los materiales y con el ornato, que califica de delito (en 1906 publica *Ornato y delito*); por otro lado estaban las pretensiones de hacer arte desde la técnica en una obra unitaria (reunión de todas las artes en un objeto), promovida por Herman Mahesius y Walter Gropius, entre otros, fundadores del movimiento “Arts and Craft”, que se transformó en el Werkbund y posteriormente en la Bauhaus. Del movimiento de la Bauhaus salió Ludwig Mies van der Rohe, un arquitecto que emigró a Estados Unidos para promover una arquitectura que respondiera al espíritu de la época y que mediara entre el desarrollo tecnológico y la intimidad del sujeto moderno. En Francia, antes de Le Corbusier, Anthony Garnier y Auguste Perret habían pensando en hacer funcional a la arquitectura, el primero en “la ciudad industrial” y el segundo en la integración de los nuevos materiales para facilitar la construcción. Le Corbusier fue el primero en calificar abiertamente a los espacios arquitectónicos como máquinas, que debían funcionar como relojes suizos, para ello propuso un sistema universal de medidas antropométricas y de necesidades humanas por satisfacer. Pietro Maria Bardi, Antonio Sant’Elia, Giovanni Muzio, en Italia, fueron los promotores de una arquitectura futurista y maquinista, que promovía industrializar la vida humana, y para ello veían con buenos ojos el fascismo, como el sistema social que aseguraría el éxito de la era de la máquina. Otras propuesta de arquitectura moderna fueron: las del español Antonio Gaudí, la del escandinavo Alvar Aalto, el brasileño Oscar Niemeyer, que pensaban la arquitectura de una forma más organicista. Louis Khan, a mediados del siglo XX fue de los primeros en mediar entre el funcionalismo radical y la expresión en arquitectura. Lo que había de común en todas estas formas de pensar la arquitectura funcional racionalista era el precepto de que el fin antecede a la forma y que la manera de solucionar el proyecto tendría que ser racional y dirigida a la comodidad (productiva y de consumo) del ser humano (como sustancia universal) en una era de progreso industrial y tecnológico nunca antes vivido por la humanidad. Pero esta forma de pensar y hacer arquitectura no fue la única moderna que se conoció en el siglo XX, antes de que consolidara había otras formas como el *art nouveau*, el *art déco*, y el eclecticismo. Ver Benevolo, *Historia de la arquitectura moderna*; Kenneth Frampton, *Historia crítica de la arquitectura*; Hanno-Walter Kruft, *Historia de la teoría de la arquitectura* y José María Montaner *Arquitectura y crítica*.

¹² *Idem*.

¹³ José María Montaner *La modernidad superada*, p. 32.

Esta propuesta estilística se desarrolló en un periodo de conflictos y crisis sociales, por lo que pretendía responder por medio de una reconstrucción de las estructuras sociales, acordes con el desarrollo de la ciencia y la tecnología, a través de la socialización de nuevas formas espaciales y de nuevos objetos de la vida cotidiana. Inicialmente fue la Primera Guerra Mundial, y la necesidad de reconstruir la vieja Europa aristocrática bajo nuevos principios tecnológicos que propiciaran y consumieran el desarrollo industrial. Después fue la crisis económica del 29, que urgió una solución por medio de la racionalización de la optimización del uso del suelo, con un mínimo de inversión y mantenimiento, y una máxima rentabilidad. Antes de la Segunda Guerra Mundial y de la total reconstrucción Europa bajo la lógica de la acumulación fordista, la recomposición del Estado-nación impulsó la arquitectura funcional-racionalista como un espacio ordenador del caos formal que reinaba en las ciudades, donde convivían diversos estilos y temporalidades, para convertirlos en estabilidad, equilibrio y continuidad, con el pretexto de rastrear los orígenes de la arquitectura nacional; finalmente imponían autoritariamente un orden que se pretendía eterno.¹⁴

La producción de nuevos espacios para los hombre nuevos, hijos del progreso de la vida material, bajo el principio de la racionalización científica de las prácticas y los tiempos, basada en la repetición simplificada de prototipos, era el fundamento ideológico de arquitectura funcionalista, que respondía a una necesidad moral de transformación social, a un proyecto de hacer espacios que estuvieran acordes con las necesidades del mundo tecnológico y de la forma de acumulación fordista, que era la punta de lanza de la acumulación capitalista racionalizada.¹⁵ Esta arquitectura, como parte de la vanguardia artística, era una expresión estética que no pretendía ir en contra de los valores de la burguesía, la clase hegemónica, como la mayoría de las vanguardias; lo que sí pretendía, como las demás, era transformar a la sociedad para adecuarla al nuevo orden internacional, en su caso, al tiempo de la máquina.¹⁶ Incluso en los países del socialismo real la función era la misma, con la salvedad que el fin simbólico, de control y disciplina, era más explícito que en el capitalismo, que enmascaraba la vigilancia y la represión con los calificativos de libertad individual y de democracia.¹⁷

¹⁴ Carlos González Lobo, “Arquitectura en México durante la cuarta década: el maximato, el cardenismo”, en *Apuntes para la historia y crítica de la arquitectura mexicana del siglo XX: 1900-1980*, vol. 2p. 52.

¹⁵ La modernización es el proceso de racionalización extrema, con respeto a fines, de la producción industrial, en particular, y de las relaciones sociales de producción, en general; que funciona con un fundamento pretendidamente científico que avala las prácticas y proyectos económicos. El resultado buscado, además del inconsciente productivismo capitalista, es la producción de bienes materiales destinados a la satisfacción de las “universales” necesidades humanas. En su desarrollo histórico hay cinco grandes modelos: el inglés, el estadounidense, el franco-alemán, el ruso y el japonés. Los dos primeros responde al periodo de la revolución industria, el pionero es el inglés y el que marcó la pauta para los demás países, es el ejemplo clásico de la transición de distintos modos de acumulación, de uno agrícola desarrollado, a uno industrial. Estados Unidos, por su parte, era el modelo de una rápida industrialización sin pasar por el periodo de desarrollo agrícola. El franco-alemán, por el contrario, era el ejemplo de una transición hacia la industrialización con una deficiente producción agrícola. El ruso fue el ejemplo de transición forzada hacia la industrialización con éxitos inmediatos. El japonés reasentaba el cambio radical de las formas económicas tradicionales, premodernas, a otras modernas de una manera radical y exitosa.

¹⁶ Ver Mario de Micheli, *Las vanguardias artísticas del siglo XX*.

¹⁷ En la URSS, después de un periodo de proyectos utópicos que duró hasta finales de la década de los años veinte, que pretendían hacer las ciudades de la nueva sociedad socialista, el realismo socialista llegó a la arquitectura. El debate giraba en torno a la necesidad de trascender la ciudad de impronta capitalista, para lo que se hicieron proyectos urbanos en Magnitogorsk y Stalingrado, cuyo fundamento era la necesidad de materializar en el espacio la ineludible

La nueva arquitectura se comprometía a fondo con la nueva técnica e intentaba plasmarla integralmente desde adentro, en lugar de limitarse a adornarla; desde los cercanos al socialismo como Hanns Meyer y Gropius, hasta los más abiertos simpatizantes del autoritarismo, como Le Corbusier, defendían este principio. En el acto mismo de elevar a la categoría de programa la fría y desnuda correspondencia con el fin, era necesario humanizar la técnica percibida como una potencia extraña, como algo monstruoso.¹⁸ Estetizar la técnica y humanizar la producción industrial como medio para lograr la utopía de una sociedad de ocio sostenido por el desarrollo tecnológico, administrado por la burguesía, era un fin de esta arquitectura, desde los diseños de la Bauhaus hasta la proyección de una ciudad capital enteramente moderna como Brasilia.¹⁹

Los espacios funcionalistas materializaban y extendían una serie de mitos de la modernidad, como los del individuo y la democracia.²⁰ Pretendían asegurar un espacio íntimo para cada sujeto, mismo que sería expresión de la subjetividad desdoblada en el entorno. Por otro lado, hacían más homogénea la estructura del espacio, segregando las funciones urbanas en contenedores estadísticamente eficientes, que eran legitimados bajo el discurso de la democracia y la igualdad. La ausencia de ornamento era sinónimo de libertad, de neutralidad del paisaje, que por definición estaba exento de las diferencias de clases; resultando espacios anónimos en su significado y en su práctica. Le Corbusier proponía ciudades radiantes que en un mismo espacio aglutinaran a la diversidad de sujetos urbanos existentes, y que al habitar los nuevos espacios se darían cuenta de la igualdad de sus necesidades. Incluso en la imagen urbana, la diferencia de los edificios se perdía por el tratamiento uniforme y estandarizado de las composiciones, generando un paisaje “igualitario” de

socialización de los bienes y servicios. Así se proyectaron ciudades con construcciones lineales como rayos solares, que segmentaban las distintas funciones que debían realizarse en la ciudad, privilegiando la producción y la habitación; las formas básicas, además de ser austeras, eran ejemplo claro de lo que se llamó brutalismo arquitectónico. Incluso en las zonas agrícolas, se fomentó la construcción de espacios organizados en torno a una pretendida socialización; estos proyectos se conocieron como “desurbanistas”, que estaban en contra del urbanismo por calificarlo de burgués; por ello era indispensable fundir la producción agrícola y la producción industrial en un mismo espacio. Ver Hanno-Walter Kruft, *op. cit.*, pp. 705ss.

¹⁸ Klaus Horn, *op. cit.*, p. 97.

¹⁹ El uso social de esta expresión artística fue lo que Walter Benjamin llamó la “estatización de la política”, en contraposición a la “politización de la estética”, ya que bajo los principios por los que se hacía anulaba toda dimensión política de negación y transformación de prácticas sociales. “Esta estatización de la política parece que es el punto culminante del arte por el arte, donde el arte es un objeto de contemplación para sí mismo; su autoenajenación, ha alcanzado un grado tal, que le permite vivir su propia aniquilación como goce estético de primer orden.” Nota 17 a la tesis XIX “La estética de la guerra”, en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica (URTEXT)* p. 99.

²⁰ La modernidad institucionalizada en el campo político, en el campo cultural y en el campo moral, fundamentó su existencia con la creación de mitos; narraciones estructuradas que representaban una dimensión de lo real para contarlos de una forma que sirviera de acto fundador de prácticas concretas que aseguraran la reproducción de las estructuras sociales básicas. Así el mito del individuo cuenta que los sujetos son dueños de su voluntad, expresión máxima de la autarquía y la particularidad diferencial, como una especie de Robinson que puede solo construir un mundo. Lo que este mito oculta es la cosificación de los sujetos en el mundo del intercambio mercantil capitalista, donde la existencia es susceptible de convertirse en cosa que se posee y, con ello, potencialmente intercambiarse; el sujeto se vuelve un propietario privado de sí mismo. El mito de la democracia, cuenta cómo estos sujetos autárquicos, que por su alto grado de racionalización y abstracción del mundo, construyen su mundo colectivo a partir de la elección en igualdad de posiciones y condiciones, para respetar y acatar la decisión de las mayorías. Lo que este mito pretende fundamentar es la acción colectiva de legitimación del mundo social, que, bajo esta lógica, es un producto de la decisión de la mayoría, y no una imposición de un sector. Otros mitos de la modernidad son el del desarrollo, el del Estado, el del progreso, el de la libertad. *Cfr.* Bolívar Echeverría, curso de “Filosofía y economía”, en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, semestre 2004-1.

libre consumo, cuya práctica espacial estaba más allá del bien y del mal de la lucha de clases y clasificaciones, anulando el valor simbólico por la universalización de una representación elitista del espacio urbano. Las líneas rectas y en ángulo de 90° usadas en muros lisos y en espacios abiertos a la circulación ordenada y estandarizada, eran el elemento formal predilecto. Los elementos compositivos se reducían hasta un mínimo posible, el fin era, en palabras de Frank Lloyd Wright, lograr más con menos.

Este paisaje continuo era parte del mismo proceso histórico de la mundialización de la acumulación fordista-taylorista, que bajo la lógica de producción en serie y del carácter científico de la distribución de los tiempos y los lugares para clasificarlo según funciones, proyectaba una forma urbana que lo reflejaba, de edificios similares, como construidos en serie. Esta lógica se reprodujo no sólo en las formas espaciales, sino en la vida cotidiana misma, donde se vivía para producir un día exactamente igual al anterior.²¹ Esto fue una revolución de la vida cotidiana, donde el espacio reproducía los fundamentos de la acumulación del capitalismo del siglo XX como parte del sistema de la regulación de las relaciones sociales y políticas, en un modo de acumulación que cada vez dejaba menos factores al azar.²² Los sistemas constructivos se generalizaban como los productivos, no sólo en sus procedimientos, sino también en sus elementos formales básicos; la insistencia en la reproductibilidad convirtió a la arquitectura en cuestión de diseño de prototipos para habitar.

Esta producción del espacio encubría el interés de la burguesía por estandarizar el mundo social y con ello sus relaciones, que pasaban de una comunicación afectiva a una corporativa, que eliminaba de la producción del espacio estéticamente deseado la lucha de clases bajo una sobriedad formal que servía de escenario para tecnologías del poder de un “mundo moderno”, industrialmente construido. La arquitectura de la época de la máquina era la arquitectura de la burguesía, que con estos nuevos espacios prescindía por completo los resabios de la rancia aristocracia decimonónica y anulaba las propuestas formales de lo no moderno, promoviendo una serie de códigos, objetos y prácticas que aseguraban la continuidad temporal de estas formas espaciales. Los espacios para la producción, los de habitación y los de servicios se alejaron del ornato aristocrático, neoclásico, que reinó en la arquitectura hasta finales del siglo XIX, para promover mundos abstractos. La arquitectura se volvió abstracta cuando el mundo también, los contenidos simbólicos dejaron de ser explícitos para recubrirse de un aura de razón; así como el dinero perdió su sentido de equivalente general en el intercambio mercantil simple para convertirse en la fuente de toda abstracción

²¹ La extraordinaria crítica que de esto hace Chaplin en *Tiempos modernos*, sirve de referente temprano para una práctica que se ha extendido hasta la fecha.

²² En el sentido de Agnes Heller. Aunque ella pensaba el concepto como elemento necesario para transitar de una sociedad capitalista a una socialista, aquí se emplea en un sentido de análisis histórico. Porque es gracias a que las formas de regulación de la acumulación fordista revolucionaron la vida cotidiana de la mayor parte del mundo después de la segunda posguerra, por mediación del Plan Marshall, que el capitalismo de la “edad dorada” (en sentido hobsbawmsiano), de existencia basada en el consumo extenso y pleno empleo, se convirtió en una fantasía diurna (que después de la caída del bloque socialista se volvió la utopía por realizar). Ver *La revolución de la vida cotidiana*.

económica (“tiempo es dinero”), la arquitectura dejó de ser el espacio existencial del “ser en el mundo” para convertirse en lugar funcional de los hombres en el sistema (racionalizado) social.²³

Los espacios racionalizados perseguían la utopía del mundo adecuado al tiempo del progreso, configurar la fisonomía del “mejor de los mundos posible”, donde los logros de la humanidad entera se materializaran en el habitar del hombre nuevo. Este hombre nuevo encarnaba en el burgués, que a diferencia del aristócrata, disimulaba la diferencia por medio de la socialización extendida de sus formas de vida; el consumo y práctica de los objetos de la clase hegemónica se presentaban como cercanos a todos, que sólo tenían que esforzarse por alcanzarlos.

Estas eran las generalidades de una arquitectura que internacionalizó sus fundamentos bajo una multiplicidad de composiciones formales, en distintos lugares del sistema-mundo, por distintos arquitectos y en condiciones desiguales. La producción estética mexicana también asumió como suyos estos lineamientos generales; lo que significaba no sólo la entrada al progreso de una nación en construcción, sino además la evolución de las formas y las prácticas de una población que se representaba como anticuada, como lejana a los logros del desarrollo humano. Durante los años de la construcción del nacionalismo posrevolucionario, la arquitectura jugó un papel muy importante, y no lo dejó de jugar durante la edificación de la ciudad imaginaria que sería sede de la XIX olimpiada

Urbanismo, arquitectura y modernidad en la ciudad de México

En la construcción de la imagen de la ciudad olímpica se continuaba un debate en la arquitectura mexicana, hasta entonces no resuelto: cómo integrar a una arquitectura moderna, que rechazaba abiertamente el ornato, el nacionalismo mexicano, que era, por la construcción ideológica estatal, plástico (ornamental) por antonomasia. La pretensión de imagen cosmopolita de los gobiernos posrevolucionarios fue seguida involuntariamente por las artes y “sólo la arquitectura era ciertamente moderna, pero nada convincentemente nacional”.²⁴ La arquitectura quedó un tanto fuera del concierto del nacionalismo posrevolucionario por sus resultados formales, que no reflejaban las intenciones nacionalistas de sus proyectistas, que se ufanaban de buscar una arquitectura propia, de expresar “el ser” de lo mexicano; pero que en los resultados no lo lograban (en gran parte por la imposibilidad real de construir algo que reflejara un inexistente ser nacional). Desde Pani, fiel exponente de la tradición europea en la que se formó, hasta Enrique Yáñez y Raúl Cacho, miembros de la Unión de Arquitectos Socialistas, la idea de una arquitectura mexicana era una necesidad que buscaba plasmarse de las más diversas formas, desde el monumentalismo, la integración plástica o la recuperación de elementos vernáculos. El multifamiliar Juárez, de Pani

²³ Frederic Jameson, “The Brick and the Balloon: Architecture, Idealism and Land Speculation”, en *New Left Review*, num. 228

²⁴ Jorge Alberto Manrique “El futuro radiante: la ciudad universitaria”, en Fernando González Gortázar, coord., *La Arquitectura mexicana del siglo XX*, p198.

(1952) sirvió de lugar para colocar los murales nacionalistas de Carlos Mérida; el Hospital de la Raza (1952) y el Centro Médico (1958) de Yáñez, recurrieron a la monumentalidad de las formas para intentar espacios nacionalistas, que combinó con las intervenciones pictóricas de Siquieros, Rivera y Arenas Betancourt; las casas de Luis Barragán pretendían recuperar los colores y las texturas de la vivienda “vernácula” de la provincia mexicana para darle un toque nacional a sus formas racionales en los espacios de habitación.

El debate se ganó en favor de una arquitectura más internacionalista que mexicana. Pero para llegar a este punto hubo un momento coyuntural en la arquitectura en México, la construcción de CU (1952), que fue punto de transición que dividió el discurso arquitectónico mexicano en un antes y un después. Antes de CU, la arquitectura de intenciones nacionalista era un ejercicio presente, aunque disperso; después de ella, una práctica olvidada en las composiciones formales, pero recordada en las intenciones y en los discursos.²⁵ En el proyecto de CU se enfrentaron tres grandes corrientes del racionalismo en México, la parte más radical y seguidores fieles de Le Corbusier, encabezados por Juan O’Gorman, contra los racionalistas más flexibles, menos austeros y menos ascéticos, del grupo de Pani. Los seguidores de Villagrán, como una tercera postura, se mantuvieron más cerca del grupo de Pani y un tanto independientes. CU representaba el pináculo de más de 20 años de arquitectura mexicana moderna, en un espacio formalmente nacionalista. El resultado fue una “culminación desviada”; un ápice que al alcanzarse se convirtió en una propuesta diferente.²⁶ Y como esa propuesta diferente estaba también la arquitectura olímpica, que formalmente cedió su ingenio a las líneas austeras y solemnes de la arquitectura racionalista europea y estadounidense, sin siquiera atender a lineamientos formales pretendidamente nacionales, como las escalinatas o los taludes.

La imagen urbana de 1968 ya no tenía ningún resabio de la rugosidad estilística de la primera arquitectura posrevolucionaria, que aún se mantuvo en la época del desarrollismo.²⁷ La tan recurrida integración plástica, que funcionaba más como integración al nacionalismo de la arquitectura y de sus usuarios, no se presentó en las obras de la olimpiada, su muerte anunciada fue CU y la estocada de muerte la daría el proyecto del Museo Nacional de Antropología. En éste último, la integración plástica sirvió más a fines decorativos y de instrumentación de políticas modernizadoras, que como

²⁵ Para lograr una arquitectura nacionalista en CU se recurrió a tres las soluciones que funcionaron anteriormente. La primera fue la utilización de materiales “mexicanos”, como la piedra volcánica de la zona. Además se usaron trazos formales que copiaban formas prehispánicas, como segunda solución; la última opción fue integrar elementos plásticos de reconocido valor nacional como el muralismo. Esta última, más conocida como integración plástica hizo posible que la arquitectura de CU se montara al carro nacionalista cultural de la época. La apuesta por una arquitectura nacionalista y moderna se ganó, pero también fue el inicio de una crisis entre estos dos fundamentos. Jorge Alberto Manrique, *op. cit.*, pp. 198-201.

²⁶ *Idem*, 197.

²⁷ Desde las primera obras funcionalistas, hechas en la década de los años veinte, las de Carlos Obregón Santacilia, como arquitecto del Estado (autor de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, 1929) y las de Juan Segura, arquitecto del sector privado (el edificio multifuncional Ermita, 1930), se presentaba una ornamentación que no empataba del todo con las pretensiones funcionalistas de la arquitectura europea y estadounidense. Esta rugosidad en formas racionalizadas también se presentó en las primeras construcciones de Pani, como el hotel Reforma (1936), el hotel Plaza (1946) y la Escuela Normal Superior (1947).

expresión de las formas nacionales.²⁸

La necesidad de espacios fabriles, administrativos y de comercio transformó la fisonomía de la ciudad y la forma arquitectónica nacionalista. El uso de acero y concreto posibilitaba la sustitución de masa por volumen, los edificios crecían hacia arriba y no hacia los lados;²⁹ la simetría por regularidad;³⁰ y la decoración por el purismo arquitectónico. La adopción de la sencillez de la arquitectura funcionalista internacional se vio como una opción que a todos convenía: a los habitantes les daba la sensación de que respondía a las peculiares exigencias de cada uno; a la burguesía, que anhelante la solicitaba y la consumía, le parecía la imagen misma de la modernidad, a la que veían reflejada en la preeminencia del vidrio en las fachadas, de muro a muro y de piso a techo, que a unos les evocaba la imagen de la higiene y a otros el contacto racionalizado con la naturaleza. A los rentistas no les quedó la menor duda de que la nueva arquitectura abarataba la calidad de la construcción y también los costos de producción.³¹

La idea de una arquitectura nacionalista era más bien una lectura, en “clave nacionalista”, de las formas, y no una práctica. Aquí aplica, en la radicalidad en todo su sentido, la frase popular “todo depende del cristal con el que se mire”, y el cristal para ver la arquitectura en México era el del nacionalismo, pues estéticamente no había forma tal, salvo algunos ejercicios que resultaron aislados en la generalidad de la producción arquitectónica, como el caso del Anahuacalli (1940), o el Monumento a la Raza. La recuperación de formas prehispánicas en la arquitectura en México, que era calificada como la evidencia del nacionalismo, correspondió más a un exotismo internacional, como la influencia maya de Utzon en la Opera House de Sydney, que a un nacionalismo trasnochado.³² Así que la recuperación de los elementos prehispánicos (sobre todo del periodo clásico) como el talud-tablero en la arquitectura de Teodoro González de León y de Abraham Zabludowsky, no eran precisamente una continuidad en la tradicional forma de construcción arquitectónica, sino una fuente de inspiración que no sólo sirvió a los arquitectos mexicanos. El exotismo fue más una fuente de cosmopolitismo,³³ que una del nacionalismo arquitectónico, que era más una concesión que un compromiso. De cualquier forma la lectura de los espacios producidos después de la revolución eran leídos como nacionalistas mexicanos, cuyo principio de realidad estaba en su entorno, que no empataba con la idealización espacial nacional por no ser parte de esa comunidad imaginaria ya sea por la excesiva reproducción de cajas de zapatos como edificios o por el, aún más amplio, paisaje de casas grises.³⁴

²⁸ Alberto Híjar, “La integración Plástica”, en Fernando González Gortázar, coord., *op. cit.*, p. 222ss.

²⁹ La densidad de edificios como el Guardiola, de Obregón Santacilia (1938), era sustituida por el volumen de edificios, como el de la aseguradora Anáhuac, de Sordo Madaleno (1958).

³⁰ La simetría de los primeros hospitalarios de Villagrán, como el Sanatorio para Tuberculosos (1929), fue sustituida por la regularidad de conjuntos como el Hospital General del ISSSTE (1968), de Yáñez.

³¹ Ramón Vargas Salguero “El imperio de la razón”, p109. En Fernando González Gortázar, coord. *op. cit.*

³² Antonio Toca Fernández, *Arquitectura y ciudad*, p. 61.

³³ *Cfr.* Mario de Micheli, *op. cit.*

³⁴ “La expresividad en arquitectura depende directamente de las convenciones formales aceptadas por el público”, José María Montaner, *La modernidad superada*, p. 97.

Al alejarse del formalismo plástico el nacionalismo arquitectónico de la primera mitad del siglo XX mexicano, no sólo se adoptó como definitiva una estética occidental europea y estadounidense, sino también las prácticas sociales que la acompañaban, promovidas desde el consumo de “nuevos” y “modernos” objetos que sustituían a los aún frecuentemente utilizados (y prácticos) artefactos de la vida tradicional, premoderna y preindustrial. Esta promoción en términos de su realización práctica entró en conflicto en una dimensión social donde los objetos de la modernidad capitalista se consumían con cierto recelo y eran colocados junto a los viejos trebejos de la vida arcaica; la lavadora seguía acompañada por el lavadero de piedra; la aspiradora de la escoba; las ollas de acero inoxidable de las cazuelas de barro; los trapeadores de las jergas.

La arquitectura de nivel internacional que ya desde 1937 gozaba de reconocimiento externo,³⁵ tenía que enfrentarse a las prácticas sociales que no seguían los ritmos planteados por las nuevas formas espaciales, que incluso las contravenían al grado de transformarlas o hacerlas inoperantes. Lo cual no se reduce a la simplista fórmula de la modernidad contra la tradición, como dos realidades preexistentes que se enfrentan en un momento dado. Es más bien parte del proceso de una modernidad histórica que tuvo que reproducirse en una temporalidad distinta a la de sus proyectos, pues éstos eran plenamente realizables sólo mediante la transformación global de las relaciones sociales, tanto productivas como culturales. Y en el caso mexicano los ritmos de transformación de los diversos sistemas sociales eran tan distintos por los procesos históricos y culturales que en ellos se sintetizaban; algunos campos pudieron integrarse rápidamente a la modernidad, como el del arte, y otros tardaron mucho tiempo, e incluso su integración fue más por inercia que por transformación, como el habitar.

Relacionado directamente con los ritmos históricos de un capitalismo periférico, en el que los fundamentos de este modo de producción no se consolidaron como parte del sistema social hasta muy avanzado el siglo XX, en consonancia con la expansión mundial de un modo de acumulación de impronta estadounidense y de sus formas de regulación social. La modernización de la economía mexicana estaba atravesada por la necesidad internacional (geopolítica) de adopción de un sistema social impulsado por un Estado moderno y por una clase hegemónica, y por la poca disposición política de transición, que en su realización se tradujo en un sistema político clientelar y de hombres fuertes, lo que fue un freno estructural para la revolución sociocultural que significa la vida moderna.

La modernización social administrada por el Estado mexicano del siglo XX se pensó sólo en términos formales y no en transformaciones estructurales de las prácticas cotidianas y de relaciones sociales profundas, que funcionaban al margen de una producción de la vida material que por su brillo hacían creer en una lenta pero segura expansión de sus fundamentos sistémicos. El milagro mexicano, en armonía con la edad de oro del siglo XX, ensombrecía la inconsistencia social de un

³⁵ 1937 se publicó el libro de Esther Born *The New Architecture in Mexico*, en Estados Unidos, donde se señalaban los logros formales de la arquitectura en el México posrevolucionario. Ver Enrique Yáñez, *Del funcionalismo al postracionalismo. Ensayo sobre la arquitectura contemporánea en México*. Este reconocimiento demostró cuan internacionales eran los trazos de una arquitectura que se debatía por ser nacionalista y que desde principio de siglo estuvo más en sintonía con las formas mundiales que con las necesidades plásticas de una nueva ideología.

medio que crecía más por el impulso internacional y por la intervención ideológica del “american way of life”, que recorría todo el mundo occidental, que por su extensión en la vida social de un país en donde no se promovían las estructuras sociales que sostuvieran ese desarrollo magnánimo, como el pleno empleo y el consumo voraz de los nuevos artefactos industriales. No obstante esta deficiencia, los resultados del desarrollo económico se hacían sentir en el grueso de la población urbana que veía cómo la comodidad de su vida mejoraba sustancial y silenciosamente por el beneficio que significaban los objetos y espacios de la vida moderna. No sucedía lo mismo en el campo, donde los conflictos internos provocados por la política económica obligaban a la emigración hacia los polos urbanos con la esperanza de una vida diferente.

La racionalización de la economía mexicana era un simulacro social cuyos costos tuvieron que pagarse en las décadas del setenta y del ochenta, donde quedó expuesto lo aparente de una realidad que se daba por cierta.³⁶ El pleno empleo y el consumo acelerado de los nuevos sectores medios urbanos, no era sino una apariencia sostenida por un desarrollo acelerado de la producción (como realización exitosa del productivismo capitalista al vacío), que en un periodo de hiperacumulación de capitales y de reducción de ganancias descubrió la inconsistencia social de una forma de consumo que no podía sostenerse por sí misma, ni por la intervención estatal. A pesar de los esfuerzos fiscales por mantener la estabilidad monetaria, que desde el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines se implementaron, hasta que fue imposible evitar la crisis durante el gobierno de Echeverría.

La arquitectura de esta edad dorada compartía de los mismos principios estructurales que la economía; su modernidad, reconocida internacionalmente, era sólo externa y no de contenido; pero en la inercia de su desarrollo generó transformaciones radicales. Los espacios más novedosos de la ciudad de México, que serían ejemplo ante el mundo, no promovían la revolución de las prácticas urbanas; se construían como si la metamorfosis llegara sola, al margen de las relaciones con los objetos que componían los espacios. En los departamentos de condominios y de los multifamiliares, que tanto enorgullecieron a la ideología de la arquitectura nacionalista, se instalaban “arcaicos” lavaderos en lugar de promover espacios habitables gracias a la tecnología, que en el caso serían las lavadoras.³⁷ Por no mencionar los problemas de las instalaciones que con el paso del tiempo resultaron insuficientes para las demandas de las nuevas y “modernas” mercancías que llenaban los

³⁶ Simulacro en el sentido de Baudrillard, donde se confunden la copia y el original, al grado tal que el segundo cubre al primero. *Cultura y simulacro*.

³⁷ Augusto H. Álvarez recuerda que “para hacer departamentos en México, un requisito fundamental eran los cuartos de servicio. En Estados Unidos esto no existía ni existe. En México tenía que haber cuartos de servicio, no había forma de evadirlos.” En Augusto H. Álvarez *Historia oral de la ciudad de México. Testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*, p. 25. Abraham Zabludovsky decía algo similar, decía: “Yo no creo en la idiosincrasia *innatus*, pero sí en la existencia de algunas circunstancias que marcan diferencias entre usuarios mexicanos de un tipo dado de vivienda y un usuario de una vivienda similar en otro país. Esta distinción más bien la determina el sistema económico del país, que permite hacerse de ciertos ‘lujos’ a gente que con el mismo ingreso no los podría costear en otra nación. Quiérase que no, eso influye en las características de la vivienda. Aquí, un ‘riquillo’ o gente de medio pelo puede prescindir de muchas cosas, pero por lo general tienen servicio doméstico. La presencia de una sirvienta es un factor que modifica sustancialmente el sistema de una casa, puesto que obliga a tener en ella un tendedero... una serie de servicios que no contienen en otros países. En el departamento más lujoso de Nueva York es muy difícil que dispongan de una lavadora.” Abraham Zabludovsky, *Historia oral de la ciudad de México*, p. 57.

hogares mexicanos.³⁸ De ello se lamentaba Pani, pues el primer gran multifamiliar en el mundo, el Miguel Alemán, resultó deficiente en sus instalaciones a los pocos años de su funcionamiento, a pesar de la lentitud de su doblamiento: las calderas eran insuficientes para la demanda de agua caliente, la instalación eléctrica no resistió las sobrecargas originadas por el amplio uso de electrodomésticos.³⁹ Los experimentos no dejaron de hacerse y el último gran laboratorio fue la unidad Nonoalco-Tlatelolco, que desde su construcción evidenció una contradicción entre fines y medios, o por decirlo de otro modo, su irracionalidad. Destinada a la transformación urbana de la herradura de miseria que circundaba al centro histórico, por medio de espacios novedosos para los habitantes del lugar, terminó convertida en una microciudad presa de la especulación de la renta de la tierra destinada a sectores medios y burocráticos de la urbe, que de alguna forma ya vivían bajo los principios de un mundo tecnológico, al que además de aceptar como propio, demandaban su consumo exclusivo.

La entrega total a una estética urbana internacional, en la segunda mitad del siglo, también correspondió a la apertura al capitalismo monopolista internacional, que no sólo hacía presencia física, con nuevas tiendas de servicios y edificios de funcionamiento, sino que se presentaba en forma de deuda externa.⁴⁰ Esto fue importante para la producción del espacio, no únicamente por las restricciones económicas, sino por la transformación del paisaje urbano, al que se sumaron edificios de corporaciones transnacionales, que no sólo importaban nuevas relaciones de producción basadas en la tecnología, sino también sus estilos arquitectónicos sobrios, operativos, deleznable.⁴¹ En este terreno destacaron las figuras de Augusto Álvarez y Sordo Madaleno, que trabajaron para edificar las instalaciones del capitalismo monopólico, tanto corporativas como de consumo.⁴² No es

³⁸ Una vez más el ejemplo de CU. Cuenta Pani que la decisión para la construcción de las áreas de estacionamientos en el conjunto se determinó por Enrique Del Moral, basándose en el presupuesto de que él, director de la Facultad de Arquitectura, llegaba en autobús todos los días a trabajar, por lo que estos espacios no tenían que ser tan amplios ni numerosos, en virtud de que, según sus cálculos, menos de una tercera parte de la población total del campus tenía vehículo automotor. Ver Mario Pani en Pablo Quintero (comp.) *Modernidad en la arquitectura mexicana (18 protagonistas)*. Esta anécdota es otra muestra de cómo las formas modernas no empataban con los usos, ni con los objetos que las mediaban.

³⁹ Ver Mario Pani, *Los multifamiliares de pensiones*.

⁴⁰ Ceceña, *El capitalismo monopolista y la economía mexicana*, y Marichal, "La deuda externa" en Ilán Bizberg, coord., *Una historia contemporánea de México*.

⁴¹ Decía A gusto Álvarez que "para hacer los edificios de oficinas en México se siguió más el concepto norteamericano (sic.). El concepto de oficinas europeo es muy diferente, todavía muy arcaico, por decirlo de alguna manera. Pero en Estados Unidos sí se ha desarrollado más y de eso tenemos mucha influencia. Porque, además, los mexicanos han visto cómo se trabaja en esas oficinas y, por si fuera poco, hay muchas empresas mexicano-americanas en esta ciudad que han contribuido a cambiar el concepto. Creo que sí hay mucha influencia, pero lo que les está faltando a muchos de esos edificios es justamente aquello que le comentaba: los aspectos atractivos y agradables que requiere un espacio de trabajo." *Historia oral de la ciudad de México*, p. 43.

⁴² Las primeras construcciones de impronta estadounidense, después de las tiendas de servicio Sears Roebuck, en Insurgentes, y el Palacio de Hierro, en la calle Durango, que empezaron a edificar estos dos arquitectos fueron para compañías de seguros y bancarias. Augusto Álvarez edificó: para la compañía de seguros Latinoamericana (1952); el Banco del Valle de México (1955), el edificio de Seguros la Libertad (1959), el edificio de Seguros Tepeyac (1960), el edificio Jaysour para las oficinas del Banco de Cédulas Hipotecarias (1964), el edificio de Seguros Provincial (1967), edificio para la aseguradora La Interamericana (1971) y las oficinas de IBM México (1972). Juan Sordo Madaleno construyó: los Laboratorios Wyeth-Vales (1950), edificio de Seguros Anáhuac (1958), el Hotel Presidente en Acapulco (1958), los laboratorios Merk Sharp & Dohme (1962), el Hotel María Isabel (1962), el edificio Ford (1963), edificio DM Nacional (1963), Plaza Universidad (1969), Plaza Satélite (1971), Centro Comercial Bosques de las Lomas (1973). Ver Louise Noelle, *Arquitectos contemporáneos de México*.

casualidad que entre 1968 y 1969 se construyera la primera plaza comercial de impronta estadounidense, “Plaza Universidad”, en la que no sólo la actividad mercantil se desarrollaba bajo los principios sociales del consumo conspicuo de la sociedad de la opulencia, sino que además se vendían en un solo lugar los artefactos del mundo industrial. Esta plaza fue el germen de la construcción de los siguientes centros comerciales, en muchos de los cuales trabajó Sordo Madaleno, que planteaban una relación hasta entonces novedosa con el consumo. La disposición de los espacios de manera horizontal, acompañado de espacios de descanso como bancas y restaurantes, hacían del ir de compras una especie de paseo en un lugar cómodo y tranquilo; las áreas de circulación daban la impresión de un espacio abierto, irrestricto, que mediaban el acceso a las exclusivas tiendas. Era como una metáfora de la socialización del consumo, que se presentaba como libre, dispuesto, para cualquiera y cuya única llave de acceso era el precio de las mercancías.

Durante los años sesenta, después de un periodo de austeridad promovido por el gobierno de Ruiz Cortines, la arquitectura tomó un segundo impulso de crecimiento. En este periodo, donde las formas sobrias de impronta europea y estadounidense reinaron por completo, las fuentes de financiamiento se diversificaron, ya no era el Estado el principal impulsor del paisaje moderno de la ciudad de México, también el sector privado cobró un importante papel, sobre todo por la demanda y consumo de nuevos edificios de oficinas. De 1960 a 1970 las construcciones de financiamiento estatal más destacadas en la capital de país fueron, además de las instalaciones olímpicas, la Unidad Independencia, en San Jerónimo; la Unidad Nonoalco-Tlateloco, la Secretaría de Relaciones Exteriores y el edificio de la Tesorería del DF, en el centro de la ciudad; el Museo de Arte Moderno, el Museo Nacional de Antropología y el Museo de Historia Natural, en Chapultepec; la Unidad Balabuena las unidades Aragón, Kennedy y Santa Cruz, al oriente; la Unidad Lomas de Sotelo y el conjunto habitacional Mixcoac al poniente; Unidad Habitacional la Patera al norte y el Hospital Infantil en avenida del Imán. En cambio los edificios más vistosos, reflejo del desarrollo económico los construyó la iniciativa privada; al sur estaban la Universidad Iberoamericana, el Estadio Azteca, el club deportivo La Nacional, el edificio de la Provincial, el edificio de CELANESE Mexicana, el edificio de la Interamericana, Plaza Universidad. En la zona del Paseo de la Reforma estaban el edificio de DM Nacional, el Hotel María Isabel, el edificio de Seguros Monterrey, el Hotel Camino Real, la Casa Silva y la Casa de Amalia Hernández. En la zona centro se localizaban el Hotel Alameda, el edificio Jaysour, la Escuela del Ballet Folclórico de México de Amalia Hernández, edificio AMIME; y en el norte la Plaza Satélite.⁴³ Esto significó la definitiva adopción del crecimiento vertical de la ciudad, los edificios de más diez pisos se volvieron una constante que empezó a promover la iniciativa privada para instalar sus oficinas en lo alto de la ciudad, que dejaba de crecer en el centro de la ciudad para expandirse hacia el sur y hacia el poniente hasta Tecamachalco y Santa Fe, que estaban urbanizadas por la intervención de arquitectos como Zabludovsky y González de León. El Paseo de La Reforma y la zona de Chapultepec se afianzaron como el corredor desarrollado de la capital del país, como un oasis de riqueza en un mar

⁴³ Ver Humberto Ricalde y Gustavo López “La arquitectura en México 1960-1980” en *Apuntes para la historia y crítica de la arquitectura mexicana del siglo XX: 1900-1980*.

de miseria, que ocultaba la altura de los edificios. El sur seguía como el espacio privilegiado de las clases medias, desde la colonia Del Valle hasta El Pedregal; además, ya para los años sesenta había terminado la mayor parte de la mudanza de la vida universitaria del centro de la ciudad al sur, con lo que se definía esta zona como exclusiva, de clases medias, de universitarios.

A finales de los años sesenta había cuatro tendencias en la arquitectura en México que erigían los edificios que dotaban de fisonomía moderna a la capital y al país. Estas tendencias ya estaban alejadas por completo del debate entre nacionalismo o internacionalismo formal, aunque la mayoría de los arquitectos argumentaba que la arquitectura que hacían era mexicana. Ricardo Legorreta, que fue el arquitecto con más trabajo en el extranjero seguía defendiendo que sus formas, sobre todo el manejo de los colores y escalinatas era parte del nacionalismo arquitectónico; lo mismo hacían Agustín Hernández, Teodoro González de León, Enrique del Moral, entre otros.⁴⁴ Las cuatro tendencias básicas eran: 1 funcionalismo integral, que se basaba en construcciones masivas, horizontales y protegidas con gruesos muros, que recuperaban elementos históricos como el patio y pórtico, sus edificios eran resultado de estudios previos para la función del inmueble; sus representantes Zabudovsky y Teodoro González de León. 2 Vertiente escultórica, de trazos geométricos y novedosos, uso de la tecnología constructiva en la geometría espacial; representada por Félix Candela, Agustín Hernández, Fernando González Gortazar, algunos trabajos de Ricardo Legorreta. 3 Arquitectura emocional, con colores intensos, relacionados con lo vernáculo y lo regional; los trabajos de Luís Barragán, de Legorreta. 4 La que continuaba con los lineamientos internacionales al pie de la letra, Ramírez Vázquez, Enrique Yáñez, Álvarez, Sordo Madaleno, Reynaldo Pérez Rayón.⁴⁵ Con el desarrollo de las técnicas constructivas se pudo hacer más variada la forma de la arquitectura, se hicieron conjunto que privilegiaban la estructura como elemento compositivo, esta forma la promovió Félix Candela, le siguieron Enrique de la Mora, Juan Tonda y Fernando López Carmona. Había otro estilo que privilegiaba el significado de la forma, cercano a las posturas de Aalto, Khan y Ventura, donde la forma recobró importancia y se alejó de la sencillez de ángulos rectos; la figura más destacada fue Agustín Hernández.⁴⁶

Los espacio olímpicos

No es de extrañar que la forma urbana olímpica estuviera más acorde con la estética geopolítica del racionalismo de formas simples, que con los intentos, hasta entonces mal logrados, de arquitectura nacionalista, pues la sede era un reconocimiento de progreso “universal” y no de particularidad local. El nacionalismo provinciano posrevolucionario, desgastado por los logros de la modernización, se desplazó hacia un discurso más acorde con la vida urbana del tiempo del progreso, olvidándose de los recursos localistas e historicistas de una ideología pretendidamente

⁴⁴ Ver Pablo Quintero, comp. *La modernidad en la arquitectura mexicana*.

⁴⁵ Louise Noelle, “Los derroteros de la arquitectura mexicana contemporánea” en *Archivos de arquitectura antillana*.

⁴⁶ Humberto Ricalde y Gustavo López, *op. cit.*, p. 150ss.

tradicional, que encontró su actualización en la revolución social de principios de siglo. En la memoria oficial de la olimpiada sí se reconoce:

En la actualidad privan en la arquitectura mexicana los fundamentos teóricos del CIAM: el abandono de los cánones académicos; y la racionalización y normalización de los proyectos en virtud de las exigencias económicas y de los métodos y recursos de la industria. Si bien las ideas rectoras son universales, las notas de interpretación nacional le confieren un carácter propio y distintivo. Así, caracterizan a la arquitectura mexicana, cuando es de mérito, los grandes espacios abiertos, inscritos o circundantes; una voluntad de monumentalidad en los emplazamientos; la exaltación, con discreta modernidad, de los elementos adyacentes del pasado y la recreación de las formas pretéritas, a tono con las exigencias actuales; la devoción por el color y el respeto por la apariencia de los materiales. En el fondo, la singulariza una intención social. Son muestras relevantes de este repertorio el Estadio Azteca, el Palacio de los Deportes, la Alberca y el Gimnasio Olímpicos, la Villa Olímpica y la unidad de habitación de Coapa, instalaciones con que se enriquece la Ciudad de México en ocasión de los Juegos de la XIX Olimpiada⁴⁷

La ciudad olímpica era la ciudad del desarrollo, de la puesta en escena de la fórmula mágica: crecimiento industrial igual a desarrollo económico, que era a su vez igual desarrollo social, a su vez igual expansión (de las libertades) humanas, a su vez igual a crecimiento industrial.⁴⁸ Este axioma encontró sus espacios en una realidad histórica particular sólo por el montaje social, cuyo ejemplo fue la imposibilidad real de mantener en pie y funcionando las instalaciones olímpicas, no sólo las arquitectónicas, sino también las sociales.

La revolución de la vida cotidiana hacia una sociedad completamente capitalista apuntaló el colapso anunciado de una escenografía mal montada. La camisa de fuerza que significó la tecnología para la arquitectura, la limitó en las posibilidades de hacer formas creativas. Lo único hecho fue una manipulación de elementos predeterminados por los imperativos de la producción o un enmascaramiento superficial para facilitar la comercialización y el control social.⁴⁹

La arquitectura de la segunda mitad del siglo XX promovida como evidencia de la modernización del país, paradigma de diferentes intentos para abatir el subdesarrollo, celebró – anticipadamente y con creciente desmesura- la monumentalidad como evidencia del progreso logrado. Contaminada por el espejismo de la riqueza, fue representación de derroche y prepotencia; que creció hasta alcanzar los límites de un modelo de desarrollo que se hundía en sus propias contradicciones, por su candidez irresponsable.⁵⁰ De este proceso no se salvan las obras olímpicas, que en su momento de realización disfrutaron de un aura de progreso, aun a pesar de su sencillez y de su rápida edificación. Que demostraron que, además de hacer cosas rápidas y baratas, se podían lograr resultados estéticos sobresalientes. Según Héctor Vázquez Moreno, subdirector de la Secretaría de Obras Públicas, dependencia encargada de la construcción de las instalaciones olímpicas, una generalidad de éstas fue hacerlas en “un plazo fijo mínimo para su ejecución, estar dentro de las posibilidades de construcción de la industria mexicana, así como lograr la más digna y

⁴⁷ México 68. Memoria oficial de Comité Organizador de los Juegos Olímpicos, t I, p. 229.

⁴⁸ Cfr. Edgar Morin, “El desarrollo de la crisis del desarrollo” en Cornelius Castoriadis, et. al., *El mito del desarrollo*

⁴⁹ Cfr. Kenneth Frampton, “Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia.” en Hall Foster, selec., *La posmodernidad*.

⁵⁰ Toca Fernández, *op. cit.*, p. 19.

bella concepción arquitectónica a base del proyecto mismo y no de materiales suntuosos.”⁵¹. Esta monumentalidad era muy pragmática y abiertamente subsumía la forma a la función.⁵²

Para la olimpiada se construyeron el centro Olímpico Mexicano, la Villa Olímpica, la Villa Coapa, el canal de remo en Cuemanco, el Polígono de Tiro, la Sala de Armas, el Velódromo, el Palacio de los Deportes y la Alberca y Gimnasio Olímpicos. Se adaptaron el estadio de CU, el estadio Azteca, el Auditorio Nacional, las pistas de hielo Insurgentes y Revolución, el campo Marte, la Arena México, el Auditorio Nacional, el Teatro de los Insurgentes, y el estadio de la Magdalena Mixhuca. Las obras estuvieron a cargo de la Secretaría de Obras Públicas, salvo la Pista olímpica de remo y canotaje, construida por el DDF, y las dos Villas que quedaron a cargo de Banco Nacional de Obras y Servicios (BANOBRAS), construidas como parte de los proyectos de vivienda estatales, y arrendadas al Comité organizador por el tiempo que durara la contienda deportiva y la olimpiada cultural. El Comité organizador, por medio de la Dirección de Control de Instalaciones, a cargo de Luis Martínez del Campo, se dedicó a administrar y mantener en funcionamiento los espacios de todos los conjuntos, incluidas las villas, desde los detalles más importantes, como el personal de intendencia y seguridad, hasta los detalles mínimos, como los enseres para los sanitarios.⁵³ La decisión para la localización de cada una de las instalaciones se hizo a partir de estudios de evaluación de las instalaciones ya existentes, pero sobre todo de la necesidad de dotar de espacios nuevos y monumentales a la realización del evento. En las instalaciones construidas especialmente para la olimpiada, se desarrollaron pocos eventos; excepto en las Villas y la alberca, las otras instalaciones albergaron competencias que podían haberse realizado con los espacios existentes. Por ejemplo, el Velódromo, pues se contaban con el velódromo de la Ciudad Deportiva y el velódromo Plutarco Elías Calles, pero fue mayor la necesidad de aplicar la tecnología de punta. La pista del Velódromo fue encargada al alemán Herbert Schurmann, que aplicó un diseño a base de materiales ligeros que estaban apenas aplicándose en ese tipo de pistas en los países europeos.⁵⁴ Lo que los nuevos complejos pretendían expresar era el progreso alcanzado por medio de instalaciones monumentales; no hubiera sido tan impactante realizar las competencias de natación en la alberca de CU, donde sólo se realizaron las competencias de *water polo*, como hacerlas en la Alberca Olímpica.⁵⁵

La crisis estética de la arquitectura, entre la extrema funcionalidad y la significación formal, fue una crisis entre los ideales y su realización práctica, entre teoría y uso. A pesar de presentarse

⁵¹ En “Descripción arquitectónica de las instalaciones olímpicas ejecutadas por la SOP” en *Instalaciones olímpicas*, p. 416.

⁵² Ramírez Vázquez decía que: “podemos afirmar que una a una todas las instalaciones en donde se van a desarrollar las competencias olímpicas de octubre serán superiores a cualquiera que haya sido utilizada antes en unos juegos olímpicos; podrá pensarse que una solución es más bonita o menos bonita que otra, son ya apreciaciones personales.” ACOJO, caja 104

⁵³ Memoria de la Dirección de control de Instalaciones, ACOJO.

⁵⁴ *Idem*.

⁵⁵ La Alberca Olímpica se equipó con la tecnología deportiva de punta para llevar a cabo los eventos de manera exitosa. “La alberca de competencia tiene placas de toque automático en la línea final para registrar los tiempos en los eventos de natación y las mirillas subacuáticas en las cabeceras de la alberca permitieron televisar y fotografiar la salida, vueltas y final de las carreras.” *México 68. Memoria oficial del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos*, t II, p. 68.

como racional con respecto a fin, la arquitectura racional-funcionalista, como hija de su tiempo, no fue inmune al estigma de irracionalidad que conllevaban muchas de las relaciones entre fines y medios existentes en la sociedad capitalista.⁵⁶ Esta contradicción trascendental de la arquitectura del siglo XX, no dejó de estar presente en las obras olímpicas de 1968, que en su fundamento mismo eran irracionales por ser promovidas bajo la consigna de un alto grado de desarrollo que contrastaba con la marginalidad real y potencial de un número cada vez mayor de sujetos sociales que no eran parte del sueño político. El fundamento del ideal urbano del milagro mexicano no era el trabajo acumulado de sectores sociales estructurados que operaban bajo la tutela de un Estado, sino la idealización de un proyecto económico y social en el que no había lugar para las aspiraciones individuales de hombres y mujeres que hacían su vida día a día. La imagen urbana excluía la posibilidad de reacción y de resistencia (tradicional) de sus habitantes, que tenían que someterse al imperio de la razón y de la funcionalidad de la vida cotidiana.

Aunque el escenario olímpico pretendía ser nacionalista, finalmente fue radicalmente funcionalista e internacionalista, subsumiendo su tradicionalismo a la internacionalización y aceptando que su nacionalismo podía ser vendido en objetos *folks*, como adornos de la prosperidad universal en la que vivía México.

En la línea de la arquitectura moderna, la urbanización de la ciudad olímpica se escindió en dos ramas: el equipamiento de la arquitectura funcional por una parte y el montaje social por otra, los dos elementos de la puesta en escena del desarrollo alcanzado por México, primero montando la escenografía y después asignando los papeles que habrían de jugar los habitantes de la ciudad. La frialdad y la absoluta objetividad impersonal de la máquina para la realización de los eventos deportivos, y la máquina para los servicios llamada “ciudad”, que se integraban por una red de unidades urbanas que respondían plenamente a las necesidades de contacto y comunicación interhumana, que aseguraban el buen comportamiento social y la brillantez de una ciudad idealmente existente. Los males de la ciudad se combatirían: las disfunciones serían eliminadas mediante la arquitectura, o cuando menos encubiertas, ensombrecidas por la monumentalidad de las instalaciones; su impersonalidad (o mejor dicho, su estridente personalidad, poco avanzada y poco civilizada) se remediaría con la comunicación programada, que aseguraría que los visitantes, dignos usuarios del espacio urbano racional, no se enfrentaran a códigos no universales de comunicación.⁵⁷

A esta intervención urbana Ramírez Vázquez la calificó de “urbanismo vivo”,⁵⁸ que hacía

⁵⁶ Klaus Horn, *op. cit.*, p. 102.

⁵⁷ Hay que recalcar que la estructura espacial es un modo de comunicación, que no sólo por sus formas comunica, sino que además es leído por los usuarios mediante un código que lo significa. El código de lectura del espacio urbano se universalizó con el capitalismo monopólico y con la estrategia geopolítica del imperialismo cultural, permitiendo que el consumo urbano internacional perdiera de vista las dislocaciones del paisaje urbano, como eran los pobres y los marginales junto con sus espacios no deseados. Este contenido simbólico también promovía el no entendimiento de los lenguajes de la disidencia política y de la construcción simbólica de la ciudad por grupos en contraposición a la institucionalidad política; se podían leer las tecnologías del poder, sin saber que eran tales, pero no se podía leer la resistencia, porque salía de los marcos de su código interpretativo. Este espacio racionalizado al extremo era un significante convertido en significado.

⁵⁸ Pedro Ramírez Vázquez, *Su imagen y obra escogida*. “La olimpiada, en realidad, fue una operación de urbanismo vivo, porque desde el punto de vista de espacio, lo que requería organizar era una ciudad para que durante dieciséis días

operacional la ciudad imaginada a un interés particular que pretendía la modernización de México y con ello lograr su transformación de hombres tradicionales a hombres cosmopolitas. Lo que estaba detrás de estos proyectos eran los sueños de grandeza de un reducido grupo, la élite económica y política que se vía a sí misma como vanguardia, salvada del atraso por el simple hecho de ser una pretendida avanzada que impulsaba las transformaciones de un país no desarrollado; por ser los primeros que veían la luz al final del túnel. Ese supuesto fin común no era tan común, ya que no todos los sectores urbanos lo compartían, pues en gran medida no lo entendían. Esa participación de toda la ciudad no fue de toda la ciudad, sino sólo de aquella parte que el proyecto olímpico, en consecución del proyecto político nacional, consideraba realmente existente.

Este “urbanismo vivo” era una entelequia del mito del desarrollo construido por el Estado mexicano, que además de creer que los resultados obtenidos eran repartidos entre todos los habitantes del país, asumía que la participación para lograrlos era colectiva y de buena gana. Algo hay de cierto de esto, pues aun los que se negaron a tomar parte eran realineados, disciplinados, por las diferentes tecnologías de poder del Estado o, en su defecto, eliminados de las prácticas y tomados como ejemplos que confirmaban la regla, como la muestra de los negros intereses que trataban de desestabilizar la supuesta armonía del régimen.

La relación con la arquitectura y las prácticas de producción del espacio generadas por ésta eran abiertamente instrumentales, radicalizando el trato que durante todo el régimen político posrevolucionario existió con el Estado. Los arquitectos más creativos veían su labor desde el punto de vista de los estilos, mientras que el gobierno la percibía como creadora de imagen y como dispositivo ideológico⁵⁹. La sincera, que no menos obtusa, actividad nacionalista de los arquitectos era encauzada con fines políticos por el régimen estatal ajenos a la forma plástica que las construcciones tuvieran, de manera que una expresión artística como lo fue el Palacio de los Deportes fue apropiada por un régimen que nada tuvo que ver, en términos creativos, con ella. No es de extrañar que arquitectos con una propuesta creativa e innovadora trabajaran por enaltecer la imagen de México ante el mundo, consolidando con ello el cuadro de un régimen político autoritario y violento.

Destacan las participaciones de Félix Candela y de Agustín Hernández, el primero con una muestra clara de su estilo de cúpulas y líneas curvas en el Palacio de los Deportes; el segundo, con la colaboración silenciosa en Villa Olímpica, donde no se expresaban las características de su arquitectura, pues era más bien un espacio poco susceptible de creatividad compositiva, pero fue el paradigma de los espacios olímpicos, por el tipo de prácticas socioespaciales que promovía con su forma y la contradicción entre el proyecto y la realización final. La lista completa de arquitectos la integraban Antonio Peyrí, Enrique Castañeda Tamborrel, en el Palacio de los Deportes; Jorge, Andrés e Ignacio Escalante proyectaron el Velódromo; Juan Abdala Soda y Antonio Charles Noguera hicieron la Sala de Armas; y Antonio Recamier Montes, Manuel Rosen Morrisen y Javier

de actividad intensa funcionase para el cumplimiento del objetivo común... En ello estaba involucrada toda la ciudad. Fue una gran experiencia de urbanismo vivo, poner a funcionar una ciudad para un fin común.”, p. 14.

⁵⁹ Antonio Méndez-Vigatá, *op. cit.*, p75.

Valverde Garcés, construyeron la Alberca y el Gimnasio.

Por encima de ellos estaba el arquitecto más internacional de México, Pedro Ramírez Vázquez, no sólo por seguir fielmente los lineamientos del CIAM, sino por tener una actividad prolífica fuera de su país con asesorías a proyectos internacionales; para la fecha había construido sus más grandes obras al servicio del Estado mexicano, y la que para Eric Hobsbawm es la mejor obra de la arquitectura funcionalista, el Museo de Antropología e Historia en Chapultepec.⁶⁰ Este último fue claro ejemplo de la centralidad política del régimen nacionalista y de la construcción de un pasado que sólo se asumía como propio en tanto majestuoso, monolítico, como la escultura que define el centro de todo el espacio museográfico.

El autoconvencimiento del logro alcanzado que caracterizó a la construcción de la ciudad olímpica, se materializó en los tres principales conjuntos edilicios: la Villa Olímpica, que fue el centro de la ciudad, porque a partir de ella, que era donde se instalaron los atletas y donde se escenificaría buena parte de la olimpiada cultural, se proyectó la vida de todo el espacio urbano dispuesto para la olimpiada; la Alberca y Gimnasio olímpicos, en los que se innovó una tecnología de soporte de la loza por tensión de cables metálicos, que nunca antes usado en México; y el Palacio de los deportes, que es la forma estética más original y que se convirtió en ícono de la olimpiada, gracias a que su cúpula recubierta de cobre la hacía visible desde muchos puntos de la ciudad, sobre todo desde los aviones que salían o llegaban al aeropuerto de la ciudad.

Hacer ciudad o simplemente imaginarla

La vanguardia estética se institucionalizó al mismo tiempo que canceló sus principios éticos que determinaban los estéticos. El principio fundamental del movimiento arquitectónico moderno del siglo XX, desde la escuela de Chicago hasta los seguidores del CIAM, que era el de hacer ciudad, se redujo a un principio de intervención urbana que antes que promover una imagen y una práctica distinta, funcionó como restaurador de males inevitables; su principio preventivo se redujo a una utilidad correctiva. El hacer ciudad en el caso mexicano significó construir pequeños islotes de prosperidad que por inercia transformarían el entorno en el que estaban situados. Ni aun los intentos más obsesivos, como los de Pani, que pensaba sus multifamiliares como ciudades radiantes que por sí mismas generarían un paisaje urbano distinto, se completaron. Entonces “hacer ciudad” era sinónimo de edificar espacios de postal y no transformar el espacio global. Ésta, como casi todas las contradicciones de la arquitectura y la urbanidad del siglo XX estaban determinadas por la estructura misma de la producción capitalista, que existía por la promoción de una intervención espacial que asegurara la brecha de clases. El espacio que por el proceso productivo unía a los hombres, era el que por ese mismo proceso los separaba. En el capitalismo el espacio urbano es patrimonio de la humanidad, pero su uso selectivo está reservado para quienes disponen de capital económico.⁶¹

⁶⁰ Ver Eric Hobsbawm, “La muerte de la vanguardia”, en *Historia del siglo XX.*”

⁶¹ Cfr. Milton Santos, *El presente como espacio.*

Había dos grandes tipos de espacio: los construidos para ser productivos y los que eran susceptibles de convertirse en valor universal como mercancía habitable en el mercado.

La urbanización en la ciudad de México cargó consigo ese principio, pero se magnificaba en función de las políticas urbanas que respondían más a intereses de grupos en el poder sexenal, que a la estructuración de proyectos más allá de los periodos presidenciales. El único periodo de continuidad en los proyectos urbanos es el de los catorce años de Uruchurtu al frente del DDF, durante los cuales se delineó la imagen de ciudad cosmopolita y de clases medias que se vendió al mundo y a los ciudadanos de la capital hasta finales de la década de los años sesenta. El hecho de esta continuidad en las estructuras de poder institucional no significó para el proyecto urbano una realización completa, pues la regulación de la vida urbana se dio precisamente favoreciendo la imagen de ciudad de clases medias, escondiendo detrás a lo no deseado del paisaje, por mediación de la violencia simbólica o física, o por el abandono de los sectores populares (compuestos en gran número por migrantes) a su suerte o a los “coyotes”. La ciudad moderna de Uruchurtu, de una moral social firme, transparente, en la que incluso los “barrios bajos” podían ser usados por todos los habitantes de la urbe, era también una construcción imaginaria, que se fundamentaba en el deslumbramiento del desarrollo económico, el que por primera vez encontraba espacios y prácticas de regulación.⁶²

La ciudad olímpica es sólo un proyecto ideal, que se vio realizado en la parte imaginaria que la administración política local y nacional consideraba parte de la urbe. No es casualidad que el “corredor olímpico” se localizara en la parte suroeste de la ciudad,⁶³ su punto más alejado era, al oriente, el Palacio de los Deportes y el deportivo Mixhuca. En esta construcción del mapa urbano para la olimpiada quedó completamente excluida la zona norte de la ciudad, que para aquel entonces era lugar de asentamiento de un buen número de industrias, aunque algunas ya empezaban a trasladarse a los municipios conurbanos del Estado de México. El oriente seguía con un veloz crecimiento demográfico y un olvido de las autoridades.⁶⁴ Este corredor olímpico redujo demasiado el área urbana intervenida que, salvo el centro histórico, excluía a la mayor parte de la ciudad. Este corredor se distribuyó en función de las vialidades, que permitieran un rápido acceso a las instalaciones, el punto de partida fue la Villa Olímpica; además de que estas grandes vialidades

⁶² La tan famosa moral del periodo de Ruiz Cortines, impulsada en la ciudad de México por Uruchurtu, está en función de las necesidades de producción de una economía entregada a la industrialización a gran escala, para la que era infuncional una vida alegre, lúdica, que tanto se promovía en el melodrama de los años cuarenta en el cine mexicano. Esta regulación urbana era puente también para la imposición o consolidación de prácticas que hasta entonces no alcanzaban un alto grado de socialización, y que tenían que ver con una estética urbana del *american way of life*, como el caso de la sustitución de los famosos salones de balie por centros nocturnos. Ver Abilio Vergara, César, “Música y ciudad. Representaciones, circulación y consumo” en Néstor García Canclini, *Cultura y comunicación en la ciudad de México*

⁶³ El término corredor olímpico designa aquí la ubicación de las instalaciones olímpicas en el mapa general de ciudad de México. Su centro se localiza en la zona de la Villa Olímpica y del estadio universitario, con el punto de inicio al sur en Cuemanco, seguido de la Villa Coapa, que se conectaba con la otra villa por medio de la Ruta de la Amistad (un conjunto de 19 esculturas en concreto y metal colocadas a lo largo del periférico doblando hacia el estadio); en continuación hacia el norte por las pistas de hielo Revolución e Insurgentes, el Teatro de los Insurgentes, cerca de otro punto nodal, la alberca y gimnasio; para seguir por el poniente hasta el campo Marte y doblar al oriente para la arena México y terminar en la zona deportiva de Mixhuca.

⁶⁴ Ver Gustavo Garza, *La urabización de México en el siglo XX*.

servían como cinturón de asilamiento para las instalaciones deportivas, que estaban conectadas directamente con ellas y excluidas del medio urbano, sobre todo en el caso del Palacio de los Deportes y del deportivo Mixhuca, que estaban entre un desolado paisaje, en el que no había ningún atractivo tradicional por promocionar, como era el caso de Cuemanco que se localiza a escasos minutos del lago de Xochimilco.

Es interesante, siguiendo la relación arquitectura-ciudad, comprender la forma en la que ella misma se construyó, pues pensarla como una actividad artística o técnica tiene problemas no sólo estéticos, sino políticos e ideológicos. La discusión sobre lo que es un arquitecto y sus habilidades, generó un hueco en el que se perdió la responsabilidad social de esta actividad. La arquitectura como arte la separó del compromiso técnico y urbanístico, que se delegó al ingeniero o al estado. En el mismo año de 1968 la revista *Arquitectura/México*, única en su especialidad en México en esa época, celebraba sus treinta años de publicación y dedicó un número especial para revisar la arquitectura mexicana reciente, a través de una entrevista a los monopolizadores de la actividad en México.⁶⁵ A diferencia del número dedicado a los 25 años ininterrumpidos de existencia, en 1963, donde se hacía un análisis global de la arquitectura por periodos de los años treinta a los cincuenta, de 1950 a 1960 y de 1960 a 1963, en el número cien publicado en 1968 la revisión de la trayectoria de la arquitectura fue a través de los mismos arquitectos.⁶⁶ A todos se les aplicó un mismo cuestionario, para nuestros fines interesan las preguntas uno y la cuatro. En la primera se les preguntó si consideraban a la arquitectura como arte o no; la segunda versó sobre las causas de la consolidación de una arquitectura moderna en México. A la primera pregunta todos respondieron que la arquitectura era un arte, con diversos argumentos, pero al fin y al cabo arte; salvo el más fiel a los postulados del funcionalismo internacional, Ramírez Vázquez, que la consideraba una técnica, que podía dar resultados bellos, pero que no los buscaba. Las respuestas de la pregunta cuatro eran más variadas, pero en general coincidían, en diverso orden: lo que hizo posible una arquitectura moderna en México eran la estabilidad socioeconómica, la libertad bajo la que podían trabajar (asegurada por las instituciones políticas), el desarrollo internacional de las técnicas constructivas, y la universalización del modo civilizado de habitar.

Es cierto que los resultados de la arquitectura en la ciudad no correspondían directamente a los arquitectos, ya que es a los órganos estatales, básicamente a la Secretaría de Comunicaciones y la de Obras Públicas, a los que correspondía la planificación global de la urbe. Pero esto no eximía de responsabilidades a los arquitectos, que bajo la pretensión de una actividad artística se dedicaron a la construcción de espacios aislados y autoreferenciales, que fueron reutilizados por la ideología nacionalista para promover una imagen de ciudad. Esta representación estaba en contradicción con los espacios existentes pero omitidos, no sólo en términos formales, sino también funcionales. La escasa politización de la actividad arquitectónica, que era monopolio de las clases altas en el campo académico, que pensaba más en el reconocimiento internacional que en una utilidad social, fue

⁶⁵ *Arquitectura/México*, número 100, primer trimestre de 1968.

⁶⁶ Entre los arquitectos estaban Luis Barragán, Mario Pani, José Villagrán, Carlos Mijares, Augusto Álvarez, Ramírez Vázquez, Ricardo Legorreta.

causante, junto con las erróneas políticas estatales, de la gradual descomposición del espacio urbano, que sucumbía ante los embates de una modernización brutal que se extendía más allá de los límites físicos de la ciudad.⁶⁷

La ciudad de México no sólo era un mal resultado de una modernización plagada de corrupción, ineficiencia y paternalismo; sino que además era estéticamente rugosa, con lujosos espacios que sobresalían por su irracionalidad del resto del gris y horizontal paisaje. Ni funcional ni estéticamente la ciudad de México correspondía con la representación que de ella se hizo.

La ruptura coyuntural de este proceso está en 1968, cuando las prácticas urbanas abrieron una grieta en la que se exponían las idealizaciones que durante lustros promovieron los arquitectos y los planificadores urbanos estatales. En esta misma avalancha cayó el proyecto de la Villa olímpica, que pretendía hacer ciudad donde no la había, promoviendo nuevos espacios alejados del caos del centro. Pero este ejercicio fue también un montaje social, como toda la imagen olímpica, que silenció las disidencias y operó bajo un férreo sistema de control y represión.

Racionalización civilizatoria del habitar: la Villa Olímpica

Podemos considerar que la modernidad es, en términos culturales, una experiencia ante el mundo,⁶⁸ que se contrapone al compromiso de la tradición por lo ya existente, para ser, en términos sociales, una hipoteca del presente al futuro del progreso (incierto en esencia, pero potencialmente colonizable) por la mediación de la técnica (entendida como simplificación de procesos);⁶⁹ si es así, tendremos que observar que las disposiciones materiales para lograrlo determinan el éxito y la complejidad de la empresa. Como experiencia ante el mundo no se adquiere por mera voluntad, sino por la mediación (en sentido dialéctico) de las estructuras sociales de la cotidianeidad y del mundo material en que se despliega. Es aquí donde la dimensión social de la simplificación para la innovación y el descubrimiento adquiere sentido, ya que produce el mundo que ha de ser experimentado. Este mundo es el de la autonomía de los campos, de la moral, la ciencia y la estética, para asegurar que el hombre es el productor de su destino.⁷⁰ En este sentido, el espacio de la modernidad es el del descubrimiento, el de la conquista, de la dominación por la razón; el de la innovación antes que el de la renovación.

Siguiendo las anteriores premisas podemos interpretar el desarrollo diferencial de ésta en el proceso histórico mexicano. Lo primero que hay que identificar son las disposiciones materiales

⁶⁷ En términos de la formación académica, no fue sino hasta finales de la década de los años sesenta, gracias a la explosión demográfica de la universidad, que el gremio de los arquitectos fue popular, sin dejar de ser una actividad profesional de aquellos que contaban con una cómoda posición económica. Y no fue sino hasta 1972, año en el que se creó el autogobierno en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, que la formación de arquitectos incluyó la idea de una arquitectura de usos sociales, encaminada a resolver los problemas de la ciudad por medio de edificios útiles, sencillos y alejados de la monumentalidad.

⁶⁸ Cfr. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*.

⁶⁹ Cfr. Niklas Luhmann, "Lo moderno de la sociedad moderna." En Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad*.

⁷⁰ Cfr. Jürgen Habermas, "La modernidad. Un proyecto incompleto" en Hall Foster, selec., *La posmodernidad*.

susceptibles de fundamentar el tránsito de una estructura social que renueva sus espacios, sus objetos, a una sociedad que se fundamenta en la innovación, y que en el siglo XX encontró a la tecnología en la vida cotidiana como vehículo de realización. En este sentido no debe entenderse que a la ausencia de alguna característica, sobre todo de tipo material, corresponde una no realización del proyecto. Por el contrario, lo que hay es un proyecto de modernidad históricamente existente, pues la modernidad pura no existe. Existen intentos por realizarla en condiciones históricas, bajo premisas ideológicas, con limitantes materiales y en un espacio-tiempo particular.

Bajo los principios anteriores, analizaremos las propuestas arquitectónicas de la ciudad olímpica, como escenario de la modernidad mexicana, que creía lograr la plenitud por el reconocimiento internacional que significaba ser sede olímpica. El primer espacio a analizar es el de la Villa Olímpica.

La Villa Olímpica es un espacio interesante por las determinantes de su construcción, ya que a diferencia de las otras dos grandes obras, ésta sería reutilizada inmediatamente con un motivo distinto al que la originó.⁷¹ Después de los juegos olímpicos sería ocupada como una unidad de edificios en condominio, por lo que su proyección estuvo determinada por los aspectos financieros. Cuenta Agustín Hernández, parte del equipo de trabajo de la Villa, que: "... proponíamos flexibilidad en los departamentos mediante muros que se pudieran quitar y poner, y así como se va modificando la familia pudiera evolucionar el departamento... por parte del banco se nos decía: 'no, nosotros vendemos puertas'... entre más closetcitos con puertas, mejor la venta. Es decir, no se vendía por metros cuadrados, sino vendían puertas por cuartitos."⁷² Lo que pretendía ser una arquitectura de interiores modulares, donde los únicos espacios fijos serían los que así lo requieran las instalaciones, como baño y cocina; finalmente fue una copia más de una larga historia de fallidos intentos de construcción de espacios de habitación de la vida moderna. La idea de la modernidad habitada era bastante rígida, no sólo en términos de plusvalor, que para ser obtenido se recurría a fórmulas constructivas ya comprobadas, y constantemente promovidas; sino también, por parte de los usuarios, que aceptaban estas fórmulas reproduciéndolas sin mayores conflictos. La arquitectura no sólo tenía que ver con las formas, sino también con los usuarios, y en el caso mexicano se le sumó la ambiciosa intención de un régimen burocrático que no perdía la oportunidad de obtener ganancias de donde se pudiera.

La modernidad promovida en México por los espacios de habitar originó una particular forma de vida urbana en la que la innovación se sometió a la renovación; promovida por una moral

⁷¹ "Erigida al sur de la ciudad, en la Delegación de Tlalpan, ocupó una superficie de nueve hectáreas propiedad del Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, ampliadas posteriormente con 20 mil metros cuadrados prestados a las autoridades municipales por una empresa privada (la fábrica de Loreto y Peña Pobre). Aunque el proyecto arquitectónico quedó a cargo de la Secretaría de Obras Públicas, fue el banco citado el que, por disposición presidencial, financió la construcción de la parte habitacional del conjunto, las demás instalaciones quedaron a cargo de la referida Secretaría. Por su parte, el Departamento del Distrito Federal se encargó de los servicios municipales. Al Comité Organizador tocó la ejecución de los trabajos de adaptación para el servicio olímpico y el pago, por concepto de renta, del interés correspondiente a la inversión realizada. Al concluir los Juegos los departamentos fueron puestos a la venta en régimen de propiedad en condominio." *Memoria oficial del Comité Organizador de lo Juegos Olímpicos*, t. II, p. 174.

⁷² Agustín Hernández, en Pablo Quintero, *op. cit.*, p. 200.

social de ritmos lentos, que luchaba contra el productivismo voraz de un sistema económico cuyos resultados no eran sostenidos por estructuras sociales acordes con ellos. La modernidad habitada fluctuaba entre los espacios de uso popular, los de sectores medios y los del poder hegemónico local (sean burócratas, burgueses o políticos). La Villa Olímpica se ubica en el proceso histórico de este debate, y es una más de las varias propuestas existentes para hacer del habitar una actividad moderna.

La historia de los espacios destinados para los habitación, han transcurrido de la casa mínima de los años treinta,⁷³ a los edificios de pensiones, sustituidos por las unidades habitacionales del ISSSTE, a las grandes colonias (o microciudades) ubicadas en la periferia urbana. Los ejercicios en los años sesenta se basaban en la dotación de casas mínimas en terrenos urbanizados, con la libertad de modificación y crecimiento según las posibilidades, gustos y necesidades de los habitantes. El paisaje urbano resultante fue estridente y reflejó la disfuncionalidad de los espacios urbanos. En los sectores privilegiados, materializó la arquitectura de la prosperidad, que se produjo, en complicidad, por la riqueza y por la estulticia para disimular la negación del medio y de las circunstancias, se volvió nacionalista, razón por la cual se expresaba en movimientos pendulares de lo internacional a lo local,⁷⁴ pero frecuentemente caía en terrenos de lo Kitch. Su existencia se fundamentaba en la premisa de la propiedad privada, que radicalizaba al nivel de realizarla en el paisaje urbano global, autoexcluyéndose y negando la mirada ajena. Este paisaje, no menos rugoso que el popular, si bien se vio beneficiado por las políticas institucionales no les debía su forma, aunque buena parte del financiamiento proviniera de recursos estatales desviados.

El espacio de los sectores medios es el que más atención recibía, no precisamente por su número, sino por su impacto e importancia en el sistema social. Era en ellos donde una moral social acorde a las necesidades de la producción racional, continuaba y aseguraba el sistema económico, se asienta con mayor facilidad porque su posición y disposición estructural les permitía obtener mejorías rápidamente, garantizar la movilidad en el sistema. Además de que estos sectores eran intermediarios entre los gustos dominantes y los gustos contingentes, consumían lo más accesible (en términos de intercambio simbólico y monetario) de la producción material y cultural de las élites, así como “lo mejor” de la producción de los estratos bajos. Sus mecanismos de distinción por clasificación y consumo eran más fácilmente reemplazables. En términos arquitectónicos eran los más dispuestos a consumir novedades y a cambiar de costumbres, que para los sectores marginales era muy difícil por la carencia de recursos, y para los sectores dominantes también, cuyos espacios monumentales no eran tan fácilmente sustituibles.

Todas las grandes intervenciones urbanas destinadas a espacios habitacionales, de finales de

⁷³ Las primeras fueron construidas en Balbuena y San Jacinto, máxima funcionalidad expresada en áreas mínimas; posibilidades de asignarles distintos usos al mismo espacio; parquedad en los tratamientos, énfasis en las propiedades higiénicas de los espacios, economía en las especificaciones. Ramón Vargas Salguero, *op. cit.* p. 109.

⁷⁴ Manuel Larrosa, “La arquitectura de la prosperidad”, en Fernando González Gortazar, coord., *op. cit.*, pp. 441-442.

la década del cuarenta a 1968,⁷⁵ son para consumo de sectores medios, desde la Unidad Modelo hasta la Villa olímpica, igual que los multifamiliares, la Unidad Independencia, la Ciudad Satélite, etc. Pero en este periodo varios fueron los cambios en las formas de la promoción del habitar y Villa Olímpica es el principio y el fin de una visión de modernidad que, no sólo es síntesis de las anteriores sino algo novedoso.

Durante el imperialismo arquitectónico de Pani y su taller en la edificación de conjuntos habitacionales, la premisa fundamental era el hacer ciudad a partir de la vivienda.⁷⁶ Y la idea de ciudad correspondía al paisaje existente, incluso en el caso del Multifamiliar Alemán, cuyo entorno urbano era escaso, había una relación de continuidad urbana con el resto del espacio. Con Villa Olímpica se rompe con esa idea, al ubicarla a las afueras de la ciudad, en un sentido de suburbio estadounidense a menor escala, cuyo antecedente directo es la Ciudad Satélite; pero con la diferencia de sus dimensiones y su producción del espacio.

La Villa Olímpica es un ejercicio contradictorio en su forma, que contrasta con las posibilidades de crecimiento de la Villa Coapa, que al componerse principalmente de casas de una o dos plantas permitió mayor libertad de acción e individualización de sus habitantes, que pudieron hacerla crecer o adecuarla según sus necesidades, gustos y posibilidades, ya que la forma de las casas lo permitía; salvo en los edificios de departamentos que también son parte de la unidad. La Villa Olímpica se construyó en un terreno alejado de la vida urbana, rodeada de vegetación y proyectada para generar espacios libres, de circulación y esparcimiento que aprovechaba el paisaje natural de la zona. Sin embargo esta idealización arcádica de su arquitectura contrasta con la rigidez de sus funciones y sus interiores, que no tenía que ser tal en el proyecto original, pero que terminó siéndolo no sólo por una imposición económica de la constructora, sino también una imposición moral por parte de sus usuarios, mayormente clases medias, de formación universitaria, que identificaban la modernidad con el gozo del desarrollismo y al espacio rodeado de vegetación, no como una negación del malestar en la ciudad, sino como un logro más del progreso industrial, en vez de ser una alternativa de forma de vida era una alternancia de la vida urbana. Por fin los sectores medios tenían cerca no sólo el paisaje natural, sino el paisaje urbano del Pedregal; así podían ver desde sus ventanas los resultados del desarrollo, por un lado consumir un espacio no civilizado desde una cápsula de racionalidad y por otro mirar los resultados del progreso en sus vecinos próximos. Este espacio urbano fue la expresión de la voluntad de modernizar, del arte del saber vivir y el deseo de ser moderno.⁷⁷

Los departamentos de la Villa Olímpica eran el triunfo de la casa positivista, de la eliminación de la particularidad en un holismo social gigante. Resolviendo el problema de la mezcla

⁷⁵ Enrique Yáñez afirma que todas las obras gubernamentales destinadas a resolver problemas sociales beneficiaron más a las clases medias que a los sectores pobres y marginales, *op. cit.*, p. 28.

⁷⁶ Pani decía: “El problema de la vivienda no es tanto hacerla, sino entenderla como elemento fundamental de la planificación. Creo que hay que hacer ciudades alrededor de una vivienda y si no hay que hacerlas, hay que corregirlas. Creo que la vivienda tiene que estar acompañada, desde luego, del equipamiento que requiere el hombre. La vivienda, desde luego, debe ubicarse donde el hombre trabaja.” En Pablo Quintero, *op. cit.* p. 467.

⁷⁷ Anahí Balleit “El arte de saber vivir. Modernización del habitar doméstico y cambio urbano 1940-1970”, en Nestor García Canclini, *op. cit.*

de diferentes tipos socioeconómicos de usuarios que se presentaron en los otros espacios habitacionales de edificios,⁷⁸ bajo la premisa de reducir la densidad de población, alejarse de los centros de trabajo y, con ello, garantizar que sus habitantes tendrían un automotor para desplazarse a la ciudad. Pensada para el futuro, controlado y sistematizado: cuantificado normativamente. Espacio del taylorismo-arquitectónico que descomponía los movimientos en unidades mínimas estudiadas y cronometradas para reorganizar las tareas en esquemas carentes de interferencia, perfectamente coordinados. Espacio de disciplina, sin densidad, higiénico, que cobraba sentido en un futuro optimista. Lo privado se exponía, lo doméstico se anulaba y lo íntimo se castigaba. La casa como máquina de vigilar y castigar, interna y externamente. El espacio privilegiado es el de la transparencia total: la sala de estar donde la familia entera se veía como unidad. Taylorismo constructivo: materiales neutros e higiénicos, blancos y transparentes. La Villa Olímpica como conjunto de casas positivas encontraba su culminación en el bloque residencial, ajena al ajetreo de la vida y la violencia del paisaje urbano. Era un estatización de la vida unidimensional, donde la vida diaria se sometía a los designios del arquitecto, ante la imposibilidad de personalizar cuando ya todo ha sido previsto por otro. Era la reproducción de la sonoridad metálica de la fábrica, pero enmascarada por la configuración de un espacio confortable, natural, que servía de paréntesis de la inevitable vida productiva en la lejana ciudad.⁷⁹

Hay una extraordinaria descripción de García Ponce de este espacio, que sirve para ver las contradicciones de las prácticas que en él se realizaban, pero que se justificaban por un vivir bien:

El departamento de Alfredo estaba en el quinto piso de uno de los últimos edificios en el vasto conjunto formado por lo que alguna vez fuera la Villa Olímpica... Al entrar al departamento las amplias ventanas de la sala y de uno de los cuartos permitía que pudiera verse, como si estuviera al alcance de la mano, las montañas de la cordillera que rodeaba la ciudad. El conjunto de edificios cercado y con un policía en la garita de la entrada, con sus pequeños espacios verdes, su intrincada red de calles interiores, sus poblados estacionamientos y el ruido de los automóviles transitando continuamente quedaba atrás apenas se entraba a aquel en el que estaba el departamento de Alfredo y se sentía la sensación de darle la espalda a todo movimiento y estar en el campo.⁸⁰

Esta obra aislada, fuera del hacer ciudad, segregaba a sus habitantes a sus espacios interiores, que por el principio de la ley de condóminos, impulsada por Mario Pani una década atrás, transformaba las relaciones vecinales (interpersonales) en contratos sociales de orden jurídico. El condómino no designaba la función social del vecino, sino una forma jurídica de convivencia en un espacio racional, de neutralidad simbólica. De manera que los espacios de uso común no eran de convivencia lúdica, sino de participación cívica, como lo fueron a lo largo de los primeros dieciséis días de uso en la olimpiada.

Cuando el habitar moderno sólo consideraba bella a una forma despojándola de ornamento estrechamente ligado a la función de reactualización del espacio arquitectónico, esta forma se

⁷⁸ Que tanto preocupaba a Pani, al grado de parecerle aberrante que Le Corbusier en Marsella juntara en un mismo edificio tantos tipos de departamentos destinados a distintos habitantes. Ver *Los multifamiliares de pensiones*.

⁷⁹ Iñaki Abalos, *El buen vivir*, p. 74.

⁸⁰ Juan García Ponce *Inmaculada*.

integraba al contexto productivo de una sociedad autoritaria en la cual el momento estético (el valor de uso), en cuanto potencialmente trascendente, estaba reprimido con respecto al momento utilitario (el valor de cambio). Al renunciar al momento estético trascendente se tornaba represivo, escondiendo un arbitrario subjetivismo burgués bajo el manto de la funcionalidad.⁸¹ Esta ingenua imagen del deseo de modernizar que la clase burguesa mexicana hizo de sí misma, contribuyó a la consolidación de un contexto autoritario. Espacios tan cerrados, tan sometidos a los imperativos de la vida cosmopolita eliminaban el fundamento de la dimensión estética de la arquitectura, que es su reactualización.⁸²

El modernismo estético de principios de siglo que la Bauhaus promovió en los artefactos de la vida cotidiana, como parte de la vanguardia artística, promotora de otro tipo de sociedad que aprovechara los beneficios del desarrollo tecnológico para la socialización en extenso de una experiencia estética, y que tan rechazado fue en la primera mitad del siglo en México, se institucionalizó y convirtió en expresión de distinción de los sectores medios, sobre todo los de formación universitaria. La estetización del mundo de vida, promovida ya no con fines de transformación de la experiencia, sino como inercia del consumo de innovaciones, contribuyó también a cancelar las posibilidades de práctica subjetiva de la arquitectura arcádica y suburbana de la Villa Olímpica. Al igual que las paredes inmóviles, que contravenían el proyecto original, la instalación de los muebles dentro del departamento, que era una obligación para el uso de los atletas, se convirtió en un freno de transformación del espacio, que bajo estas condiciones se presentaba como de vanguardia, y como tal era consumido por los nuevos usuarios.

La diferencia con la Villa Coapa es sustancial, en tanto que la disposición de espacio, la extensión del área habitada, y las formas del conjunto planteaban posibilidades diferentes de práctica, que hasta la fecha son evidentes. Las instalaciones de Coapa, más austeras, menos significativas para la construcción imaginaria de la ciudad olímpica (pues se destinaron para alojar a los jueces y algunos miembros de la prensa) permitían un crecimiento individual de la mayoría de los espacios, salvo los pocos edificios que forman parte del conjunto, que a la larga se reflejaría en un paisaje desigual ante el poco control institucional para regular el crecimiento de los espacios particulares; siguiendo la misma lógica que con las colonias proletarias o populares. En cambio, la villa del pedregal se presentaba como terminada de una vez y para siempre, negando toda posibilidad de adecuación y de disfrute diferencial; pero era el ejemplo de lo que se entendía por espacios modernos, “de vanguardia”: aquellos en los que las posibilidades de espacio de descubrimiento, propias de la experiencia moderna, se reducían al consumo dilatado de un goce no conocido, como sentirse en el campo sin estar en él. Incluso el espacio de colonización en el medio urbano, promovido por la modernidad de finales del siglo XIX y principios de XX, que era el del descubrimiento y colonización de la subjetividad por la razón, quedaba anulado por el freno que

⁸¹ Klaus Horn, *op. cit.*, p. 101.

⁸² Para Walter Benjamin la arquitectura es en esencia un arte posaurático, ya que exponerse, darse a la apreciación estética, es reactualizarse incansablemente bajo la improvisación y la variación. Ver *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*.

significaron los artefactos cotidianos de la vida tecnificada, que negaban la subjetividad por la imposición de movimientos determinados para cada práctica específica (como el modelo taylorista de producción), donde la espontaneidad se subsumía a la eficiencia, que se traducían en una mejora del plusvalor de capital civilizatorio.

El funesto ejercicio que resultó la Villa Olímpica, como posibilidad real de proyecto urbano y de solución del problema de la vivienda de los sectores medios, devino, en la década siguiente, en una proliferación desmedida de unidades habitacionales, construidas indistintamente para sectores obreros y populares o sectores educados y de burocracia media. Donde la exclusividad espacial, que pretendía la villa del Pedregal, se convirtió en un ejercicio de privación de los usos espaciales no por su estructuración de conjunto, sino por las prácticas que al interior se realizaban. Podemos decir que es tan exclusiva la Candelaria de los patos como Villa Olímpica, con la diferencia que el grado de violencia pasa de simbólica, que implica el aislamiento espacial, a una violencia física, producida por la marginalidad de los habitantes.

Los espacios deportivos

Siempre fue claro que México no fue sede olímpica por tener una práctica deportiva sobresaliente, incluso ni por tener una, ya que la práctica atlética era más bien de amateurs y esporádica, sujeta a las contingencias individuales, a la existencia de infraestructura medianamente servible y al financiamiento de alguien que viera con ojos de rentabilidad el apoyar una actividad física. Los conjuntos deportivos construidos para la olimpiada llevaban la penitencia desde que se proyectaron, pues su fundamento no fue el de asignarle usos sociales posteriores, a pesar de que así lo creyera el comité organizador, pues no había las relaciones deportivas que los sostuvieran en funcionamiento. ¿Cuántos habitantes de la ciudad de México practicaban el ciclismo profesional, cuántos la natación, cuántos el voleibol, el básquetbol, el esgrima? Salvo el box, ninguno de los deportes olímpicos para los que se construyeron nuevos espacios era socializado por un número amplio de personas; lo paradójico es que para este deporte no se construyó ningún edificio; la tradicional Arena México sólo se adaptó para funcionar como lo hacía desde años atrás. Estas instalaciones deportivas sólo tenían sentido como elementos visuales de la imagen de la ciudad olímpica, pues sus prácticas estaban aseguradas durante el periodo cronológico que durara el evento internacional.

“La voluntad de ver una ciudad precede a los medios para satisfacerla,”⁸³ el ojo totalizador de las pinturas de antaño sobrevivía en el tiempo de la máquina para construir una ficción que creaba lectores, que hacía legible la complejidad de la ciudad y petrificaba en un texto transparente su opaca movilidad; en la ciudad olímpica no importaban las prácticas, los sujetos que reactualizaran los edificios y sus funciones, sino la representación detenida en el tiempo que estos espacios darían a la ciudad. La imagen de la ciudad se volvió una especie de colocación a distancia del facsímil

⁸³ Michel De Certeau, *La invención de lo cotidiano. I arte de hacer*, p. 104.

producido por los arquitectos y las secretarías de estado. “La ciudad-panorama es un simulacro ‘teórico’ (es decir, visual), en suma un cuadro, que tiene como condición de posibilidad un olvido y un desconocimiento de las prácticas,”⁸⁴ por el privilegio de las formas sobre los contenidos sociales.

A diferencia de las villas, los otros espacios construidos para la olimpiada no pretendían promover prácticas, normalizar actitudes, o diferenciar grupos sociales por su uso. La función que cumplían era la de servir de referentes compositivos en la construcción de la representación de la ciudad; como en los viejos mapas medievales, sobresalían las construcciones representativas de un entorno silencioso que se subordinaba a ellas. Por eso, tampoco es casual que las nuevas construcciones para las competencias deportivas tuvieran una forma monumental, que privilegiaba la densidad estructural, que fue el elemento compositivo privilegiado.

La Alberca y Gimnasio olímpicos implementaron para su construcción una técnica de construcción de techo colgante sostenido con tirantes de acero, tensados en sus extremos y anclados en cimientos de concreto. El techo era una estructura metálica recubierta con concreto reforzado, del peso necesario para contrarrestar las diferencias que presión del aire podía originar a una superficie tan larga y no recta. Para sostener los cables se construyeron gruesas columnas que equilibraban la estructura. El resultado fue un brutalismo arquitectónico, que intentó disimularse por las fachadas de cristal, que no comunicaban al interior con el exterior, pues estaba delante de una pared de ladrillos. El carácter monolítico del conjunto se hacía evidente en su verticalidad, por estar situado en una zona en la que no había edificios de gran altura, convirtiéndose en la estructura más alta en la zona, y con ello en un punto sobresaliente.

En toda esta construcción imaginaria del espacio urbano olímpico hay un nudo que es útil analizar en su particularidad: el Palacio de los Deportes. Es una obra arquitectónica en verdad novedosa y de alto valor estético, que contrasta con la sencillez formal de las otras obras. La cabeza del proyecto era Félix Candela, un arquitecto español que se exilió en México donde hizo buena parte de su trabajo arquitectónico. La innovación de Candela en el movimiento arquitectónico de vanguardia consistía en la integración de líneas curvas en la estructura, convirtiéndolas en el eje de la composición, a contrapelo de la ortodoxia de la línea recta y de la traza ortogonal. Realizó con muy buenos resultados algo que Le Corbusier intentó en la Villa Roehamp: componer un conjunto a partir de estructuras curvas. Las obras de Candela llevaron al extremo esta tendencia, que Juan Antonio Ramírez calificó de surreoide curviquebrada,⁸⁵ por estar más relacionada con la estética surrealista, de metáfora, abstracción y espontaneidad sensitiva, al revalorar la función de la curva en el muro liso y neutral.

Si bien el Palacio de los Deportes no es la mejor obra de esta tendencia, sí es un punto importante a considerar, por su novedad estructural, que, además de económica y rápida, era formalmente innovadora. Candela explica así el proyecto: “La estructura era el elemento dominante en la composición y el determinante en el sentido plástico y espacial, se trataba de lograr con ella

⁸⁴ *Idem*, p. 105.

⁸⁵ Ver Juan Antonio Ramírez, *Arte y arquitectura en la época del capitalismo triunfante*.

una forma interesante desde cualquier punto de vista: exterior e interior.”⁸⁶ El resultado final logró lo propuesto, una forma innovadora, atractiva al primer acercamiento, al goce estético. Pero, su resultado formal correspondió más con las intenciones de una ideología nacionalista creyente en el progreso que con la realización de un espacio arquitectónico de usos estéticos, socialmente extendidos. Es cierto que es una obra a la que le queda todo el epíteto de artística, pero subsume este carácter a la realización, inconsciente, de un fin político extrarquitectónico: “la finalidad inmediata del proyecto (olímpico) hacía que México tuviese comprometido su prestigio... No se pudo, pues, proponer una estructura pueril y ordinaria... Nunca deben olvidarse las consideraciones económicas. La solución tenía que ser poco costosa, pero sin olvidar la espectacularidad.”⁸⁷

El destino de obra desde su origen sólo fue el lucimiento, pues las actividades deportivas destinadas a realizarse se redujeron al básquetbol, pues a pesar de ser denominado Palacio de los Deportes no se realizaron en él más competencias. Pero en términos de imagen urbana su realización era indispensable, el comité organizador lo sabía: “El Palacio de los Deportes es la instalación representativa de la Nación que efectúa una Olimpiada...”⁸⁸ Por ello era necesario construir un espacio que cubriera esa necesidad, aunque su uso no estuviera claro, incluso quedara relegado a otras instalaciones. En el Auditorio Nacional se efectuaron las competencias de gimnasia, que son las realizadas en espacios cerrados que más variantes y participantes tiene, y que era de esperarse se realizaran en el espacio representativo de la olimpiada, o cuando menos en el Gimnasio Olímpico. El Palacio de los Deportes tenía su destino constreñido al tiempo que durara la olimpiada; después de ella no tenía un uso garantizado, pues no había una liga de básquetbol profesional o semiprofesional para que le diera uso, mucho menos de deportes de salón (como fútbol, pin-pong). Esta propuesta estética terminó convirtiéndose en un elefante blanco, muy atractivo pero sin saber su uso, aunque el comité organizador dijera lo contrario: “El Palacio de los Deportes puede no sólo ser escenario para competencias de Básquetbol, sino que fue diseñado para que pueda servir a una extensa gama de deportes (box, lucha, levantamiento de pesas, esgrima) que requieren poco espacio o para otros eventos que necesitan una gran superficie para su desarrollo (hockey sobre hielo, ciclismo, atletismo, espectáculos ecuestres, danza, circo, convenciones y exposiciones).”⁸⁹ Lo cierto es que en México no había competencias regulares que dieran uso a ese espacio, que socializaran su propuesta arquitectónica más allá de la apreciación de la forma del espacio.

El resultado estético de esta obra quedó hipotecado a los usos políticos de un régimen que bajo la bandera del beneficio común realizó un proyecto urbano sobre las contradicciones sociales existentes, desde las que no se podía reactualizar su valor artístico. La muerte del valor estético de este espacio, como el de los demás de la ciudad olímpica, coincidió con la muerte de la ideología

⁸⁶ Félix Candela, et.al., “Proyecto arquitectónico del Palacio de los Deportes”, p. 413. “La cúpula es un paraboloide hiperbólico de aluminio tubular sostenido por enormes arcos y techado con láminas de madera impermeabilizada recubiertas con placas de cobre.” *Instalaciones olímpicas*, t II, p. 68.

⁸⁷ *Idem*.

⁸⁸ Memoria de la Dirección de control de instalaciones, ACOJO.

⁸⁹ *México 68. Memoria oficial del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos*, t II, p. 68

política que los promovió. En general la arquitectura que se presentaba como nacionalista y al servicio de los mexicanos, debía su vida y éxito a la relación que mantenía con el régimen político (posrevolucionario) y con la particular ideología sexenal. Su existencia simbólica era sólo en la memoria oficial, y no en los usos sociales, todo su valor se apostaba al periodo político en el que se realizaban y para el que funcionaba.

Es aquí donde está la importancia de la relación arquitectos estado-nación, ya que no sólo la actividad constructiva en su autodenominación artística se libera de los compromisos sociales globales, en específico los urbanos, dejándole toda la responsabilidad a las instituciones gubernamentales; sino que también al comprometerse con una ideología política condena su existencia social a la trascendencia de dicha ideología. Como decía inteligentemente Ibargüengoitia en sus crónicas urbanas: “los arquitectos mexicanos se caracterizan por partir del concepto de que la única realidad está en los planos.”⁹⁰ La arquitectura no fue fiel sirviente de los dictados ideológicos de los distintos gobiernos, pero ha jugado su juego, por concesión o por entrega; pues a final de cuentas el Estado es el mayor promotor de la práctica arquitectónica con pretensiones artísticas. El costo de hacer proyectos, irrealizables en otro sistema político, era la vida misma de la obra;⁹¹ como en el caso de las instalaciones olímpicas que, después de los juegos para los que se construyeron, fueron abandonadas a los diversos y posibles usos sociales futuros. Como la ciudad entera fue olvidada, y fueron sólo islotes de novedad que bajo un nuevo régimen político hicieron creer en el renacimiento de las viejas instalaciones. Durante Echeverría se festejó el dispendio espacial producto de la política de aumento del gasto social en obras como el Colegio de México, el Museo Tamayo, la Universidad Autónoma Metropolitana. Con López Portillo el brutalismo arquitectónico regresó como reflejo de la bonanza petrolera, la Torre de PEMEX, el monolítico Palacio Legislativo. “Durante muchos años los arquitectos mexicanos han estado consagrados a proyectar edificios dedicados al hacinamiento de gente, edificios ostentosos destinados a servir de ejemplo a las generaciones futuras, y casas de megalómanos. Es por esto que no han tenido tiempo para resolver problemas propios de la habitación popular, que es una de tantas inversiones no rentables.”⁹²

⁹⁰ Jorge Ibargüengoitia, *Olvida usted su pasaje*, p. 25.

⁹¹ Vladimir Kaspé, arquitecto ruso de formación francesa, en una plática a estudiantes de arquitectura recordaba: “Desde mi encuentro con México en los años cuarenta tuve conciencia de que aquí había posibilidades de toda índole a mayor escala que en Europa... Había mayor libertad en la búsqueda de soluciones, también mayor libertad en la concepción del reglamento... En fin, encontré una clientela de criterio amplio, menos basada en tradiciones, más abierta hacia ideas nuevas.” En Pablo Quinteto, *op. cit.*, p. 212. Pero esa libertad de trabajo se pagaba con la muerte temprana de los espacios, en términos de su uso social simbólico. En ocasiones terminaron en usos distintos a los proyectados, en otras abandonados al tiempo.

⁹² Ibargüengoitia, *op. cit.*, p. 13.

III. LA CIUDAD OLVIDADA

Al margen del proyecto de la ciudad olímpica y de sus “mecanismos púdicos” de ocultamiento, en la ciudad de México vivía y se desarrollaba esa pieza no incluida en la construcción imaginaria del paisaje urbano para la contienda deportiva internacional.¹ La estética no deseada del arrabal, de impronta espontánea, de horizontalidad forzada, de árido paisaje, gris, como único color posible, formaba la mayor parte de la superficie del espacio urbano. Era imposible eliminarla de la vida cotidiana durante el periodo olímpico; era otra de las tantas caras del 68, que junto con las demás prácticas y proyectos hacían la totalidad de la ciudad.

El desdén por esta realidad urbana no fue propio del periodo olímpico, los proyectos urbanos se especializaban en tratarla mal, en el mejor de los casos, pero, más frecuentemente, la ignoraban. Esta parte de la ciudad, que crecía según posibilidades coyunturales, era objeto indefinido de las prácticas estatales; podía servir de legitimador de intervenciones urbanas que se encaminaban directamente a satisfacer las necesidades de los sectores más beneficiados, como en el caso de la construcción de la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, que se construyó con el fin de regenerar la zona y dotar de vivienda digna a sus habitantes, pero finalmente se comercializó con sectores sociales mejor posicionados. O podía ser blanco de ataques virulentos por parte de un proyecto de ciudad de clases medias donde no había espacio para los pobres, promovido durante catorce años por el gobierno de Uruchurtu. Lo cierto es que era un sistema socioespacial que no se pudo eliminar, no sólo porque era la materialización de espacios de desigualdad socioeconómica y cultural, sino porque en él también se vivía día a día la vida tratando de escapar de la dura racionalidad del productivismo y la eficiencia. Era el espacio predilecto de “las maneras de hacer”, o “el fondo nocturno de la actividad social”, de la manipulación por los practicantes que no eran los mismos fabricantes, de la espontaneidad de la práctica, que estaba mediada por las posibilidades y las necesidades inmediatas.² Vivir la ecología de ciudad perdida, en las villas miserias, es decir obligadamente que se vive al margen del cuento de hadas que los gobiernos del D.F. construyeron sobre el mito del progreso.

Las ciudades suelen vivir dos vidas: la de su personalidad externa proveniente del cuento reverencial que propagan viajeros, departamentos de turismo y medios masivos de difusión, y la de su personalidad interna, surgida de ese fenómeno imponderable, indefinible, más no por ello menos notorio: “el rostro de su población, esos rasgos donde se acumulan y desbordan la seguridad, el orgullo, no-tan-de-vez-en-cuando la jactancia, el cinismo, la sabiduría popular, el humor, la

¹Henri Lefebvre usa el término “mecanismos púdicos” para referirse a los proyectos espaciales que en la ciudad industrial del siglo XIX servían para ocultar la parte productiva, desde los hombres, en especial el proletariado, hasta sus espacios de producción y reproducción. *El pensamiento marxista y la ciudad*.

²Michael De Certeau, *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*.

melancolía que elige los sitios adecuados para teatralizarse y la tradición.”³ Esos espacios internos, de la vida cotidiana que sólo conocían sus habitantes, eran gobernados en su mayoría numérica por los sectores populares, para los que la racionalidad instrumental de la vida urbana moderna no era sino una herramienta más de la vida diaria, la cual podían usar según sus necesidades, pero que silenciosamente les imponía restricciones.

Su organización era contradictoria, en ellos se debatía la espontaneidad de acción y la violencia material y simbólica de la desigualdad, que terminaba por asignarles un sello de amargura, que estaba muy lejos de los finales felices del melodrama mexicano. Las contradicciones culturales y sociales del capitalismo se vivían en todo su esplendor en estas zonas, que eran hijas bastardas de un sistema social, al que se resistían y al que de alguna manera fracturaban. Su fundamento estaba en la explotación del productivismo capitalista; su origen era la desigualdad de la producción y la distribución; eran los espacios de la enajenación que generaban una política de resistencia para sobrevivir, no fuera del sistema social, sino en su periferia, en sus límites. Lo paradójico es que esta resistencia volvía al círculo que la originaba como aliento de eficiencia del sistema de dominación, que basaba su funcionamiento no sólo en la exclusión y la explotación, sino en la apertura de posibilidades de sobrevivencia que al ser eficaces reproducía la lógica de socavación del trabajo y la subsunción de la identidad grupal a la transnacional. Estos procesos de circulación y consumo no estaban, por tanto, fuera de la circulación social global del capitalismo; giraban en otros niveles, que adaptaban y recreaban los fundamentos de la estructura del sistema social, bajo la reunión de formas sociales desiguales y combinadas, las modernas y las tradicionales.

El siglo XX fue un siglo que pretendió apartar al hombre del trabajo, garantizándole un espacio de beneficio originado por el desarrollo de fuerzas productivas acumuladas y trabajando a favor de la humanidad. El resultado fue muy distinto a lo pensado, ya que en este proceso de eliminación de los hombres de la producción creció el número real de excluidos de la circulación de los productos de la estructura económica; mismos que al quedar marginados en esta ordenación la reprodujeron en otros niveles, con los mismos principios fundamentales del trabajo contra el hombre. “En la economía capitalista moderna los seres humanos son precisamente el único factor cuya productividad no puede incrementarse fácilmente y cuyos costes tampoco pueden reducirse fácilmente. Por lo tanto la presión para eliminarlos de la producción es enorme.”⁴ Este principio de exclusión era una de las causas de la existencia de los espacios populares en la ciudad, en los que vivían la mayoría de los que eran contingentes en la producción por la lógica misma de la producción, y así aumentaban el ejército industrial de reserva, cuyo funcionamiento era cada vez más simbólico que real, pues ante el desarrollo de fuerzas productivas era posible sostener el productivismo con menos participación humana, que tenía que subemplearse en la actividad terciaria.⁵ Aunque en los años del milagro mexicano el pleno empleo podía ser una realidad

³ Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, p. 277

⁴ Eric Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, p. 156.

⁵ El ejército industrial de reserva es una condición necesaria del funcionamiento del capitalismo industrial, que a partir de la acumulación de capital producido por la población obrera aumenta la reproducción del volumen de los medios de trabajo, reduciendo la necesidad de participación humana; lo que permite convertirla, relativamente, en supernumeraria. Esta población excedente a las necesidades de la producción es una fuerza de trabajo potencialmente utilizable y

alcanzable, no todos podían vivirla. Estos espacios eran también la muestra de la posibilidad de vida en otros órdenes simbólicos de racionalización del mundo, eran focos de transformación potenciales; combatían contra el orden exterior y vivían su miseria de posición estructural en un sistema cerrado y autorregenerable, en el microcosmos del mundo de vida inmediato y propio; una miseria que se interioriza para hacerse un mundo y poder practicarlo para vivirlo.⁶

Este universo de viviendas heteróclitas se volvía un pequeño mundo cálido, pero cerrado en sí mismo y autosuficiente culturalmente, convirtiéndose en la mayoría silenciosa que sostenía la vida urbana, ya no sólo con su trabajo explotado en una fábrica, sino con su participación en la economía terciaria, con su empleo en las labores poco visibles y poco reconocidas.

Los espacios de la desigualdad en la ciudad olímpica

Según una investigación del Instituto Mexicano del Seguro Social, la Zona Metropolitana de la Ciudad de México tenía en 1963 23,821 manzanas, con 896,973 viviendas; de las cuales 312,840 eran individuales y 584,133 en edificios colectivos. Para obtener esos datos se dividió a la ciudad en 111 regiones, de las cuales cinco tenían todas las casas en buen estado, por encima de las condiciones mínimas.⁷ El 22% de las viviendas eran de 20m² y el 61% de 45m². Por tanto, según sus criterios, el

permanentemente disponible. El ejército industrial de reserva sirve para contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de ganancia de los capitalistas, que es resultado del perpetuo incremento en la inversión en capital constante –materia prima, herramientas e instalaciones- en relación con el capital variable, el salario. La producción capitalista, para generar un alta tasa de ganancia, resultado del consumo del plusvalor de la mercancía en el mercado, debe asegurar el consumo por la mayor parte de la población posible, que tendrá que emplearse bajo condiciones desventajosas para adquirir los bienes en el mercado, ampliando la tasa de ganancia del productor, que reduce su inversión en el salario, compensando la inversión en el capital constante. Otra solución para los capitalistas es la creación de empresas donde el trabajo vivo es el fundamento, reduciendo la inversión en capital constante; como las maquilas, que funcionan por la existencia de una población supernumeraria, que requiere de empleo y acepta trabajar jornadas extensas por un sueldo socavado. En la ciudad de México, en 1968, de los cerca de siete millones de habitantes sólo 2,230,986 conformaban la población económicamente activa (pensada a partir de los doce años de edad); de estos 150,000 eran patrones, 1,676,646 eran empleados y 292,093 trabajaban por su cuenta. Lo interesante es que casi más de cuatro millones y medio de habitantes no son considerados población económicamente activa, y de ellos son cerca de dos millones de menores de doce años y menos de un millón mayores de 60 años, por lo que queda una cantidad mayor de un millón de habitantes en edad laborar que no están considerados como productores en el sistema. Secretaría de Industria y Comercio. Dirección General de Estadística, *Anuario estadístico compendiado 1968*.

El ejército de reserva es funcional incluso en la terciarización de la economía, que existe también por la especulación con el salario, ya que mucha gente lo demanda y poca puede obtenerlo. A pesar de la existencia de un creciente número de pequeñas empresas trabajadas por su dueños, la mayor parte del sector terciario está dominado por el capital monopólico, sobre todo en las nuevas relaciones de venta de bienes y servicios, que emplea a bajo costo a una enorme cantidad de población necesitada de trabajado, en especial los jóvenes, y que ven en esas formas no especializadas de trabajo una fuente temporal de ingresos.

El ejército industrial de reserva tiene diferencias, hay alguna población que fluctúa entre tener un trabajo o no tenerlo, según las ofertas de empleo temporal; por otro lado existe la población en activo cuyo empleo es completamente irregular, como los albañiles; esta población rinde un máximo de tiempo por un bajo salario. Finalmente, existen como parte del ejército de reserva los expulsados de otras actividades productivas, principalmente de la agricultura, que trabajan explotando sus tierras, pero sin las ganancias necesarias para sostener la producción, por lo que se emplean en otras labores distintas a las agrícolas.

⁶ Cfr. Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo*, p. 10.

⁷ IMSS (1965), *Investigación de vivienda en 11 ciudades del país*. Tomo I. Las zonas eran la 22, que comprendía la colonia Lindavista; la 45 en la que estaban Polanco, Chapultepec Morales y parte de la Irrigación; la 91 que correspondía Jardines del Pedregal; la 4 que era la de las Lomas del Río, ciudad Satélite, Bosques de Echeagaray, Santa

III. LA CIUDAD OLVIDADA

83% de las viviendas no podía alojar a más de 4 miembros. El 41% de las casas con 30m² o menos estaban localizadas en el centro y el norte de la ciudad. Los resultados finales fueron que viviendas sin deficiencias y adecuadas eran 15.6%; viviendas sin deficiencias pero inadecuadas el 12.54%; viviendas deficientes 63.29%, viviendas desechables 8.28%, vacías 0.7%.⁸

El crecimiento general de población en 1968 fue de 330,637 habitantes, naturales 211,862 (271,734 nacidos y 598,772 muertos), sociales 118,775 (llegaron 969,000 salieron 850,225).⁹ La población creció de la siguiente manera de 1950 a 1970:¹⁰

	Habitantes DF	Habitantes ZMCM	Viviendas particulares DF	Viviendas alquiladas DF	Viviendas c/ drenaje DF	Viviendas c/drenaje ZMCM	Viviendas totales DF	Viviendas totales ZMCM
1950	3,239,840	3,135,673	159,313	466,949			626,262	657, 613
1960	5,178,123	5,381,153	188,106	713,977	397,388	412,307	902,083 ¹¹	985,814
1970	6,974,165 ¹²	9,210,583	457,687	761,732	957,685	1,133,205	1,219,419 ¹³	1,535,315

Para 1968 la mayoría de las viviendas del DF eran deficientes, según el criterio de la investigación del IMSS, y en ellas habitaba la mayor parte de la población, que vivía en condiciones de alta densidad, comparadas con las zonas que estaban acondicionadas satisfactoriamente. Lo interesante de estos datos, además de la marginalidad evidente de la mayor parte de la población, es el crecimiento de las migraciones internas, muchas de las cuales seguramente terminaron en los municipios conurbanos del Estado de México, sin dejar por ello de ser parte de los problemas socioespaciales de la gran ciudad.

Según los anteriores datos el grado de hacinamiento era alto, así como la densidad horizontal. Lo interesante es que convivían juntos los espacios de opulencia y de marginalidad, pero no en términos metafóricos, sino en sistemas espaciales concretos. "... las zonas con mayor número de viviendas individuales son precisamente aquellas donde se registran los dos niveles extremos de ingreso..."¹⁴ Pero la diferencia y la identificación de estos sistemas espaciales corresponden no sólo

Mónica, Viveros de la Loma y San Mateo; y la 44 en la que estaban las Lomas de Chapultepec, Virreyes, Lomas Altas, Lomas de Tecamachalco y la Anzures. Había 22, 590 viviendas satisfactorias, de las cinco zonas mencionadas. P. 46.

⁸ *Idem*. El 40% de las casas no tenían drenaje, el 18% con pisos de tierra, el 24% hechas con materiales de desecho. 54% con agua individual, 26% con agua en el predio; 20% carecían de ella; 50 % sin baño. El 30% eran propietarios, el 59% rentaban y 11% invadieron, cuadro 8, Cuadro 9, Cuadro 10 y Cuadro

⁹ Secretaría de industria y comercio. Dirección General de Estadística, *Anuario estadístico compendiado 1968*.

¹⁰ Según datos del IX censo de población y de Beatriz García Peralta, "Situación de la vivienda en la zona metropolitana de la ciudad de México" en *Atlas de la ciudad de México*

¹¹ De estas sólo 297, 174 tenían dos cuartos o más.

¹² De los cuales 24,049 andaban descalzos; 2,269,469 habían nacido en otro lugar; 68,660 hablaban una lengua indígena; 441,615 analfabetas.

¹³ Viviendas de un cuarto eran 350,681; de dos cuartos 310,909; de tres 202,985; de ocho 18,630 y de nueve o más cuartos 35,160.

¹⁴ IMSS, *investigaciones...* p. 50. "...las ciudades perdidas están rodeadas por zonas ricas. No se puede precisar, la mayor parte de las veces, en dónde empieza la miseria y en dónde termina la opulencia de ciertos sectores del Distrito Federal." Manuel Mejido *México amargo*, p. 323.

a la forma, sino a las prácticas y a los niveles ideológicos de construcción de la representación espacial.

En la ciudad de México, con sus contradicciones propias de una urbe de la periferia capitalista, se agudizaron los conflictos de la vida urbana moderna, la guerra social que se vivía en su interior era más cruenta y con mayores daños que en otras condiciones. En la guerra social, donde cada uno buscaba explotar al prójimo, el capital económico era el botín de la lucha, y nadie se preocupaba por quien no tenía ese capital. El espacio urbano era el campo de batalla, donde se cometía el crimen social de la explotación y la sobreexplotación. Esta guerra social era camuflajeada por la burguesía y el Estado bajo los principios de legitimación del modo de producción, que legalizaban y regularizaban la reproducción de los diversos sujetos sociales; pero se hacía abierta por parte de los subalternos, robando, violentando la legalidad ajena a ellos; pero la lógica del enfrentamiento hacía perdieran, pues en el daño a los explotadores acababan dañándose ellos. Las trincheras en las que combatían cada uno de los grupos eran espacialmente diferentes, expresaban en la forma su posición y su condición estructural en el sistema social, en una lucha de clases y clasificaciones.

El principio orgánico de la planificación urbana en la ciudad de México fue el de la segregación de los espacios que contuviera los efectos de la guerra social urbana. Como ciudad cosmopolita, vivía bajo la contradicción fundamental de la interacción espacial de las clases sociales más opuestas, la burguesía y los sectores populares marginales; que se resolvía con la proyección de espacios diferenciados, que aseguraban el aislamiento y la distinción social. La regulación y, en gran medida, la edificación de los espacios de segregación urbana debía correr a cargo del Estado, que aseguraba mediante leyes e instituciones las diferencias espaciales originadas por la distribución de la industria y del reparto de los beneficios de la producción.¹⁵ El Estado debía hacerse cargo de aquellas relaciones que la producción en su práctica fundamental (la obtención de plusvalor) no absorbía por poco redituables, pero que eran necesarias para la acumulación de capitales.

En la ciudad de México nunca hubo un proyecto de planificación urbana global, los procedimientos eran más bien para satisfacer las necesidades del grupo en el poder. La planificación se mal entendió como proyecto de regulación del entorno urbano existente y el potencialmente existente en límites reducidos, sin pensar en las relaciones con los lugares y regiones que rodeaban a la ciudad. Se repetía una constante en la urbanización del siglo XX en el sistema-mundo capitalista que entendida la planificación “como un programa de acción organizado de manera que pueda conseguirse unos objetivos concretos decididos a partir de unas necesidades. Y eso es

¹⁵ La legislación que regula la diferencia espacial era el Reglamento de uso de suelo, que aseguraba las diferencias espaciales de la ciudad, definiendo los espacios de habitación residencial y los espacios de habitación popular, a partir de la tipificación de la densidad de población por zonas. También determinaba las áreas comerciales y las industriales. Esta se complementaba por medio de reglamentos como el de construcción, que tipificaba los tipos y condiciones mínimas para construir. Las instituciones encargadas de reproducir la segregación urbana fueron el FOVI y el FOGA, que funcionaron como fondos de financiamiento para la vivienda popular, que sustituían al financiamiento de pensiones del Seguro Social.

precisamente lo que la planificación no es.”¹⁶ Un proyecto global representaba una amenaza para las formas tradicionales de mediación política ejercidas por el patrocinio y por el clientelismo; un proyecto global implicaba la participación activa de la mayoría de la población, lo que era igual a informarla y darle espacios de poder; por ello fue preferible reducirlo a ejecuciones cosméticas. Para la política urbana lo principal era el control y no la eficiencia del desarrollo global; una necesidad de control personalizado y estratificado de los recursos materiales y simbólicos. La intervención urbana estatal funcionó como un sistema de legitimación de decisiones políticas, de satisfacción de intereses personales y de clase; que se tradujo en la disminución del poder local en la toma de decisiones por parte de los habitantes.¹⁷

El principal problema del crecimiento urbano fue la mala proyección de las ciudades y el poco control sobre las migraciones internas. La intervención urbana resolvía un problema para generar otro; el aumento de la concentración del gasto público en la ciudad de México y la consecuente reducción en otras regiones del país motivó la migración interna hacia la metrópoli, lo que significó un aumento de los conflictos por los espacios para habitar.¹⁸ Esta pugna era funcional a la especulación de la renta de la tierra, a la manipulación ideológica sobre el empleo y a la consolidación de poderes de grupos urbanos que en ese momento luchaban al interior del PRI por espacios de mayores beneficios. Para finales de los años sesenta Uruchurtu estaba fuera de la arena política, pero tenía adeptos políticos en el partido. También sobresalía la figura de Corona del Rosal, que se perfilaba como un candidato ideal para sustituir a Díaz Ordaz en la presidencia, a la que se sumaba la figura de Martínez Domínguez, presidente del partido, y proveniente de los sectores urbanos de la CNOP.

El ejército de reserva en la ciudad de México existía sin costo alguno y a la disposición de la demanda industrial. En los años sesenta la mano de obra se contrataba y se despedía regularmente según el volumen de la producción, así se garantizaba la pasividad y se evitaban obligaciones contractuales de los trabajadores permanentes. “Al no asumir el capital el costo social de la urbanización y al ser estos excesivos para el nivel del salario obtenido por una mayoría de los trabajadores, se ve un deterioro masivo de las condiciones colectivas de vida cotidiana en forma de la llamada ‘urbanización marginal’”¹⁹. La función estatal se encaminó a resolver los problemas de equipamiento para gestionar la economía, cuyos resultados terminaron por asegurar la continuidad de la desigualdad. La intervención estatal y la acumulación de capitales intentaron sacar beneficios de la incidencia en ciertos sectores de la clase obrera para provocar efectos ideológicos y políticos

¹⁶ Peter Hall, *Las ciudades del mañana*.

¹⁷ Peter Ward, *México una mega ciudad. Producción y reproducción de un ambiente urbano*, p. 165.

¹⁸ Los datos del gasto designado a la ciudad de México no los poseo, pero si los de su participación en la economía nacional, de donde podemos inferir la relación con el presupuesto, pues hay una relación proporcional entre lo producido y lo invertido, sobre todo porque era una etapa de apuntalamiento de la industria nacional, para lo que era necesario mantener un gasto amplio en la ciudad de México, que era donde se concentraba la mayor parte de la industria. Para 1960 la ciudad de México participaba con el 36.2% del producto interno bruto, que desglosado correspondía de la siguiente forma: 42.7% de la producción industrial, 60% de transporte y 44% de servicios. Una década después las cifras serían las siguientes, un 37.4 del PIB total nacional, 30.9% de la producción industrial, 58.1 de transportes y 49% de servicios. Ver Sergio Puente “Estructura industrial y participación de la zona metropolitana de la ciudad de México en el producto interno bruto” en *Atlas de la ciudad de México*, p. 94.

¹⁹ Manuel Castells *Crisis urbana y cambio social*, p114.

que disminuyeran la participación económica estatal en la gestión de la reproducción de la clase obrera; por ello se promovieron construcciones de unidades habitacionales -que antes de la década de los años sesenta no eran tan numerosas- como las de Santa Cruz Meyehualco y la de Aragón, que se destinaron a la habitación de un pequeño sector obrero, como ejemplo del compromiso del Estado y del gobierno de la ciudad para dotar de habitación a los trabajadores. También se implementaron programas de crédito por instituciones estatales, que permitían a los obreros con ingresos medios y constantes adquirir un inmueble. Ni el Estado asistencialista, ni los capitalistas se hacían cargo de la reproducción de la totalidad de la clase obrera, que tenía que generar espacios de sobrevivencia al margen de la política estatal.

El "espíritu de comunidad urbana", inaugurado en zonas exclusivas como el Pedregal, las Lomas, y la entonces recién inaugurada Tecamachalco (en la que Zabludovsky y González de León construyeron las primeras privadas), se enarboló como antídoto frente a cualquier amenaza de desorden social o descontento ante la desigual ayuda estatal. La comunidad urbana fue una de las claves del control social y de la vigilancia, al borde de la abierta represión social contra los que estaban privados de ella. Comunidades bien arraigadas se excluyeron y se autodefinieron contra otras, erigieron todo tipo de señales de "prohibida la entrada" (cuando no tangibles muros y puertas infranqueables). El racismo, la discriminación clasista avanzaban reptando hacia el interior del paisaje urbano. El urbanismo de segregación integral y privativa fue una barrera, más que promotor del equilibrio social. El origen de esta forma de producción del espacio estaba en la adaptación de la idea de suburbio estadounidense, que tanto se propagó en los años sesenta.²⁰ El ideal de la ciudad en la época dorada del capitalismo, la de buenos lugares para vivir y sobre todo para crecer, que convivían en armonía con el campo que las rodeaba y que conseguía eliminar parte de la fealdad de

²⁰ Es interesante notar la historicidad de la auto-segregación urbana, como ejemplo radical del habitar como mercancía, que priva del uso y disfrute a los demás, a los Otros (en este caso, a los que no son parte de la nueva comunidad urbana, y los que nunca podrán serlo). En primera instancia surge por lo que se ha llamado el "Baby boom" o la nueva maternidad estadounidense después de los estragos de la guerra europea. La necesidad de espacios aislados integralmente del resto de la ciudad, originalmente fuera de ella, demandaba una satisfacción en función de generar espacios saludables, habitables y seguros para las nuevas generaciones, para los niños de las postguerra. Esta segregación tiene su lado simbólico, de exclusión y redefinición de los elementos de la identidad comunitaria urbana; en primera instancia está la posesión del capital monetario para poder acceder a estos espacios cerrados, pero antes que esto está la necesidad de cumplir una serie de normas tácitas de usos de áreas comunes, y de respeto a la privacidad de cada casa. Los habitantes de estos espacios se convertirán en una especie de pequeña comunidad civilizada y armónica, que estará atendida y vigilada por un selecto grupo de sirvientes, que realizaran todas aquellas labores de mantenimiento, emulando la prestación de servicios públicos en la gran ciudad. Pero lo que surgió como una forma de construcción de oasis de prosperidad y tranquilidad, como una nueva forma de hacer ciudad, se transformó a la par que los problemas urbanos parecían irresolubles; así el miedo se convirtió en el principal agente de ventas de estos espacios que empezaron a proliferar a partir de los años setenta, y desde entonces son la mejor forma de promoción de los espacios de habitación en la ciudad, que ya no sólo se destinan a los sectores hegemónicos, sino que se hacen burdas adaptaciones para los sectores medios y para los sectores populares. Se volvieron mini ciudades finiseculares, se convirtieron alrededor de una sociabilidad de mundos cerrados, pretendidamente homogéneos, organizados en torno a la privacidad, el aislamiento y la fortificación, ante la inseguridad de la vida urbana global. El resultado es finalmente la desarticulación y estandarización de los paisajes urbanos, la tematización de los paisajes de vida y la insustentabilidad ambiental. Para el final del siglo XX estos espacios se volvieron el ejemplo claro de la reflexividad del mundo de vida, donde las acciones más cotidianas ya no responden a una tradición, sino a una elección entre alternativas posibles, que impone el mercado inmobiliario para después promoverlas como hechas acorde con las necesidades de grupos sociales específicos. Ver Liliana López Levi e Isabel Rodríguez Chumillas, "Miedo y consumo. El encerramiento habitacional en México y Madrid", en *Perspectivas urbanas/Urban Perspectives*, número 5.

las viejas construcciones, no dio resultados tan dignos y elevados como se pensó: buena vida pero no buena civilización.²¹ En la ciudad de México existían los mayores beneficios en menos número de manos como en ninguna otra ciudad del país, pero el acceso social al gasto público se diferenciaba social y espacialmente, así que la buena vida no se acompañó de equilibrio civilizatorio de convivencia armónica. En la ciudad de México todos se veían afectados, pero no sufrían igual.²²

La ciudad se dividía en dos, la de los beneficiados por el “milagro mexicano” y la de los que esperaban que los beneficios del desarrollo llegaran. Estos hicieron su propia ciudad, que mantenía características formales y simbólicas que la diferenciaban de la ciudad deseada, de “la ciudad Bella”²³. No por una “cultura de la pobreza”, sino porque la pobreza en la que vivían era estructuralmente similar, porque la provocaba el sistema social de producción material y simbólica dominante. La pobreza no se vivía igual, aunque su fundamento fuera el mismo en el sistema-mundo capitalista y con ello sus características esenciales que se repetía. No hay, por tanto, una cultura de la pobreza, sino una pobreza sistémica, estructural, que promovía la producción capitalista y que hacía semejantes las pobrezas existentes, no sólo formalmente sino también en la forma en la que se vivían.²⁴

Esta vida pobre creó su ciudad en el D.F. en las colonias proletarias y en las ciudades perdidas, en la ilegalidad a veces legítima, las menos, a veces violenta, las más. Pues la falta de recursos de los asentamientos irregulares hacía que no fueran considerados potenciales miembros de un mercado inmobiliario. Por tanto el deterioro urbano no fue consecuencia de la “concentración ecológica”, sino “expresión de la contradicción entre la socialización creciente de los equipamientos básicos de la vida cotidiana, la pauperización relativa de una mayoría de la población y el carácter capitalista dominante de la producción de bienes y servicios.”²⁵ La urbanización para los subalternos era una especie de juicio final secular: ayudar a los pobres virtuosos a ir al paraíso terrenal en la ciudad jardín; los indignos permanecerían siempre castigados en su propio infierno.²⁶

La ciudad perdida no era lo mismo que colonia proletaria. La ciudad perdida era originada por la invasión, con estatus jurídico ambiguo, de casa de materiales reciclados y sin servicios básicos particularizados, ubicadas en tierras comunales, pedregales o barrancas, ubicadas

²¹ Peter Hall, *op. cit*, p. 181.

²² “Un albañil borracho y un licenciado borracho, son iguales ante dios, pero no ante la policía.” Jorge Ibargüengoitia, *Instrucciones para vivir en México*, p. 63.

²³ “La ciudad Bella” es la ciudad radiante y resplandeciente que perseguía la arquitectura de vanguardia, compuesta por edificios de gran altura y de radical funcionalidad. Ver Peter Hall, *op. cit*

²⁴ Jorge Ibargüengoitia decía que: “A pesar de lo amorfo de la ciudad, pueden establecerse ciertas reglas. Por razones de clima, las clases más altas tienden a emigrar hacia el sur y el occidente de la ciudad, en su intento de huir de las tolvaneras del lago de Texcoco y de la aglomeración del centro. Esto quiere decir que las clases pobres se concentran en el oriente y el norte de la ciudad. La industria, por su parte, busca las vías del ferrocarril y los impuestos más bajos del estado de México; es decir el norte. Todo esto tendría cierta lógica si no fuera porque los camiones que van del oriente al norte de la ciudad pasan siempre por la Diana. ¿por qué? Porque así es la ruta. El periférico es para los ricos.” *La casa de usted y otros viajes*, p. 130.

²⁵ Manuel Castells, *op. cit*, p. 115.

²⁶ Peter Hall, *op. cit*, p. 375.

principalmente en la periferia de la ciudad.²⁷ La colonia proletaria, en cambio, tenía habitantes con salario fijo, con tenencia legalizada o en proceso de legalización; algunos materiales construcción podían ser parecidos a los de las ciudades perdidas, pero su estatus social y jurídico era más cómodo y seguro que el de aquellas.²⁸

La irregularidad de los terrenos era antes un término jurídico que uno espacial, pues aún las zonas regularizadas reproducían las carencias espaciales de las zonas ilegales.²⁹ “La calificación de un asentamiento irregular no se refería fundamentalmente a la vivienda, sino a la situación de la propiedad y al proceso de urbanización; es decir, al cambio o adaptación de la tierra, desde un uso no urbano a un uso habitacional. La marginalidad se definía necesariamente con respecto a la ley.”³⁰ Había irregularidad en terrenos privados que tenían licencia para venderse pero que no fueron dotados de los requerimientos mínimos de urbanización, o en los que eran vendidos en nombre del propietario sin ser verdaderamente el propietario o su representante. Ante este hecho, el aparato legislativo no era suficiente para resolver el problema, por lo que el Estado tuvo que crear instituciones conciliatorias o promover programas de bienestar simulados para acallar las demandas sociales y controlar el problema de los asentamientos populares, generando una fuente de capital político disponible para cuando fuera necesario.

En la construcción popular, aparte de la tolerancia estatal, había un beneficio del capital especulativo de los monopolios de la construcción, así que su tolerancia no era gratuita, pues no sólo palió el problema de la vivienda, sino que fue factor del aumento de la renta de la tierra.³¹ La periferia urbana se presentaba como una región de espacios de expansión, ¿por qué rentar cuando era igualmente fácil ser propietario? Los fraccionadores de terrenos urbanos podían adjudicarse el plusvalor social especulando con el crecimiento demográfico y espacial de la ciudad; el valor de su predio aumentaba por inversión directa o por inversión indirecta en el entorno urbano. De cualquier forma estos fraccionadores, agentes urbanos no productivos poseedores de medios de consumo necesarios, explotadores secundarios del trabajador, obtenían grandes ganancias por el crecimiento urbano, sobre todo si se piensa que los predios no se urbanizaban para fraccionarse, se fraccionaban

²⁷ Las ciudades perdidas existían, algunas veces cerca los lugares de más alto índice de urbanización, debido al valor unitario que el terreno alcanzó, como los asentamientos en torno al Periférico o al Viaducto; junto al Periférico empezaban a levantarse asentamientos irregulares desde Loreto hasta Tacubaya; en el viaducto desde la zona de la actual Buenos Aires, hasta el oriente de la ciudad. En otras ocasiones, las más, estaban localizadas en la periferia de la ciudad, donde podían establecerse con mayor facilidad, sobre todo en el sur y en el oriente de la ciudad, en los pedregales de Coyoacán y en las abandonadas zonas agrícolas del oriente, hasta llegar al Estado de México. En la zona oriente destaca La Unión de Colonos Santa Cruz (llamada posteriormente el Campamento 2 de octubre), que abarcaba parte de la delegación Iztacalco y gran parte de Iztapalapa. “En ellas vivían, sobre todo, emigrantes que llegan a la ciudad en busca de los servicios urbanísticos de los que carecían en sus lugares de origen. Pero lo más cerca que lograron llegar de esos servicios que nunca casi nunca alcanzan, es en una barranca al lado de una residencia o de un gran edificio.” Manuel Mejio, *op. cit.*, p. 322.

²⁸ Las colonias proletarias se ubicaban sobre todo en la zona centro y norte de la ciudad.

²⁹ Emilio Duhau “Urbanización popular: políticas de suelo en la ciudad de México”, en Martha Schteingart, coord., *Espacio y vivienda en la ciudad de México*, p. 149.

³⁰ Martha Schteingart y Emilio Duhau “urbanización popular en la ciudad de México”, en Martha Schteingart, *et. al.*, *Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, p. 31.

³¹ Construcción popular se refiere a las obras de la arquitectura como artificio de la necesidad de habitar, en la que los proyectos esquemáticos, configurados por un especialista, no existen. El único plan es hacer habitable un espacio para vivir en él, con un mínimo de soluciones estilísticas y con una carencia de previsiones futuras. Están fundamentados en la espontaneidad de la necesidad de habitar, alejados de toda actividad profesional o técnica.

para urbanizarse, eliminando su responsabilidad de dotarlos de servicios mínimos de habitación. También los fraccionadores populares, poseedores de terrenos de poco valor en relación con la renta de la tierra de los sectores centrales, al estar ubicados en la periferia y ser semiurbanos, a los que no invertían capitales al suelo por no estar regularizados, jugaban un papel importante no obstante sus límites. Tenían un valor estratégico por la magnitud de la especulación global de la tierra y, sobre todo, por su maleable situación política, que los hacía blanco de ataques o de ayudas estatales;³² principalmente por las relaciones de fuerzas y las relaciones políticas que tuvieran.

El crecimiento urbano

Pero la existencia de las colonias proletarias y de las ciudades perdidas era parte del desarrollo urbano; la industrialización concentrada en la ciudad de México hacía poco probable la invasión de la zona centro, lo que obligaba a la salida hacia la periferia, y la construcción de nuevos espacios de vivienda, tanto para los sectores altos como para los populares. En 1950 la densidad de población era mayor del centro a la periferia, para mediados de los años sesenta era al revés: mayor de la periferia al centro.³³ Esto era causado por la dificultad de vivienda en el centro y la carencia de inversión urbana en vivienda. Además de que los programas urbanos se fundamentaban en la descentralización acompañada del aumento de densidad, descongestionando la urbe y aumentando su densidad en las zonas de nuevo crecimiento; como el caso de las nuevas unidades habitacionales construidas a partir de los años sesenta, cuyo paradigma fue la unidad Tlatelolco.

La “descentralización”, iniciada en los años cuarenta con el cambio de uso de suelo habitacional a comercial en la zona centro de la ciudad, en especial lo que comprendía el centro Histórico, dio pie a la invasión, su fenómeno concomitante.³⁴ La creación de colonias nuevas como el Pedregal de San Ángel, la colonia Narvarte o la colonia del Valle, villa Coyoacán, Tlalpan, fue contemporánea de la invasión de terrenos y creación de colonias populares habitadas por inmigrantes de provincia, como la Aeronáutica, la Agrícola Oriental, las invasiones en las minas de Santa Fe y en la actual colonia Buenos Aires. La migración del centro a la periferia urbana, en especial la zona sur y poniente, tuvo su origen en la demanda de las nuevas clases medias y altas de terrenos para habitación que estuvieran acorde con sus nuevas necesidades espaciales: una casa-jardín y amurallada, en una privada o conjunto residencial. Lo que era imposible en el cuadro central de la ciudad, que además de no tener espacios de tamaño necesario para construir estos nuevos complejos urbanos, aumentaba sustancialmente el valor de la tierra, en gran parte por el

³² Bernardo Navarro y Pedro Moctezuma, *La urbanización popular en la ciudad de México*, p. 136ss.

³³ Para 1950 la población de la Ciudad central (las actuales delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza), tenía una población de 2,249,221 (crecimiento de 4.5% anual) y el resto del DF 3,239,840 (una tasa de crecimiento de 6.31% anual); en 1960 las cifras correspondían eran 2,829,756 (2.32% anual) y 5,178,123, (4.61% anual) respectivamente; para 1970 el Ciudad central tenía 3,002,984 (0.6% anual) y el resto del DF 7,327,424 (3.44% anual). Ver María Eugenia Negrete y Héctor Salazar, “Dinámica de crecimiento en la ciudad de México”, en *Atlas de la ciudad de México*, p. 126-127.

³⁴ La invasión se entiende como la penetración en un área segregada, seguida de la transformación del uso del suelo.

cambio del uso de suelo. En este éxodo y cambio de uso de suelo en el cuadro central no hubo una sucesión completa por el alto número de habitaciones en régimen de rentas congeladas, promovido por el Estado para asegurar la vivienda a los sectores populares en periodo de industrialización, y que terminó por garantizar la existencia del ejército de reserva; que en los años sesenta resultaba un lastre para la renovación urbana del centro de la ciudad. El centro Histórico se convirtió en un espacio usado mayoritariamente por una población diurna que incrementaba el número de vehículos automotores, dificultando el tráfico y el acceso a la vivienda.³⁵ La reconfiguración de la segregación urbana fue posible gracias a la elevación de los ingresos de grupos residentes, a la creación de vías rápidas de comunicación, a la multiplicación de los automotores particulares y de pasajeros y a la tolerancia a los viajes largos. El automóvil funcionó como agente capitalista de urbanización; público o privado, fue el medio de comunicación entre los distintos espacios urbanos.

La “descentralización” era más un eufemismo para nombrar el crecimiento desmedido y fuera de control de la ciudad, pues una descentralización no es tal sino se hace junto con los poderes políticos que rigen a un espacio social. El centralismo era también patente en la capital, como parte del centralismo general de la estructura política; no sólo todos los organismos administrativos estaban en la capital del país, sino que se concentraban en la zona que correspondía al centro de la ciudad.³⁶ Los proyectos de descentralización de la capital hacia otras ciudades fueron un fracaso total; con ello se aseguró el crecimiento macrocefálico de la ciudad que fue incontrolable en la década de los años setenta³⁷. La sobreconcentración de inversión industrial en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) tuvo un alto costo social, que intentó ser redistribuido por el Estado con subsidios asistenciales, o con paliativos burocráticos dentro de la estructura de participación institucional.

Para 1970 la ZMCM concentraba más de una tercera parte de la producción industrial de México.³⁸ A este porcentaje de intervención de la producción industrial correspondía un número similar de concentración de habitantes, que fueron extendiéndose hacia el Estado de México en los años sesenta por la política de negar los asentamientos en la ciudad de México por la ley de 1954

³⁵ Luis Unikel “La dinámica del crecimiento de la ciudad de México”, en Edward Calnek, *et. al.*, *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México* p. 195ss. En

³⁶La ciudad de México era jurídicamente la capital del DF hasta 1971, cuando la ley orgánica del DDF los hace términos sinónimos; en ese mismo año, el terreno que comprendía la ciudad de México se dividió en 4 delegaciones: Cuahutémoc, Benito Juárez, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza.

³⁷ De 1940 a 1970 se realizó el primer periodo de proyectos estatales de descentralización y control de crecimiento urbano. Básicamente fueron tres los programas: el de apoyo a las ciudades en cuencas hidrológicas, el Programa de Fomento al Desarrollo Fronterizo y la creación de parques y ciudades industriales. El primero pretendía impulsar el crecimiento de la producción del sector primario en las zonas lacustres del país, su fracaso fue evidente en la zona del Papaloapan, por la corrupción y la poca seriedad; lo único que se logró fue que aumentara el número de inmigrantes de las zonas rurales a las zonas urbanas. El programa de apoyo a la zona fronteriza nunca contó con los ingresos suficientes, ni con la transparencia en el manejo de recursos; lo único que se logró impulsar fue la instalación de maquiladoras, que en lugar de competir con la producción de Estados Unidos le hacían el trabajo duro a menor precio. La creación de parques y ciudades industriales funcionó sólo en ciudad Sahagún, pues de los otros catorce fundados en este periodo, dos concentraban más del 95% de la superficie total de los parques y se encontraban en la ciudad de México. Gustavo Garza *La urbanización de México en el siglo XX*, y “Evolución de las políticas de desconcentración de la ciudad de México (1915-1980)” en *Atlas histórico de la ciudad de México*.

³⁸ Ver Gustavo Garza, *La urbanización en México en siglo XX* y Carlos Camacho “La ciudad de México en la economía nacional” en *Atlas histórico de la ciudad de México*.

que prohibía nuevos asentamientos irregulares. “Uruchurtu prohibió hacer fraccionamientos, creyendo que así iba a frenar el crecimiento de la población y lo único que logró fue echar a la ciudad sobre el Estado de México.”³⁹ Desde la década de los años cincuenta la ciudad hipotecó su crecimiento a la expansión hacia los municipios del Estado de México como pretendida solución del problema demográfico, que dos décadas después sería incontrolable. La visión conservadora de Uruchurtu y sus catorce años de gobierno al frente del DDF creyeron que alejar el problema de los asentamientos irregulares de la ciudad al Estado de México sería la solución al problema del crecimiento de la mancha urbana, no precisamente en una idea de suburbios al estilo estadounidense, sino más bien en el entendido de que lo que pasara en estos municipios no tenía nada que ver con la capital.

El problema de la ciudad grande se palió por el desarrollo de las comunicaciones y de las técnicas constructivas que permitían que un trabajador viviera en los municipios del Estado de México y se tuviera que trasladar a la ciudad de México a trabajar. Los transportes tenían un doble filo, por un lado acercaban los espacios, pero por otro eran mediaciones de la migración, como sucedió en el poblamiento de Naucalpan, Ecatepec y Tlalnepantla, que crecieron y se unieron a la ciudad gracias a la prolongación del periférico. La población del Estado de México desde los años sesenta creció cerca de un 10% más que la de la ciudad de México y concentraba ya más del 20% de la población urbana, sin embargo la asignación del gasto público no correspondía con estos números, pues el DF recibía más en proporción con el número de habitantes que vivían en sus límites.⁴⁰ La inversión pública se destinaba a satisfacer necesidades de servicios de los asentamientos regulares y, sobre todo, a la construcción de infraestructura para el desarrollo económico.

En los años sesenta el crecimiento de buen número de municipios y delegaciones fue por densificación. Las cifras máximas de inmigración no aparecen en el corazón de la aglomeración de México; es superior en su periferia: Naucalpan, Tlalnepantla, Gustavo A. Madero, Ecatepec, Ixtacalco, Iztapalapa y Chimalhuacán, cuyo crecimiento es mayor a 150% en una década, del cual sólo cerca del 40% corresponde a crecimiento natural y el 110% restante es de inmigración.⁴¹ Incluso la migración interna se vuelve un fenómeno recurrente, como el caso de Chalco, que es resultado de la migración de los habitantes de la ciudad de México, más que de otras partes.⁴² De 1950 a 1970, las posibilidades de acceso al trabajo industrial no hacían muy diferentes las viviendas de los migrantes de los habitantes locales, pues los primeros no parecían tener mayores desventajas que los segundos; la idea de pleno empleo y gasto conspicuo era una posibilidad real para los que llegaban a la ciudad como para los que en ella vivían.

³⁹ Jorge Ibarguengoitia, *La casa...* p. 153.

⁴⁰ Ver Gustavo Garza y Araceli Damián “Ciudad de México. Etapas de crecimiento, infraestructura y equipamiento” en *Atlas histórico de la ciudad de México*.

⁴¹ Ver Claude Bataillon, *Las zonas suburbanas de la ciudad de México*.

⁴² Según Emilio Duhau el 32.7% de los inmigrantes de Chalco son habitantes de la ciudad de México. Ver “Urbanización popular: políticas de suelo en la ciudad de México” en Martha Schteingart, coord., *Espacio y vivienda en la ciudad de México*

En el proceso de expansión de la ciudad no deseada, la ciudad horizontal de casas grises al norte y al oriente de la ciudad, hubo diferencias en la organización y composición de los núcleos urbanos. La zona noroccidente del DF funcionó como eficiente zona obrera hasta los años ochenta, sin ser “barrio dormitorio”, a diferencia de Nezahualcoyotl, que era una enorme “ciudad dormitorio”, que disimulaba la densidad de la ciudad. En el norte la vivienda estaba acorde con las demandas de la industria, al menos hasta la creación de la unidad El Rosario, a principios de los años setenta. El aumento de la densidad de población en el norte de la ciudad es intencional y programada, para satisfacer las necesidades de la industria; la densidad de población de Azcapotzalco de 1950 a 1970 se triplica, pasa de 5 mil a 15 mil habitantes por kilómetro cuadrado.⁴³ Asegurándoles a la mayoría una participación directa o indirecta en el trabajo en las zonas industriales. El aumento de las zonas de habitación obrera al norte, en Azcapotzalco y Gustavo A. Madero, se debió a la colindancia con Tlalnepantla, Ecatepec y Naucalpan. Estas cinco entidades agrupaban más del 50% de los obreros de la zona metropolitana.⁴⁴

En el gobierno de Díaz Ordaz hubo un cambio sustancial en la política de crecimiento y control de los asentamientos irregulares. Las colonias de paracaidistas, que fueron importantes en las décadas del cuarenta y del cincuenta, perdieron peso ante la urbanización de los terrenos ejidales, sobre todo por la venta de falsos propietarios. Durante el periodo de Uruchurtu, ante el freno de nuevos asentamientos urbanos, fue común promover la urbanización de zonas ejidales, que según la ley agraria sólo podía suceder por dos razones: por expropiación para beneficio público, o por permuta de terreno de iguales dimensiones en otro lado del país. La dilación del trámite encontró salida por medio de papeles falsos.⁴⁵ A partir del gobierno de Díaz Ordaz la expropiación de terrenos ejidales fue para usos habitacionales, anteriormente hecha para favorecer a la industria. El peso de la propiedad ejidal creció en la expansión urbana; para 1970 el 91% de los ejidos que había en el DF habían iniciado trámites para construir zonas urbanas,⁴⁶ de 1950 a 1970 el término legal de “zona de urbanización ejidal” fue una forma de legitimar la urbanización de estos terrenos: por necesidades de vivienda, se podía construir dentro de él viviendas para los ejidatarios. Incluso en el Estado de México esta relación con el origen del uso de suelo adquirió un lugar importante, Tlalnepantla, Cuatitlán-Izcalli y Tultitlán crecieron sobre terrenos ejidales; Ecatepec y Chimalhuacán sobre terrenos comunales.

⁴³ Lucia Bazan. *Vivienda para los obreros. Reproducción de clase y condiciones urbanas*, p. 50. Azcapotzalco se urbaniza para satisfacer las necesidades de la industria desde 1929, año en que se funda el Parque Industrial Vallejo, urbanización necesaria también por la construcción de la primer refinería, en 1930, la Refinería 18 de marzo. Para 1944 sería declarado Zona Industrial.

⁴⁴ Ver Martha Schteingart, *Los productores del espacio habitable. Estado, empresa y sociedad en la ciudad de México*.

⁴⁵ Ward, *op. cit* , p. 204.

⁴⁶ Emilio Duhau, “Urbanización popular...” p. 142.

III. LA CIUDAD OLVIDADA

Expropiaciones de tierras ejidales en la ciudad de México de 1934 a 1976. ⁴⁷				
	Infraestructura	Comercio	Habitación	Hectáreas
1934-1940	11	1	2	370
1940-1946	15	2	2	1400
1946-1952	26	2	2	1300
1952-1958	35	4	1	1120
1958-1964	24	5	3	1890
1964-1970	9	1	16	4720
1970-1976	22	10	18	3330

La invasión de los ejidos significaba una lógica distinta a la tradicional migración de los campesinos hacia la ciudad; los campesinos que eran tradicionalmente invasores también eran invadidos. Sin moverse, la ciudad llegaba y los transformaba. La ciudad se anunció con compradores a las puertas del ejido. La estructura urbano-ejidal se rompió cuando los invasores o nuevos arrendatarios, practicaban el espacio de manera distinta a la tradicional. La construcción de casas en función de la parcela y el campo se volvió infuncional a la nueva urbanización, algunas puertas y ventanas quedaban detrás o al costado de las calles, en algunos casos se quedaron sin entrada. Los ejidos se volvieron sólo un término legal, ya no un espacio social de producción. Pero no sólo por la invasión de agentes urbanos, sino también por la de elementos culturales, el trabajo con la tierra dejó de ser una fuente importante de ingresos para las familias que de él vivían, por lo que nuevas labores fueron sustituyéndolo paulatinamente, primero como complementarias, después como primordiales; por lo que el trabajo de la tierra se volvió una relación esporádica, hasta que desapareció casi por completo. La necesidad de un consumo de utensilios y formas urbanas obligó a los ejidatarios a abandonar sus tradicionales formas de producción y consumo, principalmente impulsados por las generaciones de jóvenes, que crecieron en un mundo en el que el paisaje rural se ensombrecía por los altos edificios de la ciudad.

Entonces el crecimiento de la ciudad se trasladó silenciosamente al sur, se aprovecharon los huecos legales y la corrupción institucional que permitía la urbanización de predios ejidales, que por ley eran imprescriptibles, inalienables e inembargables.⁴⁸ Esta expansión significó la urbanización de la vivienda cotidiana rural. Los nuevos habitantes trabajaron en otras actividades distintas a las campesinas. La crisis agrícola y la posibilidad de otros oficios, sobre todo el del albañil, cambiaron las prácticas de los habitantes originales; la construcción de la CU, la ampliación del Periférico hacia el sur, entre 1961 y 1963, y de las instalaciones olímpicas al sur motivaron el asentamiento de nuevos grupos y el cambio de actividades de los viejos residentes, como el caso de San Bernardo Ocoatepec a las faldas del Cerro del Judío. El inicio del problema fue el cambio de uso

⁴⁷ Martha Schteingart, *Los productores del espacio...* p. 37.

⁴⁸ Inalienabilidad no significa no propiedad, sino no pleno dominio, como la propiedad particular, que implica pleno dominio de uso, abuso y disfrute.

de suelos, en los años cuarenta, para que una pequeña porción del ejido se destinara exclusivamente para la habitación, sobre todo de las nuevas generaciones. Estos nuevos espacios se construyeron a partir de una lógica urbana, de la misma forma que sus usuarios empezaron a dejar de trabajar la tierra para dedicarse a actividades urbanas. De ahí en adelante la penetración sorda de la ciudad fue irrefrenable.⁴⁹

Esta urbanización forzada del espacio campesino explica muchas de las deficiencias de traza, servicios y usos de los espacios ubicados al sur de la ciudad en las zonas de los pueblos, pues su uso original, destinado al trabajo de la tierra, se modificó radicalmente no sólo en términos formales, sino también en cuanto a la composición social de los nuevos vecinos, que procedían de diversos puntos del país y la ciudad y poseedores de otras prácticas espaciales. De la misma manera que los invasores introdujeron el cambio, las comunidades locales cedieron a la transformación de sus formas tradicionales de vida cotidiana para empezar a vivir bajo la lógica de la vida urbana, con sus espacios, sus actividades y sus tiempos. No es casual que en la mayor parte de los antiguos pueblos de la ciudad haya una proliferación de servicios terciarios o de casas de estilo urbano de clases medias, con grandes ventanas a la calle, balcones con columnas que emulan el estilo clásico, de puertas y ventanas de aluminio en el exterior, paredes de ladrillos y concreto que sustituyeron al tradicional adobe, a los techos de madera, a las casas de pisos altos con tapancos, a las tiendas con cuadras de distancia entre ellas.

Este mecanismo de ocupación territorial, y de consecuente crecimiento urbano sólo fue funcional durante la segunda mitad de la década de los años sesenta. Inició abiertamente gracias a la renuncia forzada de Uruchurtu, sus normas de prohibición de nuevos asentamientos terminaron. El fin anunciado de esta política fue la desestructuración de las relaciones tradicionales de clientelismo y captación del aparato estatal para con los sectores populares. En 1968 también inicia la primera etapa del Movimiento Urbano Popular (MUP), que se organiza independientemente de los sectores existentes en el PRI y empieza una política de protesta y demanda que en el gobierno de Echeverría, junto con otras causas, motivaría una reformulación de la relaciones de poder entre el Estado, mediado por el partido, y la sociedad.⁵⁰ El artificio de la urbanización de los predios ejidales empezó a perder legitimidad.

La participación e incorporación de los pobres de la ciudad en el marco de una sociedad desigual, donde eran sobreexplotados, se estructuró por relaciones de clientelismo o de colectivismo, paternalismo o lealtad y pago de favores. Pero nunca fue una relación mecánica de subordinación, ya que las posibilidades de subversión y negación siempre estaban presentes. El PRI mediaba las demandas de los pobres para hacerles sentir una respuesta institucional; la cooptación y el clientelismo eran retribuidos con el escucharlos y atender, en ocasiones, sus demandas. La lógica

⁴⁹ La historia detallada del predio y de los conflictos con la urbanización la cuenta Jorge Durand, *La ciudad invade el ejido*.

⁵⁰ Emilio Duhau "Políticas de suelo y vivienda popular. Aplicaciones en las colonias estudiadas" en Martha Schteingart, *et. al., Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, p. 94ss. Antes de 1968, hubo movimientos sociales urbanos, como el inquilinario en los cuarenta, pero nunca bajo la forma de una organización social permanente, de carácter popular, que no buscaba sólo fines inmediatos como los inquilinarios, sino transformaciones urbanas que les garantizaran habitación y servicios urbanos. Ver Jorge Alonso, coord., *Los movimientos sociales en el Valle de México*.

de funcionamiento era la del menor uso de violencia estatal y maximización de los efectos de la movilización; para evitar fuentes de conflicto social en la estructura política, y permitir con ello, incluso incentivar, una guerra social al interior de esos subsistemas sociales, funcionando como regulador de las diferencias con el sistema político global.⁵¹ Para ello el Estado se presentaba como responsable de los intereses de los residentes pobres y como su protector. Agrupaba las demandas populares para asignarles pírricos beneficios, de los que realmente se aprovechaba la clase política, para asegurar la continuidad de las estructuras sociales. La institucionalización de la lucha popular urbana la inmovilizó y la hizo actuar (simbólica y prácticamente) como legitimadora del poder político estatal. La única movilidad política de esta organización urbana se la dio la posición de los líderes locales en la estructura burocrática y clientelar, hasta la configuración de una organización independiente de intereses urbano-populares.⁵² La relación Estado y ciudad popular era de funcionamiento tecnocrático y represivo o reformista asistencialista.⁵³ En el primero lo que imperaba era la imposición legal e institucional sobre los problemas locales a partir de una racionalidad eficientista; la segunda actitud era conciliadora con las demandas locales; primero se reprimía con uso violento de los cuerpos de seguridad y después se dotaba de servicios urbanos a cuenta gotas, según las relaciones de fuerzas al interior de los grupos populares y de la conveniencia institucional de la ayuda. Ambas eran igualmente imprácticas; una respondía a proyectos generales y la otra a coyunturas clientelares.

La solución se basaba en la idea de “cosmética local”,⁵⁴ de impronta estadounidense, que era un urbanismo basado en cualidades formales que se adaptaban mal a la realidad del desarrollo de los espacios urbanos, ya que exigía un alto nivel de concentración y de población que no era posible mantener en términos de buena convivencia. El fracaso en su lugar de nacimiento.

Lo que se demandaba era una intervención estatal directa sobre la construcción de la vivienda a partir del funcionamiento amplio de los programas de financiamiento hipotecario, institucionalizados en 1962 con la creación del FOVI (Fondo de Operación y Descuento Bancario para la Vivienda) y el FOGA (Fondo de Garantía y Apoyo a los Créditos para la Vivienda). La política tradicional con respecto a los asentamientos irregulares que era sólo de legislarlos, sin intervenir en la forma bajo las que se edificaban, traducida en mera entrega de títulos de propiedad, ya no era funcional para las demandas de los sectores medios urbanos, que sufrían las carencias de viviendas, ni para las constructoras, que durante años subordinaron su actividad a la construcción de obras estatales.

Otro problema de la vivienda tenía que ver con la circulación de las ganancias para los contratistas. Por eso fue decisivo impulsar la economía por la industria de la construcción, a través de la inversión estatal con programas de financiamiento hipotecario. “Las casas a plazo se construyen con el objetivo que se caigan en el mismo momento en el que el comprador paga el último abono. Esto se llama ‘capitalismo imaginario’. El propietario vive quince años con la

⁵¹ Ver Jorge Montaña, *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*.

⁵² Susan Eckstein, *El estado y la pobreza urbana en México*, p. 96ss.

⁵³ Castells, *op. cit.*, p. 114.

⁵⁴ Hall, *op. cit.*, p. 193.

impresión de que está comprando una casa. Al cabo de este tiempo se da cuenta que tiene que empezar a comprar otra.”⁵⁵ Este juego de dotar de espacios racionales a los marginales tiene su antecedente directo en la Unidad Aragón y la colonia Santa Cruz Meyehualco, que fueron experimentos poco exitosos, que reprodujeron la estética no deseada; la única ventaja fue que para los años sesenta, cuando se construyeron, estaban alejados de la ciudad.

“La preocupación de los profesionales del bienestar por extender el acceso al crédito y al financiamiento hacia grupos más amplios de la población, para facilitar la construcción de vivienda, consolidó la actividad de los fraccionadores, de los constructores y fortaleció el mercado inmobiliario.”⁵⁶ La creación de instituciones gubernamentales de financiamiento dirigidas a la construcción de la vivienda y la extensión de los mecanismos de financiamiento definió el nuevo modo de construir la ciudad: la promoción de la casa propia, del *american way of life* y la privatización del espacio público. La relación entre apropiación y propiedad se transformó a favor de la segunda, se volvió una necesidad tener una casa, y con ello la expansión de la estética de clases medias.

La vivienda como mecanismo generalizado del mercado inmobiliario buscaba no adscribirse a ninguna clase definitiva, aunque reproducía las características para satisfacer la continuidad de las diferencias sociales. Las nuevas unidades habitacionales se pensaban para las clases más disímiles, por supuesto los sectores más bajos quedaban excluidos. La relación del trabajador con la mercancía inmobiliaria no podía hacerse al margen del capital que los explotaba, o mejor dicho, del tipo de explotación capitalista. La política de urbanización popular seguida por Echeverría se encaminaba a consolidar un Estado populista de asistencia urbana que legitimaba la desigualdad y la sobreexplotación de los trabajadores.

Consideraciones gubernamentales sobre la vivienda popular

Pero la función estatal con relación al problema de la vivienda popular no se redujo a una intervención caprichosa de oportunismos políticos, si bien estas dos actitudes imperaban en la práctica de planeación de la ciudad de los pobres. Como todo Estado moderno, el mexicano generó instituciones de investigación sobre los problemas de vivienda popular, destinada a la disciplina y control social estratégico. El Instituto Nacional de la Vivienda (INV) fue creado en el gobierno de Ruiz Cortines y en 1958 se publicaron sus primeros resultados de investigación. En el gobierno de Díaz Ordaz también tuvo una importante participación, es en 1969 cuando se inicia un programa nacional de vivienda popular, nunca antes existente. De otras instituciones desataca el trabajo, ya citado, realizado por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS).

Según el INV “ la demanda de vivienda se acumula de tal suerte que ya tenemos en 1969 un déficit de tres millones de viviendas humanamente convenientes para el país.”⁵⁷ Los lineamientos

⁵⁵ Jorge Ibarguengoitia, *Olvida usted su pasaje*, p. 26.

⁵⁶ Alejandra Moreno Toscano, “La ‘crisis’ en la ciudad”, en Pablo González Casanova, coord., *México hoy*, p.154.

⁵⁷ INV (1969), *Hacia una política de vivienda en México*, presentación.

para definir las condiciones de la habitabilidad, y con ello la cantidad de viviendas disfuncionales, eran, antes que sociales y culturales, fundamentados en una lógica moralista que expresa la ideología obtusa con respecto a lo popular. “Las ciudades con todos los adelantos a sus servicios, parecen debatirse entre dos fuerzas contrarias: la del progreso y la de una terca e inhumana desgracia de los desheredados.”⁵⁸ Es interesante el uso semántico para calificar la relación social que implica la ciudad no deseada, pues al reducirla a una desgracia intransigente de los desheredados (de la gracia divina del capital y de los milagros del progreso y la explotación) se disipa la responsabilidad estatal y social con respecto a las desigualdades urbanas existentes.

Según el INV, para 1958 había 300 colonias proletarias;⁵⁹ diez años después reconocía 350. El criterio para definir las partía del hecho de que estaban improvisadas con materiales de desecho en tierras invadidas o adquiridas no muchas veces legítimamente a sus dueños; originalmente de un cuarto. Los principios valorativos de la realidad social de las viviendas populares son única y exclusivamente morales. “Las condiciones infrahumanas de las viviendas tienen fuertes repercusiones en la degeneración moral de sus habitantes, ocasionando y fomentando numerosos centros de vicio que destruyen la estabilidad familiar...,”⁶⁰ “las deficiencias de la habitación conducen a vicios graves que lesionan la armonía de una comunidad, así como la estabilidad a que debe aspirar toda familia mexicana...”⁶¹ La única realidad existente era el conflicto de la degradación de una moral conservadora y no de relaciones sociales de exclusión y dominación, que resistían por una serie de tecnologías de los grupos populares, que día a día vivían esos espacios, que los practican como alternativa de supervivencia.

El problema de la vivienda se entendía no por su dimensión material, por el contenido formal del espacio, sino por su relación directa con la idea tradicional de familia. La invención burguesa de la familia nuclear, cuyo espacio de actualización (mítica) era la casa, el hogar, era lo que importaba al Estado en relación con la vivienda popular. Casa era por antonomasia el espacio de la familia nuclear, así que la intervención urbana sobre la habitación se entendía como una intervención sobre la familia, que se representaba como una estructura universal en el mundo. La constante en estas disputas morales era la cuestión del hacinamiento que por antonomasia era promiscuidad. El hacinamiento lo definían como: “pésimas condiciones de las viviendas cuyos interiores, sin la más mínima separación en los espacios arquitectónicos, producen confusión de actividades y anula la privacidad que degenera en promiscuidad, al llegarse al extremo del cuarto redondo, en el que se acumulan desastrosamente a varias familias.”⁶² La promiscuidad la construían como “el hecho de vivir en un espacio reducido, personas de diferentes o de los mismos sexos y edades... la promiscuidad trae consigo graves consecuencias de orden moral, además de los problemas inherentes a la salud y la higiene.”⁶³

⁵⁸ INV (1968), *Una colonia proletaria*, p. 7.

⁵⁹ INV (1958), *Colonias proletarias. Problemas y soluciones*. Al norte la más alejada era la San José de la Escalera, al poniente la colona el Periodista, al sur la Espartaco y al oriente Pantitlán. Ver mapa 4.

⁶⁰ INV, (1958) *Herradura de tugurios*, p. 9.

⁶¹ INV (1963), *Investigación nacional de la vivienda mexicana, 1961-1962*, p. 29.

⁶² INV, *Idem*, p. 2f.

⁶³ INV, *Investigación nacional...* p. 31.

Esta idea de la vivienda popular era parte de la construcción imaginaria que un sector de élite hacía de la totalidad del sistema urbano. Estas formas de representación correspondían a prácticas espaciales mediadas por la lejanía simbólica del problema, aún a pesar de que muchos de los políticos que conformaban el sector dirigente del PRI provenían de sectores populares o estaban en contacto directo con ellos, pues la política de masas del sistema político mexicano implicaba un contacto cercano, constante y familiar con la miseria del mundo urbano creada y administrada por las relaciones sociales.⁶⁴ Esta distancia que guardaban los políticos con los pobres de la ciudad era parte del sistema de referentes simbólicos que improvisó la clase política nacionalista para justificar y legitimar sus acciones de cándido despilfarro, de suntuosidad sobreactuada y de brillo artificial en el mar de la abundancia y del consumo infinito de novedades. Esta ceguera ideológica es la que llevó a Luís Spota a burlarse de la irresponsabilidad del dispendio y la credibilidad pueril de lo magnánimo. Lo cierto es que los espacios de la desigualdad no eran *casi el paraíso* que los políticos en sus mentes construyeron, y no sólo por la degradación moral, sino por la incompatibilidad de la miseria con la riqueza desparramada de la vida cotidiana de la clase política.⁶⁵

Esta forma de representación espacial continuó la imagen de la pobreza que construyó el melodrama cinematográfico de la época de oro del cine y del capitalismo en México, donde ser pobre era una condición incuestionable, no trascendible; la pobreza se vivía, según esta idea, con dignidad, con distancia jocosa de la riqueza maliciosa, que por ser altamente tóxica debía ser manejada por manos especializadas. Los pobres podían ser felices en su pobreza siempre y cuando resolvieran los conflictos morales que les aquejaban, que eran los únicos problemas que los atravesaban; lo demás debían dejarlo a su trabajo honrado y a la recompensa divina (estatal) que los premiaría por su disciplina y constancia. Así la violencia social “salvaje” y “violencia estatal” eran vistas como el precio que se debía pagar para llegar a la paz perpetua, simulando que la injusticia social no era aliada del capitalismo sino su enemiga.⁶⁶ Los pobres se representaban como la negación de una clase, que existe en tanto tal precisamente por entrar en conflicto con otras clases.

En la introducción a la *Investigación nacional de la vivienda* se afirmaba, contradictoriamente con lo expuesto en los contenidos de la investigación, que:

El problema de la vivienda es fundamentalmente un problema de salarios. Las lacras en materia de vivienda reflejan una despiadada explotación del hombre... Existe una estrecha relación entre salario y posibilidad de mejorar o adquirir su casa. Sin excepción ésta es más cómoda y de mayor calidad cuando el ingreso del trabajador es más elevado. La existencia de tugurios, jacaes, chozas es, por lo tanto, un índice inequívoco de injusticia económica dentro de cualquier tipo de comunidad.⁶⁷

Tal vez fueran los aires sociales, el inconsciente político, de la época de la “izquierda atinada” de López Mateos, que permitía ser un poco crítico, de un colorado ligeramente subido de tono, que creía que el problema de la vivienda era reductible al problema del salario socavado.

⁶⁴ Basta mencionar que Corona del rosal y Martínez Domínguez provenían de los sectores populares de la CNOP y que por su posición y disposición personal en la estructura política partidista avanzaron de posición hasta llegar a ocupar cargos políticos importantes.

⁶⁵ Ver Luis Spota *Casi el paraíso*.

⁶⁶ Bolívar Echeverría, “Violencia y modernidad”, en Echeverría *Valor de uso y utopía*, p. 98.

⁶⁷ INV (1963), *Investigación nacional de la vivienda mexicana, 1961-1962*, p. 9.

Lo cierto era que “no obstante las deficiencias de 3 millones de casas urbanas susceptibles de rehabilitarse es importante, para un país en proceso de desarrollo, aprovechar lo existente. Quiérase o no, la gente vive en ellas y representan un valor que debe conservarse... No hay que desplazar a la población, únicamente hacerla vivir en mejores condiciones.”⁶⁸ La solución final, al margen de los moralismos conservadores, era el reciclaje y la espera, a que el progreso hiciera justicia a todos. Para finales de la década de los años sesenta estaban lejos las soluciones de regeneración urbana implementadas más de diez años atrás, de las que fue resultado la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, que fue una reconstrucción y renovación urbana hecha a costa de los barrios pobres, algunos de los cuales desaparecieron:

La solución: la casa de costo mínimo, reduciendo las especificaciones para la construcción y reducir las áreas habitables hasta un mínimo aconsejable. La superficie construida de tales casas oscila entre 18 y 35 m², para crear una escala de costos mínimos y obtener el ingreso de familias con capacidad económica correspondientes a esta escala... Además –ya dentro de un concepto urbanístico- tratar de incluir en los conjuntos, en una proporción conveniente, casas de tipos superiores a las mínimas, para admitir familias de mayores ingresos e integrar una vida comunal con vías ciertas de superación, o sea que se toman las providencias aconsejables para crear comunidades urbanas mínimas que figuren como elemento positivo dentro del desarrollo general de los centros urbanos.⁶⁹

El mismo instituto reconocía debía resolver el problema de familias con ingresos de \$750 a \$3000 mensuales, pero los costos sólo permitían beneficiar a las de \$1500 a \$3000.⁷⁰ Los que no quedaban en ese margen debían esperar a que las aguas de la intervención estatal los salpicaran de beneficios. Los resultados de la Unidad Tlatelolco no podían ser pagados por el erario federal otra vez, además de que no había otra herradura de tugurios que legitimara esa intervención urbana de tal magnitud. Las investigaciones subsecuentes a la de *Herradura de tugurios*, que fue la legitimación de la renovación, ya no planteaban soluciones tan monolíticas, pues las clases medias con posibilidades materiales y simbólicas para adquirir los departamentos de un espacio de esas magnitudes no eran tantas.

La radicalización de las representaciones del espacio popular se presentaban cuando se les tendía un aura de cientificidad. La investigación que hizo el IMSS sobre vivienda popular, y que contó con el trabajo interdisciplinario de antropólogos, sociólogos, trató de alejarse de las dimensiones morales de las investigaciones del INV; pero cayó en el extremo hacer operativas las relaciones sociales con la vivienda, reificando las prácticas y los usos. Sus principios “científicos”

⁶⁸ INV (1969), *Hacia una política de vivienda en México*, hojas 19-20.

⁶⁹ INV (1958), *La vivienda popular: problemas y soluciones*, p. 28-29. Las otras soluciones propuestas: construir vecindarios para 3 mil; después construir agrupaciones comunales para 12 mil personas con un mercado, una escuela guardería y una avenida principal; agrupar cinco comunidades para tener una población de 60 mil personas que comparta un gran mercado, centros de servicios como bancos; después juntar a 180 mil personas para que usaran un hospital, una preparatoria, una vocacional y centros de gobierno. Estas ideas urbanísticas pareciera que las formuló el despacho de Mario Pani, pues suenan a proyectos de supermanzanas de segregación, algo parecido a los multifamiliares, como pequeñas ciudades radiantes, perfectas, cerradas y aisladas del resto de la ciudad. Estas soluciones parecían ser pensadas para grupos sociales inmóviles, que no crecían, que no se achicaban, eran como máquinas perfectas de habitar hachas para un número de habitantes, que no crecían ni disminuían.

⁷⁰ INV (1969), *Hacia una política de vivienda en México*, hoja 13.

de validación y construcción de las características de la vivienda se basaban en las definiciones.

“Problema de vivienda”, era

el conjunto de discrepancias entre las características de la vivienda y los requerimientos de las personas que las habitan. Esas discrepancias son indicadores de condición insatisfactoria en que el grupo humano habita una vivienda. Deficiencia o inadecuación es, por lo tanto, el enunciado de una discrepancia... Los requerimientos de los grupos humanos han sido establecidos con *carácter meramente técnico*... En consecuencia los sentimientos y opiniones de los habitantes han sido eliminados en la determinación de las deficiencias o inadecuaciones... Los requerimientos comunes a todos los grupos humanos: lugar para dormir; lugar para cocinar, separado del anterior; lugar de servicios sanitarios separado de los anteriores. De fabricación con materiales en buen estado, de piso no de tierra, con puertas y ventanas. Con instalaciones de agua, drenaje y equipo sanitario. Las adecuaciones son de tamaño y de espacios diferenciados físicamente. Se ha excluido como requerimiento de separación del espacio interior la conveniencia de evitar promiscuidades... *en vista de la dificultad que entraña el establecimiento de un patrón de juicio congruente en todas las diversas prácticas morales particulares.*⁷¹

La cita extensa del párrafo anterior es importante porque sintetiza la política estatal con respecto al espacio urbano popular. Como vimos antes el conflicto social de la explotación era eliminado de la representación de los problemas de la vivienda marginal, pero en la época de la cientificación de la práctica estatal no sólo se eliminaba, sino que las relaciones sociales reconocidas, que antes eran calificadas a partir de juicios morales, se reducían a términos técnicos. Esta clasificación operativa de las relaciones sociales es parte del proceso ideológico de construcción de la imagen moderna de una ciudad en vías de desarrollo. El patrón de juicio de las diferentes morales no es imposible, lo que sí lo era en esta ideología es que existieran diferentes morales, contradictoria a las necesidades universales del hombre moderno. Se confundía desarrollo material con la necesidad histórica y cultural de un grupo social determinado de hacer uso de los objetos producidos por ese desarrollo.

La relación de conflicto en el espacio popular se anulaba, pero por el contrario este espacio era representado con la obligación de asumir las relaciones entre objetos que bienestar social, que les era negado, imponía como válidos. Su relación con la imagen oficial de la ciudad, incluida la del periodo olímpico, se debatía entre el juicio moral y la de su funcionamiento operativo, tecnificado.

Esta representación de los espacios populares anulaba todo el contenido cultural de la forma de habitar, determinada por las condiciones socioeconómicas y las disposiciones del espacio urbano global. Lo cual no quiere decir que bajo las condiciones en las que vivían los sectores populares no se generaran conflictos sociales, como el machismo, como la violencia intrafamiliar, degradaciones de la salud, etc.; pero éstas no eran elementos automáticos del espacio popular, pues entre las condiciones materiales y los conflictos sociales había una serie de mediaciones culturales que dotaban de sentido a la vida en esos espacios, que antes que agradables a los ojos externos, eran habitables para los miembros internos. Claro que hay problemas con el hacinamiento, pero no es automáticamente promiscuo. Por eso es importante restituir el contenido simbólico del habitar popular en su particularidad.

⁷¹ IMSS (1965), *Investigación de vivienda en 11 ciudades del país*. Tomo I., p. 18-20. Cursivas mías.

Los espacios contra-políticos

Hasta ahora sólo se ha desarrollado el tema de lo social y lo político en el espacio popular y no el del espacio popular en lo social y lo político. Es necesario para empezar, entender a las culturas de clases populares como resultado de una apropiación desigual del capital cultural y económico, y no como una esencia; como un conflicto con la cultura dominante, producto de la desigualdad de posición y condición estructural. Estos es importante en tanto que el capitalismo no siempre avanzó eliminando los universos simbólicos, sino también apropiándose de ellos, reordenando su producción y su consumo por medio de políticas estatales de refuncionalización ideológica. La presencia de universos de representación, en un mundo que reiteradamente trató de ser sometido a la lógica de la racionalidad de la eficiencia, no pudo ser eliminada por las estructuras de la organización de la producción y reproducción social hegemónica, en gran parte por su resistencia, pero también porque así se reducían los costos sociales del sistema social. Estas culturas populares tenían una existencia ambigua, eran originadas por la desigualdad, pero a su vez esta relación las tolera como intersticios de disolvenca de los costos sociales. El conflicto cultural en el capitalismo no era mediado por instituciones que restituyeran el equilibrio como en las sociedades tradicionales, pues la reciprocidad no existía; la igualdad de aspiraciones no significaba igualdad de recursos, ni de posiciones, ni de condiciones. La particularidad de las culturas populares no derivaba sólo de que su apropiación de lo que la sociedad poseía era menos y diferente, sino también de que generaban en su trabajo y su vida formas específicas de representación, reproducción y reelaboración simbólica de sus relaciones sociales.⁷² Era una elaboración simbólica propia de sus condiciones de vida en conflicto con los sectores hegemónicos. Lo popular se define no por su origen, sino por su relación social, en la lógica de sociedad civil que no es el reino de la igualdad sino el de la desigualdad estructural, sistemáticamente reproducida, que se divide en distintas clases, movidas por intereses no sólo divergentes sino esencialmente irreconciliables.

Una de las particularidades sociales de la culturas populares era su dimensión política. La descripción de la figura particular que presenta la cultura política de una realidad social histórico-concreta se ve distorsionada por la lógica que defiende, con el discurso moderno dominante, que la puesta en práctica de lo político pertenece en calidad de monopolio al ejercicio de "la política" institucional-gubernamental.⁷³ Lo político no dejó de estar presente en el tiempo cotidiano de la vida social.⁷⁴ Es importante resaltar el contenido político del espacio popular, para entender su

⁷² Ver Néstor García Canclini, *Las culturas populares en el capitalismo*, p62.

⁷³ Bolívar Echeverría, "Lo político en la política", en Echeverría *op. cit.*, p. 77. Lo político, es decir, la capacidad de decidir sobre los asuntos de la vida en sociedad, de fundar y alterar la legalidad que rige la convivencia humana, de tener a la socialidad de la vida humana como una sustancia a la que se le puede dar forma. Lo político, la dimensión característica de la vida humana, se actualiza de manera privilegiada cuando ésta debe reafirmarse en su propia esencia, allí donde entra en una situación límite: en los momentos extraordinarios o de fundación y re-fundación por los que atraviesa la sociedad; en las épocas de guerra, cuando la comunidad "está en peligro", o de revolución, cuando la comunidad se reencuentra a sí misma. *Idem*, p. 78.

⁷⁴ Lo estaba, y además de dos maneras diferentes. Primero, de una manera real, es decir, en calidad de actividad especialmente política, que prolonga ese tiempo extraordinario y hace de él una permanencia paralela en medio del tiempo cotidiano; lo político se concentra entonces en el trabajo... Y segundo, en el plano de lo imaginario, como un trabajo "a-político" que cumple sin embargo de manera paradigmática con aquello que acontece en el momento

dimensión social y sus características estructurales, pues de lo contrario queda anulada la relación social de conflicto bajo la que creció y se desarrolló.

No hay hegemonía sólo con el poder económico, ni su dimensión represiva de éste, es necesario apropiarse del poder cultural. Generalmente se presentó como natural a la forma dominante de organización simbólica, mediante imposición de normas culturales e ideológicas; ocultando la violencia que implicaba toda adaptación de un individuo a una serie de estructuras simbólicas en las que nunca intervino, presentándolas como necesarias para una socialización efectiva. En esta relación era importante la función estatal, que aseguraba la reproducción de los intereses de la clase hegemónica, pues los bienes culturales generados por la totalidad del sistema social no pertenecían a todos, sino a los que tenían los medios para apropiárselos. Pero lo masivo, como expresión de la cultura moderna, era un espacio de desigual participación y de contradictorios recursos: integrar subordinando, disciplina sin imposibilitar la protesta, enajenar sin impedir la acción creadora, dar sentido al orden para abrirle puerta a la acción utópica de las actividades.⁷⁵

Los sectores marginales vivían el espacio urbano de las trayectorias, las transcripciones de movimientos evocados, y de las tácticas, que no tenían más lugar que en los otros habitantes de la ciudad que compartían sus recorridos y en el tiempo; donde rehacían día a día el mundo que les era negado. A la producción racionalizada, ruidosa y espectacular, correspondía otra producción calificada de consumo; ésta era astuta, se encontraba dispersa pero se insinuaba en todas partes, silenciosa y casi invisible, pues no se señalaba con productos propios sino en las maneras e emplear los productos impuestos por el orden económico dominante.⁷⁶ En esos espacios se diferenciaban la producción de la imagen y la reapropiación particular según el uso concreto determinado por las necesidades espontáneas, por la inmediatez del aquí y el ahora. El espacio urbano popular era la ciudad de los recorridos, de la localización de la memoria (que no tenía espacio material asegurado).

Pero no era lo mismo vivir en una vecindad que en una ciudad de paracaidistas. “Las vecindades son los espacios en donde se da con más fuerza la violencia institucional de la especulación inmobiliaria de la distribución desigual de los ingresos y de las políticas urbanas en forma de capital inmobiliario, financiero y comercial.”⁷⁷ En cambio la elección de asentamientos irregulares respondía más a las necesidades de permanecer que a las de asegurarse servicios, “...las ciudades perdidas ocupadas por ‘paracaidistas’ son las mejor organizadas por sus habitantes. La necesidad de defender una situación precaria lleva a una preocupación común de los problemas de

extraordinario de la existencia humana, el momento político por excelencia: reactualiza, en el modo de lo virtual, el replanteamiento y la reinstauración de la forma social en cuanto tal, su interrupción y reanudación, su fundación y refundación... Esta ruptura de la realidad rutinaria se cumple en la construcción de experiencias que fingen trascender las leyes de la "segunda naturaleza", la naturaleza social: las experiencias lúdicas, las festivas y las estéticas, todas ellas infinitamente variadas, que se llevan a cabo en medio de las labores y el disfrute de todos los días. *Idem*, p. 79.

⁷⁵ Eduardo Nivón, “De periferias y suburbios culturales”, en Néstor García Canclini, *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, vol. I p. 208.

⁷⁶ De Certeau, *op. cit*, p. XLII.

⁷⁷ Rene Coulomb, “Organizaciones populares y planeación urbana en un barrio deteriorado de la ciudad de México”, en Martha Scheingart y Luciano d'Andrea, comps., *Servicios urbanos, gestión local y medio ambiente*, p. 298.

servicios y la administración...”⁷⁸ Los paracaidistas optaban por la inseguridad no porque lo desearan, sino porque debían hacerlo para vivir en la ciudad. Las colonias de invasión eran el extremo de la puesta en peligro de la existencia que significa la vida urbana. La incertidumbre generaba cohesión, la observancia de las normas era la base de la seguridad, en un frente común era más difícilmente erradicable la comunidad. La violencia colectiva era un mecanismo de mantener las estructuras sociales mínimas de convivencia. Mientras que las vecindades se ubicaban en el cuadro central de la ciudad, los asentamientos irregulares estaban en la periferia.

Entre los migrantes que fundaban ciudades de paracaidistas había un conflicto entre la visión de mundo fundamentada en lo absoluto de la escasez en el campo y la relatividad de la misma en la ciudad, que les permitía adquirir mercancías y bienes simbólicos ajenos a su producción y consumo tradicional. El primer problema por resolver bajo esta contradicción era el de aseguramiento del espacio habitable:

En el origen de las colonias (populares) está el dicho: “palo dado ni dios lo quita”. Lo primero que debe hacer el aspirante es encontrar un terreno vacío y poner tres palitos para construir un jacal, irse a vivir allí, si alguien viene a reclamarle ya sabe con quién entenderse, si no viene nadie, arreglar un poco más el jacal. Si aparece un inspector que quiere cobrar contribuciones, pagarlas. Después de eso, que le echen al gato, en quince años el terreno es suyo.⁷⁹

La satisfacción temporal podía mejorar con un poco de espera o servía como mecanismo de nomadismo, pero el debate entre poseer un espacio habitable propio o vivir en un espacio comunitario se ganaba a favor de arriesgarse un poco para poseer una casa particular en un espacio urbano.

En cualquiera de los dos casos, vivir en una vecindad o una casa provisional, la posibilidad de un mundo mejor era una constante; y precisamente ese mundo mejor se expresaba por el consumo de objetos novedosos, urbanos, cuyo valor simbólico era más funcional que la satisfacción inmediata de necesidades físicas. La relación con los objetos el mundo era conflictiva, pues poseerlos les significaba endeudarse, el no poder pagarlos de contado. La solución muchas veces la daba la socialización del artefacto, que por una pequeña cantidad de dinero podían disfrutar los demás vecinos, como la televisión.

Los padecían esto eran en su mayoría indígenas o campesinos, un ejército de reserva de acción fluctuante, iban de aquí para allá en busca de mejorar sus condiciones. El primer trabajo que obtenían era, casi siempre, un compromiso temporal. Entraban a los trabajos donde no se necesitaba mayor especialización; la ciudad la seguían edificando los indígenas y los campesinos, pues generalmente se integraban al oficio de la albañilería. Igualmente encubrían la mendicidad con subocupaciones. El puesto deseado rara vez llegaba rápido. Pasaban generalmente del trabajo manual a uno semi-profesional, que significaba inamovilidad en el puesto, seguridad social y un futuro estable. Los campesinos e indígenas en la ciudad no se ubicaban en un mismo barrio, por ello la urbanización de sus relaciones sociales era crucial para su estrategia de movilidad socioeconómica ascendente. Había dos vías, la resistencia cultural o la transformación cultural, la

⁷⁸ Claude Bataillon, *Las zonas suburbanas de la ciudad de México*, p. 22.

⁷⁹ Jorge Ibarguengoitia, *La casa...*p. 73.

dinámica urbana permite ambas, esto implica condiciones y posiciones estructurales tanto en el sistema social de origen como en las nuevas relaciones urbanas.

La vida popular en las vecindades sufrió la renovación de las zonas centrales, eficientes para el capital inmobiliario, se legitimaba por el deterioro originado por el régimen de rentas congeladas, que sólo era salvable por medio de una intervención urbana de gran escala, en donde las inmobiliarias tendrían un papel central. Los barrios viejos del centro de la ciudad se convirtieron en “pueblos fantasmas”, transformados en reliquias del desarrollo urbano que sólo frecuentan los coleccionistas de “museos existenciales”. “La Candelaria de los Patos es nuestra corte de los milagros. Abrumada por una policía sabedora de que tanto peca el que mata a la vaca como la vaca... la Candelaria ese México que no se fue, se lo llevaron.”⁸⁰

La vida en vecindad de debatía entre una privacidad moderna de espacios urbanos y colectividad tradicional de grupos marginados. El patio de la vecindad es un espacio de expansión del núcleo doméstico, sólo una ligera cortina marca la barrera entre el espacio más íntimo de la vivienda y el ámbito colectivo que es el patio. Además funciona como un lugar de conflictos por la apropiación de los servicios, a la vez que es espacio de interacción comunitaria. En el cuarto de vecindad había rincónitos especializados y establecimientos de subámbitos con diferentes funciones y tiempos. En estos “cuartos redondos”, (que son calificados como redondos precisamente por lo circular de sus funciones, por la eficiente división de sus usos y sus tiempos que día a día se repetían) la vida también tenía sus tiempos y los espacios sus funciones acordes con ello; para las incomodidades existía el disimulo o la indiferencia. El ideal moderno de hombre autárquico e individual no era posible en estos espacios, en cambio la convivencia íntima, el conocerse mutuamente y trabajar por un mismo espacio reafirmaba el sentido de comunidad necesario para enfrentar la vida dura de la urbe.

La vivienda popular era, sin quererlo y sin saberlo, una especie de casa fenomenológica,⁸¹ donde el regreso de la subjetividad, del individuo ante sí mismo, del cuerpo sensible y constituido por su experiencia práctica era el fundamento de la organización del espacio, un espacio que se definía por la posición del cuerpo y de sus tareas.⁸² El espacio no sólo era una extensión del cuerpo, sino una configuración material de la visión de mundo y del mundo de vida, su composición no sólo reproducía la relación social de explotación y dominación, sino la idea particular que sobre ella construían sus habitantes como parte de una relación social extensa en un subsistema urbano.

En la vida popular no era el nivel de ingreso la determinante principal para el acceso a la vivienda, no condicionaba la precariedad o solvencia de una unidad doméstica, pero repercutía en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. El salario mínimo era accesible para un gran número de habitantes urbanos, pero insuficiente para sobrevivir. La política económica se realizaba a partir de privarse de todo aquello que era prescindible o sustituible, material o simbólicamente. Reajuste familiar, conglomeración que aseguraba el cuidado mutuo de los hijos y de un mayor número de manos que aportaran ingresos a la vivienda.

⁸⁰ Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, p. 279.

⁸¹ Cfr. Iñaki Ábalos, *La buena vida. Visita guiada a las casas de la modernidad*

⁸² Cfr. M. Merleau Ponty, *Fenomenología de la percepción*.

La participación infantil en la producción en la unidad doméstica era según las expectativas y necesidades, podía ser una inversión de tiempo desinteresada y con los ojos en el futuro, o una inversión de tiempo y beneficios inmediatos. La unidad doméstica era de reproducción y consumo, la producción interna se consumía por individuos que reproducían su fuerza de trabajo, era un sistema cerrado y autoregenerable. La participación económica del núcleo doméstico era para gestionar la escasez y la crisis.

El comodín era el trabajo femenino, intermitente y conciliatorio ante las necesidades de la producción. La demanda de fuerza de trabajo femenina no sólo respondía a una demanda interna del núcleo doméstico, sino a una presión social general. El bajo ingreso salarial no fue la principal determinante de la participación productiva de la mujer. El trabajo doméstico familiar generaba productos para consumo interno, autoconstrucción, labores domésticas y autoabasto. Mujeres y niños eran valores de uso al interior de la unidad doméstica y potenciales valores de cambio en el mudo social.

Las prácticas reivindicativas, demandaban de mejor utilización, gestión mínima de servicios, autogestión de carencias, administración de la miseria y la innovación. La falta de unión de los inmigrantes y vecinos, por el tamaño de la ciudad y la diversidad de orígenes y tradiciones, hacía que se subordinaran a la lucha por la sobrevivencia y la urbanización institucionalizada por el poder político estatal, frenando las posibilidades de violencia organizada, reduciéndose a una tradición de la resistencia.

Algún tipo de relación entre clases y grupos al interior de la estructura social se hacía bajo la premisa de que mientras más constante fuera el contacto de los sectores bajos y medios con los altos más fructífera será la relación. “Como en el fútbol. Si uno juega contra un equipo de potencia mayor es mucho mejor que contra uno similar. Se aprende más.”⁸³

La vida en los espacios marginales era el placer por eludir las reglas. Escamotear como práctica esencial de los sectores populares, obtener más con menos, quitar de la vista algo con habilidad y multiplicar así los beneficios. El espacio mismo era escamotero, la distribución de los muebles, el uso de la circulación, del consumo de bienes colectivos, era aparentemente irracional, no planeada, espontánea; pero la lógica interna del desorden existía por la maximización de resultados, por obtener beneficios inmediatos, del caos devenía el orden. Por eso sus espacios eran los del recorrido diario, los de la memoria y el sentido particular de la disposición de los objetos, el sistema espacial era un todo lógico que existía por la actualización diaria de sus habitantes, que no podían ser otros más que ellos mismos, los únicos que podían saber el sentido y la significación del orden de los objetos. Aunque los paisajes fueran parecidos su dimensión concreta de praxis sólo era tal en tanto los miembros, los hacedores del espacio, la reactualizaban. Por eso la convivencia espacial no era conflictiva, todo tenía sentido sabiéndolo encontrar, sabiéndolo interpretar. Así el espacio social global de estos subsistemas tenía un sentido a los ojos de la comunidad, para ellos no era extraño ver la construcción de una casa en un periodo indefinido, interminable; o ver cómo de la noche a la mañana crecía el núcleo de habitantes y con ellos nuevas frases en la semántica general

⁸³ Susan Eckstein, *op. cit.*, p. 213.

del espacio. La lentitud en la construcción del espacio urbano circundante, la falta de proyectos terminados antes de empezar la labor de producción espacial, no sólo era expresión del alto grado de contingencia al que estaban sometidos estos sectores, sino materialización de la trasgresión y la ruptura de un orden social en el que no tenían una posición segura.

En alguna pobreza la idea de desigualdad y la injusticia social existía, pero generalmente era atribuida a problemas coyunturales, de relaciones y oportunidades individuales más que a un problema estructural. Pero no por eso dejaba de ser un umbral que se podía trascender, aunque la actitud de principio fuera la de resignación a la diferencia y a la desigualdad, siempre estaba presente la motivación de transformación, que era la motivación inicial de la invasión de la ciudad, de exploración de nuevos universos, jugando al hombre moderno que se construye su destino.

El espacio marginal y el 68

La relación directa de estos espacios con el 68 fue un tanto ambigua, a veces distante y expectante, y otras de apoyo incondicional. Con respecto a la olimpiada su colaboración fue más tácita que consciente. Las vecindades del centro de la ciudad fueron conminadas por el gobierno para que pintaran sus fachadas, para que dieran una imagen decente, de gente civilizada, a los turistas que por casualidad pasaran por esos lugares no deseados. Salvador Novo contaba que en su labor de cronista oficial de la ciudad asistió a la labor de embellecimiento de la zona de vecindades en el centro, decía que: “El barrio de Tepito está recibiendo el impacto de las vigorosas baterías de la Dirección de Acción Social del DDF. Han estimulado, arengándolos, a los vecinos influyentes de una zona antes olvidada, sucia y de mala reputación, y ellos han respondido y puesto inmediatamente manos a la obra de embellecimiento de sus fachadas e interiores de las vecindades que habitan.”⁸⁴ Según la crónica de Novo, la gestión fue directamente con los líderes populares de las diferentes zonas que fueron arregladas, para que ellos por medio de su poder local obligaran a los demás habitantes a que llevaran a cabo tan necesaria labor para la imagen de la ciudad y del país. Esta práctica solo se extendió en las zonas de vecindades del centro de la ciudad, ya que estaban localizadas en el corazón simbólico de la urbe y con ello eran parte del desarrollo histórico hacia la prosperidad de la ciudad de México.

El resto de la ciudad olvidada también fue tomada en cuenta por el Comité organizador, que extendió una invitación a la CNOP para que organizara a grupos de ayuda para la organización logística de los eventos deportivos.

El personal que se sirva designar, que podrán ser empleados de la organización... recibirán una previa instrucción de los servicios a desarrollar, y se les asignará la actividad concreta que acuerde el Comité Organizador... Se les indicará las formas preventivas de seguridad y la forma de aplicarlas, tendiendo a establecer el orden y apelando al principio de hermandad entre los visitantes... Las necesidades del Comité (de seguridad y vigilancia) son de tal magnitud que se ha estimado conveniente invitar a las diversas instituciones y

⁸⁴ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, tomo II, p. 372.

organizaciones privadas del DF y Estado de México para que presten su colaboración en esta obra cívica y patriótica.⁸⁵

Los grupos paramilitares que ya funcionaban para 1968, y de los que se desprendieron los Halcones, estaban formados por grupos juveniles de sectores urbanos marginales, al igual que la mayor parte de los soldados rasos del ejército.⁸⁶ La relación de función para la olimpiada de algunos sectores populares fue directamente con la organización de la seguridad de la ciudad, de la disciplina popular que asegurara el orden de las cosas. Esta violencia se entendía, en la lógica el monopolio de la fuerza estatal, como la respuesta social a una insuficiencia cuantitativa y provisional de las capacidades del Estado, y no como una imperfección del mismo Estado para mantener la tranquilidad y la seguridad de una ciudad que sería sede de un evento internacional.

La captación y el clientelismo bajo el que operaba la existencia de las organizaciones populares no dejaron de estar presentes en el año olímpico. En las cajas del ACOJO que contienen las credenciales de todos los que trabajaron para el comité se encuentra una enorme cantidad de empleados provenientes de sectores marginales, que sirvieron desde intendentes hasta operadores de aparatos en los eventos olímpicos.⁸⁷ No podía ser otro sector sino el popular urbano el que sostuviera el funcionamiento cotidiano de las operaciones olímpicas; de dónde salieron los intendentes, los mozos, los operadores, los albañiles que construyeron las instalaciones olímpicas, sino de ese gran ejército de reserva que son los sectores populares urbanos.

Fue un año de trabajo arduo para buena parte de los sectores populares, sobre todo para aquellos que tuvieran contacto directo con los sectores del PRI o individualmente con algún burócrata.

Con el otro 68, el del movimiento estudiantil, la relación reacción fue, a veces, de rechazo o indiferencia de muchos sectores marginales,⁸⁸ en ocasiones redoblaban la política estatal al descalificar el movimiento con los mismos argumentos que la opinión pública difundía en el grueso de la población. Pero en las más de las veces apoyaron la movilización estudiantil, fuera personalmente con trabajo, o con ayuda monetaria. La primera actitud fue más frecuente en las colinas y asentamientos periféricos, pues la movilización estudiantil no impactó en sus vidas diarias. No sucedió lo mismo con los marginales del centro de la ciudad y del poniente, en especial los más cercanos al Politécnico, sobre todo los que trataban con los estudiantes de la vocacional 7, ubicada en Tlatelolco. Para ellos la movilización estudiantil y la represión estatal se volvieron parte de su vida, y con ello tuvieron que asumir una posición clara sobre el respecto. Una gran parte de ellos apoyó la movilización estudiantil en las batallas que se desarrollaban en torno a la voca 7. Estos enfrentamientos, con la participación abierta de los residentes de la zona fueron un ejemplo claro de una lucha de clases en el espacio urbano, en donde la política represiva estatal encontró una resistencia local que no esperaba.

⁸⁵ ACOJO, caja 99, fóldeo 34-46.

⁸⁶ *Proceso edición especial número 11*, octubre de 2002.

⁸⁷ ACOJO cajas de la 350 a la 380.

⁸⁸ Ver Jorge Montaña *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*, Capítulo IV.

III. LA CIUDAD OLVIDADA

Al apoyo de los habitantes de la zona centro se sumó el de los trabajadores del norponiente de la ciudad que apoyaron con una huelga en la refinería de Azcapotzalco al movimiento estudiantil. Con esta participación de los sectores proletarios y marginales se configuró una región de guerra de baja intensidad entre el gobierno contra los habitantes y los estudiantes, que en gran parte vivían en esas zonas. Dos regiones urbanas se diferenciaron claramente, el norte y el poniente, que apoyaron abiertamente a las demandas estudiantiles y el sureste más conservador, sin tomar participación abierta y clara en la lucha social.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLÍMPIA

La otra ciudad olímpica, la que negaba el proyecto del comité organizador y la intervención urbana para su embellecimiento y buen funcionamiento, no sólo la conformaban los espacios de la estética no deseada, el mayor segmento del área urbana; también fueron parte de ella las prácticas espaciales que contravenían la disciplina estatal y la moral social hegemónica, y que no contribuían a la imagen civilizada y racional (instrumental) de la ciudad de México. Estas prácticas, a diferencia de la existencia física de un espacio no deseado y de usos concretos realizados en él, se ejecutaban a partir de la apropiación del espacio urbano racional, de la resignificación de los contenidos simbólicos de los códigos de funcionalidad y de la construcción de nuevos y efímeros signos y sentidos de la representación espacial.

El movimiento estudiantil fue la expresión de la no-ciudad olímpica, la que ponía en crisis los términos de la rígida disciplina social dispuesta para la realización de la competencia deportivo-cultural, que no aceptaba la espontaneidad, la duda y mucho menos la proposición de prácticas urbanas distintas a las que se consideraban de interés nacional. Esta movilización social de lo único que se valía era de la imaginación para producir otro espacio urbano, con otro sentido y con otro fin, que no se oponía abiertamente a la Olimpiada, pero tampoco estaba en sintonía con el proyecto de organización basado en el autoritarismo. Mantenían algo en común, pues era, al igual que la idea de la ciudad cosmopolita y avanzada sede de la competencia internacional, parte del proceso de modernización e internacionalización de las formas de vida y de la producción del espacio urbano en general. Si la ciudad olímpica, de instalaciones racionales y usos civilizados, era ejemplo de la modernidad social que se impulsaba en el país, el movimiento estudiantil era ejemplo de la socialización de las contradicciones de esta modernidad.

Las instalaciones olímpicas intentaban sintetizar en su forma la afirmación de pertenencia a la época dorada del capitalismo que invadía a todo el mundo de impronta occidental. El movimiento estudiantil no fue menos internacionalista, ya que pretendía afirmar la universalización de las necesidades e intereses de la juventud mundializada. Ambas realidades eran expresión de la cosmopolitización de la producción del espacio, una respondía a la apariencia formal que daba significado al progreso de la vida material mediante la configuración de espacios racionales que en la más mínima de sus dimensiones recordara la necesidad de la reproducción del sistema social y del modo de producción del valor valorizándose. La otra, la de la movilización y la reapropiación momentánea de los espacios existentes, era la expresión de las contradicciones estructurales de un

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

sistema de bienestar social que no garantizaba los contenidos materiales ni simbólicos para toda su población, que sólo importaba en tanto que reproductora de los fundamentos del sistema, pero a la que no se pensaba asignarle espacios de participación efectiva que sintonizaran con las representaciones que de ella se hacían. La juventud ganó un espacio en la estructura social por derecho propio; ya no era un intersticio de edades del tránsito de la infancia a la responsabilidad de la vida adulta, sino espacio de consumo definido y cuyo fin último era vivirse a sí misma como tal; a esta construcción de lo juvenil no correspondían espacios de participación social y política. Tanto la forma espacial de la ciudad olímpica, que disciplinaba a sus ciudadanos por medio de programas gubernamentales realizados por los aparatos ideológicos y culturales, como la movilización social estudiantil -que a partir de la reconquista de la palabra, que siempre fue suya, pero que volvió potencialmente comunitaria, y de la apropiación de las estructuras significativas para generar otro sentido del espacio urbano- eran parte de la internacionalización cultural del Estado mexicano. Una mediante la configuración escénica del espacio urbano cosmopolita; la otra mediante la puesta en escena de las contradicciones de un sistema mundial de valores simbólicos.

El movimiento estudiantil “olímpico” en su generalidad era parte de una necesidad globalizada de la cada vez más numerosa juventud del mundo, pero su particularidad histórica se construía en función de las restricciones, insuficiencias y posibilidades políticas locales. Era parte de lo que Eric Hobsbawm llama la revolución social y la revolución cultural del mundo de la posguerra, del mundo de la guerra fría.¹ Si bien la movilización estudiantil en 1968 fue un fenómeno mundial, cuyos fundamentos estructurales se reprodujeron en todos los lugares en los que se suscitó, de California a Praga, de Pekín a Buenos Aires; no así su expresión concreta, que adquirió sentidos y formas particulares. Así, por ejemplo, los estudiantes parisinos se movilaron contra el régimen de De Gaulle con la firme intención de hacer una revolución política, aunque no estuviera claro cuál ni cómo; para ello creyeron contar con el apoyo de casi 10 millones de obreros. En Estados Unidos la movilización, iniciada antes de 1968, se hacía por oposición a la guerra injustificada e ilegítima que el gobierno estadounidense emprendió contra la revolución de liberación nacional de los vietnamitas; en la que participaban en contra de su voluntad miles de jóvenes en edad de hacer el servicio militar. Esta movilización fue la primera en la que se experimentó el tránsito de la protesta a la resistencia. En la revolución social y cultural en México también se construyó un enemigo y se dirigieron las demandas contra lo que se creyó el origen de los problemas sociales, y que para la cultura política era la figura del presidente y el autoritarismo de la estructura de gobierno, que se expresaba en represión física y en la cancelación de las posibilidades de participación social, económica y política.

Lo anterior no quiere decir que toda la movilización social de 1968 fuera un fenómeno de imitación internacional en la que los fundamentos de la acción se repetían bajo formas particulares que ocultaban una mano negra detrás de ellas, como una especie de conjura internacional encabezada por grupos masónicos o alguna otra secta mundial. Muy por el contrario, el que en la

¹ Ver Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

mayor parte del mundo occidental se presentaran las rebeliones estudiantiles era expresión clara de la mundialización de las estructuras sociales y, sobre todo, culturales del capitalismo industrial de impronta estadounidense; y con ello la globalización de las necesidades en un mundo de opulencia, de pleno empleo, de consumo voraz y de asistencialismo estatal, como garantías de vida cómoda, segura. No es por ello casual que en las centralidades capitalistas fuera donde los movimientos sociales estudiantiles tuvieron un impacto mediático tan grande para con el resto del mundo, y con ello las movilizaciones locales adquirieron una importancia internacional, ya que en estas centralidades se exponían por primera vez las contradicciones del funcionamiento del Estado de bienestar después de la reconstrucción de la Europa devastada por la segunda guerra mundial, las que cancelaron toda posibilidad de protesta generalizada -sobre todo en los sectores medios.² Tal vez las movilizaciones en Bolivia, por decir algo, no hubieran tenido el reconocimiento internacional sino fuera por el impacto del mayo francés; pero lo cierto es que no son dependientes de él, sino parte de un mismo proceso histórico-social del sistema-mundo capitalista del siglo XX, en el que entraron en contradicción los logros materiales y la socialización de la vida cotidiana, fundamentaba en un consumo conspicuo de mercancías que representaban el confort y la tranquilidad de la vida, después de un periodo de devastación que parecía olvidado por una memoria que sólo quería conocer de crecimiento económico y comodidades.

La movilización estudiantil en México trasciende históricamente por el momento de modernización en el que se desarrolló, donde la olimpiada era sólo la expresión sintética del progreso “milagroso” de la economía y la vida material de los mexicanos (o la construcción ideal que de ellos hizo un régimen político autoritario). Lo que interesa del movimiento estudiantil en este estudio es la relación de negación que mantuvieron contra la racionalización de la vida urbana olímpica a partir de la construcción simbólica de la ciudad. Tanto olimpiada como la protesta estudiantil son momentos de la configuración de una particularidad moderna que pretendía ser universal pero que no podía trascender sus determinantes históricas. La movilización estudiantil era parte de la universalización del sentimiento de ser joven en un mundo donde la escasez y la penuria eran relativas, no así la distribución de la abundancia, que era absolutamente desigual.

El salir a las calles y apropiárselas era una práctica de la movilización social en México, sobre todo a partir de los años cincuenta, cuando las desigualdades estructurales ya no pudieron ocultarse bajo el velo de los beneficios nacionales y la construcción de un régimen político revolucionario; inició con ello la protesta social organizada al margen de los mecanismos institucionales de regulación de las insatisfacciones de clase. Las manifestaciones sociales, en

² Claus Offe tipifica al estado de bienestar no sólo como el sistema de gobierno asistencialista, que aumenta el gasto público con el fin de generar obras que satisfagan las necesidades de vivienda, salud, trabajo, alimentación, educación; sino como un sistema que media las contradicciones de la producción de la vida material y la socialización de la vida cotidiana en el mundo de la producción capitalista, para asegurar que la primera sea eficiente sin generar conflictos estructurales en la segunda. El origen del Estado de bienestar está en la Segunda Internacional Socialista, donde las discusiones sobre un posible socialismo europeo fueron ganadas a favor de una social-democracia, que satisfacía las demandas las necesidades materiales y simbólicas, sobre todo de la clase obrera, sin la necesidad de transitar al socialismo. En su origen está la discusión de reforma o revolución, que fue ganada a favor de la primera. El Estado de bienestar se adecuó, después de la segunda guerra, a las necesidades de un modo de acumulación fordista, basado no sólo en el pleno empleo, sino también en el pleno consumo. Ver Claus Offe, *Contradicciones en el Estado de bienestar*.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

especial las obreras, dejaron de aceptar las tradicionales formas de clientelismo sectorial del PRI para exponer públicamente sus demandas, dirigidas contra el régimen político; en especial en los momentos de crisis económica, como a finales de los años cincuenta. Pero estas movilizaciones, a diferencia de la estudiantil en 1968, tenían un enemigo claro, una serie de demandas concretas por las que luchaban y a las que pedían solución, se articulaban en torno a un eje de acción con respecto a un fin definido (que podía ser inalcanzable); incluso los movimientos sociales universitarios se organizaron por fines concretos, desde la lucha de la autonomía en año del 29 hasta la reforma universitaria en Michoacán en 1966. En cambio la movilización estudiantil de 1968 no tenía un enemigo concreto, ni una serie de exigencias específicas, ni mucho menos un fin a perseguir; era, más bien, parte de una transformación estructural del sistema social; y esta estructura era su enemigo real, el principio y el fin por el que se movilizaba.³ Lo importante de esta ausencia de coordinación táctica de la movilización, es la forma en la que se expresó en sus tomas de las calles, en las que por primera vez la imaginación era el fundamento de la apropiación, la multiplicidad de expresiones y de las ideas por defender se unificaban por la creatividad para expresarlas y de socializarlas. Esta imaginación era esencialmente opuesta al ordenamiento moral represivo y conservador, y a la expresión legal de los mal entendidos y tergiversados principios liberales, que no aceptaban la posibilidad de una acción no programada de la vida urbana, desde el punto de vista ideológico como del punto de vista legal.⁴

La contramodernidad

Para dejar de mitificar y mistificar al movimiento estudiantil en México es importante entenderlo en su dimensión global, en la perspectiva histórica del sistema-mundo del siglo XX, como parte de la revolución cultural y social del mundo de la posguerra. 1968 en el mundo y particularmente en México no fue el inicio ni el fin de nada, sino un signo que sintetizó distintos procesos históricos que se desarrollaban en la racionalización del mundo occidental y en la consolidación del productivismo capitalista. El 68 como signo es la síntesis significativa de una serie de sentidos históricos que se aceleraron después de la segunda mitad del siglo XX, a partir de que el capitalismo dejó de ser sólo un sistema de intercambio mercantil y se convirtió en un universo de organización

³ “El enemigo era el estado burocrático. Es la sociedad organizada para la eficiencia a expensas de la independencia. Es el sistema social que ofrece al pueblo bienes de consumo y los llama libertad. Es el sistema que parece adaptar la enseñanza a la productividad masiva de dóciles tecnócratas. Es el sistema de partidos que se hace por auténtica democracia. Es la represión enmascarada de tolerancia.” José Emilio Pacheco, “Revolución contra la sociedad industrial”, en *La cultura en México* # 330 (12/06/1968), p. IX.

⁴ En la ciudad de México para manifestarse en la vía pública era necesario pedir permiso por escrito al DDF, justificando los motivos de la movilización y describiendo la ruta a seguir. Generalmente el permiso era negado por no estar acorde la manifestación con las necesidades y usos colectivos del régimen político. En el raro caso de ser aprobada no se permitía llegar al cuadro central de la ciudad: símbolo histórico de estabilidad, centro del poder institucional, propiedad privada para uso exclusivo de las manifestaciones de apoyo al régimen o para actos autoreferenciales de afirmación política.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

simbólica y cultural, basado en el consumo y la persecución de la riqueza material medida por la acumulación de objetos, que fundamentaba la reproducción de la vida individual y social.⁵

Para la cristalización de esta transformación social se conjuntaron una serie de factores demográficos y tecnológicos nunca antes vividos. La población en México crecía a un ritmo cercano al 4% anual, de lo que se vanagloriaba el gobierno.⁶ Para 1968 había cerca de 47 millones de habitantes en comparación con los poco más de 34 millones de 1950.⁷ De la población urbana era más el número de habitantes que querían ingresar a las instituciones de educación superior; en 1967 la UNAM tenía un población superior a los 88 mil alumnos, 11 mil más que un año antes; el Politécnico más de 57 mil alumnos, 5 mil más que en 1966. Juntos daban una población de más de 145 mil estudiantes. Además había cerca de 1,285,000 escolares en la primaria para 1968 y 400 mil en escuelas media y media superior.⁸ Esta explosión demográfica hacía insuficientes las posibilidades ofrecidas a estos sectores, que si bien eran cada vez más en número, eran una élite, pues el sector de formación universitaria representaba sólo un 2% de cerca de 7 millones de habitantes en la ciudad.

Empero, el sector estudiantil se pluralizó, ya no eran sólo los vástagos de los sectores medios los que asistían a la universidad, por primera vez se abría a los grupos marginales, que por la efímera existencia de excedentes económicos podían mandar a sus hijos a la universidad sin la necesidad de que estos contribuyeran desde niños al ingreso familiar; y aunque así fuera, existía la posibilidad de mantener una formación universitaria a la par de un trabajo. También se debe tomar en cuenta la intervención asistencialista del estado, que, como nunca, impulsó la formación escolar de sus representados, no sólo por la necesidad de eliminar fuentes de conflicto social y por tener un pueblo educado, sinónimo de avance; sino, también, porque los nuevos ciudadanos podían y debían ser disciplinados por la educación, interiorizándoles la ideología del régimen, sobre todo aquellos que estaban en contacto con los beneficios del mundo industrial. Ésta era una contradicción fundamental para la movilización estudiantil, pues mientras la educación universitaria era la promotora de nuevos conocimientos generados a partir de la duda y la interrogación, su función en el sistema era la de afianzar tanto los fundamentos ideológicos del régimen político, como su visión

⁵ Gracias a la reconstrucción europea por el Plan Marshall las formas de regulación social (entendidas como los mecanismos institucionales para garantizar la continuidad y la funcionalidad estructural de un sistema social y de su forma de producción), la acumulación fordista se convirtió en una condición mundial de la producción; pues si bien la Europa de la primera posguerra ya había iniciado el tránsito a la modernización de su economía, no había transformado radicalmente las relaciones sociales, como en Estados Unidos, que no sólo instrumentalizaron su producción, sino también su consumo, por medio de la promoción de prácticas y de estructuras que aseguraran la el consumo en serie de los objetos industriales. Cambiando en ello el sentido simbólico de la mercancía, que se volvía volátil en función de la aparición de nuevas mercancías (símbolos) en el universo de la producción en serie. Ver Giovanni Arrighi "Siglo marxista, siglo estadounidense" en Robin Blackburn, com., *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*.

⁶ "Pueblan el territorio mexicano 46 millones de habitantes, el doble que en 1947 y tres veces más que en 1910. El crecimiento demográfico natural es de 36 al millar por año, tasa que duplica a la de Polonia y sobrepasa 5 veces a la de Francia y 6 a la de Alemania Occidental. En 1940 el 65% de la población vivía en el campo y el 35% en las ciudades; en 1960 la distribución estaba ya equilibrada y para 1980, cuando el país tenga setenta y dos millones de habitantes, se habrán invertido los porcentajes de cuarenta años atrás; la población urbana será mayoría." *México 68. Memoria oficial del comité organizador de los juegos olímpicos*. T I, p. 31.

⁷ Secretaría de industria y comercio, *Anuario estadístico. 1968*.

⁸ *Idem*

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

histórica de la realidad. La universidad fue a la vez el objeto y el medio de su crítica.⁹ En estos espacios sobrepoblados y tan plurales ejercieron su capacidad de dudar (de la duda a la crítica hay sólo un paso); destacando aquellos sectores de ascendencia marginal, que eran la primera generación familiar de universitarios, en un intento de toma de conciencia (de clase) de las distancias y barreras sociales.

La pluralidad académica se contenía por la composición orgánica de la educación superior en México, particularmente en el DF, donde las diferencias de posición y condición de clase se materializaban hasta en los espacios educativos. Por un lado, el Instituto Politécnico Nacional, cuyo origen está en la capacitación técnica de los obreros industriales, creado durante el régimen de Lázaro Cárdenas; era un espacio de promoción estatal destinado a satisfacer las necesidades de formación profesional de los obreros y sus hijos. Bajo esta intervención estatal se ocultaba la necesidad de reproducir las diferencias por medio de la creación de un eficiente ejército de obreros industriales. Por otro lado, la Universidad Nacional representaban la vanguardia del conocimiento y un espacio de “libertad” intelectual, propia de cualquier nación moderna y en el camino del progreso;¹⁰ donde se debía generar el conocimiento, pilar del mundo liberal y democrático del siglo XX. La relación que se estableció con este conocimiento, la de fundamentar los principios del nacionalismo y legitimar la estructura social, no era ajena al principio de que conocimiento es poder, y que todo poder necesita, para reproducirse, generar un conocimiento que interiorice sobre los que se practica.¹¹

El Politécnico ubicado al norte, la unidad Zacatenco, y al poniente, Santo Tomás (El Casco), cerca de las zonas industriales, en el centro de una región que sólo era atendida por su importancia productiva. En cambio la Universidad, que estuvo en el cuadro central de la ciudad, estaba en la periferia, en el sur, cerca de los nuevos asentamientos burgueses de la primera mitad del siglo XX. Estas diferencias de entorno espacial fueron fundamentales durante el desarrollo de la movilización estudiantil del 1968. Las diferencias de los fines de las dos instituciones también eran evidentes en el espacio específico de cada una de ellas. A la Universidad se le construyó una Ciudad, que fue la materialización de los sueños de una arquitectura racional y nacionalista, fuera de la ciudad como parte del espacio urbano cosmopolita, ajena a todo el peso histórico y tradicional del centro de la ciudad y de los otros espacios existentes. El sur de la ciudad en lo virginal de su superficie era un lugar potencial para edificar los nuevos y neutrales edificios modernos de una nación que podía abandonar su historia urbana en pro de la construcción de los espacios sin relación con la ciudad-histórica, ni con la vida social, pues se edificaban en pedregales que durante años fueron imposibles de usar. En cambio, el Politécnico creció disperso y bajo la sombra de la espectacularidad del espacio de la CU; en el norte, junto a colonias de clase media, como la Lindavista, y el poniente, junto a las fábricas que sostenían el desarrollo económico del país; perdido en el panorama gris de la zona industrial y en la poca espectacularidad de las colonias proletarias, de manera que sus

⁹ Cfr. Octavio Paz, *Posdata*.

¹⁰ Dice Hobsbawm que tener una universidad nacional era para el nacionalismo tan importante como tener una bandera. *Historia del siglo XX*.

¹¹ Ver Michael Foucault, *Microfísica del poder*.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

innovaciones formales de los usos espaciales fueron olvidadas por la espectacular rigidez y eficiencia de los espacios universitarios; además de que no gozaba del prestigio social, porque ningún presidente o político importante había pisado sus aulas.¹²

No obstante las diferencias, la población de ambos era la más moderna del país y de la ciudad, no sólo estaban preparados académicamente, y con ello reproducían el mito del conocimiento, pilar de la modernidad; además sus necesidades estaban en sintonía con los avances de fuerzas productivas que se expresaban en la tecnología en el mundo cotidiano. Conocimiento y tecnología como ideología de la vida cotidiana. La universidad era un espacio casi-mítico que buscaban actualizar las nuevas generaciones de jóvenes, en especial los del creciente sector medio, que ante la gran movilidad social podían aspirar con mayor número de posibilidades a ingresar a la educación superior. Desde que los licenciados (sinónimo de abogado o burócrata) gobernaban el país a partir de la industrialización de la economía y de la racionalización de la administración pública, a finales de los años cuarenta, el sueño de obtener cuando menos el epíteto era una constante, aunque no se tuviera el poder estructural que ellos (burócratas y abogados) tenían. Pero los estudiantes no son una clase, se define por la edad y por la relación con el saber. El estudiantes es alguien que, por definición debe dejar de serlo en algún momento.¹³

Estas nuevas generaciones, que nacieron en la época de la escasez relativa y sin tener que pasar, o pensar si quiera, en periodos de incertidumbre y de inamovilidad económica, demandaban por un consumo de objetos que eran sinónimos del progreso, por apoderarse de los instrumentos que hicieran más fácil su vida diaria y que otorgaban estatus a quien los poseyera; desde una televisión hasta un radio de transistores portátil, por no decir el consumo de bienes novedosamente diseñados, como automóviles o ropa. Aún los sectores más marginales y los más radicales querían poseer los nuevos utensilios producto del desarrollo industrial. “La revolución tecnológica penetró en la conciencia del consumidor hasta tal punto que la novedad se convirtió en el principal atractivo... la premisa era que ‘nuevo’ no sólo quería decir algo mejor, sino también revolucionario.”¹⁴ Revolucionario de la vida cotidiana, de la reproducción diaria de la subjetividad, subsumida a la necesidad de innovar por medio de objetos tecnológicos, que simplificaban los actos de la vida otorgándoles un aura de comodidad o libertad.

La juventud se volvió una relación autónoma por derecho propio, tenía sus características de diferenciación con respecto a los otros grupos de edad, su participación en la economía fue cada vez más activa y reconocida en su particularidad; ya no eran sólo prematuros partícipes en la producción del ingreso familiar, sino clientes de un mercado particular que extendía sus formas y actitudes silenciosamente al grueso de la sociedad. Tenían su música, su forma de vestir y sus

¹² La Unidad Zacatenco del Politécnico fue la primera en el país que experimentó con espacios modulares, que con sencillos procedimientos podía modificar su uso, de salones de clases, a salones de conferencia o espacios de circulación libre; incluso los laboratorios tuvieron esa modalidad, ubicando estratégicamente las instalaciones de gas, agua y luz y dejando áreas suficientemente amplias para colocar de manera aleatoria los muebles. Ver Pablo Quintero, coord. *La modernidad en la arquitectura Mexicana*.

¹³ Sartre, “La imaginación toma el poder (entrevista de Sartre con Daniel Cohn-Bendit)”, en Bolívar Echeverría, comp., *Sartre, los intelectuales y la política*, p. 27.

¹⁴ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, p. 268.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

formas de comportamiento, impuestas por un colonialismo cultural que penetraba por la cada vez más extensa internacionalización y transnacionalización de la producción, que podía particularizarse según las posibilidades materiales e ideológicas. En términos del espacio urbano eran los potenciales consumidores de los nuevos espacios comerciales, como Plaza Universidad (1968), que estaba diseñada para satisfacer las necesidades de consumo conspicuo, con espacios horizontales, de acceso irrestricto a locales pequeños y particularizados, como metáfora del consumo; también, estaba la Zona Rosa, que era practicada y apropiada por los jóvenes intelectuales, que encontraban en ella una adaptación del Barrio Latino francés, donde se sentaban a discutir Fuentes, Cuevas, en lugar de Sartre o Beckett. Además de ser los demandantes de espacios con una mayor contenido simbólico, productos de la estética de la psicodelia o del arte pop, que le daban un toque pintoresco al habitar. Incluso los jóvenes de sectores más populares, eran consumidores de los espacios de impronta estadounidense, los Sanbors Café, las fuentes de soda, las discotecas. Había un sector marginal, pero no por ello menos internacional, que en vez de oír a los Teen Tops oía a Tree Souls in my Mind, o Javier Batis en lugar en César Costa; que tenían sus espacios de expresión en los hoyos *funky*. También existían aquellos rebeldes, que tenían su “palomilla”, y que recorrían las calles de la ciudad para ampliar o defender su territorio, como “los Panchitos”, en Tacubaya, o las pandillas de “la Portales”.¹⁵ Pero todas estaban cruzadas por un mundo simbólico internacional.

Otro rasgo característico fue el conflicto generacional que se desarrollaba al interior de la vida urbana, que podía ser una constante en todos los conflictos del año 68, pero que en México tuvo mayor importancia por la rigidez moral de la estructura social, que si bien se transformó para integrarse al desarrollo material de la vida moderna, no lo hizo con la misma radicalidad en sus códigos morales, que seguían conservadores.¹⁶ Las relaciones generacionales ya no se fundamentaban en la continuidad de la subsistencia del núcleo doméstico, ni de la comunidad inmediata, que estaba segura en la sociedad de la opulencia, sino en el conflicto de las nuevas formas de vida, que nada tenían en común con una experiencia de vida fundada en la lucha por el avance social y la mejoría material. La lucha contra la escasez dejó de ser motivo de cohesión intergeneracional y dio su lugar a la lucha por la preservación de los estrictos valores morales ante nuevas prácticas que funcionaban desde un subjetivismo radical propio de una sociedad en la que las necesidades más elementales estaban garantizadas, al menos potencialmente. Los deseos y las necesidades se hicieron autónomos al extremo de no poder ser compaginados generacionalmente.¹⁷

¹⁵ Era la juventud que iba de lo “fresa” con pretensiones intelectuales, que retrata José Agustín en la *Tumba*, a la marginal y aventada de *Gazapo*, de Gustavo Sainz, mediada por ese amplio sector de clase media, que consumía lo que podía de las clases altas y lo que no le resultaba tan violenta de las bajas, la juventud del *Rey criollo* de Parménides García Saldaña.

¹⁶ Este campo social, el de la moral, es el mejor ejemplo del conflicto entre una ética protestante, que sin perder sus fundamentos restrictivos adaptados a las nuevas condiciones sociales, es impulsora de la innovación, de la novedad y la exploración; contra una ética católica que acepta el desarrollo tecnológico pero no bajo la puesta en crisis de sus fundamentos de acción, donde la renovación y la seguridad son insustituibles.

¹⁷ The Rolling Stones hacían una crítica profunda al respecto: Oh daddy, proud of your planet/ Oh mummy, proud of your sun/ /Oh daddy, proud of your planet/ Oh mummy. proud of your sun/ Oh daddy, your brain's still flashin/ Like it did when you were young/ Or do you come down crashin'/ Seeing all the things you'd done/ All was a big put on. 2000

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

La revolución cultural del siglo XX debe entenderse como el triunfo del individuo sobre la sociedad,¹⁸ de las necesidades subjetivas sobre la subsistencia, que estaba garantizada por el desarrollo económico. Una constante de los jóvenes era querer un mundo propio, y no la realidad que gobernaban los adultos; “Se nos dice continuamente: ‘Ustedes son el futuro del país.’ Pero se nos niega sistemáticamente cualquier oportunidad de actuar y participar en las decisiones del presente... Nosotros queremos y podemos participar ahora, no cuando tengamos sesenta años.”¹⁹

Pero, si los estudiantes eran un sector favorecido de la sociedad, ¿por qué fueron los que se movilizaron para criticar al sistema que los privilegiaba y en el que eran potenciales actores de la estructura política, si seguían bien las reglas, sobre todo si eran apolíticos y defensores del *establishment*? La respuesta tiene un sentido más cultural que económico, y se encuentra en el carácter radical de la juventud, que no vivía únicamente para sobrevivir, sino para negar el mundo y adaptarlo a sus gustos y necesidades. Ellos pedían un mundo propio porque las condiciones del mundo en el que vivían así lo possibilitaban; para ellos el desarrollo económico no era una dimensión por construirse, sino por hacerse menos brutal, pensaban en como hacer menos desigual a la producción y no como iniciarla. Querían transformar al mundo en sensual y subjetivo, no construirlo, por que ya existía, solo se necesitaba transformar; para ellos las penurias de las generaciones anteriores por hacer el mundo en el que vivían les eran lejanas; no concebían la inamovilidad, el carácter conservador de las generaciones que construyeron la comodidad en la que vivían les era repulsivo. Los viejos querían conservar el mundo, el que vieron como se transformaba paulatinamente y como en ese tránsito mejoraban sus condiciones de vida; en cambio los jóvenes querían llevar al extremo las posibilidades otorgadas por el mundo de la opulencia, desde lo sensual hasta lo político.²⁰

Las generación del 68 fue la última que creció bajo el espejismo del milagro mexicano, que empezó a develarse precisamente a final de la década de los años sesenta, pero que ya había

man. El conflicto generacional era por un entendimiento de los viejos hacía los jóvenes, porque la momiza dejara de acartonarse y le entrara a la “onda” y pudiera compartir un mundo, el único existente, plenamente moderno.

¹⁸ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*.

¹⁹ Declaración de Gustavo Gordillo en Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, p18. Aunque existía el Instituto Nacional de la Juventud, creado en 1950, al principio de la década del auge de los institutos nacionales, nunca hubo una política oficial con respecto a los nuevos jóvenes, pues este organismo era más de formación de cuadros priistas, que una mediación institucional a las demandas y necesidades juveniles. La única opción para la participación en el desarrollo económico que se perfilaba era la libre empresa, pero que era opuesta a las restricciones de los años dorados del capitalismo (que tuvo que suspender temporalmente a la empresa privada para salvarla de sí misma, permitiendo así la abierta y total intervención estatal para garantizar la producción creciente, la industrialización, el pleno empleo, el comercio nacional e internacional). La única posibilidad para la libre empresa era tener relaciones políticas con algún acomodado en el sistema que facilitara la apertura y buen funcionamiento, o vivir del presupuesto mediante licitaciones amañadas o contratos por largos años.

²⁰ También, en cierto sentido, hay una dimensión económica, pero esa es menos importante. Ser estudiante universitario era ser parte de una élite social y cultural, con ello no se garantizaba el futuro, ni la posición, ni la condición económica; sobre todo en una sistema económico cuyo fundamentado en la exclusión de la mano humana de la producción. El sector que se podía salvar de este juego perverso de exclusión eran los técnicos y científicos calificados, pero en México nunca fue un sector favorecido por la dependencia tecnológica que había con Estados Unidos. Para esos años tenía tantas posibilidades de vivir las mejoras económicas y materiales un técnico eficiente o un burócrata bien colocado, como un universitario que, después de un lustro de formación académica, no tenía una participación segura en la producción económica, pero sí tenía, en cambio, una serie de necesidades sociales de consumo particularizado, volviéndose una especie de proletariado cultural.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

mostrado sus carencias en 1958, que fueron maquilladas por una insostenible política económica de mantener la paridad del peso con el dólar. Las generaciones que vivieron el progreso económico ocupaban una posición estructural con condiciones favorables que no volverían a vivirse en la misma cantidad para los nacidos después de los años cincuenta.²¹

El ser parte de una cultura juvenil global, que demandaba cada vez mayores particularidades, era ir en contra de los lineamientos tradicionales bajo los que se construyó la sociedad de la opulencia en la que vivían. Lo que sucedía era una gran mutación de una sociedad conservadora a una sociedad tecnocrática, dando origen a conflictos y disidencias no sólo en los márgenes de lo social, sino en el centro mismo. La explotación para estas nuevas generaciones significaba no sólo la privación de los medios necesarios para la reproducción de la vida, sino, sobre todo, la privación de la decisión y control sobre el proceso de construcción social, la negación de la voluntad de poder.

Los años sesenta fueron los de la crítica radical, los de la duda sistemática, de un orden político-social que se presumía acabado y con mucha vida, que podía legitimarse aún a pesar de las desigualdades y las injusticias. Este principio crítico era parte del inconsciente político de la parte más beneficiada de la sociedad mundial, de esa sociedad que vivía la experiencia de la modernidad en la plenitud de la necesidad de transformación, del tiempo de la innovación.²² Del que también era parte la descolonización y la liberación nacional del tercer mundo, como expresiones políticas de la concreción de un mundo liberal, potencialmente distinto al que se vivía, y no necesariamente porque dejaba abierta la vía hacia el socialismo, sino porque era manifestación de la necesidad de libertad y autodeterminación del hombre, que por antonomasia es (idealmente) emancipado.²³

Este inconsciente político se oponía a la modernidad institucionalizada por la burguesía fordista del siglo XX, a los deleznable resultados de una sociedad disciplinaria, represiva y burocrática, que dejaba fueran los ideales hedonistas y subjetivistas en una época de abundancia y

²¹ No obstante la poca claridad del futuro las generaciones universitarias y politécnicas eran partícipes de los beneficios y logros de la sociedad de la opulencia, que se extendían hasta los más pequeños rincones de la estructura social. La integración de esta sociedad no sólo era ideológica, sino material, pues tenía lugar en la base de la producción excesiva que permitía a la sociedad desenvolverse y satisfacer mejor que nunca las necesidades materiales y culturales, era pues la consolidación de una “sociedad opulenta popular.” Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, p. 262. La relación con las experiencias de vida de las generaciones anteriores no tenían nada en común, los años de construcción y apuntalamiento de la industrialización les eran lejanos; ellos crecieron en un mundo de prosperidad, o al menos en dirección hacia ella, y sino bastaba ver la forma de la ciudad y el equipamiento con objetos novedosos de la vida cotidiana. Esta opulencia a la vez de popular era “vulgar” en tanto conformista, estéril, cínica y complaciente, sobre todo en los sectores medios de la nueva burguesía, que dejaron atrás el nacionalismo folk por una cosmopolitización estética propia del mundo desarrollado. J. E. Pacheco, “Revolución contra...”

²² Que no necesariamente se oponía al capitalismo, pero sí a las formas concretas que éste adoptaba, sobre todo por el creciente desequilibrio entre los beneficios y los beneficiados, que el estado de bienestar, como regulador de las crisis sistémicas del capitalismo, ya no podía paliar, no sólo en términos materiales, sino sobre todo en su dimensión ideológica y cultural.

²³ A principios de 1968, antes de las movilizaciones estudiantiles Juan García Ponce hacía un llamado contra la “estupidez de la falta de contradicción”, en un mundo que ha alejado de su fundamento a la complejidad y que la única contradicción que genera es en las cosas que no parecen ocurrir en la vida. “Con el derrumbe de los valores, que no ha ido acompañado de ningún estrépito, sino más bien de un denso silencio, la posibilidad del inmoralismo ser perdió en el polvo de la caída junto con la de la moral, y con esta doble ausencia empezamos a advertir que nuestro conflicto no se encuentra en la posibilidad de obedecer o rebelarse, sino encontrar contra qué rebelarse cuando lo que ordena jamás da la cara.” En “Elogio de la contradicción” en *La cultura en México*, # 315 (25/02/1968), p. XVI.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

de la solidez de la producción de la vida material.²⁴ Esta necesidad de movilización y protesta reactivaba la oficialmente pospuesta, por convenir a la unidad nacional, lucha de clases, diluida en la institucionalización de las demandas y las conciencias. La pluralidad de la crítica y de la movilización hizo que la rebelión estudiantil no fuera un reflejo ideológico de los caprichos y resentimientos de una extendida clase media. Era una “especie de acatar con gusto mimético el espíritu de los tiempos.”²⁵

Era esta la juventud la que se usaba como bandera ideológica de los juegos olímpicos, en el año de la paz y la fraternidad entre los hombres. Esta juventud se volvió imaginaria para la ideología gobernante, una representación que negaba lo existente:

Niños y adolescentes por todas partes... Omnipresentes, los muchachos configuran y caracterizan al país. Bullangueros, ensordecen los ruidos del exterior mientras escuchan sus discos predilectos o abordan el autobús con el radio de transistores a todo volumen. Los jóvenes del campo congregan al ganado o siguen o alcanzan a sus padres camino a la labor. En los mapas de las escuelas recorren el mundo. Influidos por la música de la actualidad, le ponen sonnetes a las tablas de multiplicar. No faltan audaces que viajan de aventón por las carreteras en busca de aventuras en los fines de semana o durante las vacaciones. Con el cajón de lustrar o el fardo de diarios bajo el brazo, los necesitados emprenden el maratón cotidiano, llenan las aulas, los talleres y los laboratorios; convierten las calles en campos deportivos, vuelven insuficientes los estadios. Todos preocupan a sus padres y plantean una incógnita a los planificadores de la economía y la educación.²⁶

La movilización estudiantil, que inició por la represión violenta de los aparatos de seguridad estatales, primero contra los estudiantes vocacionales y después contra un grueso contingente de estudiantes politécnicos y universitarios en una marcha que conmemoraba la Revolución cubana, se organizó para criticar a la estructura del poder político nacional y a todas las prácticas eficientemente funcionales.

Intervienen motivaciones éticas, el rechazo de injusticias obvias, la ansiedad de participación cívica, el hambre de modernidad política, el hartazgo ante el anacronismo cultural sostenido por un ‘nacionalismo’ en el que nunca han creído o apenas creen los gobernantes. Más sensibles a los debates del abismo generacional que a los argumentos de la lucha de clases, a las incitaciones de los círculos de estudio marxistas, las multitudes del 68 se diversifican en casi todo, menos en el fastidio ante las distancias entre la sociedad agitada que viven, aprovechándose de los resquicios y ‘zonas de tolerancia’, y el país cerúleo y servil que se les propone para siempre.²⁷

Pero esto sólo era la construcción de un enemigo visible, porque su lucha se estructuraba contra todo el sistema social y no solamente contra sus relaciones de poder gubernamental. Esta oposición era abiertamente contramoderna, negaba los fundamentos del sistema social burgués, y en particular la organización del estado (su monopolio de la ley, su traslado de la coerción física y simbólica a

²⁴ En la columna Calendario de *La cultura en México* del 19 de junio de 1968 se alababa la movilización de la juventud en el mundo europeo y estadounidense. “Suceda lo que suceda en los próximos días, los efectos de lo ocurrido serán incalculables. En todas partes se esperaba para los años finales de nuestra década la llegada de la gran ola de los jóvenes. Aquí están. Han llegado. Y dicen estruendosamente que hay que cambiar al mundo. A menudo violentos y feroces, son también idealistas y están llenos de admirable moralidad y valentía.” P. IX.

²⁵ Carlos Monsiváis, “1968: *Dramatis personae*”, en Sergio Zermeño, *México 68*, p. XVI.

²⁶ *México 68. Memoria oficial...* t I, p. 153.

²⁷ Carlo Mosiváis, “¿También las multitudes son históricas?”, en Hermann Bellinghausen, coord., *Pensar el 68*, p. 125.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

instituciones populares de mediación, su exigencia de lealtad y subordinación voluntariamente asumidas de los representados, y su monopolio sobre el conocimiento) y la moral social vigente (anacrónica, hipócrita, que permitía la violencia masculina y negaba la participación femenina, que disciplinaba por la violencia).²⁸

Tomar las calles

1968 se inicia con la meta de llegar a octubre. Los meses de enero a septiembre estaban predispuestos para ser considerados como provisionales, como un intersticio temporal de preparación: como un advenimiento. Es por ello que sorpresa es la palabra adecuada para definir la reacción de la sociedad urbana que vivió la explosión estudiantil. Lo que pasó a partir de los últimos días de julio no debía haber sucedido bajo el esquema de expectativa generado por la llegada de la olimpiada.²⁹ Lo que sucediera antes de octubre no importaba si no estaba destinado a contribuir a la gloria de la olimpiada internacional, pero la movilización estudiantil rompió con ese esquema y se volvió una realidad adventicia, rompió la pasividad y la expectativa. Si la olimpiada era un futuro presente, la protesta estudiantil era un no-tiempo en el esquema de racionalidad y funcionalidad social, pero su impacto social le restituyó su espaciotemporalidad que le negó el gobierno de Díaz Ordaz al minimizarla.³⁰

La socialización del movimiento, que se intentó aislar al hacerlo pasar como una pequeña trifulca entre estudiantes resuelta por la intervención oportuna de la fuerza pública, fue la que le dio su legitimidad social y su importancia política. Ésta fue posible por la dimensión urbana que adquirió, por la mediación que significó tomar las calles y restituirles una acción participativa, productora de sentido al margen de la racionalidad y de la rigidez de las prácticas en la ciudad. Abiertamente contradictoria a los lineamientos del funcionalismo arquitectónico del siglo XX que, como vimos, no

²⁸ La contra-modernidad es el sentimiento que antecede a la configuración, en la década del setenta, a la condición postmoderna. Según David Harvey antes de proponer una teoría que trascendiera las limitaciones y contradicciones restrictivas de la modernidad burguesa, en una teoría postmoderna, se generó un movimiento teórico y social abiertamente contra moderno, que empezó a criticar radicalmente las utopías y mitos de la modernidad de la postguerra, desde una perspectiva pesimista. En la arquitectura los trabajos de Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad* (1966) y los de Robert Venturi *Complejidad y contradicción en la arquitectura* (1966), que eran retos al funcionalismo de vanguardia; en la crítica urbana los trabajos de Jane Jacobs, *Vida y muerte en las ciudades norteamericanas*, eran las primeras críticas pesimistas sobre el desarrollo, abandono y miseria de las ciudades en Estados Unidos. La común de estos trabajos es precisamente su negación de los principios modernos, por considerarlos poco exitosos. Ver David Harvey *La condición de la postmodernidad*, primera parte.

²⁹ Jorge Volpi, *La imaginación y el poder*, p. 19ss.

³⁰ El primero de agosto en Guadalajara Díaz Ordaz dijo que: "...estoy entre los mexicanos a quienes más les haya herido y lacerado la pérdida transitoria de la tranquilidad en la capital de nuestro país por algaradas en el fondo sin importancia. A mí me ha dolido en lo más intenso del alma que se hayan suscitado esos deplorables y bochornosos acontecimientos... Cuando asome la discordia entre nosotros, acordémonos de los que nos une; olvidémonos de lo que nos divide... hagamos a un lado el amor propio que tanto estorba para resolver los problemas... Una mano está tendida... Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano,... se ve acompañada por millones de manos..." Cursivas mías, ver los apéndices de Hector Anaya, *Los parricidas del 68*, p. 228. Los estudiantes hicieron una canción que aludía en una de su estrofas al hecho y decían: "una mano que se tiende,/ de un señor que es Presidente/ y que allá en Guadalajara/ presumió de ser decente./ Otra mano que se crispa/ pa' mandarlo a la chingada./ Aleluya." *Aleluya*, ver *Idem*, p. 187.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

sólo promovía la edificación de espacios altamente eficientes (en el más estricto sentido productivo) sino también la constitución de sujetos urbanos que complementarían la productividad de las edificaciones; donde, por supuesto, no cabía la “significación improductiva” y ni la transformación del sentido de los espacios pretendidamente neutrales. Es la construcción de relaciones simbólicas y contenidos semánticos lo que hacían posible la socialización de un movimiento estudiantil, al carecer de un enemigo concreto, de demandas específicas y de tácticas y estrategias con respecto a un fin. Sobre todo porque estas expresiones aludían a una realidad que se compartía por otros que no eran los manifestantes, extendían los espacios de la movilización a la intimidad de los espacios privados, refiriéndose a la relación sentimental directa que había entre los que estaban en las calles y los que se quedaban esperándolos, como las madres: “Valen el odio del pueblo/ el pánico y el terror/ de las madres mexicanas/ que vieron por dos semanas/ ametrallar a sus hijos/ con odio, inquina y furor.”³¹ O “La madre llegó llorando/ y sus libros recogió/ y con llanto estremecido/ del gobierno renegó.”³²

El estado estaba puesto fuera de la ley por sus propios hijos. La sociedad se encontró dividida entre una construcción ideológica del bienestar social y la revelación de la estructura que la fundamentaba, hecha por uno de los sectores más favorecidos. El conflicto alcanzó una dimensión política e ideológica, sin atadura material precisa, ni interés parcial por defender o particularidad por hacer reconocer. El fundamento fue la representación, con otros contenidos distintos a los del *establishment*, de “la realidad” de lo social, que ponía en crisis los lugares comunes generados por el Estado.

La unión del movimiento se debía mucho más a la construcción de un adversario común, PRI-gobierno-presidencia, que al consenso mínimamente compartido sobre lo que consideraban mal en la sociedad. Y esta representación se realizó por medio de una pluralidad de expresiones y con fines distintos, cuya constante principal era el uso de la imaginación. Pero “abstracta, intangible, antiautoritaria, ajena al nivel del vida y al incremento del salario, la protesta juvenil contaba con la incompreensión de todos aquellos que no concebían la necesidad de una batalla que no estuviera determinada por intereses económicos ni participara de la carrera hacia la prosperidad.”³³ En cambio, contaba con el apoyo de aquellos que no aceptaban las condiciones sociales existentes, aun a pesar de que algunos eran partícipes de sus beneficios.

Su magnitud social residía, en gran parte, porque entrañó un tipo de reformismo actualizado, una fuerza que podía servir para modificar estructuras rígidas y anacrónicas de la sociedad: el sistema educativo, las relaciones laborales, las formas de gobierno y autoridad.³⁴ Estas reivindicaciones no ponían en peligro, real e inmediato, al régimen político posrevolucionario, pero eran la muestra de la posibilidad de transformar al orden establecido por medio de una de sus principales instituciones, convirtiéndose en una “negación positiva”, potencialmente constructiva.³⁵

³¹ *Corrido de la represión estudiantil del 26 de julio*. En sector Anaya, *op. cit.*

³² *Corrido del desagravio*. *Idem*.

³³ *Idem*, p. 81.

³⁴ La innovación para modificar estas estructuras fue recuperada años después por los reformistas institucionales; serían readecuadas gracias al impulso de la movilización estudiantil pero bajo los lineamientos de la clase política nacional.

³⁵ Sartre, “Un comienzo”, en Bolívar Echeverría, comp., *op. cit.*, p. 30.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

Es probable que ningún otro movimiento social en México haya contenido una proporción mayor de personas que leían y escribían, y que con ello contaban con un prestigio social nunca antes visto en los movimientos sociales, pues al fin y al cabo eran universitarios, un sector tradicionalmente respetado.

La crisis de 1968 manifestó un conjunto de principios esenciales del orden establecido que eran impugnables. “La irrupción de lo impensado es peligrosa para todo ‘especialista’ y para toda nación. La supervivencia del árbol está en juego cuando sus raíces se sacan a la luz.”³⁶ Se puso en duda convenciones que se volvieron frágiles y discutibles. Este ataque a la credibilidad del sistema social fue por medio de la apropiación de la ciudad, socializando un contenido semántico distinto al consolidado por la intervención estatal. La representación del espacio urbano que construyó el movimiento era, antes que crítica, soñadora; era el espacio de la subjetividad, que le restituía a la ciudad su dimensión de utopía moderna, de centro de expresión y práctica emancipada; que de alguna manera fue compartida por un amplio sector de la población urbana:

Voy pidiendo libertad/ y no quiero oír/ que es una necesidad/ para poder vivir./ La libertad, la libertad,/ derecho de la humanidad.../ Es más fácil encontrar rosas en el mar./ Voy buscando un lugar/ en esta sociedad,/ donde pueda exponer lo que quiero ser./ Un sitio en esta gran ciudad/ donde se me permita hablar.../ Es más fácil encontrar rosas en el mar./³⁷

Aunque los mecanismos para ubicar en el espacio esa libertad no fueran claros, contaban con el apoyo social para decir lo no dicho hasta entonces. Los movimientos sociales anteriores a éste hacían de la ciudad una mediación para la satisfacción de sus demandas materiales y políticas, en cambio en el 68 la demanda de libertad (entendierase como se entendiera) significaba practicarla en el espacio. La libertad no se esperaba, se practicaba, se materializaba en la ciudad, que se volvía un espacio por conquistar, violento e inseguro, pero potencialmente libertario.

La espontaneidad fue un ideal, alérgica a las directrices definidas y a las estrategias programáticas. “Su ideología natural debería de haber sido el anarquismo, y no los simulacros de Marx, Lenin, Mao y el Che que sus miembros más políticos pretendían. El arma natural de la rebelión de 1968 no era el fusil, ni la resolución política, sino los *graffiti*, el cartel improvisado y el micrófono.”³⁸ Llevando la imaginación al poder social, una imaginación limitada como cualquier estructura colectiva, pero mayor que la de las generaciones anteriores, en especial la de sus padres, a los que impugnaban como “parte del sistema” de represión.³⁹

³⁶ Michael de Certeau, “La toma de la palabra”, en De Certeau, *La toma de la palabra y otras escritos políticos*, p. 31.

³⁷ Canción *Rosas en el mar*, en Héctor Anaya, *op. cit.*

³⁸ Eric Hobsbawm, “La fecha improbable”, en *1968: Magnum en le mundo*, p. 10.

³⁹ *La balada del granadero* (con música de Balada del vagabundo) “Papá, papá, ¿por qué no habías luchado?/ ¿Por qué a ser hombre habías renunciado? Papá, si fuiste a la Revolución, ¿por qué habías permitido esta traición?/ Ay, ay, ay, ay./ Jamás nosotros seremos granaderos,/ queremos más justicia y más amor./ Nosotros dos jamás permitiremos/ el crimen de un hombre, o la traición./ Ay, ay, ay, ay./” en Hector Anaya, *op. cit.*, p. 188. Es interesante notar como increpan a la figura masculina del padre por su pasividad ante los hechos represivos y como aluden a la madre como ser expectante y sentimental. Uno, el padre, fiel reproductor de las políticas estatales y la otra, la madre, eterna víctima de la violencia masculina, que indirectamente vive en sus hijos. El conflicto generacional se expresaba en términos de incomprensión por ambos lados. Para los padres alguien les envenenó la mente, pues en el mejor de los mundos posibles en el que vivían los jóvenes, producto del esfuerzo de los adultos, no había razón para dudar de la felicidad. La disciplina bajos la lógica de los adultos era la única existente, de lo contrario no tenía sentido la relación con la

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

En la movilización urbana no todo era armonía por parte de los estudiantes, no eran precisamente agentes pasivos de la violencia generalizada, pero la diferencia era que ésta iba a la par de la razón y la imaginación. La contraviolencia, nunca fue de alborotadores que soñaban con destruirlo todo, más bien impugnaban radicalmente a la sociedad. La violencia “incontrolada”, o no racional bajo los lineamientos de legitimación estatal, tenía un sentido, que no era la expresión de la voluntad del desorden, sino la aspiración de un orden diferente.⁴⁰

La construcción simbólica del espacio urbano transformó a los espectadores en actores, se volvió un espectáculo de creación colectiva, donde el actor era igual a creador, que tomaba signos de una sociedad para transformarles el sentido en una representación del posible cambio social. Fue una trasgresión creadora de comunidades. Descubrió la fragilidad donde reinaba la fuerza e hizo un poder de la marginalidad estructural. Fueron creadores de un lugar simbólico, que no cambiaba nada radicalmente, pero creaba posibilidades relativas a imposibilidades admitidas e inmutables hasta entonces. La resignificación del espacio urbano era concomitante a la resignificación de la vida diaria, donde la nueva y efímera estructura se presentaba como segura para quienes la practicaban e insegura para el exterior. La ciudad se convirtió en un campo de posibilidades que imponía una validez a los significados espaciales como a las jerarquías de valor contra-disciplinario, que hacían posible pensar un orden distinto. O en palabras de Elsa Cross: “Pero vamos al grano,/ en dos o tres palabras, lo que pasa,/ poderosos señores,/ es que el mundo que ustedes nos heredan/ es un poco demasiado puerco, viejo y podrido/ y definitivamente no nos gusta.”⁴¹

La toma del Zócalo capitalino en más de una ocasión fue la cúspide de la apropiación de la ciudad, proponiendo por un instante los usos y significados del centro del poder político, en el que se aglutinaban las diferentes y antagónicas clases sociales de la ciudad. Le quitaban el monopolio ideológico al estado sobre la representación del espacio tradicionalmente social. El Zócalo era la dimensión onírica de la libertad, hacia donde se dirigía toda la ciudad:

Soñé que estaba sentada en el suelo del Zócalo, con la Catedral apagada, sin campanas de júbilo..., atrás palacio nacional. Comíamos paletas de hielo masticadas y parábamos la oreja para oír los discursos exactos, viriles, claros, intachables, maduros y para oír el ruido que hacen los tanques cuando vienen laterales en contra de uno que está soñando en el Zócalo, que está sentado y que ha ganado la calle para pedir y exigir y no agradecer nada más como cuando éramos nada más indios que agradecían la caridad y la esclavitud... Soñé gritar por toda la ciudad en la algazara de la juventud y soñé callar por toda la ciudad en la demostración más civilizada que me ha sido dado soñar.⁴²

Este espacio refiere a las prácticas idílicas, poco claras, que se realizaban en él. Una vida en sueño que recobraba su principio de realidad por los golpes de los granaderos y militares; pero que

juventud. Los jóvenes, en cambio, querían un mundo y lo querían ya, uno en que diera acceso a la imaginación, la espontaneidad y el subjetivismo.

⁴⁰ Sartre, “El movimiento estudiantil: una crítica radical de la sociedad”, en Bolívar Echeverría, comp., *op. cit.*, p. 51. En un canción sin título se expresarse bien está relación de la contraviolencia estudiantil. “Hermano cuando te digo/ los hombres tienen hambre/ de Humanidad y de pan,/ es para que pienses/ que esto está mal/ y que lo vamos a remediar./ Yo no quiero/ que oigas cantar/ y que luego salgas a la calle/ a pasear/ y a esperar/ el cambio del color del semáforo/ para poder cruzar./ Yo no quiero eso/ no: hombre-mitad,/ reclama al hombre que hay en ti/ pero de verdad.” en Héctor Anaya, *op. cit.*, 203.

⁴¹ Elsa Cross *A quien corresponda*. En Héctor Anaya, *op. cit.*

⁴² Ma. Luisa Mendoza, “Soñé un largo sueño silencioso”, en *La cultura en México* # 345 (25/09/1968), p. VII.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

mantenía lejana de los tiempos pasados *de los indios*, que podían ser golpeados y masacrados, pero no ellos, jóvenes modernos que no podía permitir la represión gubernamental. Era un espacio idealizado por principios más internacionales que locales, como en general fue el mundo simbólico de la movilización.⁴³

Este espacio utópico que construía la movilización masiva pretendía integrar a los diversos sectores urbanos, bajo la luz que creían irradiar los estudiantes. Finalmente fue una expresión semántica que no todos los sectores sociales pudieron decodificar, a pesar de la cercanía con las demandas, pero el lenguaje las hacía deleznable y lo único que trascendía eran las manifestaciones espontáneas y lúdicas, que convertidas en drama por la intervención de la fuerza pública, que era un lenguaje entendido y repudiado por una gran mayoría. La violencia estatal se convirtió en un efectivo medio de comunicación de las peticiones del movimiento estudiantil, pues permitió un acercamiento entre una mayoría observante de sucesión de los actos represivos que ocurrían en toda la ciudad, pero en especial en la zona del politécnico, en el norte y el poniente de la ciudad. “Preveíamos los cocolazos, las detenciones masivas, estábamos preparados para la cárcel, bueno, más o menos, pero no preveníamos la muerte.” La presencia de la muerte en la ciudad se volvió la conexión entre quienes la sufría y quienes la veían, que también estaba expuestos a ella.⁴⁴

Esta apropiación del espacio urbano también fue selectiva, no toda a ciudad se convirtió en lugar de la práctica subjetiva, de pretensiones libertarias, también hubo regiones que no formaron parte de esta ciudad. El centro de la ciudad era la zona de mayor movimiento, en gran medida por que ahí estaban las vocacionales 2 (la del origen del problema), 5 y 7, y la prepa 1; que fueron constantemente violentadas por la fuerza públicas, transformando la zona en un campo de batalla, en el nodo de la guerra social iniciada el 22 de julio. Al poniente de la ciudad la actividad también era intensa, sobre todo en las zonas industriales, a las que se pretendía integrar a la movilización, y cuyo apoyo rotundo fue de la refinería de Azcapotzalco, pues algunos obreros eran padres de politécnicos. En el sur de la ciudad la toma de las calles por los estudiantes no era tan frecuente ni con la espectacularidad que en el norte, no se daban las movilizaciones masivas, ni los enfrentamientos violentos del norte. Salvo la marcha del 1° de agosto convocada por Barros Sierra para protestar contra la violación de la autonomía universitaria por la toma violenta por parte del ejército de varias instalaciones de la Escuela Nacional Preparatoria, que partió de rectoría hasta el Parque hundido; además de esta no hubo otra gran movilización en el sur.

⁴³ “Yo nunca he pensado realmente en Zapata como símbolo estudiantil, un emblema, Zapata ya está integrado a la ideología burguesa; ya se lo apropio el PRI. Quizá por eso, en un principio, en nuestras manifestaciones escogimos al Che. ¡El Che nos unía también a todos los movimientos estudiantiles del mundo!... Tampoco pensamos jamás en Pancho Villa. ¡Ése ni siquiera nos pasó por la cabeza!” Testimonio de Claudia Cortés González, en Elena Poniatowska, *op. cit.*, p. 40

⁴⁴ Aunque resulte romántico, la brutalidad de la represión respondía a la incapacidad de aceptar una negación abierta y sincera (superficial y poco teórica) de la actitud gubernamental, hecha en tiempos de promoción y de lucimiento. Los estudiantes lo cantaban en el corrido *26 de julio* “Del día veintiséis de julio/ nos queda un triste recuerdo:/ reprimieron a estudiantes/ por órdenes del gobierno./ Los mandaron macanear/ como animales salvajes/ sólo por manifestar/ algunas cuantas verdades./ Porque gritaron, valientes/ problemas verdaderos./ les fueron a dar la muerte/ como tres mil granaderos./ Ver Hector Anaya, *op. cit.*, p. 180.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

Con la misma correspondencia cuantitativa, entre norte y sur, también hubo una diferencia cualitativa en las formas de socializar el movimiento, pues los politécnicos estaban obligados a conseguir el apoyo de los vecinos del norte de la ciudad, en virtud de los violentos y frecuentes ataques de los que eran objeto, y de los que resistieron gracias al apoyo incondicional de grupos de habitantes de la zona, en especial en la Unidad Tlatelolco, donde la movilización adquirió un carácter de alianza popular entre vecinos y estudiantes.⁴⁵ Otra forma eficaz impulsada por estudiantes del poli fueron las activas brigadas relámpago, que hacían mítines fulminantes en mercados, escuelas y plazas públicas, que llegaban a buen término por la cooperación de los locatarios o de los habitantes de la zona, que los defendían de la persecución policiaca. La representación de estas prácticas espaciales trataba de resaltar la violencia con la que se resistía:

Escuela de Zacatenco/ Casco de Santo Tomás/ estoy sufriendo y reviento/ si no canto lo que siento/ mejor que no cante más./ Para explicar a la gente/ nuestra huelga estudiantil/ a la calle nos lanzamos/ en brigadas trabajamos/ y el pueblo nos pudo oír./.../ Un régimen de derecho./ un siervo de la nación/ nos manda sus granaderos/ y al enfrentarlos lo hacemos/ nomás con el corazón.⁴⁶

Estas diferencias en la práctica espacial corresponden también a posiciones y condiciones socioeconómicas de los espacios urbanos. Mientras que en el norte y el poniente, de zonas superpobladas, con una densidad de población arriba de los 4 mil habitantes por km², la mayoría de los habitantes eran obreros o empleados, de ingresos medios o bajos, habitantes de viviendas no instrumentales y en las que se desarrollaba una vida más colectiva. En cambio, el sur era el lugar de la ciudad nueva, vivía al ritmo de la individualidad productiva, compuesto mayormente de espacios privados, con pocos lugares colectivos públicos. Decía un politécnico que:

... nosotros habíamos logrado el apoyo de la zona de Santa Julia, Azcapotzalco, Tlatilco, Santa María la Ribera, nuestros lugares comunes, donde vivíamos. Allí la gente nos recibía en sus casas... De esas colonias salieron durante el movimiento jóvenes lumpen (sic.) que también tenían mucho contra la policía... No eran estudiantes pero se sumaban a las manifestaciones y cuando había represión ellos se fajaban con nosotros a la hora de los enfrentamientos.⁴⁷

Pero en general la toma de las calles -el reapropiarse momentáneamente un espacio que siempre hacían al practicarlos, pero que pertenecía a una meta-racionalidad que el Estado pretendía representar (la de la lógica civilizatoria del productivismo en serie de la vida cotidiana que era sinónimo de progreso, felicidad y unidad)- ponía en duda la funcionalidad formal de una ciudad cosmopolita y sede de un evento de renombre internacional, tanto al norte de la ciudad como al sur, a pesar de las diferencias. Los espacios altamente instrumentalizados por la arquitectura modernista del siglo XX, nunca fueron pensados para tal irreverencia, que era tolerable, como parte de su atraso social, en los obreros y los campesinos, pero no en los jóvenes. En “la ciudad radiante” no había

⁴⁵ En especial para asistir a los jóvenes de la Vocacional 7, muchos de los cuales habitaban en la Unidad. “El 23 de septiembre como a las tres de la tarde llegaron seis camiones de granaderos -trescientos granaderos- a tomar la Vocacional 7. Todas las brigadas que andaban trabajando en Tlatelolco regresaron a la vocacional a defenderla. Las señoras de la Unidad (Tlatelolco) nos llevaron medias para hacer hondas. Los granaderos lanzaron bombas lacrimógenas”, testimonio de Antonio Cárcega, en Poniatowska, *op. cit.*, p. 92.

⁴⁶ *Corrido de los combates del politécnico*

⁴⁷ AA.VV., “Las batallas en le politécnico”, testimonio de Fernando Hernández Zárate, en Bellinghausen, coord., *op. cit* p. 87.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

tiempos ni lugares para la disidencia, pues la universalización de las necesidades y metas del hombre la hacían injustificable; ni en los espacios populares era pensada como legítima, pues a pesar de no ser parte de la imagen de la ciudad estaban en la mente de los proyectos urbanos de regeneración. Por eso la vuelta al orden era indispensable, Salvador Novo, cronista oficial de la ciudad decía que:

es grande lástima que la buena atmósfera de que México goza, tan laboriosamente conseguida, vaya a empañarse con los ademanes a que, en imitación de lo ocurrido en París, se han entregado los estudiantes... Ya imagino lo que estarán diciendo los periódicos en el extranjero... si esto no se remedia pronto, puede perjudicarse la celebración, ya próxima de los juegos en una ciudad a la que temerán dirigirse los extranjeros.⁴⁸

La apropiación de la ciudad se efectuaba en aquellas zonas donde la vida olímpica lo permitía, salvo el caso del Zócalo, que sólo 4 veces tomaron los estudiantes.⁴⁹ Las marchas 3 organizadas por el CNH que fueron al Zócalo iniciaron en el Museo Nacional de Antropología, donde se localizaba la Escuela Nacional de Antropología e Historia (que fue una parte importante en la estrategia y apoyo a los politécnicos y universitarios), recorrieron el Paseo de la Reforma hasta Avenida Juárez, para ir derecho al centro de la ciudad. Las demás movilizaciones son de Zacatenco a Santo Tomas y otras son marchas internas en la CU. El grueso de la movilización en las calles fue por medio de mítines y de brigadeos intensivos, que llegaban hasta el oriente de la ciudad.

La primera gran movilización que coordinaba los dispersos esfuerzos políticos de una autodefinida organización nacional estudiantil, el CNH, fue el 5 de agosto, en la que por primera vez se exponía en las calles los seis puntos del pliego petitorio, dado a conocer un día antes. A partir de esta fecha la organización estudiantil, que agrupaba a las escuelas y facultades de la UNAM y el Poli, a la ENAH y a la Universidad de Chapingo, se encargó de la ofensiva y del control de la lucha. La marcha fue de Zacatenco a Santo Tomas, e inició lo que se ha denominado la fase ofensiva del movimiento.⁵⁰ Para estas fechas hay una legitimidad reconocida tácitamente, gracias a la convocatoria que el rector de la UNAM hizo para la primer gran marcha contra las represiones de los últimos días de julio, y que culminaron con la toma de instalaciones. Durante el periodo de legitimidad aceptada (al grado tal que Gobernación se manifestó públicamente dispuesta a un diálogo con los estudiantes) el movimiento sufrió una represión silenciosa, no reconocida públicamente y que se desarrolla sobre todo en el poniente de la ciudad, con el asedio al Casco de Santo Tomás, y a la Voca 7, que era un centro de dura resistencia. Conforme pasó agosto la represión se recrudeció, hasta que después del informe presidencial fue abierta.

La represión fue exitosa contra el poli, bajo los mismos esquemas que contra los maestros y los ferrocarrileros años atrás; el error táctico fue emplearla de la misma manera y sin mediaciones contra los jóvenes de clases medias y altas que eran aun mayoría en la UNAM, era el Estado

⁴⁸ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, T II, p. 393.

⁴⁹ La primera fue el 26 de julio, que es la que desata los ánimos, realizada antes de que el CNH se formara; el 13 de agosto, que es propiamente la primera; la del 27 de agosto; y la última fue la marcha del silencio del 13 de septiembre.

⁵⁰ Cfr. Bellinghausen, coord. *op. cit.*

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

negándose a sí mismo.⁵¹ El blanco principal de la actividad represiva era el Politécnico, podemos interpretar, que lanzar una ofensiva de la misma magnitud contra los universitarios tenía mayores costos políticos, la sacralización y la mitificación de los recintos universitarios no permitía ponerla en duda; en cambio la violación de las instalaciones del politécnico resultaba más barato políticamente. Esta diferencia respondía también a la ubicación geográfica en el mapa urbano, y a su condición espacial; agredir a las instalaciones del politécnico era social y políticamente barato, tanto que el régimen se arriesgó a emprender una abierta guerra social en el espacio urbano marginal que rodeaba a las zonas industriales.⁵²

La acción represiva en las calles de la ciudad, que desde el principio del movimiento era evidente, fue combatida de una manera poco esperada por las autoridades, sobre todo si enfrentaban a estudiantes politécnicos en su terreno. “Los granaderos habían recibido la desagradable sorpresa de no poder disolver a los manifestantes con la facilidad de otras ocasiones. Los enfrentamientos duraban toda la tarde y causaban tal embotellamiento en el tráfico que muchos automóviles fueron abandonados con la batería agotada.”⁵³ En el politécnico las batallas eran campales, los estudiantes de la voca 7, tal vez los más radicales de toda la organización estudiantil, emboscaban a los granaderos para enfrentarlos con todo tipo de instrumentos, desde tubos hasta bombas molotov.⁵⁴ La presencia de los cuerpos represivos fue frecuente en la ciudad, pero particularmente en el poniente, donde los habitantes brindaron una resistencia silenciosa. Las canciones estudiantiles le dedicaron buena parte de sus temas a los enfrentamientos en el Poli.⁵⁵ Estas descripciones pasaban de lo heroico a lo trágico, representaban una constante, una batalla ganada contra el peligro de la vida, porque buen número de los muertos o desaparecidos durante este periodo lo fueron en escaramuzas o redadas intermitentes o nocturnas.

El intento de toma de la voca 7 y la toma de Santo Tomas fueron los choques más sangrientos antes de Tlatelolco; pero a diferencia del 2 de octubre, fueron enfrentamientos en que los politécnicos resistieron durante mucho tiempo, enfrentándose primero a los granaderos y después al ejército. Si pensamos al espacio como práctica y como representación, tenemos que

⁵¹ Aguilar Camín, citado en Hugo Hiriart, “Poli-UNAM: lo visible y lo invisible”, en Bellinghausen, coord., *op. cit.*, p. 77.

⁵² “... la toma de la UNAM y la toma del Poli por el ejército y la policía en 68. La primera, que fue enteramente incruenta, tranquila y sin incidentes, está documentada a la perfección y se cuentan en ella mil anécdotas; de la otra, que fue una batalla casi homérica en extremo dramática y esforzada, casi no se sabe nada. Es una paradoja de interés histórico: los que se entregaron sin defenderse están presentes en la memoria, y los que resistieron están ausentes.” Hugo Hiriart, *op. cit.* p. 77

⁵³ Anónimo, “El final del juicio. (Testimonios sobre el movimiento estudiantil)” en *La cultura en México* # 343 (11/09/1968), p. XVI. “Con los granaderos era una lucha azteca (sic.), a pedradas. No era un problema de armas de fuego porque no traían más que macanas y cosas de esas. Por ejemplo, en Zacatenco, muchas veces quisieron entrar los granaderos solos y no pudieron... Tenía que venir el ejército. Por eso, a partir del 23 de septiembre, los empezaron a armar con fusiles M-1” Testimonio de Raúl Álvarez Garín, en Poniatowska *op. cit.*, p. 78.

⁵⁴ Ver “Las batallas en el politécnico” en Bellinghausen, coord., *op. cit.*

⁵⁵ Una muy interesante es el *Corrido de los combates en el politécnico*, que dice: Esos mecos policías/ no saben el A B C/ pero les dimos correr/ cuando entraron en mi escuela/ y que digan cómo les fue./ Bloquean todas las calles/ prendieron al que pasó/ y yo con mis compañeros/ me enfrento a los granaderos/ con las bombas Molotov./ Al ver que la policía/ con nosotros fue incapaz/ nos sometieron con bala/ y a bayoneta calada./.../ Un compañero me dice/ nos quieren aniquilar/ se oye la ametralladora/ presiento mi última hora/ y ¡ay madre quiero llorar!” en Héctor Anaya, *op. cit.*

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

reconocer que el contenido objetivo y simbólico de la toma de Santo Tomás fue construido por el movimiento estudiantil, pues ellos tomaron la iniciativa de los acontecimientos, construyeron su espacio para resistir la represión gubernamental. El espacio libertario de los politécnicos era el de lucha, el de la contraviolencia, eran los más convencidos de que “Una manifestación sin policías es una manifestación pacífica” y de “Éstos son los agitadores: ignorancia, hambre y miseria”. A diferencia de los universitarios, a los que les quedaba mejor defender las ideas de que “Al hombre no se le doma, se le educa” y de que “Nada con la fuerza, todo con la razón”. Los politécnicos se prepararon para enfrentar a las fuerzas policíacas, y tal vez algo más, pues en el fondo creían en la frase “¡No queremos Olimpiada! ¡Queremos revolución!”⁵⁶

Se iba creando un sistema de violencia muy agudo. Así, al llegar al sábado 21 de septiembre supimos que venían otra vez los granaderos. Nos preparamos desde la mañana para enfrentarlos. Consideramos que la represión no tenía posibilidades si era a través del enfrentamiento. Ese sábado nos dedicamos a preparar un enfrentamiento con los granaderos, a provocarlos para que se acercaran. En la Voca 7 confeccionamos bombas molotov y las fuimos subiendo a los techos de Tlatelolco... Quemamos trolebuses, quemamos patrullas, quemamos un jeep de tránsito, interrumpimos el tráfico de San Juan de Letrán; eso fue durante todo el día, mientras los granaderos en ese momento estaban muy ocupados enfrentando a los estudiantes en Zacatenco... La lucha se extendió hacia Peralvillo, la exhipódromo (Condesa) y Tepito,... se mantuvo de las siete de la noche a las doce de la noche. Algunos compañeros de la Vocacional, un poco más aventados, se metieron entre las ruinas de Tlatelolco, y arrojaron bombas molotov al edificio de Relaciones Exteriores, que se empezó a incendiar. Había granaderos por ahí y agentes de tránsito que dejaron sus patrullas para apagar el fuego. Entonces nuestros compañeros les dieron la vuelta y mientras ellos apagaban (el incendio) les quemaron las patrullas, tres motocicletas y un jeep.⁵⁷

Este enfrentamiento es el antecedente de la toma del Casco el 23 y 24 de septiembre por parte del ejército, los politécnicos la esperaban. Convirtieron sus escuelas en un campo de batalla, en una fortaleza para enfrentar a los que defendían la represión y el autoritarismo gubernamental.⁵⁸

El ataque al Casco de Santo Tomás, el martes 24 de septiembre, no nos halló completamente desprevenidos, como a los universitarios, porque muchos días antes habíamos tomado precauciones. Almacenamos bombas molotov, resorteras, piedras, palos, cohetones, cohetes –realmente logramos juntar una buena cantidad de bombas molotov- y accionábamos los cohetones por medio de una especie de cerbatana, un carrizo o un tubo largo... No hacían daño. No podían herir a nadie, pero sí estallaban muy fuerte en el aire; su estampido desconcertó a los granaderos y los asustó durante varias horas. Así pudimos mantenerlos a raya hasta que llegó el ejército.⁵⁹

⁵⁶ Todas las frases arriba citadas estaban pintadas en las mantas que usaban en las manifestaciones estudiantiles. Ver Poniatowska, *op. cit.*, Héctor Anaya, *op. cit.*

⁵⁷ Testimonio de Jaime García Reyes, en AA. VV. “Las batallas en el politécnico”, p. 85. “En la mañana (del 21 de septiembre) los granaderos también son provocados en Zacatenco; intentan agredir a algunos compañeros pero son rechazados completamente. Se quema, con bombas molotov, un camión de granaderos, incluso salen granaderos quemados. Uno que correteaba a uno de los muchachos se tropieza, y en el momento que cae, como si hubieran sido avispa, diez o veinte compañeros lo tunden a patadas, le quitan el casco, le quitan todo el armamento que llevaba, la macana y con ella misma le dan” Testimonio de David Vega, en *Idem*, p. 86.

⁵⁸ “Para el 23 de septiembre, las escuelas se habían transformado, para muchos de nosotros, en nuestras casas. Sobre todo los que veníamos de provincia. Comíamos y dormíamos. Todo giraba en torno a las escuelas.”, Testimonio de Juan García Reyes, en “Las batallas en el politécnico”, en Bellinghausen, coord., *op. cit.* p. 88.

⁵⁹ Félix Lucio Hernández Gamudi, en Poniatowska, *op. cit.*, p. 82.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

El espacio del movimiento también tuvo su dimensión violenta, que reproducía la violencia urbana bajo la que vivían algunos de los estudiantes; no todo fue golpes recibidos, sino también golpes repartidos. Las ideas más radicales se apropiaron de las instalaciones politécnicas y las convirtieron en un centro de potencial insurrección, donde no se dudaba en agredir abiertamente a los policías, en regresarles un poco de la violencia que usaban contra los estudiantes.⁶⁰ El norte y poniente de la ciudad se volvió un escenario de violencia cotidiana y de resistencia de los habitantes y los estudiantes; era un momento de lucha entre dos razones, una que se pretendía imponer y otra que negaba la imposición.

El Batallón Olimpia, ¿represión o disciplina? dos caras de una misma relación

La matanza es uno de los últimos recursos del gobierno en las sociedades industriales estables, puesto que, a menos que vaya dirigida contra extraños de otras clases, destruye la impresión de consenso popular en que se apoyan. Empezar de repente a gobernar con mano dura es muy arriesgado desde el punto de vista político. Matar a estudiantes, los hijos de la respetable clase media, y no digamos de los burócratas, es aún menos atractivo, desde el punto de vista político, que matar obreros o campesinos.⁶¹ La represión estatal no se inventó contra el movimiento estudiantil, sólo fue evidente, pues el signo de la violencia era una marca de las relaciones del gobierno con el descontento social. El 68 aparece como una culminación desmedida de una tradicional y funcional lógica de gobierno.⁶²

Tranquilidad y violencia coexistían, como axioma de la unidad nacional. Masacrar a una multitud de jóvenes, obreros, madres, padres y niños era legítimo si se ponía en riesgo los intereses políticos, ideológicos y económicos de la minoría que decía representar a la mayoría. Si este pequeño grupo convenía que las relaciones sociales fuera del margen de la legalidad iniciaban una campaña de desprestigio público, de reconocimiento de las demandas pero descalificación de los medios. Toda negación se contentaba con invertir los términos de la afirmación que contradecía; era la víctima, en el momento preciso en que la denunciaban como autoritaria.⁶³ México era el paraíso de la censura. Y si ésta no funcionaba, la fuerza física tomaba su lugar.

⁶⁰ Decía un politécnico que “Entonces mi brigada y otros cincuenta muchachos más nos salimos de la Vocacional (7) y, rodeándola hasta quedar atrás de los granaderos, los atacamos y corrieron para Manuel González, por donde venían cuatro camiones de estudiantes de la Vocacional 9 y el equipo de fútbol americano de la misma. En ese tiempo (septiembre) los granaderos solo traían macanas, navajas, escudos, cascos protectores, marrazos, rifles para lanzar gases lacrimógenos. Cuando los muchachos de los camiones vieron que veníamos correteando a los granaderos se bajaron a ayudarnos, y los del fútbol que venían equipados se dedicaron a taclearlos. Les dimos en toda la madre a toditos. Cuando los golpeábamos nos pedían perdón: ‘Nosotros no tenemos la culpa. Tenemos que cumplir nuestro trabajo.’ Los desarmamos, les quitamos todo lo que traían. Desnudamos a diez de ellos. Los dejamos en puros calzones. Se veían bien cotorros.” Antonio Cárcega, en Poniatowska, *op. cit.* p. 92

⁶¹ Eric Hobsbawm, “Mayo de 1968”, en Hobsbawm, *Gente poco corriente*, p. 185.

⁶² Carlos Pereyra “La costumbre de reprimir”, en Bellinghausen, *cord., op. cit.*, p. 23.

⁶³ De Certeau, *op. cit.*, p. 43.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

La represión física institucional fue el origen del movimiento, su sombra constante y su estocada de muerte; de distintas maneras se hacía presente, fuera abierta y cruel, o velada e indirecta, por medio de grupos de choque.⁶⁴ Pero el orden autoritario sólo se afianza cuando construye un espejo en la sujetividad y la subjetividad, al hacer interno el orden; no existe sólo en el anonimato de las estructuras sociales, sino en el eco que lo social genera en lo individual, y una de las vías más eficientes es el terror de Estado, el abuso del monopolio de la violencia que se dirige contra los gobernados.

Esta disciplina basada en la violencia se presentó también en el espacio, en las disposiciones de uso y reproducción. Como vimos, para el buen comportamiento social en el transcurso de la olimpiada se implementó todo un sistema de adoctrinamiento y disciplina social a partir de la práctica del espacio urbano. Pero cuando fracasó, fue necesario el uso exclusivo y desmedido del enfrentamiento físico entre las fuerzas del orden público y los manifestantes, evidenciando las limitantes ideológicas y formales del espacio urbano racional; por lo que fue necesario, para restituir el poder ideológico, promover la intervención del Batallón Olimpia, como punto de equilibrio que inclinó la balanza a favor de los intereses del Estado.

Las formas más antiguas de violencia fueron en aumento porque el sistema liberal de mantener el orden público se veía sometido a presiones no resueltas, la violencia institucional y control corporativo no rindieron sus frutos, en cambio fue más funcional que la violencia política la acción física directa y el terrorismo estatal. Esto llevó a un redescubrimiento de la violencia controlada, como vuelta a un curioso medievalismo; cascos, escudos, blindajes, todo en reflejo de la opinión conservadora de que en una sociedad hay grados de violencia necesarios, o deseables;⁶⁵ como el Batallón Olimpia, que intervino cuando los cuerpos policiales no pudieron restituir el orden. La radicalización de la violencia física era concomitante a la decadencia de la violencia simbólica de los aparatos ideológicos y culturales del estado, además que era barata, inmediata y más eficiente para fines precisos. La rapidez de la matanza del 2 de octubre, resolvía el letargo de tres meses para terminar con el movimiento estudiantil.

La violencia y la crueldad de militares y policías sustituyeron al éxito privado y al poder social que les era negado; por tanto, para todo estudiante y para cualquier hombre lúcido, un policía era en esencia un agente del autoritarismo, casi totalitario, que cumplía con la quinta esencia de la violencia estatal en el siglo XX, la de asegurar el orden (el desorden institucionalizado de la sociedad burguesa); el sistema de represión frente a todo aquello que no entraba en el cuadro decidido unilateralmente por el poder político que debía ser la organización de la vida. De esta ideología de la violencia se desprendió la idea de que los policías y militares eran necesarios porque el hombre (estudiante revoltoso) era potencialmente malo. Ante todo, cada uno debía ser el policía de sí mismo, porque una sociedad sin policía era como un perro sin collar, anárquico, arbitrario y

⁶⁴ Los estudiantes le cantaban: “Soldados y granaderos,/ macanas, bombas de gas,/ bayonetas y fusiles, /tanques de guerra y mastines,/ año del sesenta y ocho/ y gobierno de Díaz Ordaz.” *Corrido de la represión estudiantil del 26 de julio*

⁶⁵ Eric Hobsbawm, “Las reglas de la violencia”, en Hobsbawm, *Gente poco corriente*, p. 196.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

preso de las fuerzas ciegas de la violencia. Si el mantenimiento del orden era un mal necesario, era porque este mal era un bien que todo hijo debía recibir como una dádiva del cielo.⁶⁶

Esta presencia de los cuerpos de seguridad estatal y su actitud irracional para la población (pero racional para el funcionamiento del sistema, que administra la violencia popular y la guerra social) fue motivo de apoyo a las peticiones estudiantiles, pues afectaban a toda la población, salvo los privilegiados por el régimen político.⁶⁷ Así que “vacune a su granadero”, “Gorilas, violen a su Alma Mater” o “Los estudiantes a las aulas, los gorilas a las jaulas” eran motivo de risas y aplausos por parte de la población, pero sobre todo de apoyo y comprensión, pues el orden social no era una relación de equilibrio, sino un valor reificado por el Estado; no era una forma de vida, sino una relación equivalente a la muerte.⁶⁸

Las únicas movilizaciones legítimas eran las que tenían por fin legitimar el orden. Lo injustificable era que se provocara el desorden por medio de la represión institucional con “el pretexto de impedir el desarrollo de las ideas, sin ninguna idea detrás más que la de que hay que combatir las ideas.”⁶⁹ Por eso la lucha cuerpo a cuerpo entre politécnicos y granaderos representaba algo más que una barbarie de ambas partes, era una lucha (en algún sentido de clases) por imponer precisamente un orden o por deponerlo. La función policíaca era no sólo restituir el orden formal, sino sobre todo el simbólico, que se dañaba cada vez más ante la proximidad de la olimpiada. A la par de la campaña de desprestigio mediático (la violencia simbólica), la intervención de la fuerza pública daba la legitimidad que necesitaba el gobierno para descalificar a los estudiantes y afirmar que eran objetos de manos extranjeras que pretendían boicotear la olimpiada. Los espacios donde no se podía permitir la instauración de un orden distinto eran los de mayor peso de capital político, como el Zócalo. Las manifestaciones que se dirigían hacia él tenían que ser boicoteadas, como fue el caso de la marcha del 26 de julio, que fue el catalizador del descontento y lo que dio pie a la organización.

Si hubo o no provocadores en ese momento, se sabrá tal vez cuando se defina si el Zócalo es propiedad exclusiva de nostalgias históricas y manifestaciones en apoyo al gobierno, sus glorias y sus actitudes nómadas; o si también puede, ocasionalmente, servir para expresiones de oposición política y protesta civil y legal. Mientras eso no se

⁶⁶ Sartre, “Victoria en la victoria”, en Echeverría, comp., *op. cit.*, p. 101.

⁶⁷ Los puntos 2 y 3 del pliego petitorio cubrían esas demandas: “2. Destitución de lo generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola... 3. Extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo de la represión y no creación de cuerpos semejantes.” En Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*, t II, p. 37.

⁶⁸ Los estudiantes compusieron varias canciones para los granaderos, una era *Gorilas en la calle* (cantada con música de Jinetes en el cielo) y en un parte decía: “En una noche oscura/ de terrible represión/ corrían por las calles/ estudiantes en tropel./ De pronto se vio en Palma/ con radiante claridad/ la fuerza gorilesca/ golpeando sin parar/ ae,ae, aeo, ae,ae, aeo/ en lúgubre clamor./ Los ojos de esas bestias/ eran brasas al mirar/ las botas en sus patas/ centellaban al pisar/ sus trágicos bramidos tenían algo de infernal/ sus armas eran negras/ tenían brillo de metal/ ae,ae, aeo, ae,ae, aeo.” En Héctor Anaya, p. 179. Pero a esta caricatura estudiantil, fue respondida por otra caricatura más favorecedora a los granaderos “mi padre era granadero./ vendía granadas como no veas./ si tu padre es un bombero./ no vende bombas nomás, bombea./ si te fijas en mi mami./ la ves chapeada como granada./ si te fijas en la tuya./ la ves bombeada./ no bombardeada” *El hijo del granadero* de Chava Flores.

⁶⁹ Juan García Ponce, “La nacionalidad de las ideas”, en *La cultura en México* # 340 (21/08/1968), p. VI. Otra canción estudiantil dedicaba sus estrofas al tema, *La cucaracha*, “Si el pueblo exige un derecho./ lo callan a macaneos./ eso si le va muy bien./ si no: le dan bazucazos./.../ Nos decía la cucaracha:/ para terminar el Metro/ pongan a los granaderos/ junto con el *máistro* Cueto./ Los gorilones./ los gorilones/ a eso no le van a entrar./ pues los tarados./ pues los tarados./ sólo saben macanear.”

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

decida, la calle Madero será, por lo pronto, sólo apta para adhesiones, o en caso contrario una trampa absoluta.⁷⁰

Pero al no entender la verdad capital de que en México se desfilaba por agradecimiento, fueron consecuentemente reprimidos. Esta acción gubernamental tuvo su apoyo en un amplio sector de la sociedad urbana, en especial los más conservadores, para los que la olimpiada era un acto que no podía ser ensombrecido por una acción insensata.⁷¹ La incierta paz mexicana se prestaba a la creencia de una mano extranjera que iniciara la agitación, para boicotear la olimpiada.

En toda la ciudad eran visibles los cuerpos militares, también en las cercanías de la CU y de las instalaciones olímpicas, donde su presencia era simbólica, pues al estar tan cerca de los deportistas que ya entrenaban en la zona no podían iniciar una represión abierta. Los estudiantes le cantaron a esta presencia militar que invadía la ciudad para asegurar su buen funcionamiento: “Adoro/ el Defe en que vivimos,/ la noche cuando todos sufrimos./ Adoro,/ lo azul de los gorilas,/ lo verde de los tanques,/ los adoro, vida mía./.../ Adoro,/ esta ciudad olímpica,/ que ofrece tan pocas garantías.”⁷² Los asentamientos de militares indignaron a buen aparte de la ciudad y es que su presencia también le daba otro significado a los contenidos formales de la arquitectura de vanguardia, de prácticas fundamentadas en el raciocinio.⁷³ Qué de razonables tenían los tanques y los camiones de granaderos en una ciudad que era presumida como un logro del desarrollo civilizatorio de occidente. Qué relación podían guardar los soldados, habilitados para disolver una manifestación de jóvenes, con la funcionalidad y neutralidad de los espacios simples y monumentales de la ciudad. La relación que se manifestaba era la de la irracionalidad sistémica de una organización social que se imponía por la fuerza para obtener el reconocimiento internacional. La presencia militar en la ciudad olímpica, dispuesta para combatir las dudas de la sociedad, era muestra de la artificialidad de los resultados formales del desarrollo que se presumía, que no pudo generar canales institucionales para resolver la transformación social y cultural propia del desarrollo histórico de un sistema de producción. La irracionalidad del funcionalismo arquitectónico, que negaba la diferencia, era complementada por la irracionalidad de la presencia militar, que combatía la discrepancia.

Parte de esta irracionalidad urbana fue la actitud seguida por buena parte de la población ante los violentos hechos ocurridos de julio a octubre, y cuyo punto climático fue el 2 de octubre. El olvido momentáneo de lo ocurrido por la realización de la olimpiada expresó un grado de enajenación y de amoralidad, propio de la vida en las ciudades, en las que las cosas se sucedían una

⁷⁰ Carlos Monsiváis, “La represión como ideología” en *La cultura en México* # 340 (21/08/1968), p. X.

⁷¹ “La policía fue relevada por el ejército para que cumpliera su misión constitucional de preservar un orden que los estudiantes se empeñaban en quebrantar. Y rescatar la Preparatoria, convertida en cuartel general de los agitadores, fue obra de 15 minutos. Los periódicos traen abundantes fotos de los ‘rebeldes’, muchachos de catorce y quince años, instrumento ciego de consignas oscuras... ¿Qué quieren, qué pretenden, qué combaten esos adolescentes? Ni ellos saben, ni quienes los incitan y manejan se los dirán... no dirán lo que quieren; no presentarán su plan: su objetivo es el caos, la confusión y la destrucción.” Salvador Novo, *op. cit.*, p. 395.

⁷² *Adoro*, en Héctor Anaya, *op. cit.*, p. 185.

⁷³ “Conduciendo el automóvil por la avenida de los insurgentes no podía creerse esas visiones de pesadilla. Apostados en las esquinas, acechando el momento para entrar en acción, estaban ¡los tanques de guerra del ejército, pertrechados para una batalla!” en una ciudad contra unos estudiantes.” Raúl Cosío “¿Quién detrás de la puerta?” en *La cultura en México* # 340 (21/08/1968), p. XIV.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

tras otra sin dejar huella evidente en las personas. Meses antes de la movilización estudiantil Monsiváis se quejaba de la apoliticidad de los ciudadanos que no respondía ante la huelga de hambre de Demetrio Vallejo, decía que “en un momento de auge de la burguesía, de embelesamiento ante la próxima y ciclópea confirmación de nuestra calidad hospitalaria, ocuparse de la suerte de un líder obrero, que además se entrega al gesto extraordinario de dejarse morir de hambre, es tarea evidentemente impracticable.”⁷⁴ Como también lo fue después, al reconocer a los muertos, desaparecidos y olvidados por la violencia estatal. La revolución social y cultural de la que fue proceso sintético el movimiento estudiantil, iba acompañada de una despolitización de los sectores medios y de una enajenación urbana de gran parte de la población, la que logró interiorizar la violencia estatal. Finalmente el significado y el sentido de la ciudad olímpica fue restituido por la fuerza, como también por la fuerza fue impuesta una producción del espacio habitable que aseguraba la legitimidad de la forma urbana moderna y progresista.⁷⁵

Bajo la iluminación más favorable, el movimiento estudiantil, era un signo de que los cimientos de la edad de oro de la economía occidental estaban hundiéndose, exactamente igual que las economías centralizadas de tipo soviético. En los países occidentales desarrollados, la edad de oro del crecimiento económico y del Estado providencialista keynesiano llegó a su fin antes que el derrumbe del socialismo real.⁷⁶ En México, como en el mundo entero, significó la necesidad de una reforma de las políticas estatales y de una reestructuración del sistema social a partir de una serie de transformaciones en el modo de acumulación y de sus necesarias políticas de regulación.

1968 fue esa época convulsa, en la que todo parecía posible, y en la que no se produjo nada de lo que se esperaba. En cambio, la juventud era un terreno virgen que se descubría a sí misma, entre la invasión del mundo por los objetos y la trivialidad como única vía de identificación en la modernidad.⁷⁷ Para los franceses fue la esperanza de una revolución social como la de 1848. Para algunos mexicanos fue la posibilidad de salir del atraso y la miseria funcionales al régimen político que perfilaba para gobernar varios años más. En el mundo entero fue una luz en la necesidad de transformación de las condiciones existentes por otras, no necesariamente mejores, pero otras. La responsabilidad se les dejó a los jóvenes, la momiza o la casi-momiza prefirió mantener sus privilegios, obtenidos por una buena regulación e intervención estatal.

No obstante, el movimiento estudiantil cumplió un objetivo: despojar al país de las mendaces capas superficiales de pretensión y vanidad. De algún modo imprecisable, pero no por ello menos tajante, la corrupción y la inutilidad, la ineficacia y la ineficiencia, y la modificación de

⁷⁴ Carlos Monsiváis, “Homenaje a la indiferencia moral” en *La cultura en México*, # 322 (17/4/1968), p. VIII. Además agrega en tono general que “... la notoria despolitización del mexicano se identifica plenamente con su evidente amoralidad, con la irremediable desidia que le provoca la realidad de indignarse ante cualquier forma de injusticia.”

⁷⁵ El romanticismo parece inevitable, y los estudiantes no escaparon a él: “Éstas son las cosas/ que me hacen despreciar/ a este mundo absurdo/ que no ve a donde va./ Aleluya, aleluya, aleluya./ Con la bazuca en la mano/ un soldado muy cercano./ Una Prepa que liquidan,/ una puerta que derriban,/ una calle de madrugada,/ una sangre derramada/ de estudiante rebelada,/ aleluya./.../ la razón de la mordida,/ una gorra muy oscura,/ unos muertos en la noche,/ una verdad que no se oye,/ una bala que se clava,/ una vida que se acaba,/ la noticia que se calla,/ Aleluya.”/ *Aleluya*, en Héctor Anaya, *op. cit.*, p. 186.

⁷⁶ Eric Hobsbawm, “La fecha improbable”, p. 10.

⁷⁷ Marc Weitzmann “El año en que coca-cola ganó la guerra fría”, en *1968: Magnum en el mundo*, p. 11.

IV. LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO URBANO, LA CIUDAD OLIMPIA

la estructura del poder en todos los órdenes, se veían más grotescas, más imposibles de justificación, más descaradamente anacrónicas.⁷⁸ Después de 1968 no se derrumbó la estructura del Estado, ni las socializaciones fundamentales del mundo económico, sólo se empezaron a advertir de modo irreversible los genuinos componentes de la estabilidad y funcionamiento político. Los de un régimen que no pudo resistir una manifestación de jóvenes y resulto absolutamente vulnerable.

Pero el año de 1968 es clave en el desarrollo histórico de la vida urbana moderna y de las prácticas espaciales, es el anunciado principio del fin de un largo proceso de construcción de la utopía urbana (poco clara y cambiante), que se expuso al mundo y a los habitantes de la ciudad en la ficción de la realización de la XIX olimpiada. La imagen de la ciudad se construyó por la fuerza, en términos de sus capacidades para integrar al mundo en una ciudad y para ser la ciudad del mundo por un año. Ser la sede de los juegos olímpicos implicaba cubrir las necesidades mínimas de desarrollo económico y de civilidad social, para garantizar la satisfactoria realización de la competencia internacional. Después de este funesto ensayo, la idea de hacer ciudad, como un todo orgánico, nunca se volvió a presentar. La utopía urbana moderna, se canjeó por una intervención discrecional, de cosmética urbana, que ya no pensaba en el carácter radiante de la ciudad bella.

Este es el año de la ciudad olímpica, pero también –o sobre todo– la del batallón Olimpia, la del imperio de la represión y la disciplina; que se volvió una herida abierta en la que se veían las contradicciones bajo las que se construyó, las limitantes que la sostenían y los conflictos que se presagiaban. La representación del espacio urbano para la olimpiada era una metáfora del funcionamiento de las relaciones sociales, donde había un gran simulacro sobre lo que era la modernidad en México, que ocultaba la creciente miseria y desigualdad que mantenía la imagen promovida internacionalmente por medio de una violencia que era negada por otras prácticas sociales distintas a los intereses políticos del nacionalismo, a su intención de reconocimiento internacional.

La ciudad de México era, y es, una herida abierta, que se debatía entre temporalidades distintas, tiempos locales que renovaban sus mundos de vida, y una dinámica exterior proveniente de un modo de producción voraz que destruía para crear, que no se generaba por la mente macabra de un sector social definido, sino que era consecuencia de la dinámica social del consumo y el productivismo.

⁷⁸ Carlos Monsiváis, “Notas a partir de una brillante campaña militar” en *La cultura en México* # 346 (2/10/1968), p. XII.

CONCLUSIÓN

1968 terminó muy distinto a como fue planeado por el gobierno mexicano cinco años atrás. La olimpiada se remató en souvenirs no vendidos a tiempo ni al precio deseado; las glorias del deporte quedaron reducidas a nueve medallas (tres de cada metal) y con la esperanza futura de mejores logros.¹ Del tiempo trascendental de la ciudad olímpica sólo quedó el recuerdo en una serie de edificios que cambiaron el paisaje urbano, pero que no se sabía para que servirían, salvo las villas de alojamiento. En cambio, quedó el silencioso recuerdo de un autoritarismo estatal que abusó de la violencia contra la movilización estudiantil, que era el reflejo más logrado de lo que se pretendía exponer con la realización de la olimpiada: la internacionalización de México y su entrada abierta a la modernidad (léase modernización económica e instrumentalización de la vida cotidiana). El principio ensayado de 1968 tuvo un final desviado que expuso las contradicciones bajo las que se promovió la contienda olímpica como ejemplo de progreso y bienestar. En este final lo que había de moderno no fue precisamente aquello que inventó la tradición nacionalista con motivo de la contienda deportiva, sino lo que se vivía a diario (sobre todo en la ciudad de México), y que por sus imperceptibles dimensiones no fue promovido como ejemplo ante el mundo.

Finalmente 1968 quedó como un año clave en la historia social del México, como un tiempo-espacio sintético de eso que Octavio Paz llamó una “modernidad desconcertante”,² y que era tal no sólo por debatirse entre un desarrollo económico y un subdesarrollo, entre un mundo social occidentalizado y otro premoderno; sino por ser producto histórico de una serie de desarrollos desiguales y diferenciales de las distintas estructuras de lo social -bajo la lógica de organización de la producción de la vida material fundamentada en una extrema racionalización de los actos y las funciones-, más por imposición que por convencimiento, algunas veces promovida por la inercia del sistema-mundo capitalista y otras asumida como propia y única posible por parte de la clase política nacional. En ese año convulso, la modernidad histórica vivida en la ciudad de México (como alegoría del México inventado) quedó expuesta como una relación social compleja, que se desarrollaba más allá de las estrategias gubernamentales y de las buenas o malas intenciones de un régimen político que se ufanaba de los logros obtenidos durante casi cuatro décadas de administración; fue evidente que ésta no sólo se expresaba en grandes resultados económicos y materiales, sino en la vida diaria de aquellos que la producían, material y simbólicamente. Esta relación se mostraba como contradictoria, las construcciones de los aparatos culturales e ideológicos del Estado no empataban con las demandas y prácticas de un reducido y beneficiado sector social, que ponía en duda las afirmaciones de la clase política al demandar otro mundo; como

¹ Las medallas oficiales fueron 2 de oro en boxeo y una en natación, las de plata se obtuvieron en caminata, esgrima y natación, y las de bronce en natación y dos en boxeo. Aunque hubo medallas en deportes de exhibición, tres oros en tenis, 3 oros y 3 bronce en frontón.

² Octavio Paz *Posdata*, p. 270.

tampoco con las del sector que estaba fuera del mundo imaginario, fuera de los beneficios, y que en su carácter limítrofe construía un mundo aparte del que se proyectó para la competencia internacional.

El desconcierto es tal vez un carácter fundamental de la modernidad periférica, turbada de orden, composición y concordancia, sorprendente al ánimo de los que la viven y de los que la ven. La desconcertante modernidad mexicana no logró la conciliación ni el (simulado) equilibrio entre la producción económica y la socialización cotidiana obtenidos en las centralidades capitalistas por el eficiente funcionamiento del estado de bienestar y de la política de la social-democracia. Madurada gracias al “milagro mexicano”, como consecuencia local de la era dorada del capitalismo, creció bajo la contradicción de temporalidades de los diversos sistemas sociales que no cambiaron sincrónicamente, ni con la misma profundidad; de manera que se desarrolló entre tiempos heteróclitos que pretendían normalizarse bajo una lógica (racional) única administrada por el Estado. El resultado fue, precisamente, desconcertante; desarrollado entre contradicciones radicales que parecían insuperables.

El año olímpico funcionó como catalizador de esas contradicciones, que al encontrarse en un mismo tiempo demostraron la volatilidad bajo la que convivían. Este carácter desconcertante se materializó en la construcción simbólica y la práctica cotidiana de la ciudad olímpica. Fueron, principalmente, dos relaciones urbanas que le dieron ese sentido. Por un lado, la construcción de un simulacro social como escenario para el evento deportivo, fundamentado en la invención de una ciudad apta para los ojos internacionales, dispuesta a recibir el voto aprobatorio que confirmara la aceptación del orden mundial de los logros económicos y sociales alcanzados por el gobierno. Por otro, la vida cotidiana de los sujetos sociales urbanos que no formaban parte del proyecto de ciudad deportiva, aquellos que producían la ciudad fuera del orden instrumental, restituyéndole un significado propio a los espacios construidos por una razón ajena a sus intereses y a su visión de mundo. Entre estos grupos había dos sectores, uno marginal y otro beneficiado. Los marginales de la ciudad negados por todo proyecto de transformación social, desarrollaban su vida fuera de construcción imaginaria de la mexicanidad, pero sin sobrepasar los límites de la tolerancia estatal. El sector beneficiado lo componían los estudiantes, que sin pretenderlo negaban el fundamento de la olimpiada: el mundo de progreso en el que vivían.

La ciudad de México fue el espacio donde se expresaron las contradicciones de la vida moderna del país, que como parte de su desarrollo apostó todo el crecimiento económico a la ciudad capital, que para la fecha tenía cerca de siete millones de habitantes y concentraba cerca del 40% de la producción nacional. Esta ciudad era ejemplo de la centralidad social y política bajo la que se reorganizó el Estado postrevolucionario; era el foco de todas las atenciones, en ella se resolvían problemas para generarlos en otra parte del territorio. La ciudad de México se convirtió por antonomasia en imagen de México, en la puerta hacia esa comunidad (imaginaria) nacional. Era representada en una imagen que respondía a las necesidades de percepción y consumo de un mundo que homogeneizaba las mercancías para satisfacer necesidades por medio de un modo universal de producción y consumo. La capital del país se (re)construyó durante cuarenta años, para dotarlo de

una fisonomía moderna, internacional, acorde con las fórmulas y las formas de las centralidades capitalistas. El urbanismo y la arquitectura nacionalista se empeñaron en darle a la ciudad una imagen propia, mexicana, en relación al desarrollo de las estéticas productivas del espacio urbano en Europa y en Estado Unidos. Sus resultados fueron nacionalistas sólo en las intenciones, porque terminaron por reproducir los parámetros internacionales de producción arquitectónica y de organización urbana, en los que llegaron a innovar en las formas y en los procedimientos, pero, ciertamente, no con frutos que puedan calificarse como nacionalistas.

Esa nueva versión de la “Ciudad de los Palacios” fue promovida ante en mundo para obtener la sede de los juegos olímpicos, como ejemplo de una ciudad de valor internacional que podía ser capital del mundo deportivo. La conquista de la sede, en octubre de 1963, fue la confirmación de aquello que el gobierno mexicano construyó para promover los resultados magnánimos de la economía mexicana, materializados en el espacio urbano, y que se presentaban al mundo como ejemplo de aplicación de eficientes políticas económicas y de regulación social, por medio de las cuales, en un periodo no mayor a cuarenta años, se logró el desarrollo del país.

México, como capital del mundo atlético, fue posible gracias a un montaje social impulsado por los aparatos ideológicos y culturales del estado, que no sólo construyeron una imagen de una ciudad y de un país para promoverla ante el mundo, sino que además disciplinaron a sus habitantes para que promovieran la imagen construida, por medio de la persuasión, la represión o la exclusión. Esta representación de la ciudad y del país se fundamentó en la omisión de elementos que no eran funcionales a la construcción que se intercambiaba en el mercado ideológico de las construcciones de los estados nacionales, para convencerse unos a otros de los logros alcanzados y las carencias por cumplir. Como ciudad olímpica fue una dulce mentira construida por autoconvencimiento y para satisfacer las demandas del mundo bipolar a favor del bloque occidental encabezado por Estados Unidos.

Este proceso de construcción de la imagen de la ciudad olímpica, como puerta de entrada a México y a lo mexicano, como muestra de civilidad y progreso, fue impulsado principalmente por el gobierno, pero a la tarea se sumaron las más diversas voces para cumplir el propósito de poner al mundo en México y a México en el mundo. No es de extrañar que figuras como Juan García Ponce, Salvador Novo, Vicente Rojo, Alberto Hjar, por mencionar sólo algunos, trabajaran para una labor que a la distancia se ve como una muestra de un autoritarismo de un gobierno megalómano. La ciudad olímpica fue una obsesión en la que todo era justificable; donde el monopolio de la violencia recorrió todas sus facetas, desde la nominal -el poder nombrar las cosas según la conveniencia-, la simbólica -normalizar a los sujetos sociales por medio del uso de elementos tradicionales (¡Mexicano pórtate bien que va a venir la olimpiada!)-, hasta la violencia física -haciendo uso de todos los cuerpos de orden y control del estado, desde la policía, el ejército y los grupos de choque financiados por la Dirección Federal de Seguridad.

La olimpiada fue un sueño hasta julio de 1968. El principio de realidad lo restituyó el movimiento estudiantil, “el sentido profundo de la protesta juvenil... consiste en haber opuesto al

fantasma implacable del futuro la realidad espontánea del ahora.”³ La ciudad olímpica dejó de ser un espacio casi mítico para verse como una construcción artificial en la que las cosas no empataban con los discursos oficiales y los tiempos no eran los que se promovían hacia el exterior. La ciudad era más que la imagen olímpica, y estaba en otra parte más allá de las construcciones oficiales.

El espacio urbano diverso, ordenado en su caos, que se omitió en la ciudad imaginaria, develó una de sus facetas; generó un intersticio por el que se asomaron las realidades ocultas de una ciudad plural y no del todo satisfactoriamente moderna. La ciudad de México era más que monumentales y nuevas construcciones que alteraban el paisaje urbano para asignarle otro significado: el de ciudad cosmopolita. En su complejidad existían tiempos, prácticas y sentidos distintos a los que el Departamento de Turismo y el Comité Organizador de la contienda deportiva habían construido. El espacio, como producción social y como acto simbólico, era más que el imperialismo formal de la arquitectura funcional-racionalista, que se extendía a lo largo de la ciudad desde los grandes espacios de habitación hasta los espacios íntimos de reproducción de la vida cotidiana. Esas células de racionalidad que se extendían a lo largo del territorio de la ciudad eran objeto de otras prácticas y de otros sentidos distintos de los que las fundamentaban.

La ciudad olímpica quedó expuesta en tres grandes condiciones estructurales. La primera fue la de las tecnologías del poder estatal, que administraba e imponía como única la forma y el sentido del espacio urbano racional. El Estado fue el principal promotor de la arquitectura internacional en la ciudad capital, fundamentalmente por el financiamiento de las grandes obras, sobre todo aquellas destinadas a actividades de la burocracia, aunque para finales de los años sesenta la iniciativa privada también jugó un papel importante en la configuración del paisaje urbano moderno. Este control estatal, que no sólo mediante financiamiento impulsaba el espacio racional, sino también con leyes e instituciones aseguraba la construcción de la *ciudad deseada*, de una *estética urbana deseada*, como reflejo del progreso. Esta promoción debía de ir acompañada del impulso de nuevas prácticas urbanas, acordes con las nuevas formas, pero este segundo momento quedó relegado para mejores tiempos. Esta exclusividad de la producción del espacio estéticamente deseado se radicalizó en la construcción de la ciudad olímpica; primero, por la construcción de nuevos espacios que ideológicamente significaban los logros del gobierno, que mediante espacios baratos (en comparación con las anteriores ciudades olímpicas) y construidos rápidamente (las obras iniciaron en 1967) dotaba de una nueva fisonomía al paisaje urbano, sólo a aquel que por su belleza y valor simbólico era parte de la ciudad imaginaria. Además de los monumentales conjuntos edilicios, se ornamentó la ciudad olímpica, con motivos que recordaran el sentido de la olimpiada: la paz (léase bienestar económico y control social que se entendía como satisfacción de los gobernados, en el marco de un enfrentamiento bélico de alturas mundiales: la Guerra de Vietnam).

La segunda dimensión de la ciudad la formaban los espacios marginales, ajenos a los controles racionales y a lógica instrumental de la organización de la vida, esos espacios dispersos en todo el territorio urbano, configuraban la *tradición de la resistencia*, en la que el mundo se debatía

³ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 244.

entre una lógica externa y una temporalidad interna que le restituía sentido a la vida. Esta ciudad marginal se erigía y se presentaba por medio de *espacios estéticamente no deseados*; era la ciudad no querida por los proyectos turísticos, pero resultado de las políticas económicas y sociales. Esta dimensión urbana le era funcional al sistema en tanto que era un ejército para las pugnas políticas, que podía ser objeto de asistencialismos paternalistas otorgados a favor de apoyo social, o, por el contrario, objeto de represiones violentas, según el juego de fuerzas al interior de la política urbana. El espacio urbano producido por los marginales de la ciudad respondía a necesidades inmediatas de vivir y hacer el mundo, no a los tiempos del progreso hipotecados al futuro, sino al aquí y al ahora de la necesidad de producir un mundo durable, inmutable en sus significados, en el que las prácticas como las cosas eran fundamentadas por la renovación de lo existente, donde nada sobraba nunca, donde todo era potencialmente útil. El resultado formal se expresaba en espacios de habitación desiguales pero con un extraño sentido de comunidad, que a veces era violenta y otras amigable, pero en la que la convivencia mutua era una constante. Y no precisamente como un proto-socialismo, sino como una necesidad estructural para la sobrevivencia en un mundo que sólo podía resistirse en conjunto.

La tercera ciudad fue la que construyó el movimiento estudiantil, la no-ciudad olímpica, que no se oponía abiertamente a los juegos olímpicos pero que en esencia cuestionaba sus fundamentos: la sociedad moderna occidental, apuntalada por el capitalismo fordista y por el consumo conspicuo. Esta relación urbana era producto de la *tradición de la negación*, propia de un sector privilegiado por el mundo que ponían en crisis con sus dudas y exigencias. Los estudiantes vivían “una situación artificial, mitad como reclusos privilegiados mitad como irresponsables peligrosos,”⁴ productos de una estructura antinómica en la modernidad capitalista: la universidad, que existe para conservar el conocimiento que legitima un poder, pero a la vez genera nuevos conocimientos para reactualizar o crear nuevos poderes. El grupo de jóvenes que se manifestaron perteneció la primera generación que creció bajo los milagros de la bonanza económica de racionalización de la economía, que generaciones anteriores no habían vivido. Crecieron bajo la sombra de la conflagración mundial y la recomposición geopolítica, que parecía como un camino de luz para un mundo distinto. Su espacio vital se debatía entre la comodidad de un mundo plenamente industrial y la necesidad de espacios para el hedonismo de una sociedad de ocio. La materialidad de su mundo se expresaba en el valor simbólico de las formas más que en las formas mismas; el consumo de un mundo propio y diferenciable les permitía exigir relaciones distintas, objetos de consumo pretendidamente libres (pero monopolizados por la fuerza del mercado mundial, donde la juventud era construida como una particularidad nunca antes existente). La ciudad que pensaban no era una ciudad de formas diferentes, sino una práctica espacial menos opresiva, menos mecanizada. La ciudad que construyeron fue la que improvisada al mismo tiempo que tomaban las calles y la palabra, exponiendo las insatisfacciones generalizadas de un mundo que cada vez dejaba menos espacios para la espontaneidad. Su ciudad fue la de la socialización de las contradicciones de la modernidad,

⁴ Octavio Paz, *Idem*, p. 242.

que se presentaban por demandas y exigencia abiertamente contramodernas, antiautoritarias, dispersas, desarticuladas. La construcción simbólica de la ciudad expresaba mejor lo que pretendía la ciudad olímpica: un México moderno, en sintonía cultural con el orden internacional. El espacio producido por el movimiento estudiantil no fue sólo el de la resignificación de los contenidos formales por medio de la imaginación, su principal herramienta, también el de la reapropiación de los usos por medio de la violencia, abiertamente física, aunque recurrentemente simbólica. Una violencia surgida como reacción a la violencia estructural de la sociedad del espectáculo.

Topográficamente, la ciudad también tenía grandes diferencias, estaba dividida en cuatro zonas: centro, noreste, oriente y sur. En la zona centro estaba la vieja ciudad de los palacios, aquel espacio urbano que dejaba sus glorias al olvido, que cambió su uso de suelo al comercio y a la actividad burocrática y de oficinas privadas. Los inmuebles de habitación se abandonaron al tiempo hipotecado al régimen de rentas congelas. En la parte más al norte se construyó el monumental multifamiliar Tlatelolco, centro de utopías urbanas inconclusas y mal logradas. Al poniente de esta zona se ubicaba el espacio urbano de vieja impronta francesa, el Paseo de la Reforma y el bosque y Castillo de Chapultepec, alrededor de los cuales se comenzaron a construir centros culturales y artísticos.⁵

Del centro de la ciudad se mudaron las actividades culturales que tradicionalmente se realizaban en su territorio (aunque museos, teatros y librerías seguían en esta área); la vida universitaria se mudó al sur, y con ella se abrieron nuevos espacios culturales. El sur que empezó a crecer en los años cuarenta, lo habitó la nueva y extensa clase media, que se ubicó en nacientes colonias, edificadas bajo los principios más operativos del racional-funcionalismo arquitectónico. Comprendía desde la Nápoles, del Valle, hasta el sur en el área de Coyoacán, que se continuaba después de un paréntesis que significaban los deshabitados pedregales, hasta el centro de Tlalpan; al oriente se extendía sobre la calzada de Tlalpan; al poniente hasta los límites impuestos por el Periférico. La zona sur fue el espacio urbano de la nueva clase media, hija del milagro mexicano, constituida por altos edificios que crecían entre las casas particulares de estilo estadounidense. Los pueblos de Tlalpan, San Ángel y Coyoacán se urbanizaron a la par que la actividad cultural e intelectual se mudó al sur.

La zona noroeste la componían las viejas zonas industriales de la ciudad. El límite virtual de esta área lo establecía la calzada Tacuba, a partir de la cual, hacia el norte, se instalaron las zonas industriales del poniente y norte de la ciudad. La zona industrial Vallejo es uno de los principales puntos de referencia, junto con la refinería de Azcapotzalco. Esta área urbana colindaba con los municipios industriales del estado de México: Naucalpan, Tlalnepantla y Cuautitlán Izcalli. La industrialización de la zona estaba acompañada de la construcción de espacios urbanos de alta densidad de población, primero las colonias obreras y después las unidades habitacionales de interés social. En estas zonas se localizan el mayor número de colonias proletarias, el paisaje es horizontal

⁵ La zona centro la identificamos aquí como el espacio urbano comprendido por la actual delegación Cuauhtémoc, la parte norte de la delegación Benito Juárez, la delegación Miguel Hidalgo y la parte poniente de la delegación Venustiano Carranza.

y gris como extensión de la parquedad del entorno industrial. El crecimiento de la población se extendió hasta los terrenos del estado de México, donde la especulación de la renta de la tierra hizo su trabajo. En el terreno que comprendía esta zona se construyeron algunas de las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional.

La zona oriente de la ciudad era la más grande y la que tenía la mayor tasa de crecimiento de población, no así en el crecimiento económico. Asentada sobre terrenos agrícolas, en los que se instalaron industrias ligeras (fábricas de papel, cartón, hilos, productos químicos), la componían la delegación Iztapalapa, que creció sobre la invasión de terrenos ejidales, promovida principalmente por líderes priístas, en la que se instalaron algunos talleres mecánicos e industria dedicadas a la maquila, y la delegación Ixtacalco, al igual que la parte oriente de la delegación Venustiano Carranza (el espacio urbano más reciente de esta demarcación política). En estos se encontraba el principio de urbanización a partir de la invasión ilegal de terrenos agrícolas o baldíos. La colindancia con los municipios de Nezahualcóyotl, La Paz y Chimalhuacán, en el estado de México, la convirtieron en el área urbana de mayor tasa de crecimiento demográfico. Es ésta se localizaron el mayor número de colonias irregulares, que hasta los años sesentas estuvieron supeditadas a la política popular del PRI, por medio de la CNOP, pero a finales de esa década algunas independizan reorganizando su lucha para obtener mejores beneficios.

El resto del territorio que componía la ciudad de México, las delegaciones Magdalena Contreras, Xochimilco, Tláhuac, Cuajimalpa y la parte sur de la Álvaro Obregón, eran terrenos agrícolas o forestales que no estaban integrados al área urbana, que teniendo un espacio rural, de difícil acceso, porque las calles y avenidas pavimentadas no llegaban hasta esas zonas. Aunque empezaba el silencioso tránsito de una vida rural a una vida urbana, en parte por la invasión extensa de los predios, pero también por el cambio de actividades de sus habitantes, que dejaban la producción agrícola para integrarse al mundo industrial; no sólo por su injerencia en el trabajo, sino también por el cambio de usos y necesidades.

Estas diferencias, términos de la producción del espacio, se expresaron en las prácticas y representaciones que se hicieron del espacio urbano en general. Por un lado, tenemos la representación que podemos llamar oficial, que era promovida por el Estado, los aparatos de turismo y los sectores intelectuales más nacionalistas y que creían en los logros de las administraciones priístas, como el caso Salvador Novo. Esta representación se hizo a partir de la construcción de formas espaciales que pretendían seguir los principios “universales” de la modernidad occidental, que simplificaban el valor simbólico de los espacios por medio del uso de líneas rectas y de composiciones sencillas, fácilmente reproducibles. Expresaban la instrumentalización de la dimensión espacial del mundo de vida, adecuándola al tiempo del progreso y del desarrollo de la humanidad (entendida como esencial abstracta y universal), al que se le ponía un toque de regionalismo para diferenciar y justificar la existencia de una comunidad nacional. En el fondo es un autoritarismo de la forma espacial, que se extendió a lo largo del mundo como parte del proceso civilizatorio y disciplinario del mundo industrial. El espacio quedaba así reducido a una relación de *estructura estructurante*, es decir, una relación social de una minoría que

controlaba el poder político y el poder cultural, y que imponía en una relación unidireccional, los principios que creía fundamentales para una nueva sociedad. El resultado eran células de racionalidad esparcidas por todo el territorio urbano, que contrastaban con la alta marginalidad y pobreza de los espacios que pretendían transformar.

Estos espacios populares se construían al margen de las lógicas racionales, pero nunca independiente de ellas. Eran el ejemplo claro de las contradicciones sociales, económicas y culturales, sobre las que se construía la ciudad moderna. Por otra parte estaba la ciudad de los recorridos, de los usos cotidianos; de los habitantes que tenían interiorizados los principios funcionales del espacio moderno, pero que negaban con el uso, con la reapropiación y resignificación simbólica; los que colgaban ropa de las ventanillas en las unidades habitacionales, los que se dormían sin composturas en los aviones, los que pegaban adornos íntimos en las oficinas públicas, los que tomaban las calles, los que cerraban universidades. En esta dimensión, el espacio era una *estructura estructurada* por las prácticas casuísticas de las necesidades más disímiles y más “irracionales”, con las que se pretendía trascender las restricciones impuestas por un orden simbólico ajeno a las costumbres y tradiciones de quienes hacían el espacio urbano día a día.

Estas relaciones con el espacio urbano se desarrollaron en una complejidad de contenidos sociales, pues no sólo era una dimensión con el contenido formal del espacio, sino, principalmente el político. Así la estructura-estructurante del espacio olímpico se proyectó para ser practicada no sólo por medio de una relación mecánica con el entorno urbano, sino también como un complejo proyecto social de disciplina y normalización de los sujetos urbanos que iban a estar en contacto con el mundo deportivo y cultural. Fue necesario implementar medidas de control social que aseguraran el éxito del evento, no únicamente en términos de los logros deportivos, que resultaban secundarios, sobre todo en términos de lucimiento, que era lo que más importaba al gobierno. Para eso, se usaron los más extensos aparatos de represión y seguridad. A parte de la monumentalidad de los nuevos espacios, se consolidaron y se abrieron los mecanismos de represión y control estatal, que utilizaban los medios legales para conseguir los fines de pacificación, además de los medios clandestinos e ilegales como grupos de coche entrenados y/o financiados por el Estado.

La ciudad olímpica es en esencia la ciudad del Batallón Olimpia, como metáfora de lo que significó la construcción imaginaria de la ciudad de México como sede de la XIX Olimpiada. La ciudad olímpica era monologal y monumental, hecha por la megalomanía del gobierno encabezado por Gustavo Díaz Ordaz, en la que sólo se establecía una única dirección como posible, con un sentido y contenido estético. Ese monólogo justificó la intervención del ejército (que ni De Gaulle usó en los momentos más tensos del mayo francés), pues una supuesta conjura internacional, creada y creída por el gobierno, era la causante de la movilización.

A partir de la intervención estatal se generó una violencia social extendida, que se debatía entre la trascendencia de los lineamientos estatales y la obediencia, que se buscaba por todos los medios oficiales. Después del simulacro olímpico, la complejidad urbana quedó develada y la imagen oficial de la ciudad superada por las contradicciones que la hacían una totalidad social.

La imagen de ciudad de clases medias se desvaneció ante la alta tasa de crecimiento

CONCLUSIÓN

demográfico, el incremento de las desigualdades económicas, la imposibilidad de mantener un progreso económico que extendiera hacia los nuevos habitantes sus pírricos beneficios. El movimiento estudiantil, la represión gubernamental y el ensobrecimiento de la gloria olímpica, marcaron un momento de transición en la vida de los diversos sujetos urbanos y de sus relaciones con el espacio producido por sus prácticas cotidianas y por sus intereses políticos. El crecimiento de la ciudad fue incontenible. Las demandas urbanas dejaron de supeditarse a los controles sectoriales del partido y empezaron a hacerse independientes; se organizó el Movimiento Urbano Popular para defender las demandas de las agrupaciones populares, que no encontraron apoyo satisfactorio en la CNOP. Las demandas de las clases medias se dispersaron ante la incertidumbre de la economía y la abierta violencia estatal que podía implementarse en su contra si se expresaban en contra. Los grupos más dispuestos a manifestarse u oponerse al autoritarismo político se independizaron y tomaron una vía popular. En las artes los grupos artísticos intentaron hacer una actividad que se dirigiera hacia el pueblo, que consumiera el mayor número personas posibles con independencia de las instituciones tradicionales. Los grupos más radicales se fueron hacia las luchas clandestinas, como la guerrilla, que tenía años de vida en el país.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., “Las batallas en el politécnico”, en Hermann Bellinghausen, coord., *Pensar el 68*, 4a ed., México, Cal y Arena, 1993.
- Abalos, Iñaki, *El buen vivir*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000.
- Abilio Vergara, César, “Música y ciudad. Representaciones, circulación y consumo” en Néstor García Canclini, *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, vol. I, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Agustín, José, *La tumba*, México, editorial Planeta, 2000.
- Alonso, Jorge, coord., *Los movimientos sociales en el Valle de México*, 2 vols., México, SEP-Casa chata, 1986. (Colección Miguel Othón de Mendizábal, num. 8 y 9)
- Althusser, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI Editores, 1989.
- Álvarez, Augusto H. *Historia oral de la ciudad de México. Testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*, 2ª, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1998.
- Anaya, Héctor, *Los parricidas del 68*, México, Plaza y Valdés, 1998.
- Anderson, Perry “Modernidad y revolución”, en Nicolás Casullo, comp., *El debate modernidad-postmodernidad*, 5ª ed., Madrid, Ediciones el cielo por asalto, 1995.
- Arrighi, Giovanni “Siglo marxista, siglo estadounidense” en Robin Blackburn, comp., *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, México, Editorial cambio XXI y FCPyS-UNAM, 1994.
- Balleit, Anahí “El arte de saber vivir. Modernización del habitar doméstico y cambio urbano 1940-1970” en Néstor García Canclini, *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, vol. I, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Bataillon, Claude, *Las zonas suburbanas de la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Geografía, 1968.
- Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, 3ª ed., Barcelona, Kairós, 1987.
- Bazán, Lucía, *Vivienda para los obreros. Reproducción de clase y condiciones urbanas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1991.
- Benevolo, Leonardo, *Historia de la arquitectura moderna*, 6ª ed., Barcelona, Gustavo Gili, 1987.
- Benevolo, *Orígenes del urbanismo moderno*, Madrid, Celeste, 1994.
- Benjamin, Walter, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica (URTEXT)*, México, Ítaca, 2003.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, 2ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1989.
- Bernardo Navarro y Pedro Moctezuma, *La urbanización popular en la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas-Editorial Nuestro Tiempo, 1989.
- Bourdieu, Pierre, direc., *La miseria del mundo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas*, 3a ed., Barcelona, Anagrama, 2002.
- Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Camacho, Carlos, “La ciudad de México en la economía nacional” en Gustavo Garza, comp., *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, El Colegio de México, 1987.
- Castells, Manuel, *Crisis urbana y cambio social*, 2ª ed., México, Siglo XXI editores, 1981.
- , *La cuestión urbana*, 14ª ed., México, Siglo XXI editores, 1997.

- Ceceña Gámez, José Luis, *El capitalismo monopolista y la economía mexicana*, México, Cuadernos Americanos, 1963.
- Certeau, Michael de, "La toma de la palabra" en *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1995.
- , *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana 1996.
- Ciudad de México. DDF. 1952-1964*, México, Departamento del Distrito Federal, 1964.
- Coaffee, Jon, *From local trading fair to global convention. Urban transformations through the Olympic Spectacle in London 1908-2012*, <http://www.iphs2004.com/>
- Comité organizador de los juegos de la XIX olimpiada, *México 68. Memoria del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos*, México, Comité organizador de los juegos de la XIX olimpiada, 1968.
- Coulomb, Rene, "Organizaciones populares y planeación urbana en un barrio deteriorado de la ciudad de México" en Martha Schteingart y Luciano d'Andrea, comps., *Servicios urbanos, gestión local y medio ambiente*, México, El Colegio de México, Centro di Recerca e Documentazione Febbraio '74, 1991.
- Davis, Diane, *Leviatán Urbano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Duhau, Emilio, "Urbanización popular: políticas de suelo en al ciudad de México" en Martha Schteingart, coord., *Espacio y vivienda en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-Asamblea de Representantes del Distrito Federal, 1991.
- , "Políticas de suelo y vivienda popular. Aplicaciones en las colonias estudiadas" en Martha Schteingart, et. al., *Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 1997.
- Durand, Jorge, *La ciudad invade el ejido*, México, Casa chata, 1983.
- Echeverría, Bolívar, "Lo político en la política", en Bolívar Echeverría, México, Siglo XXI editores, 1998.
- Echeverría, Bolívar, "Violencia y modernidad" en Bolívar Echeverría, México, Siglo XXI editores, 1998.
- Eckstein, Susan, *El estado y la pobreza urbana en México*, México, Siglo XXI editores, 1982.
- Essex, Sthephen y Brian Chalkey, *The Olympic Games: catalyst of urban change*, www.geog.plym.ac.uk/Investigación/groups/olympic_games.htm.
- Essex, Sthephen y Brian Chalkey, *Driving Urban Change: the impact of the Winter Olympics, 1924-2002*, <http://www.iphs2004.com/>
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, 9ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1984.
- , *Microfísica del poder*, 3ª ed., Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1992
- , *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, vol. 1, 21ª ed., México, Siglo XXI editores, 1993.
- Frampton, Kenneth, "Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia." en Hall Foster, selec., *La posmodernidad*, México, Colofón-Kairós, 1988.
- , *Historia crítica de la arquitectura moderna*; 9ª ed., Barcelona, Gustavo Gili, 1998.
- García Canclini, Néstor, *Las culturas populares en el capitalismo*, 2ª ed., México, Editorial Nueva Imagen, 1984.
- García Peralta, Beatriz, "Situación de la vivienda en la zona metropolitana de la ciudad de México" en *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, El Colegio de México, 1987.
- García Ponce, Juan, *Inmaculada: o los placeres de la inocencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- García Saldaña, Parménides, *Rey criollo*, México, Secretaría de Educación Pública- Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1987. (México Secretaría de Educación Pública. Lecturas mexicanas. Segunda serie ; 74)

- Garza, Gustavo “Distribución de la industria en la ciudad de México” en *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, El Colegio de México, 1987.
- , “La ciudad de México en la economía nacional” en *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, El Colegio de México, 1987.
- , *La urbanización de México en el siglo XX*, México, El Colegio de México, 2003.
- Garza, Gustavo y Araceli Damián “Ciudad de México. Etapas de crecimiento, infraestructura y equipamiento” en Martha Schteingart, coord., *Espacio y vivienda en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-Asamblea de Representantes del Distrito Federal, 1991.
- Gold, Maggie y George Revill, *Reviving the panegyris: cities and the staging of the Olympic arts and cultural festivals, 1896 to 2000*, <http://www.iphs2004.com/>
- Gollás, Manuel, “Breve relato de 50 años de política económica” en Ilán Bizberg, coord., *Una historia contemporánea de México*, México, Océano, 2003.
- González Lobo, Carlos, “Arquitectura en México durante la cuarta década: el maximato, el cardenismo” en *Apuntes para la historia y crítica de la arquitectura mexicana del siglo XX: 1900-1980*, vol. 2, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1982. (Cuadernos de arquitectura y conservación del patrimonio num. 22-23).
- Habermas, Jürgen, “La modernidad. Un proyecto incompleto” en Hall Foster, selec., *La posmodernidad*, México, Colofón-Kairós, 1988.
- Hall, Peter, *Las ciudades del mañana*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996.
- Harvey, David, *La condición de la postmodernidad. investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Heidegger, Martin, *Construir y habitar*, http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger/
- Heller, Agnes, *La revolución de la vida cotidiana*, 3ª ed., Barcelona, Ediciones Península, 1998.
- Híjar, Alberto, “La integración Plástica”, en Fernando González Gortázar, coord., *La arquitectura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. (Lecturas mexicanas. Cuarta serie).
- Hobsbawm, Eric, “La fecha improbable”, en *1968 mágnum en el mundo*, Castuera, Pamplona, Lunweg, 1998.
- Hobsbawm, Eric, “Las reglas de la violencia” en *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999.
- , “Mayo de 1968”, en *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999.
- , *Entrevista sobre el siglo XXI*, 2ª ed., Barcelona, Crítica, 2000.
- , *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1998.
- Horn, Klaus, “La racionalidad con respecto al fin en la arquitectura moderna. Contribución a la crítica ideológica del funcionalismo” en Heide Berndt, coord., *La arquitectura como ideología*, Buenos aires, Nueva visión, 1974.
- Hugo Hiriart, “Poli-UNAM: lo visible y lo invisible” en Hermann Bellinghausen, coord., *Pensar el 68*, 4a ed., México, Cal y Arena, 1993.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Instrucciones para vivir en México*, México, Joaquín Mortiz, 1990.
- , *La casa de usted y otros viajes*, México, Joaquín Mortiz, 1991.
- , *Olvida usted su pasaje*, México, Joaquín Mortiz, 1997.
- Instituto Mexicano del Seguro Social, *Investigación de vivienda en 11 ciudades del país*, México, IMSS, 1965.
- Instituto Nacional de la Vivienda, *Colonias proletarias. Problemas y soluciones*, México, INVI, 1958.
- INVI, *Herradura de tugurios*, México, INVI, 1958.
- INVI, *Investigación nacional de la vivienda mexicana, 1961-1962*, México, INVI, 1963.

- INVI, *Una colonia proletaria*, México, INVI, 1968.
- INVI, *Hacia una política de vivienda en México*, México, INVI, 1969.
- Jameson, Frederic, "The Brick and the Balloon: Architecture, Idealism and Land Speculation" en *New Left Review*, num. 228, marzo-abril 1998.
- Kosík, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1985.
- Kruft, Hanno-Walter, *Historia de la teoría de la arquitectura*, vol. 2, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- Larrosa, Manuel, "La arquitectura de la prosperidad" en Fernando González Gortázar, coord., *La Arquitectura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. (Lecturas mexicanas. Cuarta serie).
- Lefebvre, Henri, *El pensamiento marxista y la ciudad*, México, Extemporáneos, 1973.
- , *The Production of Space*, Oxford, Basil Blackwell, 1993.
- Lepetit, Bernard, *Las ciudades en la Francia Moderna*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996.
- López Levi, Liliana e Isabel Rodríguez Chumillas, "Miedo y consumo: el encerramiento habitacional en México y Madrid" en *Perspectivas urbanas/Urban perspectives*, número 5, diciembre de 2004.
- Luhmann, Niklas, *Poder*, Madrid, Ánthropos, 1995.
- , "Lo moderno de la sociedad moderna" en Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, Madrid, Trotta, 1998.
- Manrique, Jorge Alberto, "El futuro radiante: la ciudad universitaria", en Fernando González Gortázar, coord., *La Arquitectura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. (Lecturas mexicanas. Cuarta serie).
- Marichal, Carlos, "La deuda externa" en Ilán Bizberg, coord., *Una historia contemporánea de México*, México, Océano, 2003.
- Mejido, Manuel, *México amargo*, 11ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1987.
- Mendes, Cândido, "Crisis del desarrollo. Praxis y entelequia" en Cornelius Castoriadis, et. al., *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1980.
- Méndez-Vigatá, Antonio, "Política y lenguaje arquitectónico. Los orígenes posrevolucionarios en México y su influencia en la arquitectura pública, 1920-1950" en Edgard Burian, ed., *Modernidad y arquitectura en México*, México, Gustavo Gili, 1998.
- Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Meyer-Künzel, Monika, *Expos and Olympics Games as motors of urban development. A typology of concepts*, <http://www.iphs2004.com>
- Micheli, Mario de, *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Monsiváis, Carlos, "1968: *Dramatis personae*", en Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, 6a ed., México, Siglo XXI Editores, 1987.
- , "¿También las multitudes son históricas?" en Hermann Bellinghausen, coord., *Pensar el 68*, 4a ed., México, Cal y Arena, 1993.
- , *Días de guardar*, México, Ediciones Era 1996.
- Montaner, José María, *La modernidad superada*, 3ª ed., Barcelona, Gustavo Gili, 1999.
- , *Arquitectura y crítica*, 2ª ed., Barcelona, Gustavo Gili, 2000.
- Montaño, Jorge, *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*, 5ª ed., México, Siglo XXI editores, 1985
- Moreno Toscazo, Alejandra, "La 'crisis' en la ciudad", en Pablo González Casanova y Enrique Florescano, coords., *México hoy*, 9ª, México, Siglo XXI editores, 1985.
- Morin, Edgar, "El desarrollo de la crisis del desarrollo" en Cornelius Castoriadis, et. al., *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1980.
- Muñoz, Francesc, *Historic evolution and urban planning typology of Olympic Village*, http://blues.uab.es/olympic.studies/pdf/OD004_eng.pdf

- Negrete, María Eugenia y Héctor Salazar “Dinámica de crecimiento de la población de la ciudad de México (1900-1980)” en *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, El Colegio de México, 1987.
- Nivón, Eduardo, “De periferias y suburbios culturales” en Néstor García Canclini, *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, vol. I, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Noelle, Louise, *Arquitectos contemporáneos de México*, México, Trillas, 1989.
- , “Los derroteros de la arquitectura mexicana contemporánea”, en *Archivos de arquitectura antillana. Revista internacional de arquitectura y cultura en el Gran Caribe*, año 6, num. 11, enero 2001.
- Nouvel, Jean y Jean Baudrillard, *Los objetos singulares. Arquitectura y filosofía*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Novo, Salvador, *La vida en México durante el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, t. II, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- Offe, Claus, *Contradicciones en el Estado de bienestar*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza Editorial, 1991.
- Pani, Mario, et. al., *Los multifamiliares de pensiones*, México, Editorial Arquitectura, 1952.
- Partida Bush, Virgilio “Natalidad y mortalidad en la ciudad de México (1950-1980)” en *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, Colegio de México, 1987.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a el laberinto de la soledad*, 2ª, México, Fondo de Cultura Económica, 1996. (Colección popular, num. 471.)
- Pereyra, Carlos, “La costumbre de reprimir”, en Hermann Bellinghausen, coord., *Pensar el 68*, 4a ed., México, Cal y Arena, 1993.
- Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, México, Ediciones Era, 1989.
- Puente, Sergio, “Estructura industrial y participación de la zona metropolitana de la ciudad de México en el producto interno bruto” en *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, El Colegio de México, 1987.
- Quintero, Pablo, coord., *Modernidad en la arquitectura mexicana (18 protagonistas)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, División de Ciencias y Artes para el Diseño, 1990.
- Rajchenberg, Enrique, “¿Milpas o chimeneas? La política de la industrialización a mediados del siglo.” En Patricia Galeana, coord., *México en el siglo XX*, México, Archivo General de la Nación, 1999.
- Ramírez Vázquez, Pedro, *Su imagen y obra escogida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Ramírez, Juan Antonio, *Arte y arquitectura en el capitalismo triunfante*, Madrid, Visor, 1992.
- Ramírez, Ramón, *El movimiento estudiantil de México*, vol. 2, México, Era, 1969.
- Rapoport, Amos, *Aspectos humanos de la forma urbana: hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- Ricalde, Humberto y Gustavo López “La arquitectura en México 1960-1980” en *Apuntes para la historia y crítica de la arquitectura mexicana del siglo XX: 1900-1980*, vol. 2, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1982. (Cuadernos de arquitectura y conservación del patrimonio num. 22-23).
- Rodríguez Kuri, Ariel, “Hacia México 68: Pedro Ramírez Vázquez y el proyecto olímpico”, en *Secuencia: revista de historia y ciencias sociales*, no. 56, may.-ago. 2003.
- Sainz, Gustavo, *Gazapo*, 5ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1970,
- Santos, Milton, *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
- , *Metamorfosis del espacio habitado*, Vilassar de Mar, Barcelona, Oikos-Tau, 1996.

- , *La naturaleza del espacio*, Barcelona, Ariel, 2000.
- , *El presente como espacio*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Sistema Universidad Abierta, 2002.
- , *Espacio y método*
- Sartre, Jean Paul, “El movimiento estudiantil: una crítica radical de la sociedad” en Bolívar Echeverría, comp., *Sartre, los intelectuales y la política*, 2ª ed., México, Siglo XXI editores, 1969. (Colección mínima num. 18).
- , “La imaginación toma el poder (entrevista de Sartre con Daniel Cohn-Bendit)” en Bolívar Echeverría, comp., *Sartre, los intelectuales y la política*, 2ª ed., México, Siglo XXI editores, 1969. (Colección mínima num. 18).
- , “Un comienzo” en Bolívar Echeverría, comp., *Sartre, los intelectuales y la política*, 2ª ed., México, Siglo XXI editores, 1969. (Colección mínima 18).
- , “Victoria en la victoria” en Bolívar Echeverría, comp., *Sartre, los intelectuales y la política*, 2ª ed., México, Siglo XXI editores, 1969. (Colección mínima num. 18).
- Schteingart, Martha, *Los productores del espacio habitable. Estado, empresa y sociedad en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 1989.
- Schteingart, Martha y Emilio Duhau “Urbanización popular en la ciudad de México” en Martha Schteingart, et. al., *Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 1997.
- Secretaría de Industria y Comercio. Dirección General de Estadística, *Anuario estadístico compendiado 1968*, México, Secretaría de Industria y Comercio. Dirección General de Estadística, 1968.
- Secretaría de industria y comercio. Dirección General de Estadística, *IX censo general de población. 1970*, Secretaría de industria y comercio. Dirección General de Estadística, 1971.
- Secretaría de Obras Públicas, *Instalaciones olímpicas*, México, SCOP, 1968.
- Spota, Luis, *Casi el paraíso*, México, Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1987.
- Toca Fernández, Antonio, *Arquitectura y ciudad*, México, Instituto Politécnico Nacional, 1998.
- Unikel, Luis “La dinámica del crecimiento de la ciudad de México” en Edward Calnek, et. al., *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974. (Colección SEP-setentas num. 143)
- Vargas Salguero, Ramón, “El imperio de la razón” en Fernando González Gortázar, coord., *La Arquitectura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. (Lecturas mexicanas. Cuarta serie).
- Vicente Ovalle, Camilo, *Sujeto, historia y política en América Latina: la constitución de “lo político” en los movimientos sociales*, mimeo.
- Volpi, Jorge *La imaginación y el poder*, México, Ediciones Era, 1998.
- Ward, Peter, *México una mega ciudad. Producción y reproducción de un ambiente urbano*, México Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza Editorial 1991.
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Weitzmann, Marc “El año en que coca-cola ganó la guerra fría” *1968 magnum en el mundo*, Castuera, Pamplona, Lunweg, 1998.
- Yánez, Enrique, *Del funcionalismo al postracionalismo. Ensayo sobre la arquitectura contemporánea en México*, México, Limusa-Universidad Autónoma Metropolitana-Departamento de Medio Ambiente, 1990.
- Zabludovsky, Abraham, *Abraham Zabludovsky: Historia oral de la ciudad de México. Testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995.
- Zizek, Slavoj, comp., *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Introduccion

I. Disciplina y Montaje Social: Hacia la Ciudad Olimpica

La Olimpiada Internacional

La Disputa por la Ciudad Olimpica

El Espacio Olimpico Como Ideologia y Control

Lo Politicamente Conveniente

II. La Ciudad Ideal: la Imagen de la Olimpiada

Espacio Utopico y Poder (De Clase)

Urbanismo

Arquitectura y Modernidad en la Ciudad de Mexico

Los Espacios Olimpicos

Hacer Ciudad o Simplemente Imaginarla

Racionalizacion Civilizatoria del Habitar: la Villa Olimpica

Los Espacios Deportivos

III. La Ciudad Olvidada

Los Espacios de la Desigualdad en la Ciudad Olimpica

El Crecimiento Urbano

Consideraciones Gubernamentales Sobre la Vivienda Popular

Los Espacios Contrapoliticos

El Espacio Marginal y el 68

IV. La Construccion Simbolica del Espacio Urbano

La Ciudad Olimpia

La Contramodernidad

Tomar las Calles

El Batallon Olimpia Represion o Disciplina dos Caras de una Misma Relacion

Conclusion

~Bibliografia

~Indice